



BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE HISTORIA

*RESPUESTA A UN OLVIDO HISTÓRICO: TESTIMONIO, MEMORIA
Y TRAUMAS DEL '68*

TESIS PRESENTADA PARA
OBTENER EL GRADO DE
LICENCIADO EN HISTORIA

PRESENTA:
ADRIÁN ESTÉVEZ PALACIOS

ASESOR:
DR. AMADO MANUEL CORTÉS

Septiembre, 2016.

ÍNDICE

Agradecimientos... 3

Dedicatoria... 5

Presentación... 6

Introducción... 8

Capítulo I: La Importancia de Cerrar los Ojos por la Memoria... 16

1.1. Conociendo el trauma: una conversación... 23

1.2 Memoria... 33

1.2.1 La mirada nuclear de Paul Ricœur... 35

1.2.2 El lenguaje como espíritu de la memoria... 39

1.3 Visita al país de Lowenthal; pasado, identidad y retroalimentación... 42

1.3.1 El recuerdo en la memoria: la rememoración ... 49

1.4 La memoria como acceso al pasado y a la Historia... 57

Capítulo II: El Reflector o la Sombra: Historia y Olvido... 63

2.1 La justa memoria y el Otro; memoria compartida... 67

2.2 Lo que la Historia entiende por pasado: historia oficial y académica ... 73

2.3 Meridiano del pasado: el archivo, el testimonio y la cronología... 79

2.4 Escatología del trauma: herencia, transmisión y reproducción... 90

2.5 Otridad negada; la Historia frente al testimonio (revisionismo y negacionismo)... 92

2.5.1 Apuntes para una crítica analítica del '68 y a los asesinos de la memoria... 96

2.6 El Olvido... 102

2.7 ¿Omisión u olvido? Después del rojo amanecer... 108

2.8 Coda: cerrar los ojos por la Memoria... y la Historia... 120

Capítulo III: Souvenirs (1ra parte): Los Traumas del '68... 124

3.1 Eugenia Allier y William Kelly: dos periodizaciones del '68... 131

3.1.1 Radios 1, 2, 3: sombras de Octubre (1969-1985)... 137

3.1.2 Radios 4, 5, 6: ¡Tlatelolco, Tlatelolco! (1986-2006)... 145

3.2 El Memorial del '68 y la victoria institucional... 172

3.3 Fe *sesentaiochera*: la cuadragésima conmemoración... 190

3.3.1 Más sabe Carlos por Monsi... 203

3.3.2 El '68 en TV de paga ... 204

3.3 La lente (Alberto del Castillo) y el borrador ("Tlatelolco: Verano del '68")... 209

3.4 Souvenirs (2da parte): la cuadragésima quinta conmemoración... 221

Epílogo... 234

Referencias... 242

Anexos... 246

AGRADECIMIENTOS:

Nada, absolutamente nada, de lo escrito hubiera sido posible sin Rosalba y Leticia Flores Macías. Decirles “gracias” simplemente por la oportunidad que me dieron de abrir su baúl de recuerdos, anécdotas, pareceres, opiniones, memorias, olvidos e historias sería poco. Porque con cada una, al ser *Uno* y yo un *Otro*, el sentimiento de agradecimiento será perpetuo. Su valor y confianza fueron un motor que mantuvo el flujo de energía, dedicación y sacrificio. Me ayudaron a ver de una forma completamente distinta mi tiempo y época, revistiéndome con una gran y riquísima obligación y responsabilidad que descansará en la perpetuidad.

A mi asesor, Dr. Amado Manuel Cortés, por no solamente interesarse en el tema, sino por la visión que vislumbró a un simple trabajo de nueve cuartillas (muy *chafa* si se lee ahora), como materia en bruto de algo mucho mayor; una propuesta de trabajo que obligara a vernos en el espejo y no mirar únicamente el reflejo de nuestro contorno, sino a nosotros mismos como agentes sociales –como historiadores–, como personas. Sin su ayuda la correspondencia con los testimonios de las hermanas Flores Macías no hubiera existido.

Al Dr. Marco A. Velázquez Albo, a quien, al igual que mis maestros y maestras del Colegio de Historia, puedo llamar también *mi* maestro.

Al maestro Pablo Acuahuítl Asomoza, por su interés y ayuda con lecturas y consejos. Gracias a las maestras Esther Cuatzon Mora, Josefina Manjarrez Rosas y Erika Galicia Isasmendi por darme la oportunidad en sus cursos de continuar el tema, ampliándolo y mejorándolo.

Al maestro José Carlos Blázquez Espinoza, por su conocimiento y sapiencia de auténtico librero en la lectura y corrección final del presente escrito. Al “bateador emergente”, Mtro. Pablo F. García Sánchez, por responder con amabilidad y cortesía la lectura del presente trabajo.

A mis amigos los *Pamboleros*, Daniel Hernández Carreto y Esteban Vera Vigil. A Bernd Thoma Becerra y Rafael Ríos Turrent. Con ellos fui de lo sublime a lo ridículo, de las tardes de café a las madrugadas con Xbox... ¡muchas gracias, amigos!

A Gissel Santander Soto; tu presencia cimienta la base de una amistad que evolucionará a cada paso que demos individualmente. Eres un haz *fiztgeriliano* que, además

de ser un punto particular de admiración, me brindas apoyo durable, crítica constructiva, comprensión y cándida empatía.

Gracias Arely Arce, Diana Ibañez, Noemí Sánchez y Viridiana Solano. Porque detrás de cualquier experiencia universitaria, es menester un perfecto equipo de compañeras/amigas inteligentes, dedicadas, despiertas y hermosas. Ustedes son la prueba de que la correcta belleza yace más allá de cualquier apariencia externa.

A Julio Martínez, por su amistad y apoyo que traspasan las fronteras de nacionalidad.

Para mis compañeros en Gandhi Puebla –especialmente a Gerardo Reynoso y Enrique Marín–, quienes me han ayudado a madurar y tomar consciencia de mis experiencias y actitudes, además de brindarme calor humano en esta etapa final de mi titulación.

*“There are places I remember,
All my life though some have changed.
Some forever not for better,
Some have gone and some remain.
All these places have their moments
With lovers and friends I still can recall.
Some are dead and some are living
In my life, I've loved them all.”*

-John Lennon.

DEDICATORIA:

Y hay una victoria al final como resultado;
 el miedo yace vencido.
 Así enaltecemos lo pactado
 al corresponderlo con algo mucho más valioso que lo esperado.
 LIBRO DE LOS COMPROMISOS

No sabría qué decir de esta tesis mía... Obviamente, en primer lugar, a mi mamá, Patricia Palacio Serrano, cuyos sacrificios, esfuerzos, partiduras de –vaya la connotación–, madres quedan, de algún modo, enaltecidos con este cruce de meta. Gracias por todo, absolutamente todo lo que me has dado, tangible o intangible, ya que eso, de alguna forma reconocible o no, por mí o por ti, ha jugado su respectivo rol en este triunfo que se inscribe bajo forma de texto. Gracias a esas lágrimas derramadas un domingo por la tarde, puedo decir: ¡Terminé! (*Léase como Daniel Day-Lewis en la última línea de There Will Be Blood*)

Por ti, Isabel Serrano Ramírez, que ya no estás pero que no terminas de irte por completo. Descansas en la historia de mi vida, ora como memoria, ora como olvido; pero nada borrará el hecho que, en plena consumación de tu existencia terrenal, fui el último asistente. Gracias: te extraño mucho.

A mi hermana separada de mí al nacer, Elvira. Por esa amistad que simplemente es eso, hermandad-sin lazo sanguíneo. Te hago partícipe de esta dedicatoria porque eres el único vínculo realmente fuerte de hermandad, del tipo irremplazable en mi vida.

Y a mí, pero no en una connotación ególatra o narcisista, sino a todo mi pasado, a todo lo que me hizo, lo que pienso, lo que creo, lo que hablo, lo que digo, lo que quiero. A mis recuerdos y a mis olvidos, a mi historia y a mi cuento. A mis muertos que mantengo con vida, y a los vivos que tuve que cancelar.

A mis gustos y a mis disgustos, a lo que me emociona y lo que me entristece... que estas páginas con sus citas, sus reglas académicas y ortográficas, con la tinta y el papel como testigos, sean un acorde que resuene en mi pasado y haga vibrar al futuro.

PRESENTACIÓN:

Esta tesis se concibió en el verano del 2011 durante la realización del trabajo final para el curso Historia Oral. Lo que en primera instancia se vio como un excelente tema que certificaba un 10 seguro fue creciendo hasta convertirse en el texto aquí formado. Hablar del movimiento estudiantil del '68, y el 2 de Octubre, es un tema que siempre genera expectación, curiosidad, morbo, pero sobre todo interés. Pero hablar de estos tópicos desde una perspectiva totalmente diferente a la que estamos acostumbrados es un reto y un compromiso. En retrospectiva, me doy cuenta que si desde el inicio no hubiera contado con la mirada y el apoyo del que terminaría siendo mi asesor, el Doc. Amado,, el parte testimonial de la señora Rosalba Flores Macías hubiera terminado literalmente en el olvido.

Después de aquel trabajo para Historia Oral, tuve la fortuna de tomar clase con el Maestro Marco Velázquez, quien también vio algo en el tema, (porque debo reconocerlo, yo tardé en darme cuenta del potencial que tenía.) Ya para el final del curso de México Contemporáneo comencé a vislumbrar que no se trataba de presentar al testimonio oral como un mero dato anecdótico-emocional, sino como un horizonte de análisis y problematización del pasado inmediato mexicano totalmente nuevo y diferente. Además la señora Rosalba (a quien entrevisté para ese primer trabajo), propuso una visita conjunta a Tlatelolco, que realizamos a finales de Octubre, donde el testimonio se magnificó.

Entre finales del 2011 e inicios del 2012 mi asesor me bombardeó con lecturas teóricas, pero no sobre trauma, análisis y crítica historiográfica o cuestiones de alto calibre, sino sobre el recuerdo, las reliquias, la identidad, la memoria, el olvido y la Historia. Para que este trabajo sea lo que es, desde un inicio se tuvieron que comprender esas cosas básicas, simples, de lo que es y lo que comprendemos por pasado. Para esto, la lectura de David Lowenthal fue el gran propulsor de entendimiento. Sumado a esta, los textos de Pierre Vidal-Naquet, Dominick LaCapra y Paul Ricœur dieron como resultado en mayo del 2012 un primer borrador de acercamiento teórico de poco más de 100 cuartillas. Es decir, la teoría estaba siendo interiorizada para cuando abordara la problemática del '68 el clavado a ésta fuera de proporciones olímpicas.

Aquí debo introducir al maestro Pablo Acuahuitl, quien desde su llegada demostró atención y apoyo al tema. De hecho los dos textos que acompañan el capítulo sobre el '68 son aportaciones suyas: la tesis doctoral de William Kelly "*Nothing has happened here*" y

el artículo de Eugenia Allier, “*Presentes-pasados del '68 mexicano*”. Con base en esos textos se pasó de blanco y negro a tinte color todo el aparato teórico ya asimilado. Además, durante el primer curso que tomé con él, realicé mi primera visita al Memorial del '68, sujeto de estudio que también juega un papel importantísimo aquí. El año que comprendió de mitad del 2012 y mitad del 2013 significó continuar con el tema en diferentes cursos, ya fuera con el Doc. Amado o el Doc. Marco, con el maestro Pablo, o la Docta. Josefina Manjarrez o la Docta. Erika Galicia. Estos trabajos (que se iban volviendo adelantos) siempre fueron apoyados y guiados por los docentes citados.

En Octubre del 2013 realicé trabajo de campo, yendo a la marcha conmemorativa del 2 de Octubre. Aquella experiencia significaría el inicio del fin de la etapa de recopilación de información e inauguraba *el trabajo de escritura*. Remarco lo anterior con el fin de hablar de una problemática, casi crisis, que surgió; comprendí que tenía un túnel construido por teoría e información sobre el '68, me imaginé el testimonio de la señora Rosalba como un automóvil que debía pasar a través de ese túnel; ¿cómo, en qué condiciones se presentaría aquel carro al salir por el otro lado del túnel? La preocupación radicaba en respetar ética y moralmente el testimonio que tenía “en las manos”, presentarlo, analizarlo, compartirlo de la manera más apropiada posible. No quería que terminara como un dato más, una anécdota emotiva cuya presencia sólo generara morbo. Que la teoría hubiera sufrido un corto circuito en mi aparato de entendimiento y terminara comportándome de forma meramente analítica en su tratamiento. Por eso el último curso de la licenciatura, (providencialmente dado por el Doc. Amado), se trató sobre la escritura de la Historia.

Entre las lecturas del curso, el intercambio en las clases, o las charlas y cavilaciones fuera de ellas, el problema se respondió solo. (No quiero arruinar la sorpresa, en el escrito este asunto se resuelve.) Por último la entrevista con una de las hermanas de Rosalba, la señora Leticia, quien me abrió las puertas de sus dos casas (el hogar y su memoria), para ya, por fin, delinear la línea y marcar el trayecto que finaliza en las páginas siguientes.

Gracias.

Introducción

*We might be through with the past,
but the past ain't through with us.*

o bien

*Puede que hayamos acabado con el pasado,
pero él no ha terminado con nosotros.*
-Paul Thomas Anderson.

ESTA TESIS ES una coyuntura; la respuesta a un olvido. El olvido no es sinónimo de lo desaparecido o lo no existente; de hecho, se puede materializar en palabras. La matanza de estudiantes y civiles en la Plaza de las Tres Culturas el 2 de Octubre de 1968 es no un mito, o leyenda o cuento de terror, sino un recuerdo fundador del devenir vivencial de México. Muchos libros se han escrito, principalmente por los militantes y sobrevivientes del movimiento estudiantil; documentales de toda índole se han proyectado en medios masivos de comunicación para, bajo el recurso de fotografías, videos y entrevistas, mantener viva la petición de justicia y esclarecimiento de los hechos, de no olvidar lo sucedido.

Hay apóstoles y evangelizados, hay rezos y letanías en forma de lemas y consignas que cada año, cada 2 de Octubre, musicalizan algunas capitales importantes del país. Sin prolongarnos tanto, hay una placa, conocida como La Grieta, en plena Plaza de las Tres Culturas donde se quiere honrar algunos nombres de los muchos muertos esa tarde. Y, no muy lejos de ahí, yace un Memorial donde el latido de una voluntad de memoria versus olvido educa y evangeliza a las nuevas generaciones. Bueno, si el movimiento estudiantil, entendido ya como la simbiosis entre una lucha social y la masacre del 2 de Octubre, está y es lo que resumimos, ¿de qué olvido estamos hablando?

La parte sencilla de nuestra respuesta viene en forma de pregunta: la masacre sucedió en medio de una zona habitacional que para la época representaba orgullo urbanístico y social, es decir Nonoalco-Tlatelolco; ¿por qué, en cuarenta y cinco años no ha habido ningún intento histórico por (al menos), tratar de recuperar los testimonios de aquellos habitantes cuya vida, cuya cotidianeidad, se vio perturbada a consecuencia de la masacre? Y es que pareciera que la masacre ocurrió en un lugar alejado, un campo más abierto aun que la Plaza, donde las balas disparadas por intensiones y órdenes arteras y criminales se hubieran perdido en la amplitud y caído cientos de metros más allá, en lugar

de incrustarse en paredes de departamentos, o destrozar ventanas donde al otro lado yacía el espacio vital y privado de familias, de personas, de vidas.

En las imágenes y videos de la masacre se pueden ver esos edificios. Localizamos a personas que no pertenecen a lo que denominaríamos un estudiante. Es más, una de las fotografías que mayor enojo causa es la de un niño muerto con un balazo en el pecho. Se sabe que había civiles, ajenos a la huelga estudiantil en ese momento de la conglomeración. Se argumenta, desde el aparato de poder, que no hubo tantos muertos en la Plaza como se dice, porque no hay registros de denuncias de desaparecidos para sustentar por lo menos la cifra de entre 200 y 300 muertos. Pero bueno, al punto que queremos llegar es que sí, hay un recuerdo, una memoria y una historia del movimiento estudiantil, pero ninguna de ellas, en ningún tipo de plataforma o soporte, se ha ocupado de los habitantes *netos* de Nonoalco-Tlatelolco.

¿Qué importancia tendría preocuparnos y ocuparnos en saber lo que vivieron? En primer lugar estaríamos ante un nuevo tipo de víctima de la masacre, ni más inocente ni más lamentable que los estudiantes; pero con un nuevo tipo de denominación, o corpus documental para hablar en términos conceptuales, viene la apertura a otro horizonte de análisis e interpretación de orden histórico. En otras palabras, una nueva forma de ver el '68. Y en segundo lugar la desamortización de un pseudo-dogma social, cultural, político e histórico producto de la ya nombrada lucha para que el '68 no se olvide.

Si estamos hablando tanto es porque algo tenemos que ofrecer. El acercamiento a dos personas que vivieron en Tlatelolco y fueron testigos de la masacre es la principal razón de que esta tesis exista. Pero no bastaba con hacer una investigación cíclica del '68 y utilizar sus testimonios para “adornar” (ya que el morbo tiene esa capacidad), “complementar” o “certificar” datos, referencias, o hasta los discursos de aquellos sobrevivientes ya conocidos. Había que acercarse desde una perspectiva totalmente diferente a lo que dicta la praxis ortodoxa del contexto académico que nos rodea; hay que pensar en ellos como testimonios nacidos de un trauma. Y con este término entramos a la parte difícil de nuestra respuesta.

El trauma es un concepto relativamente nuevo en la historiografía, nace con el boom testimonial de sobrevivientes del Holocausto a mediados de los setentas. A razón del surgimiento del acontecimiento como una nueva forma de mirar el pasado, la Historia como

ciencia se vio frente a un campo de violencia y muerte, pero principalmente de un viraje en su léxico; ya no se trataban de héroes o villanos, ahora se escuchaba el relato de víctimas y sobrevivientes a actos atroces, a experiencias límite, a traumas; es decir, nace el testigo. Por ende, ya no se debía trabajar únicamente con documentos legitimados por instituciones y guardadas en archivos, ya que el testigo, como fuente de información y conocimiento del acontecimiento, significaba la existencia de un testimonio.

Ahora bien, manejar el término trauma no fue una ocurrencia para presumir un lenguaje teórico, y que a partir de él se realizará un estudio del '68 que solamente sonora original. La palabra trauma apareció de forma natural en la primer entrevista realizada a una de las testigos. Así se fueron vislumbrando dos problemas; uno, que detrás del concepto «trauma histórico» se debían de replantear significados que se contaban por sentados, como memoria, Historia y olvido, además de los ya nombrados testimonio, testigo, oralidad. La revisión de estos conceptos se fue ampliando, lo cual nos lleva al punto dos: ¿qué se entiende por quehacer histórico en relación al acontecimiento llamado movimiento estudiantil mexicano del '68? En otras palabras, ¿qué ha hecho la Historia, supuestamente la ciencia social por excelencia, por estudiar e interpretar las repercusiones *actuales* de ese pasado titulado «movimiento estudiantil»?

Remarcamos “actuales” por esta razón: ya dijimos que cada 2 de Octubre ocurre una marcha en conmemoración a la masacre, obviamente los que participan no son todos de la generación del '68. Hay herederos. En la mayoría de las veces estas conmemoraciones vienen acompañadas por actos vandálicos. Como historiadores no podemos observar estos actos como accidentes o acciones espontáneas, ya que al hablar de herederos es porque existe un bien en juego, un pasado transmitido. Reiteramos, no podemos ver esos actos, o las muestras pacíficas de rememoración, y decir “son ignorantes, ni saben lo que pasó”, porque así de alguna forma se contrarresta la crítica de cualquier discurso histórico. Hay algo que debemos tener siempre en claro; que la historia siempre sucede, se vive, se escribe y está en el presente. Estamos, así, frente a dos traumas por poner a discusión; el que guardan los testimonios de los testigos, y el trauma colectivo-social de la herencia del 2 de Octubre.

Es así como esta tesis tiene tres hilos conductores; la deconstrucción de conceptos en la praxis y la epistemología del quehacer histórico, que desemboca en la necesidad de

reconocer un trauma presente derivado de la matanza en Tlatelolco; una revisión crítica de la vida *post mortem* del '68; y la respuesta a un olvido derivado por las omisiones del punto uno y dos.

Y ya que estamos en la introducción, hablemos de nuestros testigos: las hermanas Rosalba y Leticia Flores Macías, con 9 y 18 años respectivamente al momento del acontecimiento. Ellas y su familia llegaron a Nonoalco-Tlatelolco entre 1965 y 1966 provenientes de Huamantla, Tlaxcala. Este municipio aún es reconocido por ser provincial, conservador, tradicional y como uno de los atractivos turísticos más importantes del estado. (Si no, hay que revisar cómo se pone la Huamantlada.) Este elemento contextual fue muy importante, ya que devela la otra cara del valor de estos testimonios. No basta con decir que sus partes de guerra deben ser considerados dentro de la narrativa memorial del 2 de Octubre, sino que va más allá; a lo que sucedió, en lo que se transformó después de la masacre Nonoalco-Tlatelolco.

Estamos frente a una modificación obligada, agresiva, violenta, de ruptura en la cotidianidad. Porque una cuestión es mudarse de la provincia a la gran y moderna urbe, y otra muy diferente que la mudanza que nunca se desempaca (idiosincrasia, religiosidad, formas de vida, hábitos y costumbres familiares por decir algunas), se vea súbitamente en una batalla contra un fenómeno totalmente irreconocible y ajeno a cualquier experiencia vivencial previa.

Por estas razones, y muchas otras que tienen su lugar en el cuerpo principal de la tesis, nos dimos cuenta que estábamos ante un olvido vivo. Ya marcamos que por olvido no hay que entender la nada, lo indecible o lo inexistente. Nuestras testigos obviamente están vivas, tienen trabajos, responsabilidades, ocios, familia. Pero la primer gran experiencia (que ambas marcan de traumática y casi un segundo nacimiento), que en gran medida las formó está en el olvido de la gran memoria e Historia del '68. Ninguna de las tres entrevistas, una con Leticia y dos con Rosalba, se llevó a cabo bajo una atmosfera de presión, o insistencia. Al contrario, las dos personas hablaron por cuenta propia, tuvieron libertad de palabra y duración, no se les interrumpía en los momentos donde la narración se desviaba a cambiaban de tema. Las entrevistas grabadas están ahí para comprobar el ambiente tan positivo que hubo. Sus intervenciones tendrán cabida a lo largo y ancho el

presente escrito. Esto con la intensión de tener presente siempre la importancia y correspondencia con sus testimonios.

Antes de abordar lo que será el mapa de la tesis, nos gustaría espantar algunas dudas: hemos dejado de lado algunas lecturas que se piensan indispensables en el abordaje del movimiento estudiantil, con nombrar La Noche de Tlatelolco basta. Esto se debe a que nos encontramos en una posición desde la cual queremos darle cabida no sólo a los testimonios con los que contamos, sino a nuevos trabajos que problematizan históricamente el movimiento estudiantil y sus repercusiones. Además, como se podrá notar en el índice, existe mucha preocupación por deconstruir conceptos y significados de directrices teóricas que nos parece fundamental tener bien cimentadas.

Otro argumento, y que adelanta un poco nuestra postura crítica, es que relatos o testimonios de personas muy cercanas a la memoria del '68 han cumplido su misión, por decirlo de la mejor manera, al transmitirnos las pruebas y señales iniciales por el esclarecimiento y no-olvido a uno de los muchos negros y lamentables episodios en la historia de México. La crítica irá dirigida a la Historia como ciencia social. Entonces, digamos que esta tesis quiere ir más allá de lo que ya conocemos.

El primer capítulo, La Importancia de Cerrar lo Ojos, es una invitación a revisar el significado de un concepto en particular que acuñamos como entendido, asimilado y hasta secundario; la memoria. Para tal propósito, de manera obviamente metafórica, hay que cerrar los ojos y mirar hacia adentro donde yacen nuestros recuerdos, del tono o matiz que sean. Arrancamos con toda la intención de introducir los testimonios de las hermanas Flores Macías, proponiendo un primer acercamiento al concepto de trauma que consecutivamente se irá ampliando. La razón de esto es para salvaguardar la integridad ética que debemos tener ante testimonios de este tipo en particular, entender la importancia de lo traumático en sus narraciones. El bautismo de esta tesis que corre por su cuenta trata sobre su testimonio de la tarde del 2 de Octubre y parte de la madrugada que le siguió.

Durante este capítulo obtendremos ayuda teórica de Dominick LaCapra quien a partir de sus estudios sobre el Holocausto ha desarrollado observaciones y apuntes que encuentran cabida en cualquier trabajo donde el trauma histórico tenga cabida. Después tendremos la valiosísima aportación de Paul Ricœur, filósofo cuya última obra en vida, "La Memoria, La Historia, El Olvido", surge no como un faro sino como un astro en la

bibliografía teórica para deconstruir a la Historia y su orden historiográfico. De entablar una conversación únicamente con esta obra, la tesis posiblemente no tuviera fin.

“El Pasado es un País Extraño” de David Lowenthal es como escuchar a Elvis Presley en sus primeras grabaciones en el estudio Sun Records y en sonido monoaural. Esta obra nos ayudará a entender conceptos tan básicos como identidad, reliquias, herencia, ausencia, nostalgia y otros más que nos darán un correcto entendimiento de lo que es pasado y por ende memoria e Historia. Como último invitado tenemos la obra del psiquiatra Néstor Braunstein, “La Memoria de Uno y la Memoria del Otro: Inconsciente e Historia”. La memoria como concepto epistemológico es complejo, pero la intercalación de definiciones de estos autores nos ayudarán a plantar muy bien los pies sobre un suelo tan movedizo.

El capítulo número 2 lleva por nombre “El reflector o la sombra: Historia y Olvido”. Esto se debe porque la memoria puede lograr colocarse en una plataforma de despegue cuando la Historia y su poder legitimador y de representación la toma en sus manos. Y por otro lado el olvido, es decir, la desaparición total de la sombra. La Historia, pensada como juez que determina que es o no es pasado, puede provocar una magna oscuridad. El entender el uso que la Historia hace de la memoria es parte importante de todo este estudio. Se pondrá sobre la mesa actores como el archivo, receptáculo supuestamente máximo del quehacer histórico, y la base temporal en que éste piensa el pasado, es decir el tiempo cronológico. Examinaremos la situación del historiador ante el testimonio, específicamente el oral, para interpelar los pros y contras que esta fuente contiene. Como producto, tenemos el concepto angular de la obra de Ricœur; la «justa memoria».

Profundizaremos en el trauma bajo dos perspectivas; su transmisión intergeneracional y el aparato discursivo conocido como negacionismo. Éste último como máscara ritual para convocar y predicar el olvido. La feroz crítica que hizo Pierre Vidal-Naquet en su momento contra aquellos que negaban las cámaras de gas y los crematorios nazis nos dibujan estas siluetas peligrosas del olvido. A estas alturas ya habremos ampliado una problemática conceptual proveniente de Néstor Braunstein, que habla sobre el replanteamiento del concepto de “memoria colectiva”. El apunte será clave y también abrirá un debate muy interesante y hasta complejo. ¿Debemos de seguir pensando en una

memoria colectiva para entender la transmisión de pasado e historia entre una generación a otra. ¿O debemos dar un viraje y entender esta herencia como *memoria compartida*?

Aproximándonos a su cierre, el capítulo contiene nuestro segundo acercamiento directo al '68, analizando la importancia de la película *Rojo Amanecer*. Como se verá, encontramos en la cinta una representación de la masacre menospreciada, que ha quedado únicamente como un film de culto por el valor que en su tiempo, tanto director como actores por llevarla a cabo, tuvieron. Pero es el final de la película donde vemos, a semejanza con este escrito, una oportunidad valiosa para ampliar las posibilidades de comprensión histórica del hecho. Por último, y usando un término musical, haremos un *coda*, es decir una repetición del acto de cerrar los ojos para pulir la interiorización de todo un aparato teórico, y no pensar ya únicamente en la Memoria como herramienta en la construcción del saber histórico, sino a la Historia como facultad y oportunidad de una proyección justa de la Memoria.

El tercer capítulo trata sobre aquel día en la Historia de México que nos trajo hasta aquí. Y ya que la Historia siempre se hace desde un presente, iniciamos con la primera parte de un reporte de campo, es decir la participación en la marcha conmemorativa el 2 de Octubre del 2013. La anécdota se verá interrumpida, ya que llegará el momento de aventar el boomerang hacia el pasado y analizar el cómo y por qué de tal marcha. Es decir, nos meteremos en serio en la búsqueda de símbolos y significados, de herencia e interpretaciones.

Esta guía estará a cargo de dos escritos en particular: “Nothing Has Happened Here: Memory And The Tlatelolco Masseur: 1968-2008.”, tesis doctoral en filosofía de William Kelly. Y “Presentes-Pasados del 68 Mexicano. Una Historización de las Memorias Públicas del Movimiento Estudiantil, 1968-2007”, un artículo de la socióloga mexicana Eugenia Allier. Ahora bien, no por ser parte de una misma guía significa que ambos trabajos tienen similitudes tanto conceptuales como en sus propuestas; de hecho, es la tesis de Kelly a donde dirigiremos una gran cantidad de críticas. Por otro lado, el modelo analítico de Allier nos ayudará no solamente a entender el periodo que marca su artículo, 1968-2007, sino que apoyará nuestra radiografía hasta la ya nombrada marcha conmemorativa.

Entraremos al Memorial del '68, victoria institucional del movimiento estudiantil. Y al decir *entraremos* no hacemos alusión al hecho de ir al Memorial, sino que el análisis del

mismo estará apoyado por la tesis de Cintia Velázquez Marroni, integrante del equipo de curaduría, y la compilación de Álvaro Vázquez Mantecón, curador principal del Memorial. Profundizaremos en el año 2008, ya que la cuadragésima conmemoración ofrece mucho material para analizar. Revisaremos el lugar de la UNAM como patrocinadora del ritual de rememoración, desvirtuaciones que se presentaron (como la opinión *aguafiestosa* de Cuauhtémoc Medina), comentarios de Carlos Monsiváis, documentos apócrifos de otros sectores ex militantes del '68, y dos representaciones masivas del movimiento en dos documentales, uno de History Channel y otro de Discovery Channel.

Iremos de la luz a la sombra, primero con el comentario del libro “Ensayo Sobre el Movimiento Estudiantil de 1968. La Fotografía y la Construcción de un Imaginario”, de Alberto del Castillo Troncoso, uno de los frutos históricos más importantes del movimiento estudiantil. La oscuridad la pondrá la película “Tlatelolco Verano del '68”, objeto de estudio al que le haremos una crítica cortés hasta donde podamos. Todo lo anterior ante el inminente retorno del boomerang que lanzamos al inicio del capítulo.

Los últimos dos apartados del tercer capítulo son el resultado de todo, del recorrido teórico pesado (el cual esperamos haber vuelto ameno y comprensible), y la radiografía hecha al espectro que ha ido dejando el recuerdo sesentaiochero, visto como un proceso de lucha y posterior retroalimentación que merece una nueva problematización. Concluyen tanto el reporte desde la cuadragésima quinta conmemoración, y los valiosísimos testimonios de Rosalba y Leticia Flores Macías.

En el epílogo (porque una investigación como esta no se puede quedar solamente aquí), apoyados por las direcciones de Enzo Traverso y Jörn Rüsen, presentaremos una suerte de parámetros para que investigaciones de este carácter comprueben su funcionalidad, en orden de regresar a la Historia como lo que dice ser, una ciencia social, y reformule su lenguaje para que además de hablar con y por los muertos haga también una interpelación con los vivos.

José Saramago escribió en “Todos los Nombres”; “*Así como la muerte definitiva es el fruto último de la voluntad de olvido, así la voluntad de recuerdo podrá perpetuarnos la vida.*” Hagamos, pues, un acto de voluntad Histórica.

Capítulo I: La Importancia de Cerrar los Ojos por la Memoria.

*Es posible que el antónimo de “olvidar”
no sea “recordar” sino “justicia”.*
-Hayin Yerulshalmi.

Sí se volvió [un tabú], pero yo te lo puedo decir ahora. No te podría decir que en esa época a los doce, a los trece [años] yo conscientemente decía; “no hablo de eso porque es vergonzoso”. No. En mi subconsciente era un hecho vergonzoso, y ¿por qué?; porque en el subconsciente colectivo se volvió un hecho vergonzoso porque ni siquiera “Papá Gobierno” nos explicó qué fue lo que pasó. Entonces fue un hecho del que no hay que hablar, no pasó, “que vergüenza que en México pase eso. No pasó”. Pues sí pasó, claro que pasó...¹

El 27 de Octubre del 2011 la señora Rosalba Flores Macías y el que escribe visitamos la zona habitacional Nonoalco-Tlatelolco, con la intención de profundizar lo compartido semanas antes. La iniciativa de ir a Tlatelolco provino de la entrevistada. La razón de aquella visita nunca fue explicada. Pero era evidente que se necesitaba de una mejor escenografía, o mejor dicho, de introducir en el testimonio al protagonista máximo del recuerdo que la señora Rosalba nos había facilitado. A diferencia de otras investigaciones históricas este caso era una plática “en vivo” con la testigo, sin interlocutores físicos o temporales, además de las emociones y sentimientos de por medio.

Se yuxtapusieron dos tiempos diferentes con dos personas diferentes en un mismo espacio; por una parte la señora Rosalba describía el recuerdo de lo vivido la tarde del 2 Octubre y algunos días posteriores a más de 40 años de distancia; es decir, la descripción de un hecho del pasado reconstruido en el presente. Por obviedad ella representa una de las dos personas; el otro, un servidor, representaba un filtro en formación que en forma de observador y oyente se hallaba en la oportunidad de caminar por un lugar anecdóticamente complejo en la historia mexicana, el lugar donde un levantamiento social cayó en coma y con el tiempo se conectó a la matriz configuradora memorial y política de México.

¹ RFM1. Para citar las entrevistas de las hermanas Flores Macías, indicaremos como sigue: LFM para hacer referencia a la entrevista de Leticia el 14 de marzo del 2014; y RFM1 y RFM2 para las del 1 de julio del 2011 y 27 de octubre del mismo a Rosalba, respectivamente.

AEP.- ¿Cómo encontraste Tlatelolco; qué cambios ves?

RFM2.- Pues me lo encontré muy cambiado, muy cambiado. Yo ya había regresado a Tlatelolco pero no en este plan de recorrer los lugares de los recuerdos del '68. [...] Lo encontré muy desgastado, muy viejo; como feo, descuidado. Muy diferente. Obviamente como ocurre en tus recuerdos infantiles, los espacios son mucho más pequeños [como] yo los recordaba, pero recordé muchas cosas. Ahora, el recorrido siempre te ayuda a recordar cosas que ahí están, pero a la hora que ves un espacio, recuerdas

AEP.- ¿Cómo te sentiste con la modificación del paisaje en el espacio? Porque me comentabas que los arboles no estaban, eran pequeños cuando tú eras niña. ¿Cómo interfieren esos árboles en tu “caminar” por tus recuerdos?

RFM2.- No me permite caminar, y tampoco me permite ver; en mis recuerdos está desde esa terraza la vista perfecta de la plaza. [...] Mi impresión es que ¡me la taparon!. Los arboles me taparon toda la vista. No tengo el recuerdo de que algún árbol me tapara la vista de la plaza. Ahorita todo está cubierto de arboles.

Y además de visitar Tlatelolco por primera vez, se contaba con una persona que había estado allí cuando el acto de agravio fijó una maldición y un trauma que debe problematizarse históricamente. Como lo escribió Carlos Monsiváis en 1970; *“El edificio Chihuahua se erige como un símbolo que en los próximos años debemos precisar y desentrañar, el símbolo que nos recuerda y nos señala aquellos que, con tal de permanecer, suspendieron y decapitaron a la inocencia mexicana”*.²

AEP.- Dices que es un hecho que se debe aclarar y castigar, ¿Por qué?;

RFM2.- Porque murió mucha gente de manera injusta y que seguramente era inocente. Porque esa no era manera de parar ningún tipo de movimiento. Por eso.

AEP.- ¿Cuál crees que sea tu lugar, tu papel en la matanza de Tlatelolco?

RFM2.- Yo soy damnificada, de ese hecho, nunca tomada en cuenta como tal. Pero toda mi familia, todos mis vecinos somos damnificados de esa situación;

² Monsiváis, Carlos. *“Días de guardar”*, pp. 305

nunca nos *pelaron* como tales, nunca nos tomaron en cuenta. Jamás, ni siquiera les importó nuestra opinión de lo que habían hecho en nuestra casa, se fueron a meter a *nuestra casa* [...] Una unidad habitacional, que mis papás habían pagado; un espacio y un derecho donde ahí jugaban niños, no que ahí se metieran tanques, o que ahí se fueran a matar a un montón de chamacos. Entonces, ni una disculpa, ni un “disculpe usted, que le vine a romper su jardinera”.

Encontramos estos extractos de nuestras entrevistas convenientes porque en ellos yacen elementos que el recuerdo memorial del '68 aún no toma en cuenta. (Recomendamos que a partir de éste momento, cuando se nombre algún “faltante” o agujero en la narrativa sesentaiochera no se piense que se la estamos achacando a los sobrevivientes, sino al quehacer académico histórico.) El tabú está definido como la acción de prohibir hacer o decir un determinado, impuesto por ciertos respetos o prejuicios de carácter social o psicológico; la respuesta a la pregunta de si se volvió un tabú corresponde a la necesidad de ser identificada como un tipo de participante del acontecimiento (e internamente seguir combatiendo en una lucha por ubicarse en un paisaje donde ocurrió algo escabroso, es decir la matanza), ya que, como ella misma lo dice, nadie acudió después a esclarecer o explicar lo sucedido. Después, la percepción que la señora Rosalba tiene de los estudiantes muertos como “*gente inocente*”.

Aunque se ampliará en un momento, sólo diremos que el rastreo político del discurso del '68 detecta un giro importante: entre el anonimato que permearon las primeras dos décadas posteriores, y el despegue a la esfera de la legitimación (semi)oficial, el adjetivo sobre los muertos de la Plaza de las Tres Culturas pasó del enojo a la beatificación. A finales de 1987 la Corriente Democrática del PRI (Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Lerdo, Ifigenia Martínez y otros), tratan de cambiar la tradición presidencialista del PRI. El elegido por el presidente en salida, Miguel De la Madrid, es Carlos Salinas de Gortari. La Corriente Democrática sabe que no puede luchar internamente o “por las buenas”, así que su candidato Cuauhtémoc Cárdenas, “hijo del general y nombre mítico”, sale a las calles a mover a la ciudadanía.

El recuerdo del 68 está presente en *“el espíritu, la exigencia de justicia, la reanudación del sueño utópico.”*³ Un año después de la famosa caída del sistema de votos, y los ánimos calientes dentro del PRI y toda la comunidad política izquierdista, nace el Partido de la Revolución Democrática (PRD) En este contexto llega el vigésimo aniversario del movimiento estudiantil; *“La conmemoración del XX aniversario mostró el consenso alcanzado por esta memoria colectiva de corte militante. [...] Por su peso simbólico y capacidad de arrastre social, la rememoración del 2 de octubre también se institucionalizó a la par de la izquierda política.”*⁴ La izquierda rejuveneció al 68, en algún sentido se patrocinaron mutuamente porque ontológicamente, e indirectamente coetáneos, su lucha era social y política, por lo que compartían elementos discursivos que correspondían a los reclamos de sus tiempos.

Las problemáticas contextuales que dieron vida al movimiento del ‘68 no son muy diferentes al ambiente que se vivía 20 o 21 años después. La diferencia radica en la plataforma desde la cual el discurso de denuncia fue emitido. En 1968 las quejas y reclamos yacían sobre terreno peligroso, desde el Estado patriarcal, el control de los medios hasta la situación educativa en niveles medio y superior. A finales de los ochenta, el cúmulo memorial de denuncia se suma a otros reclamos, y otros sectores sociales encuentran un terreno para hacer escuchar sus demandas. Bajo este contexto, la socióloga Eugenia Allier detecta el cambio en el uso de la memoria, pasando de la denuncia/reclamo al elogio. Lo anterior se debe a que si bien el aura del ‘68 era pilar se debía renovar en ciertos elementos narrativos; la “solución” fue tratar de divorciar el termino «movimiento estudiantil del 68» del «2 de octubre», éste último, emblema principal de la memoria.

Ahora bien, para que éste elogio existiera, y leamos con cuidado a Allier, se debe tomar una cierta memorización del pasado, adecuarlo a los requerimientos discursivos del presente y así segmentar su periodización “mayor”. Por eso este nuevo motor de memoria esta constituido por “momentos detonantes”, o mitificaciones, como el bazukazo, la Marcha del Silencio, la toma de Ciudad Universitaria y el Instituto Politécnico Nacional, las marchas, las pancartas, los cánticos, etc. Es decir, un mito constituido con todos los elementos que la narrativa exige. Y ya que el contexto de finales de los ochentas lo

³ Monsiváis, Carlos. *“1968 : la herencia en busca de herederos.”*, pp. 23

⁴ Luna, Daniel. *“Memoria militante: critica de la narrativa sesentayochera”*, pp. 136

reclamaba, la lucha que promovía el movimiento estudiantil se *convierte* en la lucha por la democracia; “el 68 había sido la siembra, el 88 la cosecha”. Todos los símbolos y sus personajes son renovados,

pero las nuevas interpretaciones no sólo se refirieron al movimiento. Con este giro hacia la democracia, los *caídos* del 68 mencionado en los años anteriores pasaron a ser los que lucharon por libertades democráticas [...] Ya no se trata solo de “caídos”, ahora también eran “luchadores sociales”. De víctimas, los muertos pasaron a ser “actores políticos”, “agentes”.⁵

Con esta suma de representaciones o reinterpretaciones, la memoria de elogio rápidamente paso a celebración, o conmemoración legítima. Los personajes y el escenario permitieron al recuerdo reproducido salir de la clandestinidad, porque “*la conmemoración dejó de centrarse únicamente en la represión del gobierno para tomar como eje la acción – es decir lo previo al 2 de octubre- del movimiento estudiantil. [Se volvió] un hito, un parte aguas en la historia nacional reciente.*”⁶ Como lo reflexiona en otro lugar David Lowenthal; “*La función principal de la memoria no es conservar el pasado sino adaptarlo para enriquecer y manipular el presente. [...] Delineamos, simbolizamos y clasificamos el mundo que se extiende en torno a nosotros.*”⁷

Así que cuando la señora Rosalba denomina a los muertos ese día como “gente inocente”, nos remite a la naturaleza extra-política del discurso beatificante que a revestido al 2 de Octubre tal como lo reconocemos hoy día; ella traza una ligadura emocional (dentro de un recuerdo traumático), fuera del reconocimiento directo con ellos, para trazarla con *su-ella* de esa época, es decir una persona inocente. Y de paso algo que ya hemos comentado, la ampliación del horizonte donde debemos entrar, con los otros sobrevivientes y damnificados que quedaron; la gente inocente que vivía en la zona habitacional Nonoalco-Tlatelolco.

La matanza tuvo un efecto parecido en los que la sobrevivieron y eran militantes y la gente, o en éste caso nuestro sujeto en particular, que no tenían ninguna participación.

⁵ Allier, Eugenia. Presentes-pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias publicas del movimiento estudiantil, 1968-2007, pp. 302

⁶ *Idem.*, pp. 303

⁷ Lowenthal, David. “*El pasado es un país extraño*”, pp. 306

Explicamos: la matanza causó un trauma por su naturaleza incomprensible, violenta y totalmente exagerada en sus partes; los sobrevivientes han podido, de alguna forma, expresar su dolor y reclamos de justicia; mientras que la señora Rosalba no ha contado con la plataforma desde donde pueda expresar sus pareceres que, por qué no también, son de dolor y esclarecimiento del hecho. Mario Rufer lo dice claramente cuando habla de los procesos de recuperación histórica en contextos traumáticos postcoloniales; *“Las narraciones o testimonios invisibilizados y los pasados excluidos [son] como claves para releer los procesos históricos, recuperar saberes sociales y episodios no narrados, o narrados desde otras perspectivas”*.⁸

Esto se puede resumir en una sola palabra casi práctica: recuperación. Aquí podríamos profundizar por medio de la teoría la problemática del concepto de recuperación del quehacer histórico, cosa que haremos por supuesto; pero consideramos de mejor sabor y categoría sumar a nuestro marco otro testimonio, el de la hermana de la señora Rosalba Flores Macías, Leticia, y trabajarlos juntos antes de examinar el aspecto teórico. Identifiquemos a los sujetos de estudio (lástima que no exista el femenino para «sujeto»): la familia Flores Macías llegaría de Huamantla, Tlaxcala, al Distrito Federal aproximadamente en 1965. El padre había decidido esto para proporcionarle a sus hijos un mejor ambiente de crecimiento y desarrollo personal y profesional. Huamantla es aún conocido como uno de los municipios más importantes del estado de Tlaxcala, con gran tradición religiosa y atractivo turístico.

Por ende la carga vivencial con la que la familia llegó representaba un contraste con la vida agitada y moderna de la Ciudad de México en los años sesentas. Rosalba, de 9 años, define así un día normal ya viviendo en Tlatelolco:

RFM1.- El día normal era ir a la escuela [primaria] que estaba caminando a dos minutos, regresar [a casa], comer y salir a andar en bicicleta o a jugar en los jardines que estaban alrededor del edificio desde donde mi mamá nos podría vigilar; jugar con mis hermanos pues los juegos de los niños de entonces que no estaban encerrados en un video-[juego] ni en un aparatito concentrados sentados en una sala, sino que salíamos a jugar; escondidillas, andar en la bicicleta y el

⁸ Rufer, Mario. *“La nación en escenas: memoria pública y usos del pasado en contextos poscoloniales”*. Pp. 58

bote pateado y los juegos de entonces de los niños [...] Entonces era nuestra rutina, jugar en los jardines, andar husmeando en los edificios contiguos, a ver qué hay allá, qué hay allá y escondernos, pero jugar los juegos más sanos que te puedas imaginar ahí. Eso era.

Leticia, de 18 años, trabajaba en la empresa Drogeros S.A., un distribuidor de mayoreo de medicinas, y así ayudaba con los gastos de la casa. El testimonio que ella nos proporcionó fue más directo, y desde un principio dejó asentada la importancia que el 2 de Octubre tuvo en su vida: LFM.- *“Para mi sí es un trauma. Yo voy a hablar únicamente de mi, de mi percepción. Porque obviamente la percepción del ser humano es diferente de una a otra [persona].”* Como es de suponer, los hilos que tejen la narración de la señora Leticia son más complejos que los de su hermana, ya que con 10 años más que ella el acontecimiento significó más un afronte a los valores aprendidos y aplicados en un contexto adolescente-laboral, que un contraste consciente y lógico infantil como el de su hermana.

También es interesante que antes de narrar su experiencia durante la matanza explique indirectamente el por qué ésta fue traumática;

LFM.- De acuerdo a como tu fuiste educado, desde tu casa, desde tu formación, se siguen patrones de conducta. Entonces si en la casa hay violencia, obviamente tu lo ves casi natural. [...] Entonces nosotros vivíamos muy a gusto, muy tranquilos; era una unidad formidable, maravillosa, que yo no he vuelto a encontrar otra igual como Tlatelolco. Mi madre dice que la mejor época de su vida fue Tlatelolco. Obviamente hubo un Tlatelolco antes y un después. Entonces si yo me guío por mis experiencias [estas] me dicen que yo tuve una educación maravillosa, que [el matrimonio de mis padres fue muy] estable, un matrimonio –creo yo–, casi único porque fueron un ejemplo en cuanto a valores, en cuanto a principios. Te puedo decir que yo jamás vi pelear a mis papás [...] Yo no conocía el pleito entre los seres humanos; cuando yo veía a dos personas pelear, que se golpeaban, me asustaba mucho, ¿por qué?, porque *yo no estaba acostumbrada a la violencia.* (Las cursivas son nuestras)

1.1.- Conociendo el trauma: una conversación.

Tomemos con una mano el subrayado, y con la otra leamos el otro reflejo de las hermanas Flores Macías: en la primera entrevista se le preguntó a Rosalba qué observación tenía de las primeras manifestaciones en Tlatelolco, o para ser más específicos en la Plaza de las Tres Culturas. Desde su horizonte de observación, una niña de 9 años, su interpretación fue un contraste con la práctica por excelencia de cualquier niño, el juego, y en el caso particular del testimonio de Rosalba, en dos formas, una exterior y la otra una representación de esa misma otredad:

RFM1.- Les llamábamos, granaderos, y para nosotros eran, los granaderos, los estudiantes. Ese era el juego: “Vamos a jugar, ¿a qué?, ¡granaderos contra estudiantes!”, ¿sí? Eso se volvió *El Juego*, de todos los niños de ahí; “¿ahora tú que eres?, estudiante. Ahora era yo granadero. Ese era el término para nosotros. Cada vez que escuchábamos los balazos, y que estábamos en casa, corríamos a la ventana, porque era muy divertido, para nosotros, ver como se dispersaba la gente asustada, no comprendíamos lo que estaba pasando, solo nos daba risa, desde el quinto piso donde nosotros vivíamos [ver] a la gente como se dispersaba, pero como hormigas corrían y saltaban por entre los jardines, era muy divertido. Y nos amontonábamos en nuestro balcón –nuestras diversiones ¿no?, que feo–, bueno en la ventana, y todos encimados nos reíamos porque veíamos a las hormiguitas correr, estábamos acostumbrados a eso, sonidos de balazos y hormiguitas correr. [...] De repente todos se dispersaban, entonces se acaba el espectáculo, “ya bájate ¿no?, se acabó la película”. Pero esta ocasión fue diferente.

Esto por una parte es el inicio de la construcción testimonial de la más pequeña de las Flores Macías; por otro lado, Leticia que tiene una carga de observación diferente, rica por igual:

LFM.- Se comienzan a dar lucecitas rojas. Había una preparatoria frente a [la Plaza] de las Tres Culturas, y los muchachos empezaban a hacer sus alborotos. Y de repente empezaron a crecer, a crecer y crecer, y cuando nos dimos cuenta

ya llegaban granaderos a resguardar la unidad [Nonoalco-Tlatelolco]. Nosotros vivíamos en un quinto piso; en el sexto había una terraza muy grande en la que nos asomábamos para ver qué pasaba. Y a mi algo que me indignó mucho fue ver a los policías parados todavía no tenían los escudos –lo único que tenían era la macana–, pero no se movían, y los muchachos llegaban y les escupían, les aventaban piedras, los insultaban, los provocaban de alguna manera. Y para mí eso ya era violento. Entonces yo me formé una mala idea del estudiante que estudiaba en esa escuela; según yo muy “crítica”.

Mi papá siempre se iba a sentar a las escaleras a oír [los mítines] y regresaba y nos daba la nota. Como que nos criaron en una burbuja, todo era rosa, no lo sé... Mi papá decía; “esos son agitadores”.

Los foquitos rojos se fueron encendiendo a tal medida que cuando anunciaban que iba a haber un mitin pedíamos permiso en nuestros trabajos, y nos refugiábamos en casa a las 3 de la tarde. Estas manifestaciones era a las cuatro-cinco de la tarde aproximadamente. Ese día, [2 de octubre], yo no sé por qué no supimos que iba a haber manifestación. No lo supimos...

Con la mano que nos ayudó a leer este extracto ahora agarrémoslo, y sin más sumerjámonos en algunas definiciones teóricas que nos ayudarán a partir de aquí a comprender mejor el porqué tanto interés y alboroto por validar fragmentos del pasado de esta naturaleza, y de paso ir aclarando algunas cosas presentadas líneas arriba. Dominick LaCapra, uno de los teóricos del trauma en la Historia más importantes hoy día, encontró una forma muy simple de presentarnos algunas definiciones del concepto de experiencia. Tomó el diccionario y extrajo algunos significados; experiencia = a) *“el hecho de ser sujeto consciente de un estado o una condición, o de ser conscientemente afectado por un acontecimiento. [...] Un acontecimiento que afecta al sujeto.”*⁹

Esto significa que una persona sujeta a un acontecimiento lo procesará y almacenará como algo más que un simple recuerdo pasado, transformándola en un acontecimiento decisivo en su vida, que ratifica y define su existencia. Por lo general una experiencia traumática nace de un evento provocado o accidental, de ahí que se rompa la cotidianidad e impacte al sujeto porque es ajeno y extremo a su contexto habitual.

⁹ LaCapra, Dominick. *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica.*, pp. 64

Y porque nuestro interés en todo este asunto es principalmente histórico, una experiencia traumática individual se problematiza al ser parte de un evento público, es decir una experiencia social, un episodio –sin pensar ahora en sus patrocinadores–, histórico, o sea el movimiento estudiantil de 1968 y lo que significa. El diccionario de Oxford define de ésta otra forma la palabra *experiencia* entendida desde un orden colectivo; “*los acontecimientos que han ocurrido y son de conocimiento de un individuo, de una comunidad o de la humanidad en su conjunto, ya sea durante un periodo determinado o en general.*”¹⁰ Esto amplía el espectro de lo que puede ser una experiencia, la lanza a la historia pública. A esta operación habría que agregar el traspaso, o herencia, del acontecimiento. Un pasado traumático se extiende, y por ende afecta a los múltiples futuros que se creen basados en parte por él.

Siguiendo el método de LaCapra, nosotros tomamos también un diccionario y buscamos la palabra «trauma»: “*Choque o impresión emocional muy intensos causados por algún hecho o acontecimiento negativo que produce en el subconsciente de una persona una huella duradera que no puede o tarda en superar.*” Una segunda definición sería: “*Daño o lesión [medica / física]*”.

AVISO: ahora entablaremos una conversación entre los dos testimonios, un saque y un servicio entre dos partes de guerra, ya que nuestra intención no es repetir otras descripciones (también valiosas, también importantes), del 2 de Octubre. Intercalaremos pues los testimonios de las hermanas Flores Macías, apoyados ya en algunos apuntes teóricos, para que desde ésta forma que es la escritura, nos transmitan en la medida, cantidad y calidad (cuestiones que dependen de quién lee), su experiencia:

RFM1.- En primera, no había adultos, *tabamos* solos, chiquillos, sin saber de qué se trata, ni que está pasando, ni que puede pasar, ni cuál es el peligro, nada. Solitos. Obedientitos, mami no está, no sales hoy. No salimos, [nos quedamos] encerrados en casa. Empiezan los balazos, *fuh, fuh, fuh*, algunos estábamos viendo tele, algunos oyendo música, [...] empiezan los balazos el 2 de octubre, *tamos* solos, nos amontonamos en el sillón, no hay nadie que nos diga, “bájense”; pues estamos todos encimados, *brincoteando*, ¡felices!, felices porque era una diversión: “¡otra vez las hormiguitas!”. Y los chiquitos que no

¹⁰ *Idem.*, pp. 66

entendían; “¡hormiguitas, hormiguitas!” se subían todos asomados, hechos bola en la ventana, ¿sí?

LFM.- Yo, como siempre salía [de trabajar] como a las cinco y cinco y media y llegaba a la casa como a las 7. Entonces cual va siendo mi sorpresa que cuando voy regresando desde el camión se oía el *ta-ta-ta-ta-ta*; pero bueno uno esta acostumbrada a ver eso en películas, en series, pero tu nunca te puedes imaginar si quiera que alguien le pueda dar un balazo a otro [...] Entonces cuando el camión va llegando a Tlatelolco se desvía y nos bajan justo donde está el parque, en la otra esquina de Relaciones Exteriores.

RFM1.- Ya estaba toda la gente preparada para disparar, ya estaban disparando, ya no eran balazos al aire, eran disparos a la gente; pero nosotros no nos damos cuenta. Empezamos a ver que empieza a correr la gente por entre los jardines, [...] empieza a correr hacia el edificio Nuevo León que se cayó en el terremoto, hacia [la calle] Reforma para poderse escapar.

LFM.- Nos empezamos a internar en el parque, porque éramos bastante gente, y la hora que vamos por un pasillo seguíamos oyendo muchos... pues era metrallas, balazos, y te empiezas a asustar, ¿no?, dices ¿qué está pasado? Nunca, nunca, te puede imaginar lo que vas a alcanzar a ver; cuando de repente vemos mucha gente que viene corriendo hacia nosotros, y veo soldados atrás de ellos correteándolos.

RFM1.- Entonces empieza a correr la gente, pero, la gente empieza a caer herida, y no nos damos cuenta que están heridos, todavía no tenemos eso en la cabeza, solo vemos que empiezan a caer; eso no pasaba, se resbalaban y se caían, pero seguían corriendo las hormigas; ahora las hormigas se caen y ahí se quedan, y las arrastran, y las jalan.

LFM.- Esa fue mi primera impresión, ver a los soldados correteando, no los venían matando, sino simplemente los querían atrapar, no lo sé. Entonces nosotros nos damos la vuelta y a correr, igual.

RFM1.- Y nosotros, no comprendemos que pasa, sólo sabemos que es algo más fuerte, porque hay mucho grito, mucho grito, mucho grito...

LFM.- Yo me meto a una calle –posiblemente un pasillo dentro de la unidad–, y veo que están bajando las cortinillas y me clavo en la cortina, o sea apenas alcancé a clavarme y la cierran. Mi mayor susto es cuando veo que es un taller mecánico y veo como a seis hombres, y yo solita; entonces los veo y, entre el

susto de lo de afuera y el susto de adentro, me puse a llorar. Me había asustado mucho. Y me dijeron, “no se preocupe, señorita, no le va a pasar nada, aquí la vamos a proteger.” Y yo lloraba y lloraba. Entonces le dijo, “¿me puede prestar su teléfono? Es que no sé que está pasado. Yo todavía ingenua no entendía qué pasaba. Hablo a mi casa y lo primero que me dicen es que “hay una balacera muy fuerte, esta esto muy feo”...

RFM1.- Hay una preocupación en nosotros: la muchacha que nos ayudaba, Alicia, la mandamos al pan con uno de mis hermanos; [la panadería] queda enfrente, enfrente, de la Plaza [de las Tres Culturas]. Empieza todo esto y decimos; “Ihhh Alicia se va a asustar y se va a regresar”, no sabe que esto así es y no pasa nada. Entonces, Alicia y Ernesto se fueron al pan y no han regresado, esa es la preocupación. Empiezan a caer personas y a quedar tiradas en el suelo. Todavía no comprendemos que eso es peligroso.

Estamos en el brincadero y entra un balazo a mi casa, por la ventana, encima de [nuestras cabezas] pasa por el techo, rayando todo el techo, y se clava en una pared, pero levanta una nube de polvo tremenda y se oye el impacto en la ventana. No se quiebra [el vidrio] sólo se hace un hoyo. Entonces empiezan los chiquitos a gritar; “¡Una bomba, una bomba!”, no sabemos qué es; ese es nuestro despertar de la inocencia a lo que es la vida, en esa pared, en ese momento que entró el balazo. Porque te das cuenta que es peligroso, que te puedes morir que algo está pasando afuera y que ya no es un juego.

Mi hermana mayor nos baja a todos, y empezamos a pensar, es una bomba, guerra –no teníamos otra referencia–, guerra = muerte. “Sí se lo están mandando [el disparo] a otro [otra persona], ¡no es juego!” En lo que te cae el veinte, que no te cae en ese momento porque en ese momento estás pensado, “mi vida, mi papá, ¿qué está pasando?”, ya te empiezas a preocupar. Lo primero que hace mi hermana es hablarle a mi papá a su trabajo, nos baja [del sillón], nos mete a un baño, la casa en nube. Pero nos escapamos, nos volvemos a asomar a la ventana, y empezamos a ver que está cayendo gente herida, herida, herida, arrastrados, muchos, muchos, muchos, muchos... No son unos delincuentes, no son dos peleándose, no es una balacera con unos policías y los ladrones que están adentro del banco, no, es mucha gente, chavos que corren y corren y corren con cara de angustia y tu los ves correr y correr desde un quinto piso, y balazos y balazos... Y asomados diciendo “¿dónde está Alicia y Ernesto?”.

Cuando una experiencia traumática social es reprimida, y peligra por caer en olvido, su reminiscencia y repetición se vuelven automáticos, ya que “*uno de los rasgos desorientadores o disruptivos del trauma y el síntoma postraumático, es que son experiencias fuera-de-contexto*”.¹¹ A pesar de ser hermanas y vivir en la misma casa, ambos polos sirven para entender la amplia gama de polaridades que un evento puede provocar. Los dos son una suerte de adelantos para darle el rasgo traumático a la experiencia que produjo ser testigo, y de alguna forma partícipe, de la matanza. Por un lado, el adelanto que Leticia nos da del porqué su experiencia fue traumática se basa en la dicotomía entre un ambiente al que ella recurre mucho, como el tipo de matrimonio que vio en sus padres y la incompatibilidad que esto produce cuando presencia algo violento, como una pelea. (Esto se “revolucionará cuando llegemos a leer las partes testimoniales de lo ocurrido días subsecuentes al 2 de octubre.) Mientras que Rosalba interpretó algo totalmente ajeno a su contexto familiar por medio de una analogía práctica como lo era un juego de niños. (En éste caso, veremos como lo que siguió al hecho representó una coyuntura en su cotidianidad de niña y permeó en su percepción del mundo a partir de entonces.)

LFM.- Cuando logro ponerme en contacto con mi casa, me dicen que se soltó una balacera, que está horrible...

RFM1.- En un momento en que mi hermana está tratando de localizar a mi papá, “¡Bájense. Niños no se trepen ahí y métanse al baño!” [vemos, desde otro edificio,] –la muchacha llevaba un suéter color amarillo pollo–, y de pronto veo color amarillo pollo recargado en la pared del edificio, así recargada con Ernesto, mi hermano el chiquito, y muchas otras personas, y las tienen encañonadas... gente vestida de, los llamábamos granaderos, y nos damos cuenta que no estaban encañonados, estaban custodiados; los sacaron de la panadería, donde muchos estudiantes se habían metido a refugiar, donde estuvo mi hermano –que se refugió debajo de las charolas del pan con las pinzas en las manos, que no soltaría como en tres horas–, los policías sacan a todos de la panadería y les preguntan “¿de dónde son?”, y van diciendo, “de edificio tal, edificio tal”. No iban a matar habitantes de ahí, iban a matar estudiantes.

¹¹ *Idem.*, pp. 69

LFM.- ...y me dicen que la muchacha y Ernesto fueron al pan y que no habían regresado... Yo oía ambulancias, y supuse que su hermano podría estar en alguna de ellas. Ya que todo se calmó, me dice un chavo que estaba ahí, “vámonos, vámonos, corriendo, yo te saco de aquí, te puedes ir a dormir a mi casa”. ¡Imagínate [eso] para mi mentalidad! O sea todas esas experiencias que vas viviendo son muy fuertes. Aparentemente pues le dices “no” al chavo y ya, [pero] no, era o te matan o te refugias. Se me olvidaron todos los nombres de mis familiares, se me olvidaron todos los teléfonos, no sabía a quién acudir. ¡No sabía a dónde ir!

RFM1.- Entonces nuestra preocupación son Alicia y Ernesto; otra vez que me subo [al sillón], ya no veo el suéter amarillo pollo, ni todas las personas. No supimos de ellos hasta las diez de la noche. Mi hermana logra hablar con mi papá y [éste] le dice; “enciérralos en el baño y voy para allá.” Nos encierran y oímos disparos, no nos permitieron volver a asomarnos por la ventana.

Mi papá llega cuidado por los “granaderos”, porque cuando él llega le dicen; “esta sitiado Tlatelolco. –Tengo a mis niños ahí y mi esposa no está. –¿Dónde vive? –Pues en tal lado –Su identificación. Véngase conmigo”. Y un granadero lo lleva hasta las puertas de la casa. Yo recuerdo de esa noche mucha alarma, miedo en la casa, llegó una hermana, luego otra hermana igual que mi papá identificándose, los granaderos llevándolas a la casa. Así llegaron todos, menos una...

LFM.- Finalmente me saca este chavo y ahí me tienes corriendo por todo lo que es La Lagunilla, llegamos hasta avenida Hidalgo: sus papás lo regañan, qué en dónde estaba etcétera; cuando lo están regañando yo me escapo y me voy solita corriendo por avenida Hidalgo y subo hasta Reforma. [...] Para esto ya eran como las 11 de noche. Y yo me veo, hasta la fecha, corriendo llorando por esa avenida de la lagunilla; desesperada sin saber qué hacer, sin saber qué pasa con mi familia, sin saber qué está pasando, si me estoy volviendo loca porque correr de esa forma como corrí yo era muy miedosa, finalmente provinciana apenas llegada al DF, corriendo por esas calles oscuras y peligrosas... ahora sí que fue un trauma, fue horrible.

RFM1.- Toda esa noche estuvo muy triste; balazos, balazos, balazos, balazos. Primero nos cortaron el teléfono, luego el agua y luego la luz. Luego nos enteramos porque muchos estudiantes se metían refugiados a los departamentos

y la gente les echaba agua caliente a los policías. No sé, algo así decían... Y todo cerrado. Nos escapábamos de las guardias de los adultos para irnos a asomar a un piquito de la ventana. En un momento en la noche, yo recuerdo que yo me asome, y vi un tanque, y no lo podía creer. Dije, “eso sí es guerra, si es un tanque hay guerra”. ¿Cómo metieron un tanque arriba de la Plaza? No lo comprendía. Esa es una imagen de esa noche; el tanque y mucha tristeza y depresión.

Más noche nos duermen en el suelo, bajaron los colchones, para que no estemos a la altura de las ventanas. Recuerdo que quedó establecido que eran granaderos contra estudiantes, que había habido un pleito entre ellos. Para nosotros eso era. Media noche, están asomados en esa ventana donde entró el balazo, los adultos de mi casa, observando lo que está pasando en la Plaza, porque estaban llegando camiones, grandes, donde estaban aventando como costales a los muertos; uno, otro, otro, otro. Toda la noche limpiaron. Al otro día que despertamos sí amaneció todo embarrado y oliendo a muerte pero no había cuerpos; se los llevaron. Entonces estaban eso, como aventaban a los muertos que iban recogiendo de la Plaza y de todos los lugares porque además a cada rato oías, *taca-taca-taca*, porque abrían algún departamento y si encontraban estudiantes los mataban. Estaban revisando todo. A mi casa también llegaron, pero puro chamacos, mi papá identificado como empleado federal ni se metieron a revisar. Pero en la mayoría de los departamentos entraban, revisaban y si encontraban estudiantes escondidos los mataban. Eso lo supimos después...

Media noche, todos como chamacos están, incluyendo a mi papá, hincados en el sillón asomados por la ventana viendo que está pasando. Regresa la luz, pero está todo apagado. Mi hermana mayor, histérica en un sillón diciendo, “¡Bájense, va a entrar un balazo, los van a matar! –Cállate que nadie nos ve, no está pasando nada. –¡Que si, ustedes no saben, hay un tanque, pueden disparar y deshacen toda la casa! –¡No, no pasa nada! –¡Al menos agachen las cabezas, porque de seguro se ven desde lejos sus cabezas!. Mi papá dice “está bien”, y en el momento [que se agacha] entra otro balazo... claro que los estaban viendo, claro que veían sus [siluetas], ¡claro, pues era una guerra! El balazo –el otro entró por el marco–, entra por en medio de la ventana. Mi hermana hace un escándalo, todo oscuro, no sabemos qué pasó, no podemos prender la luz, a mi hermana le da un ataque de histeria, mi papá la cachetea para que se calme y un

amigo de mi hermano –que se había quedado ahí en el departamento, ya no pudo regresar a su casa–, dice, “siento caliente el ojo. -¿Aún tienes el ojo? –Si, pero lo siento como caliente, creo que tengo algo, sangre... oye sí tengo sangre en el ojo. –Pues a ver vamos a ver, tenemos un cajón con medicinas en el cuarto donde están durmiendo mis hermanas. ¿Qué te doy? –Pues no sé, dame un algodón con algo, porque me está escurriendo sangre. –No le vayas a decir a mi papá y a mi hermana que tienes sangre porque se van a asustar. –Está bien no les decimos pero vamos. No veo, ¡aunque sea algodón con agua oxigenada! - Préndeme tantito la luz para que vea, y luego la apagas. [click-click del interruptor] –No vi bien, vuelve a prender. [click-click]. ¡Otra vez!, [click-click] y otro balazo... ¿Tu crees que íbamos a dormir?

LFM.- (Leticia logra llegar al departamento de unos tíos que también vivían en Tlatelolco, pero muy lejos de la Plaza)

El teórico alemán Jörn Rüsen analiza también el trauma ya aplicado como problema tipológico dentro del orden histórico, como una disyuntiva grave en el orden de hacer Historia. Para él el trauma por el hecho de ser intransferible, como todas las experiencias humanas individuales, es una crisis total en el idioma de las representaciones. Es a) en sí un marco destrozado y b) una crisis catastrófica en la narración. Ahora bien, la crisis tiene tres niveles de repercusión; la crisis normal, una interrupción en el proceso de trabajo (o *working through* freudiano), una crisis crítica, que espera y ayuda a concebir el desarrollo de nuevos paradigmas de representación y significación. Y la crisis catastrófica en sí, que es el desconocimiento total del lenguaje y una ruptura total entre éste y la lectura del pasado.¹² Estos tres tipos de crisis, traumas en sí, nacen, ampliando la definición de Domick LaCapra, de una experiencia transgresora, que pone en jaque a los distintos tipos de narración histórica de cualquier acontecimiento, ya que, y éste es uno de los engranes más fuertes en la intención del presente escrito, es contraponer memorias (discursos), establecidas del '68 con un nuevo corpus testimonial; el de la gente que vivía ahí.

Al compartir referencias en común, como un ambiente tranquilo intrafamiliar, la continuidad de lineamientos cotidianos y una herencia en los hábitos y costumbres pueblerinas, la experiencia sería traumática porque representó un contraste, o como dice

¹² Rüsen, Jörn. “*Tiempo en ruptura*”, pp. 275-6

LaCapra una *descontextualización* de alto calibre a lo que ellas estaban acostumbradas a vivir, ver y sentir.

Vivir, ver y sentir. Sentir, ver, vivir: al inicio de esta tesis hablamos del hilo de definiciones que tendría, donde la Historia, la memoria y el olvido cobrarían una importancia conceptual relevante. La cosa se pondrá brava; abordaremos el Memorial del '68, los reportajes de algunas de las conmemoraciones más representativas en el haber del recuerdo del '68, las representaciones cinematográficas, las nuevas perspectivas y puntos de análisis, tropos de referencia temáticos en otros contextos históricos, etc. Obviamente iremos y vendremos con los testimonios de las hermanas Leticia y Rosalba muchas veces más. Ya con el primer clavado que nos dimos en el esbozo de la definición de experiencia traumática de las hermanas Flores Macías no debemos vacilar en reevaluar palabras y concepciones que malamente damos por sentadas en nuestro quehacer académico.

Abriremos un apartado donde nos complicaremos un poco la vida, donde rastreamos una amplia terminología para por fin conseguir las herramientas y los utensilios que nos permitirán unir el '68 como acontecimiento “histórico” con los testimonios de las hermanas Flores Macías, que hemos denominado como un olvido vivo.

Por esto es pertinente abordar un buen compendio de definiciones y conceptos teóricos, donde ya podemos arrancar con lo que es memoria, historia y olvido (el orden de estos factores sí altera el producto), de los que se desprenden cuestiones como testimonio, trauma, identidad, uso y abuso de cualquiera de los tres conceptos principales, duelo, conmemoración, repetición, interpretación y reinterpretación, etcétera y más etcétera. Si hay un fin, y también se comentó al inicio, es poner a discusión cómo se hace Historia en México y qué tipo de conocimiento produce, por qué las prácticas no van mucho más allá del archivo donde las –famosas–, fuentes primarias y secundarias son colocadas de manera ortodoxa en un cuadrilátero donde se podría tener una mejor pelea, un encuentro más provechoso.

No podríamos continuar sin estas definiciones y su problematización dentro de nuestro tema de estudio. Aquí es donde el círculo que pretendemos trazar al cuestionar históricamente un episodio complejo de nuestro pasado reciente se convierte en una espiral dinámica entre epistemología, metodología y teorización. Incorporaremos elementos sobre

el '68 y de nuestras entrevistas, para que con el compendio teórico ahora sí naveguemos por nuestros tres estadios históricos Empezaremos con «memoria».

1.2.- Memoria.

Existe una fotografía emblemática, tomada el día 3 de Octubre, desde uno de los departamentos del edificio Chihuahua:



Imagen tomada de “Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968. La fotografía y la construcción de un imaginario”, por Alberto del Castillo Troncoso, pág. 296.

Acuñaada al registro fotográfico de los Hermanos Mayo, consideramos esta fotografía como el perfecto ejemplo de lo que pretendemos poner sobre la mesa aquí: se alcanza a ver la parte trasera de la iglesia de Santiago, una sección de la Plaza de las Tres Culturas, la zona arqueológica y otros edificios que comprenden la zona habitacional. El acceso a esta vista es por medio de una ventana dañada por al menos 4 incrustaciones de bala. Dentro del departamento... bueno, no sabemos quien vivió, o si alguien siguió viviendo ahí. Si pensamos en el espacio desde donde se tomó la fotografía, rápidamente saltará la pregunta de qué pasó con las personas que vivían ahí, cómo vivieron los

acontecimientos que comprendieron la matanza y qué pasó con ellos después del 2 de Octubre.

Se dice que la confianza es como un espejo, se puede quebrar y luego reparar, pero siempre se sabrá donde están las cuarteaduras. Lo mismo pasa con la cotidianidad de nuestras vidas; sabemos qué hemos hecho y qué hemos vivido, qué nos han dado y quitado los *otros*. Donde están, en nuestros recuerdos, los episodios de gracia y desgracia. En la mayoría de las ocasiones, más los segundos que los primeros. Desde nuestro estado de gracia o confort (desde donde se tomó la fotografía), estamos bien, cómodos; luego del exterior proviene algo que al quebrar nuestro filtro con el que nivelábamos nuestra existencia con lo otro (la ventana), se nos quita algo intangible, inmedible, innegociable; nuestra tranquilidad, paz y (por qué no), felicidad. Ya no nos sentimos mas en nuestro estado de confort, el mismísimo exterior ha entrado a nosotros, a través de nuestro espacio inmediato y privado, de una forma lastimosa y violenta. Sin pedir permiso se estaciona, se enraíza, se queda.

Podemos salir del departamento, ir a vivir a otro lugar. Pero aquí el ser humano marca una de sus grandes y trágicas diferencias con las máquinas o cualquier otro ente. Cuando a una computadora se le infecta todo su software deja de funcionar; cuando a un automóvil se le poncha una llanta ya no puede seguir; si a un refrigerador se le quiebra el sistema de enfriado se vuelve inservible. Pero el ser humano puede dejar una hebra de sí enredada en la rama de un árbol, o debajo de una piedra que le cayó encima y la atrapo y seguir caminando, continuar moviéndose. El impacto, el shock, el trauma que cause el espanto de aquella trampa determinará si seguimos en línea recta o en zigzag, si nos tambaleamos o nuestro rumbo es accidentado. Pero no importa la forma, y el ser humano el afectado, el traumatizado se mueve y mueve, y esa comisura continua desenredando algo de nosotros, no vamos con él, él se queda con algo de nosotros.

Freud decía que nuestros dos primeros traumas son el salir de la matriz y el destete; es común escuchar de personas que han pasado por una experiencia traumática decir que ésta fue como una especie de nacimiento. Otro nacimiento, otro trauma. Los primeros dos pueden no ser tan nocivos para el desarrollo y la vida del humano. Además muchos otros factores juegan para el desenvolvimiento de esas consecuencias. Pero el “sobrevivir” a una experiencia traumática ya en estado de amplia consciencia (es decir a una edad donde el

habla, el razonamiento, el entendimiento, etc.), significa una ruptura con todo lo que hasta entonces conocíamos, y nuestra capacidad de reconocimiento de cosas nuevas sufre una terrible sacudida. Nos podemos volver una videocasetera Beta tratando de proyectar un DVD.

Porque nuestro horizonte de comprensión es histórico, no nos meteremos tanto en cuestiones psicológicas (opción que la Historia verdaderamente debería empezar a tomar en cuenta no solo para explicar lo que estudia, sino para explicar a los que estudian el pasado), ni sociológicas, antropológicas o lingüísticas. Nos diferenciamos también de no estar tan interesados con hablar con los muertos, no buscamos *la verdad* de la matanza del 2 de Octubre. Hablaremos con los vivos, en éste caso con dos mujeres vivas.

Así que, de manera extraoficial, ésta tesis trata desde algún punto antes del 2 de Octubre, y termina en el momento en que éste escrito quede terminado y aprobado. (Y yo en una suerte de escribano, como José del libro Todos los Nombres de José Saramago, “navegando” entre las corrientes de lo que está y no está.)

1.2.1.- La mirada nuclear de Paul Ricœur.

Tomamos en primer orden a la «memoria», para pasar a la unión entre «Historia / Olvido», esto se debe a que, a nuestra percepción, es el orden que constituye la operación de elaboración del pasado en el caso que estudiamos. Hay una cuestión que pareciera se está pasando por alto, y es que la presente tesis no ha hablado de una hipótesis o algo semejante. Si hay algún orden es lo dicho tres líneas arriba. Esto se debe a que Paul Ricœur abre su última y monumental obra “*La memoria, la historia, el olvido*” con una propuesta reflexiva totalmente interesante. A pesar de ser un filósofo consumado, Paul Ricœur le dedicó su último aliento a reflexionar de manera muy profunda y compleja el quehacer de la Historia.

Se trata de redefinir el origen de cualquier planteamiento reflexivo de esta ciencia; partiendo de su bagaje filosófico, plantea fenomenológicamente dos preguntas que de jalón contrarrestan aquellas que ortodoxamente hacemos como ¿Cuál es la verdad?, o, ¿Qué pasó realmente? (preguntas que regresan al capricho insistente de la Historia por dar “resoluciones” como lo hacen las ciencias duras), a, “¿de *qué* hay recuerdo? y ¿de *quién* es la memoria?” El porqué de este cambio está mas allá de una cuestión discursiva, de hecho

su índole es complejamente filosófica; el recuerdo es la imagen de algo visto o sentido, grabado en el plano neuronal que podemos llamar aquí memoria. La forma en como fue grabado el recuerdo se debe a una suerte de circunstancias anteriores a él (por ejemplo cuando Leticia comenta que no estaba familiarizada con la violencia, el grabado que se hizo en ella partió de los parámetros vivenciales con los que tenía amplia comunicación y empatía. Mientras que Rosalba almacenaba los episodios de las “hormiguitas” contraponiéndolo con una práctica cotidiana.) Y posteriores a él, es decir, la operación de *acordarse* mediante un proceso de rememoración como lo fueron las entrevistas. Ya que hay un antes y un después del recuerdo, Ricoeur lo ve como una especie de sujeto histórico por dos razones principales; a) contiene un tipo de información que va más allá de lo factual o comprobable, y b) está relacionado con un acontecimiento de índole comunal, social, o sea, más personas que la que lo narra, lo vieron.

Pisemos más fuerte: ¿no se supone que ésta doctrina es la regla de rigor no escrita en el quehacer histórico, abordar hecho, por medio de sus fuentes (vestigios factuales), con un ojo crítico que lo contextualice gracias a lo ya dicho sobre él? Ricoeur nos responde antes de que nos demos cuenta de la problemática: abordar el *que* antes del *quien* nos ahorrara, o mejor dicho salvara, de la confusión teórica que causa abordar a la memoria desde su aspecto cuantitativo, es decir, si la memoria es individual o colectiva. La confusión en cuestión se debe entender como una falla epistemológica del tratamiento a la memoria. Si retomamos la definición que hace el autor del recuerdo, este se mantendrá inodoro, incoloro y sinsabor hasta que se le estudie como memoria en sí. La *mneme* (el recuerdo como simple escena del pasado), es algo que sencillamente aparece de forma pasiva, etérea; para la *anamnesis*, es ya el recuerdo trabajado como memoria misma, o un recuerdo que la memoria guarda, clasifica y recolecta para una consciencia del tiempo interno.¹³

Esta es la introducción ricœuriana de recuerdo-memoria, con su advertencia teórica. Ahora bien, ¿cómo librarnos de la confusión? Después del qué y el quién debemos colocar un ¿cómo? Paul Ricoeur apunta; “*acordarse es tener un recuerdo o ir en su búsqueda*” (el destacado es nuestro): si la labor científica de la historia ha sido buscar y reconstruir un pasado sustentado en las fuentes memoriales tangibles e intangibles, entonces habríamos

¹³ Ricœur, Paul. “*La memoria, la historia, el olvido.*”, pp. 19

que cuestionarnos ¿Cuánto nos hemos acercado al pasado y *cómo* hemos interpretado lo encontrado en él? Y si el peso de lo tangible ha suprimido lo intangible, ¿existe la preocupación por legitimar al recuerdo memorial como fuente de conocimiento histórico y *cómo* lo sustenta? En pocas palabras, para pensar en la memoria como una fuente de conocimiento hay que iniciar por el qué, reconocer al quién y hablar del cómo.¹⁴

Antes de hablar enteramente de memoria hay que dar una representación sencilla pero total de lo que es un recuerdo. Recurriendo a los griegos (otra fuente inacabable de conocimiento y reflexión), encontramos la metáfora entre Sócrates y Tetero y un cubo de cera. Esta dice así:

Sócrates: Concede, entonces, en atención al razonamiento, que hay en nuestras almas un bloque maleable de cera: en unas personas, menos en otras; de una cera mas pura para unos y mas adulterada para otras; unas veces, mas dura, otras, mas blanda, y en algunos, en el término medio. Tetero: Lo concedo. Sócrates: Pues bien, digamos que es un don de Memoria, la madre de las Musas: aquello de que queremos acordarnos de entre lo que vimos, oímos o pensamos, lo imprimimos en este bloque como si imprimiéramos el cuño de un anillo. Y lo que se imprimió, lo recordamos y lo sabemos en tanto su imagen (*eidolon*), permanezca ahí; pero lo que se borre o no se pudo imprimir, lo olvidamos (*epilelesthai*), es decir, no lo conocemos.¹⁵

La ejemplificación es simple: cada uno de nosotros y nosotras contamos con un lienzo maleable, algunos más fuerte y resistente que otros, sobre el cual se plasman las imágenes que produce el mundo exterior; es gracias a la Musa de la Memoria (nuestros cinco sentidos y su óptima condición), que el cúmulo de éstas imágenes es organizado y alineado para construir una narración irreal (porque una vez acontecida pertenece a “otra” realidad”), que facilite al ser humano la capacidad de reconocer su pasado. Este tipo de impresión sensorial es lo que anteriormente habíamos denominado la *mneme*, el recuerdo como esa pasiva imagen sobre el lienzo. La cuestión que sigue es la utilización de esta imagen, es decir, la consciencia de tenerla y usarla. Los usos serían múltiples, desde la

¹⁴ *Idem.*, pp. 20

¹⁵ *Idem.*, pp. 25 cita del autor a Sócrates

utilización propia o individual del conocimiento proporcionado por la imagen, a transformarla mímicamente para extraerla del interior y compartirla con alguien más.

Tener consciencia de la capacidad y el poder de este tipo de conocimiento recae en la memoria, que como buena Musa, en los momentos necesarios abstraerá la imagen del lienzo para lanzarlo al consciente o inconsciente, dependiendo los requerimientos y necesidades que el razonamiento presente. Sin embargo en este préstamo de la imagen puede suceder un error fenomenológico; porque la imagen fue plasmada y viene de un contexto temporal y físico diferente, su utilización requerirá de una variación en su naturaleza informativa, es decir, se moldeará dependiendo las operaciones de razón e inteligencia para expresarlas o representarlas.¹⁶

Algo parecido sucedió hace poco, al intercambiar correos electrónicos con la señora Leticia donde comenta que, al ver las escenas de la agresión por parte de pseudo-fanáticos del Club Deportivo Guadalajara a policías el pasado 22 de febrero, le “vino” una sensación parecida al miedo y coraje que sintió cuando entendió lo qué había pasado en la unidad habitacional donde vivía. El paso de su recuerdo a un presente fue por medio de referencias visuales que al yuxtaponerse dan como resultado la sensación de una emoción desagradable y de peligro, no porque los atacantes salieran de la televisión y la atacaran, sino porque internamente la memoria le da prioridad a la sensación y no al razonamiento, cancelando así la abstracción emotiva de las escenas vistas.

Esta pequeña descripción del funcionamiento psíquico del recuerdo no nos debe hacernos sentir totalmente cómodos, ya que existe una cuestión en esta operación básica de rememoración que debe tomarse en cuenta. Sí, es cierto, podemos tener el recuerdo grabado en nuestra memoria de algún acontecimiento, benigno o no; pero el tenerlo grabado ahí ¿ya no lo hace *existir*? Imaginemos que en la película *Náufrago* el personaje encarnado por Tom Hanks nunca logra salir de la isla en donde se resguarda y vive tras estrellarse el avión de FedEx en el que viajaba. El recuerdo de esos años en la isla no se conocerían si él no logra construir una balsa y salir de ahí, ser salvado y repuesto en su mundo anterior.

¹⁶ *Idem.*, p. 27 El autor pregunta, “¿No deben memorizarse las improntas para su aplicación, puesto que se refieren a saberes adquiridos?” Para responder esta pregunta capciosa hay que esperar al abordaje de la cuestión del olvido, donde se verá que el proceso de recordar algo también es olvidar *otro* algo.

El registro de su memoria, el cúmulo de vivencias en esa isla, nunca se sabría, desaparecería por completo. Lo único que quedaría es el grabado en una piedra diciendo su nombre y de cuando a cuando estuvo ahí.

1.2.2.- El lenguaje como espíritu de la memoria.

La aplicación (usamos éste termino haciendo una analogía cuando hoy día nuestros dispositivos móviles tiene aplicaciones para facilitarnos la vida), que le dará existencia a nuestro registro es el lenguaje. El lenguaje apoyará la transmisión de la *mneme* a la *anamnesis*, es decir, hará al recuerdo hablar, como si se tratara de una pintura que se describe a sí misma. Si lo podemos calificar así, se hace un micro-trabajo de historia, recurriendo a *algo* del pasado y colocarlo en una inmediatez, como en sus momentos las hermanas Flores Macías lo hicieron al narrar sus vivencias.

Ahora bien, el lenguaje es una compleja operación cognoscitiva no solamente de palabras dichas, ya que existen cientos de formas diferentes de comunicar algo. A pesar de la gama de maneras y formas, el lenguaje y el inconsciente, que podríamos denominar el “archivo” donde la memoria guarda sus grabados de cera, está estructurado. Esto lo sabemos por la simple razón de que en nuestro inconsciente se guardan 2 tipos de memoria: a) la semántica, que nos permite leer la hora en un reloj, saber que después de la A sigue la B, que 2+2 es igual a 4, etc. En otras palabras un proceso memorial “automático”. Y b) la episódica, que requiere del lenguaje para ubicar el recuerdo en un espacio y un tiempo.¹⁷

La diferencia más grande que sucede en el inconsciente, y que repercute en la ecuación comunicativa del recuerdo como lo acabamos de describir es el «yo». *Yo* será el sello de legitimidad y veracidad al que debemos de prestar atención, ya que representa la forma en que cada uno de nosotros trata de hacer válido su recuerdo, su experiencia. Sin importar el tipo de episodio al que queramos “hacerle los honores” al recordar, existe una formula lingüística que todos usamos para darle un presente (el momento de la emisión), a ese momento acontecido en el pasado. Esto transforma el recuerdo (mneme=recuerdo “pasivo”), a testimonio (amnesis=acto de recordar-lo.)

El autor del relato se coloca a sí mismo en el recuerdo, se nombra en un antes, un durante y un después del acontecimiento. De este “yo estaba allí” se le añadirá el “creedme

¹⁷ Braunstein, Néstor. “La memoria del uno y la memoria del otro. Inconsciente e historia.”, pp. 10

que yo estuve allí”, certificando al testimonio no sólo como la evocación de una imagen del pasado de la autoría del testigo, sino acreditándolo como fiel reinterpretación de éste. Cualquier insistencia por credibilidad puede abrir brechas de dudas y sospechas sobre la veracidad del testimonio. A esto el testigo exhortará a ser debatido por medio del “preguntad a alguien más”. Este toque final tiene dos funciones: primero invitar un posible cotejo con otro testimonio, que lo avale y/o rete, y la complementación de la imagen que retrata con otros testigos de índole familiar, o que durante el acontecimiento hayan estado espacialmente cerca de él. Por último, el testigo convierte su relato en una institución natural, porque a) la comparte y transmite a otra persona, y b), al volverlo un bien común está abierta a futuras “repeticiones” o constantes retrataciones de su testimonio.¹⁸

Más allá de la información que nos compartieron, nuestras entrevistadas cumplieron con éstas especificaciones para validar su testimonio como verdadero, no porque contenga una verdad total y última, sino porque desde su ser, desde su existencia, lo es. En nuestro quehacer académico solemos acercarnos a las fuentes tangibles, de preferencia los documentos escritos buscando datos y concomitantes parecidos para extraerles la verdad. Estos son testimonios indefensos, ya que no podemos cuestionar a los que los escribieron. En cambio los testimonios orales ofrecen una paleta totalmente diferente de recursos para llegar al pasado. Están vivos, piden un cotejo, nombran referentes que los pueden amplificar y complementar.

Estos pertenecen a un conjunto de sucesos considerados mayoritariamente como pequeños rastros históricos, mini procesos, si así se les puede llamar, que no encuentran su lugar en una descripción más “grandiosa” de la Historia. Pero también son parte esencial de los eventos que la misma historia quiere relegar por ser traumáticos o dolosos; o, como empezamos a observar aquí, no se cuentan con los razonamientos y autocríticas para saber trabajarlos. Es importante marcar que los testigos presenciales de hechos traumatizantes lo son de manera involuntaria, como el caso de nuestras entrevistadas. Y tampoco es aventurado decir que en el caso de la narrativa histórica de la matanza en Tlatelolco, existen aquellos al que el acceso a expresar sus testimonios es mucho más amplio y con poca resistencia a una interpelación.

¹⁸ Ricœur, *op. Cit.* pp. 212

El apunte que hicimos sobre el rol que tiene el lenguaje en la consolidación del recuerdo como testimonio es igual de valiosa que la línea de cuestionamiento hecha por Ricoeur, ya que enriquece nuestra aproximación a las reminiscencias del tema que aquí analizamos. Al problematizar más allá de las fuentes nos acercamos a las huellas y las intensiones que las grabaron, por ende nuestra interpretación es más que una compilación de datos duros, lo que ofrece una capacidad de reinterpretación del lector mucho más rica y benéfica.

No podemos dejar de profundizar en esta descripción básica de la génesis de la memoria; la importancia de sustentar y validar el proceso de rememoración de un recuerdo no se limita únicamente a iniciar un debate con un similar o un contrario. La memoria tiene varios fines, todos, dirigidos a darle sentido a nuestra permanente y cambiante existencia. *“Cada ‘yo’ es –¿o cree ser– el dueño de una memoria. Cada uno encuentra en ‘su’ memoria un punto de referencia o una percha en donde colgar ‘su’ identidad.”* Y si cada uno de nosotros decimos, aunque no explícitamente y a cada momento que nuestra memoria nos configura repetida y finitamente *sólo* por ser nuestra, *“¿es la memoria algo que se puede ‘tener’ –o ‘perder’?”*.¹⁹

La cita anterior pudiera parecer un *harakiri* a la línea que estamos trazando, pero de hecho será muy benéfica porque nos vacunará contra los sube-y-baja que brinda la memoria en nuestra existencia. El concepto clave lo subrayamos, y junto con el problemático elemento de la nostalgia veremos la parte emocional que genera la memoria.

De hecho, es el segundo elemento al que el historiador inglés David Lowenthal le da gran protagonismo en su magnífica obra *El Pasado es un País Extraño*. Al inicio de la misma, y sin más que la sencillez, Lowenthal escribe que el ser humano se siente atraído por el pasado porque es algo que ya no existe en sí, que está *ausente*, provocando inmediatamente un sentido de pertenencia y, por ende, existencia al que se pregunta por el pasado. Pensémoslo así; un niño no tiene consciencia del pasado, por la obvia razón de que su tiempo de vida es aún muy corto no solamente para saber o conocer cosas, sino porque no tiene el bagaje suficiente para compararlas con su propia sobrevivencia y saber que son diferentes a lo que (re)conoce.

¹⁹ Braunstein, *op. Cit.*, pp. 9

Conforme va creciendo y almacenando información espacio-temporal se van realizando procesos de reconocimiento entre lo conocido y lo nuevo, lo ausente y lo reconocible. Estos serán permanentes hasta la finitud del sujeto. Y ya que la nostalgia es una emoción, sucederá precisamente eso, una *motivación*, un *movimiento* para buscar constantemente elementos ajenos a nuestro tiempo y así yuxtaponerlos a nuestra realidad. Nuestra memoria episódica se retroalimentará de coyunturas sublimes de encuentros con el pasado, ya que en diferente grados de emotividad lo viejo-desconocido se transformará en algo nuevo-reconocible.

1.3.- Visita al país de Lowenthal: pasado, identidad y retroalimentación.

Esta operación que juguetonamente funciona como un binomio dentro de la yuxtaposición recibe un nombre más a doc. Se trata de la identificación. Permítasenos abusar de los apuntes del libro de David Lowenthal, ya que hasta el momento no se encuentra un referente que explique de mejor y más simple manera esta sección terminológica. Al proceder con la comparación de algo nuevo que se alinea mentalmente con un descubrimiento, existen dos parámetros principales para el acoplamiento de éste choque; la familiaridad y la reafirmación. Advertimos que antes de abordar los apuntes que hace el autor sobre la memoria él observa primero la cualidad nata del pasado por despertar interés y curiosidad; una aproximación reflexiva parecida a la de Ricœur.

Lowenthal clasifica al pasado como un familiar más en nuestro entorno inmediato, ya que es por él y por medio de él que se nos educa, se nos cuida y se nos da una educación que va desde lo moral, lo religioso y lo ético: *“cada objeto, cada agrupamiento, cada perspectiva es en buena parte inteligible porque nos los han hecho ya familiares los encuentros previos y los cuentos oídos, los libros leídos, los cuadros vistos.”*²⁰ En otras palabras, el pasado tiene una fuente de familiaridad porque su condición previa de presencia espacio-temporal mantiene todas las circunstancias que propiciaron nuestra existencia, y mantienen en pie a la misma.

*“El pasado da validez a las actitudes y acciones del presente afirmando su semejanza con las anteriores”*²¹. Recurrir al pasado lo reafirma (por obvia consecuencia lo

²⁰ Lowenthal, *op. Cit.* pp. 76

²¹ *Idem.*, p. 79

confirma repetitivamente), y al mismo tiempo le da un valor ontológico a las cosas que hacemos, a los hábitos, aptitudes y actitudes. El pasado es una carta responsiva que le permite al presente ser *como es* mientras lo construimos. Ejercitar al pasado de ésta manera extiende su longevidad, generando su conservación y continua restauración. Estos dos procesos se logran por medio de la tradición, la cual comprueba o paulatinamente rechaza la modificación de las herencias del pasado.

Estos dos procedimientos que describimos, aunados a la aplicación del lenguaje, constituyen el núcleo de las constantes experiencias sublimes de acceso al pasado de las que hablamos. Su utilidad es mucho más potente y representativa para el ser; nos referimos a la construcción de una identidad. En uno de los apartados más interesantes de su obra, el autor inglés cabila con el análisis del «yo»: el tratamiento con el cual nos va moldeando el pasado nos proporciona una serie de referencias vivenciales las cuales, como indicadores marcan nuestros pasos y caminos. La seguridad del «yo era» al «yo soy» afirma nuestra *“capacidad para recordar nuestro pasado e identificarnos con él –dejando sin lugar a dudas–, significado, finalidad y un valor a nuestra existencia.”*²²

Leamos despacio: la identidad que forma el pasado está fuertemente ligada, en primera instancia, a los lugares físicos; *“algunos necesitan sentir de forma directa el suelo nativo; otros unas simples huellas del pasado les basta para mantenerse en contacto con su propio desarrollo; incluso la pervivencia de reliquias ocultas pueden sustentar su identidad”*.²³

La ratificación del «yo soy» porque «yo vengo de» profundiza la unión entre pasado y la identidad que se forma gracias a los recuerdos (juntemos esto con la palabra memoria a partir de aquí.) *“Recordar las experiencias pasadas nos une a nuestros yoes anteriores, al margen de que hayamos cambiado mucho desde entonces [o no]”*²⁴. Hay que tomar en cuenta esta modalidad de continuidad más individualizada, ya que nos permite periodizar nuestra vida, marcar nuestras coyunturas temporales con imágenes de nuestro devenir. Recordar nos da la posibilidad de reaccionar al pasado y reconocer sus partes que son nuestras y nos hacen lo que somos, lo que reforma nuestra identidad como entes transigentes.

²² *Idem.*, pp. 80

²³ *Idem.*, pp. 81

²⁴ *Idem.*, pp. 288

La potencialidad que representa tener consciencia y control explicativo del pasado logra movilizar los recuerdos colectivos, gracias a los grupos o instituciones que los mantienen con vida por medio de los discursos ideológicos, los símbolos y la calendarización. Trasportar de ésta forma los recuerdos significa también la capacidad de construir un círculo entre pasado y presente, donde la acción de mejorar el presente haciendo uso del pasado y entender el pasado a través de las herramientas de la actualidad, ahuyenta al cáncer de la insignificancia, miedo de cualquier régimen historicista académico o político.²⁵

Una característica que aún no hemos abordado es la personalidad; la imagen que proyectamos como personas, esa representación basada en lo que nos hace únicos (rasgos tangibles como nuestro aspecto físico, e intangibles, nuestra voz o la forma de pensar), se apoya sobre la formación de identidad de la que hemos insistido hasta ahora, y confronta nuestro dinamismo con los de otras personas. La personalidad es lo que recubre a nuestra identidad para ser colocada dentro y fuera de nuestro medio inmediato.²⁶

Sin embargo es la vía de conformación psicológica más frágil y variante, porque al no darnos tiempo de actualizar nuestra identidad sin una buena revisión de nuestros recuerdos, los discursos o enfrentamientos patológicos sociales pueden poner en cuestionamiento la autenticidad de nuestro ser, lo que lacera la coherencia del pasado recordado.

Un devenir de tipo acelerado, o si lo podemos llamar violento, ha modificado la percepción de actitudes antes consideradas tabú, y las ha convertido a situaciones de rigor en el mundo que nos afecta. Como seres racionales sentimos la necesidad por rehacer, redecorar y cambiar el tapiz del lienzo de nuestra identidad. Pero hay que reiterar, la velocidad de las exigencias que reclama nuestra cotidianeidad hacen más arduo y sombrío la búsqueda por aquellos rasgos y cualidades que engendran a lo primitivo de nuestra identidad, de nuestro ser. Es como el fondo de un preciado baúl de recuerdos; atesoramos y le dedicamos tiempo al resguardo de ciertas cosas, sólo que ya no tenemos tiempo para revisarlas y apreciarlas con calma.

²⁵ *Idem.*, pp. 289

²⁶ *Idem.*, pp. 291

Puede que esto nos ayude a vislumbrar la complejidad de los testimonios de las hermanas Flores Macías. Si unimos lo comentado por Ricœur sobre la validación del testimonio, con los apuntes del yo de Lowenthal y para rematar las definiciones de experiencia y trauma de LaCapra, veremos que la decodificación de información contenida en esas narraciones inscriben un espectro de identidad muy potente, ya que la descontextualización vivida fue una modificación en los parámetros de medición y reconocimiento del yo (ellas), con su contexto. Las quebró su relación con el mundo, desde lo tangible (su casa, la Plaza, los corredores que dibujan Nonoalco-Tlatelolco), hasta lo intangible, (su percepción de vida, la paz que envolvía su cotidianidad, su opinión de lo que era la autoridad.)

Es de llamar la atención que ambas narraciones tengan distintas capacidades de proyección. Explicamos; la señora Rosalba “fue capaz” de regresar a Tlatelolco, aunque como ella misma comenta, su experiencia difícil de externar, pero vital para su desarrollo personal y profesional:

AEP.- ¿Nunca habías platicado sobre esto, nunca lo habías compartido como ahora?

RFM2.- No. En algún momento con una profesora de la facultad de ciencias políticas surgió como tema sugerido para platicar y sacar cosas. Pero nunca trabajamos sobre él, sólo fue una propuesta.

AEP.- ¿Y no te cuesta trabajo hablar de esto?

RFM2.- No. Realmente no

AEP.- ¿Por qué?

RFM2.- Sabes que, yo creo que el hecho de haberlo metido en nuestros juegos, y tal vez por estar muy consciente ahora, como periodista, de cómo se maneja la información, cómo se manejan los sucesos. De manera oficial lo que conviene, lo que no conviene al Estado, al dueño del medio; al mismo periodista lo que le conviene decir o no decir, o para lo que le pagaron según sus ideales[...] A mí no me cuesta trabajo porque logro ver y entender que fue lo que pasó, aunque no exactamente. Entiendo que había algún brote de movimiento de izquierda que a algunas personas que estaban en las decisiones no les convenía, y lo apagaron de un manotazo. ¿A qué costo, quiénes, cuándo, en qué cantidades o con qué armas? No te sé decir, estaba muy chiquita para saberlo. Y ahora lo entiendo.

Me generó trauma, ¡claro! Si lo analizamos claro que hay muchas consecuencias; en primera yo decidí ser periodista seguramente a partir de ese hecho, de querer saber qué pasó –porque nunca nos contaron. Entonces en los juegos que nosotros teníamos todos los días, y eso lo veo ahora, yo iba recreando todos los días lo que pudo haber pasado, la gama de posibilidades de lo que pudo haber sucedido; en ese espacio, en esa huella de sangre; en ese lugar donde yo vi un tanque, en ese lugar donde yo vi un camión, en donde yo vi las bolas de periódicos con los restos humanos. Eso pues tal vez me llevó a la profesión que tengo ahora. Metiche y curiosa con tantos detalles y no conformarme con una primera impresión, o con una primera justificación, o teoría o respuesta.

Por otro lado la señora Leticia asegura que desde que su familia dejó de vivir ahí, en 1970 aproximadamente, nunca ha regresado, ni tiene intenciones de: LFM.- *“No. He pasado, y sobre todo cuando se cayó el edificio por el terremoto [del ’85]. [Pero] no, no entro. Nunca volví. Me dejó de gustar. Ni siquiera piensas, “Ay vamos al Pimpinela, al parqucito donde andaba yo con el novio”, no, no hay en tu cabeza forma de regresar, no existe.”*

Regresando a Lowenthal, vemos que el pasado tangible no se restringe solamente a un parque, una casa o al lugar donde recibimos (o dimos, quién sabe), nuestro primer beso. También abarcan las reliquias, por así decirlo, de menor tamaño. Conservar un objeto familiar se vuelve un canon del medio inmediato, su elevación a la categoría de reliquia está basada en un fuerte sentimentalismo, producido de manera común por el traspase del objeto de un familiar querido después de que éste haya muerto. En otra palabra, nostalgia. Se presentan las vajillas, las fotos, los manteles, los floreros, la ropa, los libros o diarios, cuya cualidad para formar una identidad va más allá de la fórmula «yo soy», ya que la complementa el “yo soy porque vengo de ésta persona, o de las *cosas* que eran suyas”. En conclusión, *“las reliquias son historia tangible”*, lo que le da una presencia espacial a nuestro pasado e identidad.²⁷

Al tener contacto con las reliquias, se tiende a construir una línea explicativa que recae en las narraciones, cuentos e historias que las mantienen como personajes viables y tangibles del pasado. O como lo vimos anteriormente, hacer dos recorridos; uno al lenguaje

²⁷ *Idem.*, pp. 83

para –dos–, describir la imagen y sus emociones que guardamos. Cuando esta operación sucede, se está introduciendo al pasado dentro del presente, que sería continuo.

Cuando abordemos nuestro apartado sobre la Historia ampliaremos las concepciones que ya tenemos sobre el rol que juegan las reliquias físicas en la elaboración del pasado como conocimiento e información. Y por supuesto, cómo estas reliquias llegan a significar una confirmación aplastante en lo concerniente a la construcción de lo que hoy conocemos del '68. Ya que si en los archivos se guardan estas huellas irrefutables de cómo sucedió *algo* en el pasado, los museos y memoriales tratan de congelar las emociones e intenciones contenidas en una pancarta, un dibujo, un lema pintado, una puerta derribada.

Las letanías del pasado proporcionan orientación, fungen como una brújula que ayuda a nuestro acercamiento con el pasado. Pero también a diferenciarlo, tanto cualitativa como cuantitativamente con el punto de tedio, o sea nuestro presente. Cuando revisamos el pasado que nos interesa o que nos hace lo que somos, nos encontramos con una serie de características que educan al presente, o, mejor dicho, lo ayudan a que se parezca al pasado. Una identificación. Haciendo de nuevo referencia al horizonte de expectativa, el futuro también está siendo diseñado por las manos del pasado. Si esto lo plasmamos en una ecuación quedaría; el presente será pasado en un futuro, así como nuestro presente en algún pasado fue futuro.

Reconocer las estaciones del tiempo proporciona tener una conciencia de orientación del mismo, porque lo representa presencialmente como nuestra propia evolución y desenvolvimiento; cómo éramos, cómo somos y cómo queremos ser. Es por esta razón que no podremos conocer o retratar al cien por ciento el pasado, porque de la misma forma que no recordamos fielmente nuestro nacimiento, nuestro primer cumpleaños o la sensación de nuestra caminata, el pasado se escapa y hace invisible de algunas formas de reconocimiento y rememoración. La importancia de una orientación radica en que tengamos conciencia de la pertenencia que tiene el pasado sobre lo que se está haciendo en pos de lo que se hará o pretende hacer.²⁸

Otra cuestión a tomar en cuenta es el enriquecimiento que nos da el pasado; “*Un pasado al que se estima enriquece el mundo que nos rodea*”. Otra de las formas en cómo el pasado pone en movimiento al presente es a través del enriquecimiento que trae consigo; su

²⁸ *Idem.*, pp. 87

conjunto de elementos identitarios respalda al presente y lo engrandece ante nuestras vidas. Si bien es cierto que en muchas ocasiones alabamos más al pasado, hacemos esa apreciación desde nuestro tiempo, por medio de la identificación. Por otro lado, y recordando el papel que juega la nostalgia, nos estiramos desde el lugar al que pertenecemos sólo para intentar traer algo de “vuelta”, por pequeño que sea, que le ayude a nuestro presente a convertirse en una estación más rica, y en consecuencia que se reconozca nuestro tiempo, y si se puede a nosotros mismos, habría que agregar, como una parte importante de la historia. En otras palabras, hacemos cosas hoy, inspirados y ayudados por el ayer, para que sean apreciadas mañana.²⁹

Y no podemos olvidar esa capacidad romántica que tiene el pasado y nos hace sentir pequeños ante él; los retajos que logramos percibir de su inmensidad, a pesar de que nos ayudan a identificarnos con y en él, elaboran una idea más compleja de nuestra participación y lugar en el tiempo, en muchos sentidos nos inspira a querer ser por algún medio atemporales, hacer o lograr algo que nos haga ser recordados: en palabras de Lowenthal, *“aquello que pone de manifiesto la brevedad de nuestra vida nos enriquece”*, y hace engrandecer al pasado por medio del acto de la rememoración.

Todo lo anterior configura nuestra constante ubicación espacio-tiempo. El simple hecho de pasar por una experiencia sublime de identificación con el pasado es ya una futura fuente de reconocimientos con el pasado extendido y el presente constante. Aunque conscientemente no lo digamos o planteemos esta acumulación de experiencias va creando un horizonte de expectativa, es decir, un futuro escenario donde volveremos a identificar lo nuevo con lo ya adquirido. Por citar algún ejemplo; podemos ir al boliche por primera vez, no tenemos experiencia de todo el conjunto de acciones que componen la actividad. Nos puede ir bien o nos puede ir mal, pero si el momento fue agradable, por las razones que se quiera imaginar, nuestra emotividad creará un deseo por volverlo a hacer, creando una expectativa de repetición donde por supuesto entra la nostalgia, en la forma de la emoción por volver a pasar un buen momento.

David Lowenthal estaría de acuerdo con las definiciones que dimos dentro de ésta operación de creación de un momento de expectativa. Añadiría una cualidad del parámetro espacio-tiempo solamente; el acuñar un tipo de experiencia como nuestro ejemplo solidifica

²⁹ *Idem.*, pp. 88

la capacidad que tenemos por identificar una antigüedad (lo indiferentes o animados que estábamos antes de ir al boliche), una continuidad (la manifestación de una correlación natural dentro de la experiencia, o un desenvolvimiento de nuestro ser, por ejemplo nuestras expresiones de alegría o molestia si erramos un tiro), una terminación (el fin de la experiencia y la recapitulación de lo sucedido), y por último una sucesión.³⁰

1.3.1.- El recuerdo en la memoria: la rememoración.

Si fuimos exitosos en esta exposición de conceptos encontraremos una ampliación en la referencia que hace Ricœur de Sócrates y el cubo de cera; la impresión de un recuerdo, que es el producto de una suma entre lo previamente sido, lo que se hizo más el cómo terminó y, muy importante añadirlo, las correlaciones emocionales que se experimentaron durante el acto.

El recuerdo para así, además, ser una propiedad única del ente que lo crea. Por ende posee. Dice Néstor Braunstein, *“el recuerdo es personal”*; *“me pasó esto (x, el qué), cuando estaba en (y, el dónde) en el año tal (z, el cuándo) y tenía ___ años de edad (n, o un parámetro de medida que realmente no existe en nuestro razonamiento consciente.)* En opinión del mismo autor, es ésta operación lingüística la que concluye la transformación de un recuerdo a ser parte, y engrandecer, una memoria; *“Nadie sino yo tiene ese conjunto de recuerdos. Soy ese ramillete de memorias. Soy lo que recuerdo y, si olvidase ese pasado que me define y es mi propiedad inalienable, dejaría de ser yo. Uno es uno (mismo) porque presume ser al que le ocurrieron las cosas que recuerda y, nosotros agregaríamos, narra.”*³¹ Esto no puede sino remitirnos al rol que juegan los recuerdos y subsecuentemente la memoria, el testimonio, como configuradoras de nuestra identidad, punto que ya vimos.

Ya que pusimos sobre el mesa la cuestión de “traer de vuelta” el recuerdo, es posible que necesitemos problematizar esta acción, cuidado debe haber con la aplicación de la palabra rememoración. Aún no entramos en los meta-aparatos y aplicaciones de un conjunto de recuerdos, memoria(s).

Para explicar de manera más puntual la problemática de la imagen como conocimiento pasivo debemos abordar el significado de la *eikon*, es decir, la imagen

³⁰ *Idem.*, pp. 95-108

³¹ Braunstein, *Op. Cit.*, pp. 11

aplicada. Su explicación aborda la problemática de su impronta, o sea su representación. Platón concluyó que al representar una *eikon*, no importa el nivel o intensidad de fiabilidad, sólo llegaremos a retratar una semejanza con respecto al original; “admitir, a pesar nuestro, que el no-ser en cierto modo es”, o, que la versión “pirata” de la *eikon* será por mucho la mejor versión que se pueda dar. Esta representación que se limita a la semejanza no significa una falla fenomenológica, ni mucho menos racional o de inteligencia, sino que “hay entre la *eikon* y la impronta una dialéctica de acomodación, de armonización, de ajuste que puede salir bien o fracasar.”³²

El éxito o presunto fracaso en la representación involucra el nivel de sensaciones y sentimientos que acompañe a la impronta. Para esto utilizaremos otra metáfora de Sócrates, que continua con la del cubo de cera:

La memoria en su encuentro con las sensaciones, y las reflexiones que provoca este encuentro, me parece que, en tales circunstancias, si puedo hablar así, escriben discursos en nuestras almas y, cuando semejante reflexión inscribe cosas verdaderas, resulta de ello en nosotros una opinión verdadera y discursos verdaderos. Pero cuando este escribano que está en nosotros escribe cosas falsas, el resultado es contrario a la verdad.³³

Descompongamos esta metáfora: por cosas falsas no debemos entender que se está plasmando una mentira o una imagen errónea sobre el lienzo, sino que depende de la atención o intensidad –por eso el personaje del escribano–, con la que la imagen exterior es marcada en la memoria. A esta fórmula debemos sumarle la siguiente percepción; desde la localización geográfica del testigo a la duración de la observación. La intensidad motivada por las sensaciones y reflexiones, como en la metáfora, también deben tener relación con la fuerza y fiabilidad con la que la imagen se imprime sobre el lienzo y es material tanto de memoria como de representación. En resumen, por “contrario a la verdad” debemos entender *otra verdad*, otro punto de inflexión y proyección de algo. La individualización única del recuerdo como lo marcamos con Braunstein.

³² Ricœur, *Op. Cit.* pp. 28-30

³³ *Idem.*, pp. 31

Si se nos permite adelantarnos un poco, la Historia como disciplina ha desprestigiado este tipo de proceso de rememoración, ya que en su búsqueda de la verdad, que en muchas ocasiones se piensa logrará por medio de la mecánica metodológica, se olvida que sin importar la cantidad de documentos consultados, el polvo aspirado y las paleografías hechas, nada podrá reproducir en realidad el acontecimiento. La ausencia, aspecto ignorado por la Historia pero en demasía estudiado por la psicología y la psiquiatría, ha sido una enorme niebla que ha cegado el juicio de interpretación, transformando al historiador en un mero recopilador o cotejador de datos y referencias, olvidando totalmente que lo que “buscamos” o “estudiamos” no es el hecho en sí, éste ya pasó, no puede volver a suceder, sino las ramificaciones u ondas expansivas que por él acontecen y repercuten en el presente.

Parte de esta disyuntiva la presenta Lowenthal dentro de lo que para él son las cinco razones principales de atracción que tenemos con el pasado, que al mismo tiempo funcionan como repulsión para que el tiempo transcurrido *sea* pasado. Para Lowenthal la motivación nostálgica de búsqueda por la “edad de oro” es un sueño universal, una posibilidad de redención y mejoramiento romántico del presente. *“Volver a visitar el pasado serviría para algo más que confirmar o refutar hechos históricos: daría a la historia una nueva dimensión.”* La búsqueda por una Historia perfecta, por un análisis del pasado acertado y completamente verdadero es una lucha constante que el quehacer histórico aún tiene, aunque pocas veces lo reconozca. Los esfuerzos que los historiadores le han puesto a esta tarea de reconstrucción han llegado a prácticas teórico-metodológicas como la adoración de la fuente física, o los depositarios de ésta como sería el archivo, o lo que el positivismo románticamente esperaba; que el documento respondiera objetivamente a nuestras preguntas.³⁴

Un viaje en el tiempo, para el historiador representaría la eliminación total de una elaboración contextual; inconscientemente escribiríamos como siempre lo hemos deseado, desde la perspectiva de un testigo directo. La diferencia radicaría en que sabríamos de ante mano que es lo que estamos buscando, sabríamos hacia dónde mirar y con qué personaje juntarnos, con tal de que nos ayude a escribir nuestra historia perfecta.

³⁴ Lowenthal, *Op. Cit.* pp. 54

La edad de oro es una de las mejores manifestaciones de la nostalgia; en la mayoría de las ocasiones buscamos la edad de oro porque promete, falsamente, el poder redimir actitudes, acciones, decisiones, o la oportunidad de poder “aprovechar” lo que se tuvo y se dejó ir. Esto lo podríamos entender tanto para el análisis individual y colectivo; la idealización que se tiene de un tiempo pasado propone la coexistencia permanente con el presente, que se ha ido extendiendo en medida que seguimos manteniendo vivos los usos y costumbres, además de añadirle con cada recuerdo y memoria una página más a nuestro pasado.³⁵ Nos redimen a “tiempos más simples”, con menores responsabilidades y obligaciones. A nivel social, puede significar una época con menos tráfico, con menos contaminación, sin tanto ruido, con más comodidades o una situación económico-laboral menos apremiante, entre otras muchas cosas.

Retomando la cuestión de la rememoración nos encontramos a otro agente con oficio además del escribano: “*Un pintor que viene después del escribano y dibuja en el alma las imágenes que corresponden a las palabras – para plasmar lo más fielmente posible – las imágenes de las cosas así pensadas y formuladas.*”³⁶ La evolución aquí planteada de la cosa sucedida como texto a una imagen da nacimiento a la operación psíquica del recuerdo, y funciona de la siguiente forma: la cosa (el evento, suceso o acontecimiento), es percibido por uno o varios de nuestros sentidos, fisiológicamente causando sensaciones, que sumadas a las reflexiones (o razonamiento de la cosa), son esa marca sobre el cubo de cera (la *eikon* con la impronta.) Así que el recuerdo es la suma de todos estos factores, porque constituye el resultado de la unión entre nuestro ente físico con el psicológico para percibir, observar, razonar y almacenar algo, una cosa.

Este recuerdo como materia intangible pasiva es lo que denominamos *mneme*, y la acción de sacarlo a la superficie de nuestra mente lo llamamos *anamnesis*, porque pone en movimiento a la memoria para encontrar el recuerdo. Como se citó anteriormente, acordarse es tener un recuerdo, pasivo, o ir en su búsqueda, volverlo activo. La aporía que siempre acompaña estas operaciones es que al evocar un recuerdo se está hablando de algo que ya no existe, o mínimo está ausente. Esto se puede comenzar a explicar porque al recuerdo se le tiene cierta afección, una de las razones por las que lo guardamos en nuestra

³⁵ *Idem.*, pp. 57

³⁶ Ricœur, *Op. Cit.* pp. 32. Cita del autor a Sócrates

memoria, y la facultad de todo el aparato rememorativo de nuestro razonamiento a tener consciencia del tiempo.

Transformar al recuerdo en algo textual, en el término oral de la palabra, significa darle un punto A y B, con una o varias subdivisiones entre ellos. Narrarlo no significa hacerlo en orden, es decir, desde el momento en que se creó hasta el instante en que se evoca y todas las ocasiones anteriores. Esta interacción del recuerdo sobre y dentro del tiempo es uno de los motivos filosóficos más importantes para entender la crítica que hace el autor hacia la recuperación histórica de lo memoria en sus fuentes.

Concluamos la aporía: si nos acordamos de algo ausente, que se vuelve vivo sólo porque es un recuerdo, ¿entonces de qué nos acordamos, de la afección o de la cosa en sí?³⁷ Separar del recuerdo sus elementos emocionales plantea un experimento mental imposible, ni se diga para cualquier metodología social. Esta pregunta tiene colación directa con el problema de la reinterpretación del recuerdo, tanto para quien la posee internamente como para el que la recibe en forma de texto. En el albor histórico sucede lo siguiente: el receptor que también es buscador, el historiador, se acerca a una fuente cuyo discurso o descripción de una cosa fue hecha por el creador con una imagen en mente, esta imagen se anula para el historiador, porque él mismo crea una nueva, es decir, relee y recibe entre líneas una idea imaginativa la cual transforma conforme sus necesidades y contexto.

Claro es que no todas nuestras operaciones donde evoquemos recuerdos se harán de manera pasiva, o que tengamos completo razonamiento consciente de estar realizando una acción y al mismo tiempo forzarnos en la búsqueda del recuerdo. La memoria tiene dos formas de operar, la memoria-habito y la memoria recuerdo. La primera se restringe a los aspectos cotidianos y mecánicos de nuestro ser como caminar o hablar. Esta es una participación más instintiva y automática de la memoria. La memoria-recuerdo es una operación mas evocativa que automática, porque nada logrará fabricar un recuerdo de tal forma que siempre se narre o explique de forma gemela, ni podrá prever las ocasiones en que se requiera su aparición. Es decir, no puede catalogarse como un hábito.³⁸ Aquí el

³⁷ *Idem.*, pp. 35 El autor usa la metáfora de la figura pintada de un animal de Aristóteles para analizar tanto la imagen plasmada, la imagen intangible que la crea, el pintor y el material tangible sobre el cual se plasma el recuerdo. Así se logra diferenciar lo que fue, la *eikon*, (imagen intangible), y lo que termina siendo, (la *eikon* hecha materia.)

³⁸ *Idem.*, pp. 44-5

proceso de *anamnesis* logra una conjunción más profunda con el devenir temporal del que posee el recuerdo y la memoria, originando una rememoración.

Continuando con las subdivisiones, la rememoración tiene dos, laboriosa e instantánea. Como se señaló, la memoria-recuerdo no se puede transformar en hábito, ni tener un manual para retratarlo siempre igual, pero sí puede adquirir un orden equilibrado donde las partes que lo constituyen interactúan armoniosamente siempre que se evoque el recuerdo. La rememoración laboriosa no aboca tanto a la dificultad por recordar, pero sí a controlar las emociones, positivas o negativas, de revivir el recuerdo.³⁹

El asunto de la rememoración nos catapulta inmediatamente a otro lugar; la revisión del pasado como fuente de inquietud y extrañeza, valga el título del libro de Lowenthal, opera casi de la misma manera que el proceso de la *anamnesis* ya que al recordar algo creamos una paralela entre lo experimentado y lo creído, es decir, la capacidad que tiene el pasado de influir a tal grado en la memoria que algunos de los recuerdos que tenemos sean en realidad una elaboración más compleja que la impresión en el cubo de cera, y que termina con el complejísimo escenario de usos y abusos de la memoria.

La primera diferencia que se debe tomar en cuenta entre el pasado vivido, o experimentado directamente por nosotros mismos, y el pasado que llega de formas externas, al cual sólo llegamos a ser poseedores únicamente se cree en él. Creer en el pasado es un asunto de fe; “*el pasado se ha ido; si se corresponde o no con las cosas que se ven es algo que no se podrá probar nunca*”.⁴⁰ Es en el intento por corroborarlo, sustentarlo y apartarlo de la negación o corrección lo que nos lleva a ir tras él, en busca de un sustento abstracto pero fiable de lo que ratifica nuestra existencia.

Esta cruzada por la credibilidad de nuestro pasado es un arma tibia, de doble filo. La operación automatizada para interpretar cualquier forma de pasado es a través del habla, o lo que vimos con Braunstein, el lenguaje. Hablar y pensar sobre el pasado da la apariencia de que realmente existe, pero no es así. Esto se puede explicar bajo el concepto “*imaginario histórico*”; las cruzadas ya han terminado, la peste ha sido erradicada, la Segunda Guerra Mundial ya ha concluido... ejemplos que problematizan en muchas ocasiones la forma en cómo nos referimos a eventos pasados y concluidos en su acción

³⁹ Lowenthal, *Op. Cit.* pp. 48

⁴⁰ *Idem.*, pp. 274

presente. Se nombró antes, no podemos reproducir el pasado en entereza, lidiamos con sus representaciones.

La paralela parece que devela una pregunta; ¿Tuvieron lugar de verdad los acontecimientos que creemos que ocurrieron?”. A este punto sería inútil alejar la respuesta a ésta pregunta de una crítica hacia la historia oficial, o historia institucionalizada. Las metodologías de estas formas explicativas del pasado niegan una serie de procesos educativos hacia la historia, o lo que es peor, de entendimiento de la misma. Cuando una narración histórica es patrocinada por fuerzas legitimadoras en extremo opresoras o dictatoriales, la desvirtuación, engaño, minimización y encubrimiento de cualquier hecho coyuntural que atentara contra ellas enferma de manera patológica a la sociedad y generaciones subsecuentes, ya que les niega el acceso a un duelo por la destrucción parcial de su identidad colectiva, eventualmente creando un trauma social.

De forma presuntiva se dirá que los sectores académicos se encuentran en una esfera con mayor posibilidad aclaratoria y de verificación contra la historia oficial; eventualmente este proceso puede resultar incómodo para algunos, renovador para otros. Pero por debajo de éste devenir de información y conocimiento existe, en diferentes dosis, un miedo de que lo creído haya sido inventado o malamente modificado. Los historiadores (para ahorrar la clasificación de esferas), lidiamos con la verificación tangible de nuestras hipótesis, y su incorporación al cuerpo discursivo imperante de nuestro contexto analítico.

La problemática que conlleva la verificación de la historia que tratamos de hacer con el pasado se basa en *“cualquier cosa en la que se ponen de acuerdo los documentos y los recuerdos”*, lo que inevitablemente construye una historicidad bajo *“la forma que se necesite en ese momento”*, porque, –finaliza Lowenthal–, *“esa nueva versión es el pasado, y no puede haber existido ningún pasado diferente”*.⁴¹

Abordemos un poco esta reflexión: la historicidad a pesar de luchar contra la interpretación oficial al mismo tiempo la retroalimenta, ya que en su intento por extraer de ella los elementos distorsionados y modificados de su narración sigue siendo guiada por la herencia de su rememoración y memorización de su enseñanza, hábito que adquirió desde que la Historia se *hizo* ciencia académica. La necesidad empírica por comprobar que las cosas en el pasado eran como se dice que fueron mal acostumbra nuestro acercamiento a

⁴¹ *Idem.*, pp. 278

los elementos en la investigación histórica, incluyendo el arrinconamiento de la memoria testimonial, como en el fondo es nuestro caso con el 2 de octubre. También, el apego total al documento escrito, y su acercamiento por dos vías; las interpretaciones “revolucionarias” de autores pasados, bibliográfica en ciertos casos, y una apertura total al uso de la crítica *imaginativa*. Estos dos elementos en muchas ocasiones con más ansiedad de sustentabilidad que por comprobación.

Este método reinterpretativo de la Historia nos hace creer que la gente del pasado se describía y retrataba para ser conocidos en el futuro. Pero “*lo que ahora se conoce como el «pasado» no era lo que alguien pudiera haber experimentado en cualquier otro momento como el «presente».*” En otras palabras, no es adecuado subestimar de forma romántica el pasado, ya que ellos, la gente del pasado, estaba trabajando para mejorar o simplemente vivir de mejor manera *su* presente.⁴² Ahora, no por estudiar al pasado y la gente que lo construyó habría que pensar que estamos en una postura temporal que nos permitirá llegar a conocer mejor que ellos su tiempo histórico.

No son simples datos curiosos o factores etéreos de ninguna investigación. Por ésta razón, se hace hincapié en la importancia de la necesidad por una conciencia básica de un tiempo presente. Entre el espacio de la experiencia, pasado, y el horizonte de espera o expectativa, futuro, el entendimiento sano de un presente nos devela que éste será un futuro pasado histórico, posiblemente no por la razones que suponemos, ni cualitativa o cuantitativamente como fuente de conocimiento, pero sí por motivos que son inaccesibles para nosotros, la gente del presente.

El pasado se experimenta y eventualmente se crea de diferentes maneras. Lo que ha nuestra investigación más le incumbe e importa es el proceso de creación y demostración del pasado hecho Historia. El pasado, abordando el título de la obra de David Lowenthal, no sólo es un país u hogar extraño, es también un mundo con infinitas divisiones que está mutilado, incompleto o en penumbras. Con lo presentado hasta el momento se pretende aligerar la caída que significa para el quehacer histórico el darse cuenta que conocer el pasado será una operación limitada, incompleta y oscurecida por el mismo devenir del tiempo. Lo que nosotros vivimos y estudiamos son las ondas de choque de un tiempo que

⁴² *Idem.*, pp. 280

en entereza tangible ya no existe, ya no es presente vivo. El pasado carece de consenso temporal, apunta Lowenthal.⁴³

Sobre las ondas de choque y el consenso temporal se basa toda la curiosidad histórica; aquí no será la excepción. La pesquita de esta investigación no es la masacre de estudiantes ocurrida el 2 de octubre de 1968; ni quién dio la orden ni quién la ejecutó es uno de los objetivos, sino cómo vive ese momento en nuestro presente, retomando sus lecturas e interpretaciones.

Para que esto tenga algo de éxito gratificante, se dará paso al análisis de los recursos reflexivos y de estudio que para consideración nuestra serían parte del rescate histórico por un entendimiento más adecuado sobre lo ocurrido en nuestro país en 1968, y de paso, plantear la discusión de cómo se aborda la memoria como recurso de conocimiento histórico en nuestro medio nacional. En otras y pocas palabras, una reflexión sobre la epistemología de la historia en México. Para aligerar la caída de las posibles decepciones que encontremos en el camino, no se ha realizado propedéutico adecuado.

1.4.- La memoria como acceso al pasado y a la Historia.

Casi nos olvidábamos de revisar la definición que tiene David Lowenthal a lo que es la memoria. Pero más que un retroceso esto nos da pauta para salir de la personificación individual de la memoria y el pasado, y abordar la memoria colectiva, concepto que como gran motor de éste trabajo debe repensarse. *“Toda conciencia del pasado se basa en la memoria. A través de la memoria recuperamos la consciencia de los acontecimientos pasados, distinguimos el ayer del hoy y nos aseguramos de que hemos experimentado un pasado.”*⁴⁴ Al leer la cita anterior una cosa es clara; la memoria es la historia en orden que la construye y la define como una explicación de sus procesos, y una diferenciación de él con nuestro tiempo.

Abordemos estos dos pilares; el rescate y uso de la memoria como fuente histórica es zarpar a los océanos del tiempo, siendo conscientes de sus tormentas y huracanes, de sus días soleados y la compañía del viento salado. Conocer la diferencia entre mar y tierra firme es ir del punto A al B en el estudio de la Historia. Al emprender el viaje se tienen

⁴³ *Idem.*, pp. 281

⁴⁴ *Idem.*, pp. 282

expectativas, objetivos y un plan de motín si de buscar tesoros o abogar por la piratería se trata. ¿Pero cómo nos adentramos a esta agua? ¿De qué tipo de recursos contamos para que nuestra misión sea exitosa, gratificante y, de paso, contribuya a un beneficio que se escape del propio? Ya que de eso se trata el lugar del historiador dentro de la sociedad. Para no hundirnos o encontrarnos con el Kraken, el estudio y reflexión de la memoria debe ir más allá de lo cotidiano-tangible, de fechas y lugares; revisar el significado e importancia de la memoria como un acceso al pasado complejo, o sea, su lugar en la actualidad.

Rapazmente por memoria se entiende la interpretación del pasado por medio de un relato o narración simple u oral. La discusión de cuándo y cómo se puede datar la acumulación de memoria es más una reflexión sobre el sentido científico que se le quería acuñar a la labor histórica. Se dice que las sociedades alfabetizadas hacen uso de una memoria más selectiva que aquellas cuyo recurso de rememoración se modifica e interrumpe, en el sentido más ligero del término, por la utilización de la oralidad. Sobre la legitimación y valorización de estas formas de hacer memoria profundizaremos más adelante.

La memoria se basa en recuerdos, los cuales se dividen en destacados, espontáneos, aprendidos e innatos. Lowenthal comenta que *“la necesidad de usar y volver a usar el conocimiento que nos aporta la memoria, y la de olvidar y recordar, nos obligan a seleccionar, destilar, tergiversar y transformar el pasado, acomodando las cosas que se recuerdan a las necesidades del presente.”*⁴⁵ Para que quede asentado, el recuerdo es conocimiento, y su forma discursiva es la memoria. De la misma forma en que vimos cómo las reliquias físicas del pasado son ese tiempo vuelto tangible, los recuerdos también lo son. Existe una jerarquización de los recuerdos: por costumbre, recordación y remembranza. Los recuerdos están en constante flujo y acumulación; unos suben y bajan dentro de la jerarquía de nuestro orden de memoria. Otros, cabe decirlo, pierden su valor o son reencontrados.

El pasado como cualquier tiempo es clasificación doble A, para todo público, se encuentra y es individual y colectivo. Pero, hay que resaltar y tomar en cuenta, su forma de consciencia interpretativa es totalmente personal. Nunca se contará de manera idéntica y fiel al cien por ciento un recuerdo memorial, sin importar que los involucrados hayan

⁴⁵ *Idem.*, pp. 284

vivido el mismo hecho. La simpleza de decir “me sucedió” tiene un lugar especial aquí, encierra una problemática filosófica e histórica cuya explicación se encuentra también de aquí en adelante. Por ahora limitémonos a decir que el hecho toma lugar desde fuera y al mismo tiempo alrededor de nosotros como recuerdo, el cual será la materia prima en la constitución de nuestra memoria.

Nuestra memoria nos pertenece, es nuestra, su contenido lo construimos de manera propia, aunque los recuerdos de los que se forma sean transferidos o dados por agentes externos, con sus particularidades “súper únicas”, bajo un lenguaje que sólo cada uno de nosotros lo hable y entienda. Así es como nuestra memoria adquiere su privacidad, bajo nuestra autorización consciente decidiremos si abogamos por el derecho de hacerla pública o no.

Ahora bien, la integración de una memoria individual y colectiva en sus elementos más básicos está fuertemente ligada con el engranaje de una memoria social y pública. Recordemos, el pasado es hecho por y para todos. Por el uso teórico expresado aquí, corroboremos que *“la memoria también convierte los acontecimientos públicos en experiencias personales que forman parte de la idiosincrasia de cada uno”*,⁴⁶ cuestión que reafirma nuestro papel y participación dentro de la sociedad, ya sea retroalimentando la memoria que cobijará al suceso, o la participación que se tome dentro de sus procesos.

De igual manera, al hablar de memoria pública debemos remitirnos al aspecto político, que engloba las causas y razones del por qué de los hechos sociales: desde la administración pública, a los centros de salud, los parques y centros públicos, servicios de transporte y abastecimiento de alimentos o medicinas, hasta las decisiones del aparato gubernamental rigen la cotidianidad de las personas, las determinan y controlan en sus deberes, obligaciones y necesidades. Se puede entender que *“la historia política se ha convertido en un anexo de la historia familiar”*, somos indirectamente públicos pero al mismo tiempo privados.⁴⁷

Dentro de esta dicotomía el tiempo juega un rol muy importante en el desgaste de los recuerdos y sus necesidades de ser resguardados. Los episodios memoriales o recuerdos muy privados sufren de acumulación y envejecimiento tras el paso del tiempo, lo que puede

⁴⁶ *Idem.*, pp. 285

⁴⁷ *Idem.*, pp. 285

despertar dudas sobre su veracidad. En muchas ocasiones nos sentimos en la necesidad de corroborar lo que contamos, escribimos o dijimos que pensábamos sobre algo en cierto momento pasado. Situación graciosa en muchas ocasiones. Para que nuestras perspectivas y recuerdos vivan aun fuera de nosotros se les transfiere por medio de la narración, los bienes heredados, la ética o moral enseñados y otros aspectos más que ya nombramos en lo concerniente a la nostalgia.

Lo que tocaría aquí es extendernos sobre la importancia de compartir y heredar recuerdos. En primer lugar esto valida la memoria propia, porque la llega a comparar con la de otras personas, lo que complementa y engrandece nuestra versión del pasado; segundo, lleva a nuestro relato a un plano supra personal, dándole una ubicación grupal e integrándolos a una narración mayor. Como lo veremos en el proceso histórico post-68, el recuerdo grupal o social “explota” en tiempos de crisis, porque tiene la necesidad de pertenecer, introduciéndose por medio de su recuerdo a un cosmos histórico superior que su misma finitud histórica. Fuerte, sin duda es, el poder de la memoria.

Ya se dijo que tal temblor en nuestra memoria modifica y pone en duda nuestros recuerdos, para corroborarlo, abordemos lo que Lowenthal denomina los dos aspectos de confirmabilidad o confiabilidad de la memoria. Primera situación: al buscar desesperadamente un recuerdo podemos crear una nueva versión de él, usando las pequeñas partes que sí recordamos, lo que puede provocar la creación de un falso recuerdo, pero este no es sino otra manera, compleja si, de llegar al recuerdo “original”, el cual únicamente se encuentra deformado. También significa otro tipo de reinterpretación epistemológica del pasado; Lowenthal afirma: *“Ningún recuerdo es engañoso [o falso] de un modo absoluto”*.⁴⁸

A lo último, el autor hace una advertencia; no podemos poner en tela de juicio nuestros recuerdos, porque al mismo tiempo estaremos atentando contra nuestro presente, contra nuestra personalidad e identidad actual. Segundo punto: el cotejar nuestro recuerdo con los de otros (relaciones familiares o extra sociales.) Lo que termina siendo un encaprichamiento entre nuestra voluntad de fiabilidad memorial y nuestros recuerdos termina en una exaltación por parte de la memoria, justificando sin apuros y corroboración

⁴⁸ *Idem.*, pp. 292 Se profundiza y complica si el hecho memorial afecta de forma traumática a una persona o sector que termina por inventar su pasado siendo partícipe de ese mismo hecho, (entrevista con abandonado)

su fiabilidad. Le terminamos otorgando *“una confianza injustificada a nuestros propios recuerdos, cuestionando pocas veces su exactitud.”* Situaciones molestas e incómodas sin duda, cuando alguien no se da en razón de la vulnerabilidad de la verdad.⁴⁹

Ahora bien, previamente definimos los dos tipos principales de memoria, la semántica y la episódica. La principal particularidad que las une, además de ser nuestras y estar en nosotros y hacernos lo que somos, es marcar los límites que el pasado tiene con el presente, y, al mismo tiempo, sus inter dependencias; que los dos tiempos sean concebidos *“lo bastante diferentes como para saber que se trata de otro tiempo, [y al mismo tiempo] lo bastante parecidos como para hacer que nos demos cuenta de nuestra continuidad [con y] en el [pasado]”*⁵⁰. La primera distinción entre el conocimiento semántico y el episódico radica en que el primero tiene una leve conexión sentimental con el recuerdo, y el segundo lo manejamos con cronología, cuestión que termina por evocar hechos, no sentimientos.

Involucrar sentimientos durante el trabajo de la memoria episódica propicia la división de la misma en recuerdo instrumental y en ensueño: para lograr una coherencia entre lo que se recuerda y se plasma en discurso es necesario ordenar y entrecruzar una serie de visiones memoriales; el recuerdo instrumental no es otra cosa que el auto-razonamiento que se tiene con los recuerdos, catalogándolos según su nivel de importancia. El ensueño es una forma de recordar que realza sentimientos, iniciando en la persona un deseo por *“querer recordar más”*, una suerte de recuerdo forzado.

Es típico del ensueño una reactivación de sensaciones pasadas causado por factores ambientales, como los olores, sabores, sonidos y texturas. Ejemplos como estos sobrarían nombrarlos en la práctica, pero se debe recalcar que la nostalgia juega un rol de gran valor en este tipo de recuerdo motivado. Es aquí donde la consciencia de una coexistencia con el pasado sería inútil negarla, ya que el pasado se puede encontrar en acciones tan simples como nuestro respirar y escuchar, el pasado se impregna en el agua y en el aire, rozándonos con su toque. *“Nuestros brazos y piernas están llenos de recuerdos aletargados”*, cita Lowenthal a Marcel Proust.

Esta relación tan estrecha entre recuerdo evocado y su aplicación en el presente claramente pertenece al campo psicológico que afecta a la memoria; es la influencia

⁴⁹ *Idem.*, pp. 293

⁵⁰ *Idem.*, pp. 294

claramente sentimental el que le da facultades al recuerdo de ser inocente o nocivo, un recuerdo intenso puede ser un arma de doble filo. Eso dependerá del hecho vivencial al que se remonte, no importa si el recuerdo fue un hecho que la persona vivió directamente, pero son las consecuencias de este tipo de reacciones las que examinaremos cuando abordemos lo concerniente al trauma.

Para resumir: “*la memoria instrumental carece de compromiso*” porque es una guía de actos realizados con anterioridad que logra la subsistencia dentro del presente vivo y futuro. “*El ensueño – por su parte – recuerda [primero] los sentimientos y nos anima a comparar los estados pasados del ser con los presentes*”, adornando nuestra presencia actual. Es la problemática del poder recordar y qué métodos usamos para lograrlo lo que dificulta la recuperación del recuerdo, mallugando la memoria. La presencia de un recuerdo doloso o traumático atormenta al presente, sus visiones reviven “*casi como si estuvieran aún ocurriendo*”, dificultando el entendimiento del pasado para re-vivir en el presente.⁵¹

Es momento de poner el dedo sobre una costura muy importante y despersonalizar la memoria. Esperamos haber dejado ya claro lo personal que es el recuerdo, y cómo éste puede formar parte de una escenografía mayor. Por citar una situación; no será lo mismo ir a ver un juego de fútbol al estadio y celebrar el gol de nuestro equipo desde la parte trasera de la portería rival, que verlo desde un asiento a la altura de mitad de cancha. Ahora, el hecho es el gol, más de una persona recordará eso sencillamente, pero en su narración existirán distintas perspectivas, que, y no queremos sonar cacofónicos, no quitarán el hecho de que un gol sucedió. De hecho, la persona a nuestra izquierda o derecha, ya sea atrás de la portería o a la mitad de cancha, lo va a narrar diferente, con ciertas similitudes quizás, pero *su* recuerdo del gol será individual y único.

Dijimos que estaba cerca entrar de lleno a la reformulación del concepto de «memoria colectiva», y de hecho ya estamos ahí. Pero no podemos hacerlo sino dentro de un marco de crítica sobre la Historia. Esta ampliación del horizonte problematizará la cuestión comentada en el inicio del escrito; la memoria como fuente de conocimiento para el quehacer que nos ocupa a los historiadores. Esta operación también proporcionará que poco a poco vayamos trabajando con la cuestión del olvido, agente hasta ahora reservado pero que cerrará el circuito al fenómeno que nos ha traído aquí; el '68.

⁵¹ *Idem.*, pp. 297

Capítulo II: El Reflector o la Sombra: Historia y Olvido.

Pero de la gente vulgar nadie se acuerda, nadie se interesa verdaderamente por ella, nadie se preocupa de saber lo que hace, lo que piensa, lo que siente. Incluso en los casos en que se pretende hacer creer lo contrario, se está fingiendo.
-José Saramago.

¿Por qué en una tesis de Historia damos tanto espacio a la memoria? ¿Por qué se lo seguiremos dando? ¿Qué tiene la memoria para hacernos repensar el quehacer histórico? La particularidad inicial entre historia y memoria son la implicación de sustentabilidad que la primera tiene con la segunda, ya que la necesidad ontológica del historiador es «hacer historia», para otra persona ésta relación con el pasado es simplemente «hacer memoria». Pero tanto el historiador como, por así decirlo, el civil, ejercen la acción de remitirse al pasado es un uso, también puede llevar a un abuso de la memoria.

Ahora bien, tanto el sector académico como civil que ejerce la memoria son parte de una amalgama de poderes político-culturales que les ayuda a conformar su identidad, sustentando y explicando su pasado, además de manipular y controlar su devenir cotidiano. Los abusos de la memoria parecerían ser únicos de la versión del pasado de la que dan cuenta las fuerzas políticas y gubernamentales.⁵² Pero también habría que pensar en otras formas de sociabilidad que se rigen bajo cierta forma de control abusivo de la memoria. El uso y abuso de la memoria en manos grupales da origen a los procesos de rememoración y memorización:

Con la rememoración, se acentúa el retorno a la consciencia despierta de un acontecimiento reconocido como que tuvo lugar antes del momento en que ésta declara que lo percibió, lo conoció, lo experimentó. [...] La memorización, en cambio, consiste en maneras de aprender que tienen como objeto saberes, destrezas, posibilidades de hacer, de tal modo que estos sean estables, que permanezcan disponibles para una efectuación, marcada [...] por el sentimiento de facilidad, de espontaneidad, de naturalidad.⁵³

⁵² Ricœur, *Op. Cit.* pp. 82-3

⁵³ *Idem.*, pp. 83

Ambas descripciones son aplicables a ambientes individuales y colectivos, pero recae en la rememoración una participación más cuantitativa, ya que convoca a un grupo más grande y generacionalmente más disperso de gente; su relación se sustentará gracias a los niveles de identificación que los distinga como participantes directos en el proceso de recordación. La memorización es ejercer una consciencia sobre el conocimiento que se tiene para accionar una rememoración; es decir, no sólo recordar que se puede *recordar* algo, también que se puede participar en el acto.

Pero para tener cualquiera de estas dos opciones ejercidas del recuerdo evocado, es básica una enseñanza y aprendizaje de un discurso histórico. Aprender historia, bajo este concepto, “*consiste en la recitación de la lección aprendida de memoria*”, que se basa en escuchar y memorizar nombres, fechas, rostros, procesos lineales, causas y consecuencias generales. Esta forma de aprendizaje se define como una mera adquisición de información previamente construida por las necesidades y requerimientos políticos y sociales, aunque también participan los contextos económicos y culturales tanto del que enseña y del que aprende.⁵⁴

Este modo nulo y mecanizado de razonar el pasado cumple con una función a largo plazo, que podríamos sintetizar en tres puntos: primero “adiestrar” a los aprendices, para que funjan como futuros apóstoles o portadores de la versión histórica que reciben. Segundo, ahorrarse la molestia de reformar constantemente el discurso; y por último, construir un negativo histórico donde solamente se relacionen imágenes (héroes, nombres), tiempos (fechas, épocas, eras), y lugares (países, ciudades, monumentos).⁵⁵

Podríamos hablar también de las observaciones hechas por el italiano Enzo Traverso cuando habla del maltrato que ha sufrido la palabra «memoria», al grado de tener dificultades de diferenciar memoria e Historia como fuente de conocimiento, de información. Las dos “fuentes” nacen y hablan del pasado, pero “*el pasado se transforma en memoria colectiva después de haber sido seleccionado y reinterpretado según las sensibilidades culturales, los dilemas éticos y las conveniencias políticas del presente.*”⁵⁶ Debido a esto se ha suscitado “*una crisis de transmisión [entre] la experiencia transmitida y la experiencia vivida*”, ya que si son parámetros culturales, políticos y hasta mercantiles

⁵⁴ *Idem.*, pp. 84-5

⁵⁵ *Idem.*, pp. 86-8

⁵⁶ Traverso, Enzo. “*El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política.*”. Pp. 14

los que determinan ya no únicamente qué es o no pasado e Historia, son ellos los que clasifican el nivel de importancia en los testimonios. Es decir de la memoria.⁵⁷

Lo que podría ser el problema mayor durante el traspaso de memoria a Historia es que ésta última a pesar de nacer de la primera adopta una postura autocontrolada (con reglas y métodos), que termina por fraguar a la memoria en un objeto.⁵⁸ Y la configuración del objeto lleva irremediabilmente a querer ver una verdad, una certeza en su contenido, una –valga la cacofonía–, verdad verdadera en los resultados científicos que la Historia como ciencia puede (¿o hay que decir *debe?*), proporcionar. Retomemos a Ricœur en un punto neural: la justicia y la memoria.

Los problemas que causan sistematizaciones históricas de esta índole no solo vuelven a la sociedad inherente a su pasado, también terminan por agudizar el alejamiento y descuido de aquellos hechos históricos que hieren y mutilan a la sociedad, desvirtuando su contexto y repercusiones atemporales. Esto no solamente puede llevar al olvido ciertos episodios de la historia, sino que niega la posibilidad de un duelo por parte del sector afectado. El duelo es la acción con la cual se confronta la pérdida, pasiva o violenta, de un ente amado, no solamente afrontar las repercusiones sentimentales de ya no tenerlo y convivir con él, también el acceso a un lugar físico donde depositar e ir deshaciendo el dolor.

Revisemos y comparemos las semejanzas tanto del duelo individual como el colectivo: en el primero se debe de afrontar el golpe de realidad donde el objeto amado ha dejado de existir, y urge una necesidad de desprendimiento de las formas de contacto y relación cotidianas con él, como si siguiera vivo. Obviamente a esto responde una negación. Si a este proceso netamente sentimental se le obstaculiza su realización, todo recurso recordatorio hacia lo perdido se teñirá de melancolía (uno de los niveles más complejos y negativos de la nostalgia), ya que no solo se estará evocando con recuerdos, también se llegará al grado de negar o falsear su ausencia.⁵⁹ En lo que respecta al duelo colectivo se debe ser más radical, ya que en esencia un duelo individual es doloroso y en algunos casos traumático, la idea de organizar y confrontar socialmente un duelo requiere

⁵⁷ *Idem*, pp. 14-5

⁵⁸ *Idem*, pp. 21

⁵⁹ Ricœur, *Op. Cit.* pp. 100

de un conocimiento y una consciencia amplia y objetiva del evento que causó un conjunto disperso de pérdidas.

Ricœur sustenta esta idea planteando la relación fundamental, o fundadora, entre historia y violencia: *“Lo que celebramos con el nombre de acontecimientos fundadores son esencialmente actos violentos legitimados después por un estado de derecho precario. Lo que fue gloria para unos fue humillación para otros. A la celebración de un lado, corresponde del otro la execración.”*⁶⁰ Estas fisuras en la construcción de una narrativa del pasado abren heridas y crean recuerdos dolosos que merecen curación, no solamente por un sentido moral o ético de las capacidades políticas o académicas, también por la influencia que estos traumas tienen sobre la conformación de una identidad propia, comunal o nacional. La identidad está muy ligada a cómo se heredan y transmiten los pasados dolosos.

Tres son las causas para tener en cuenta esta relación: a) la identidad contextual que vive o es participe del hecho violento. Esta identidad reescribirá su pasado y planteará un escenario para el futuro. B) la confrontación con una identidad opuesta a la agraviada, es decir, el encontronazo de dos entes que hayan vivido otra realidad; y c), la germinación de comportamientos violentos cuyo fin es hacerse escuchar, que su versión de la historia sea legitimada argumentándola esencialmente con enojo o coraje.⁶¹

No pensaremos en entender la relación entre pasado e identidad si no consideramos el peso que aporta la ideología. Ésta abarca tanto al sector traumatizado como al que es ajeno a él, ya que en su sencillez la ideología es el cúmulo de lenguajes, símbolos e imágenes, referentes culturales y urbanísticos que cada sector utiliza para sustentar su valor dentro de la sociedad. Así se validan e integran los poderes económicos, espirituales y políticos, así como la organización interna. La ideología añade *“una especie de plusvalía a nuestra creencia espontánea, gracias a lo cual ésta podrá cumplir con los requerimientos de la autoridad”*⁶², es decir, los representantes máximos de cada pilar de nuestra ontología.

Recapitulemos: ¿cómo se cohesionan la memoria misma, la rememoración y memorización, la identidad y la ideología? ¿Cómo entender tan particular herencia? Esto lo logrará la Historia automatizada o aprendida (memorizada y obligada), la Historia oficial, (constructora de una identidad patrocinada por poderes políticos), y celebrada públicamente

⁶⁰ *Idem.*, pp. 108

⁶¹ *Idem.*, pp. 110-1

⁶² *Idem.*, pp. 113

(historia conmemorada.) Tal control del pasado dibuja una historia feliz y correcta en todos los sentidos, donde los elegidos providencialmente son parte y la construyen, mientras que los espectadores solamente la aprenden y cumplen el rito. *“Un pacto temible se entabla así entre rememoración, memorización y conmemoración.”*⁶³

2.1.- La justa memoria y el Otro: memoria compartida.

De esta forma la historia relega una de sus responsabilidades más importantes por ser una actividad de conjunto, una institución social; el establecimiento de justicia. Aplicar justicia por medio de la historia es transformar una memoria traumática en un proyecto de rehabilitación tanto para el sector dolido como la sociedad a la que forma parte.⁶⁴ Sobraría decir que el poder emotivo del pasado es tal que afecta al presente y por ende al futuro, esclarecerlo ayudaría a explicarlo de tal forma que acoplaría todos los testimonios vivos que lo conforman, además de purgar el ejercicio de rememoración que se hace de él, es decir, reestructuraría el significado social de las conmemoraciones. Para cerrar esta reflexión sobre los usos y abusos de la memoria, hay que tener en claro las razones del por qué es necesario hacerle justicia a la sociedad por medio del quehacer histórico.

Paul Ricœur plantea tres elementos para esta «justa memoria»: por definición, la justicia es la facultad de reaccionar a la necesidad fracturada del otro, ser conscientes de su dolor y pérdida. El deber de hacer justicia es el mismo que el deber de hacer memoria, recabando los recuerdos y versiones que las víctimas tengan. Después viene la ruptura con la melancolía, es decir, eliminar el elemento de culpa que solo frustra y confunde más a las víctimas y a sus descendientes. Permitir la generación de culpa crea una deuda con los otros, y *“la idea de deuda es inseparable de la de herencia.”* La historia, con sus herramientas y facultades para estudiar el pasado, rescataría los vestigios tangibles e intangibles de los que la sociedad y la misma historia han olvidado. Por último reconocer a las víctimas como parte de un todo que es el hecho histórico, indirectos e involuntarios indudablemente. Así el historiador tendrá una consciencia crítica más amplia de su tiempo,

⁶³ *Idem.*, pp. 116

⁶⁴ *Idem.*, pp. 121 El autor ve a la historia como catalizador para los duelos individuales, ya que sólo la historia explica contextual y temporalmente las causas y acontecimientos que provocan los eventos traumatizantes para la sociedad; así se estaría incluyendo también a los testimonios dentro de esta revitalización analítica del pasado.

dándose cuenta que por lo menos indirectamente es herencia y deudor con ese lado B del pasado.⁶⁵

Hemos expuesto nuestra lista de pendientes; nuevos conceptos aparecieron gracias a las notaciones de Paul Ricœur. No únicamente las definiciones de rememoración, conmemoración, etc., ya que el objetivo final del compendio teórico, es tratar de poner al historiador frente y dentro del espejo, y verdaderamente problematizar el concepto de «memoria colectiva» encontraremos el porqué de la importancia de cerrar los ojos y darnos cuenta que, aunque estemos en una constante comunicación con el lenguaje del pasado científico, hemos llevado más allá el requerimiento de abstracción, y nos hemos olvidado de hablarle a nuestra inmediatez gracias al pasar inevitable del tiempo.

Un enunciado como «memoria colectiva» pareciera que trata de encerrar el cúmulo de perspectivas solamente en el hecho, erradicando la posibilidad de abrir el abanico de narraciones sobre el mismo. Si buscamos en el diccionario la palabra «colectivo» plantearemos mejor los pies sobre este suelo: “Que pertenece a un grupo de personas o es compartido por cada uno de sus miembros. Conjunto de personas que tienen problemas e intereses comunes”. Sumando el sustantivo memoria no es difícil percatarse que «memoria colectiva» trata de definir que un grupo de personas tiene, comparte y –por consecuencia–, recuerda *algo* de la misma manera. Esto es un grave error teórico-conceptual, y por pensar en *algo* como un todo, parte de ese algo se olvida inevitablemente.

El concepto de memoria colectiva lo podemos entender en su cuestión nuclear: en sentido literal entendemos por colectividad se está hablando de un conjunto de personas que “son llamadas” o “movidas” por un objetivo en común (por ejemplo, y es algo que revisaremos en el siguiente capítulo, la marcha conmemorativa de cada 2 de Octubre. Es colectivo el hecho que ese día, en un lugar en particular hay un llamado a reunirse y *re-memorar* algo.) Pero lo nuclear yace en la acción primaria para que estas personas *sean* conscientes de lo que significa el llamado, es decir, la acción de compartir la información.

Como lo vimos con Paul Ricœur y Néstor Braunstein, el recuerdo se trasladará a una memoria gracias al lenguaje, pero si cada uno de nosotros tiene un lenguaje diferente, único, propio, no podemos tener grupalmente la misma perspectiva de un acontecimiento, pero sí podemos compartirla. Ahora tiene perfecta lógica la importancia y eterna

⁶⁵ *Idem.*, pp. 120

permanencia de la identificación y ratificación de nuestro recuerdo con el de los demás, ya que existen diferencias y discrepancias entre las perspectivas que dan vida al nacimiento de un acontecimiento del pasado.

Se dice que el gran “invento” del siglo dieciocho fue el hombre y sus derechos, éste germinó durante todo el siglo siguiente para que Sigmund Freud develara las capas del yo. El trato a la memoria como «memoria» no fue preocupación del nacimiento de la Historia académica, el conocimiento contenido en ese repositorio se separó de la información que sí estaba en las fuentes físicas. Fue en el traslado entre el hombre y el yo, dentro de la reivindicación humana que permeó el paso de la divinización del alma permitiendo, en palabras de Braunstein, dos “*formas trasindividuales*” del pasado; la memoria y la Historia.⁶⁶ Y cuando la Historia estaba en su búsqueda, una que continúa dramáticamente, por adoptar más que amoldar los cánones de la científicidad por dar resultados, verdades, generalizó el estudio del pasado como un todo y se olvidó del pasado como una construcción y representación de varios.

No nos vamos muy lejos; esta división marcó desde el inicio las bases de la Historia académica para fabricar conocimiento científico, es decir las fuentes. Esta elección le adjudicó una serie de “pecados capitales” a los testimonios provenientes de la oralidad, y casi todo el conjunto de referencias del pasado sustentadas en esta superficie. Fueron

la transitoriedad, la inestabilidad, la inevitable contaminación por el olvido, la condescendencia con prejuicios, la debilidad frente a influencias sugestivas, la mutabilidad de los recuerdos, la fatal presencia de la “subjetividad”, la fragmentación selectiva de los datos, la sumisión a conveniencias afectivas y narcisistas, el rechazo de lo que afecta a su coherencia, la indefinición de sus límites, el descuido (o blasfemo desprecio), hacia los datos comprobados y guardados en documentos (“objetivos”) que se archivan y son inmunes a la usura del tiempo.⁶⁷

La condena máxima parece ir contra la emotividad de la memoria y todos los aspectos “contraproducentes” que la atañen provenientes del contexto vivencial. La

⁶⁶ Braunstein, *Op. Cit.* pp. 11

⁶⁷ *Idem.*, pp. 12

Historia no podía jugar, ni sabía manejar varios puntos de vista, diferentes perspectivas, una miscelánea de testimonios. Se debían que presentar resoluciones factuales, claras y más cercanas a *una* verdad. Ya que la Historia debía encargarse de buscar, localizar y traer de vuelta una verdad. Ésta, a pesar de los avatares, debía ser presentada de la manera más limpia posible, sin ninguna contaminación emotiva que representara una extenuación en el proceso de identificación y comprobación.

También el conocimiento emanado de esta actividad debía ser focalizada, ya fuera para un suceso o un personaje en específico (desaparece la figura de la persona y personas, y aparecen más que nunca los personajes); esta despersonalización e in-personalización clausuraba cualquier imaginario, y beatificaba aquellas pruebas irrefutables para explicar “*eso que pasó, tal y cómo pasó*”. La determinación lineal, el trazo de una realización en el ser humano y su pasado, su Historia, debía ser puntual, maestra y guía del presente. Se anulaba problematizar el presente como tal, para determinarlo como hijo único e inmediato del pasado, del que se debía extraer y aprender sus verdades y suprimir sus diversificaciones. De manera magistral Braunstein comenta; “*Opción de fierro: o el recuerdo o el documento*”.⁶⁸

La evolución de los referentes para trabajar el pasado fue rápida, o a estas alturas no sabemos si decir que fue un retroceso. De recuerdo o memoria se pasó a testigos con su grado de testimonio, para terminar en documento o fuente. Así se marcaron los primeros cimientos para la Historia y su particular ideología científica, que al legitimar sus “*deberes de objetividad*” facultó al discurso histórico para librarse de la memoria personal, impidiendo a los “*derechos de subjetividad*” de los hombres del pasado de hablar. Esto, al final, parecía hacer Historia.

Si bien toda construcción y uso del pasado antes del escenario planteado arriba tenía su cantidad de empuje ideológico y de poder, es aquí donde la condena hecha a la memoria y los testimonios se institucionaliza. La memoria, como la hemos presentado, una capacidad innata y sumamente clave para el ser humano, es un tipo de saber no oficial, no está gobernado por ninguna institución. La Historia además de construir conocimiento verdadero y comprobable, elevó sus parámetros de asociación con el poder. Y si se llegarán

⁶⁸ *Idem.*, pp. 12

a usar como referentes, nunca *fuentes*, algún testimonio o parte de memoria serían “adornos”, un dato o una peculiaridad más.

Si retomamos los pecados capitales atribuidos a los testimonios debemos recalcar la subjetividad. La subjetividad quizá haya sido el mayor espejismo durante los lineamientos de qué podía y debía ser Historia. Se le adjudicó al *Otro*, es decir al testigo-testimonio, pero se olvidó, o ni siquiera estuvo a discusión, la carga de subjetividades que tiene el que “interroga” al documento. Es aquí donde se debe sondear cuidadosamente el concepto de memoria colectiva. Como ya vimos, y por el osito Bimbo juramos ya dejar en paz, el recuerdo es único y personal, como así lo es y debe ser la memoria. Lo que vivimos y experimentamos solo se solidificará como testimonio memorial al compartirlo con *el Otro*. Y el *otro* es un *Uno* en su existencia, en sus recuerdos y memoria. No son, no somos, parte de un colectivo que como vimos con la definición “jalan” para el mismo lado de la misma manera.

El recuerdo y la memoria nos hacen existir para y con nosotros mismo, pero no para el otro.

No atravesamos por peripecias que luego recordamos y nos llevan a ser y representarnos ante el Otro, sino que nos constituimos en el seno de ese Otro que nos infiltra con su historia y su memoria. Luego, así determinados para registrar nuestra experiencia, percibimos lo que sucede con nuestro cuerpo y en nuestras relaciones con el prójimo de una manera que lleva ya las marcas de esa impronta inicial e iniciática dejada por el Otro de la nación, la familia, la cultura, la lengua con sus rejas y grillas de significantes. Nacemos en un nido de relatos preformados. De relatos performativos.⁶⁹

La situación va más allá que compartir el mismo idioma, ya que cada uno tiene su lenguaje con el que trabaja la rememoración que nos conecta, fuera de nuestra existencia, con el mundo a través de nuestra memoria. De manera simple; el proceso entre la explicación y razonamiento de la Historia está regido por la subjetividad entre exponente y oyente. El estudio histórico sufrirá así una destilación más, cuando el historiador presenta su análisis, y los locutores seleccionan de él lo que más les atraiga o interese. Esta interacción le ocurre también al historiador mientras realiza su investigación;

⁶⁹ *Idem.*, pp. 24

seleccionamos de la historia que escuchamos y leemos los elementos que queremos creer y hacerlos creíbles. Lowenthal señala que *“de la misma manera que nosotros somos producto del pasado, el pasado conocido es un objeto que nosotros hemos creado”*, razonamiento que intensifica y sugestiona nuestra relación con el manejo del pasado.⁷⁰

Para entender un poco mejor las cualidades de transmutación del recuerdo, y su exteriorización o interpretación (reactuación), existe un pasaje en la novela *Memorias de una Superviviente* de Doris Lessing. En su novela la protagonista, que narra toda la obra desde la perspectiva de la primera persona, tiene episodios de interiorización donde se sumerge en sus recuerdos, sueños e imaginaciones. Las entiende como cuartos de una inmensa casa, habitaciones que se van ocupado y desocupando, llenando o vaciando conforme las situaciones de la vida “real” lo van provocando.

La protagonista entiende que esos cuartos representan su vida, tanto las experiencias realmente vividas por ella, las que le fueron compartidas, las preocupaciones del presente y las expectativas del futuro:

A veces tenía la sensación de que todos aquellos cuartos habían sido cuidadosamente instalados [...] solo con el fin de volver a arrasarlos [...]. Con un despliegue de centenar de maneras, modalidades, épocas diferentes, pero no en orden consecutivo, ni para dar el sentido de la evolución de un estilo hacia el siguiente. Instalados, perfeccionados y luego derribados.⁷¹

Podemos leer esto bajo la óptica de Ricœur, tanto cuando habla del proceso interno de rememoración, el ir en busca de un recuerdo en específico y dejar de lado otros, como el poder que tiene el recuerdo, en su reproducción exteriorizada, en ayudarnos a entender nuestro continuo y futuro devenir.

⁷⁰ Lowenthal, *Op. Cit.* pp. 315

⁷¹ Lessing, Doris. *“Memorias de una superviviente”* pp. 165-6 En otro pasaje la protagonista, al tratar de relacionarse con una niña que ha caído bajo su cuidado, se da cuenta que su lenguaje y actitudes deben ser un producto de *“su memoria, o bien de la historia que la ha formado”*. Así los pasados de cada una entran en una mecánica de retroalimentación, interpretación, empatía y representación en los “cuartos” en los que la narradora entra en forma de ensueño. Pp. 52

2.2.- Lo que la Historia entiende por pasado: historia oficial y académica.

La radiografía al conocimiento del pasado que hace la Historia nos va presentado así diferentes capas, ya que problematizar la subjetividad no sólo como mero acercamiento del historiador a una fuente del pasado, sino como todo un aparato de representaciones e interpretaciones que sucederán en ese encuentro. La emotividad no se trata de exorcizar únicamente de las fuentes, sino también del que va a usarlas. Pero claro, esto creó una suerte de deshumanización en ambas partes; por una, lo que *alguien* dejó en un documento que fue producto también de un cúmulo amplio de subjetividades, por otro, el que va a reinterpretar ese cúmulo con su propia experiencia de vida.

Pero una de las mayores exclusiones que la Historia dispuso en su utilidad es la que todos los seres humanos facultados para pensar se acercan y conocen al pasado por el pasado mismo, es decir el tiempo. La Historia fue la institucionalización de la (¿o se debe decir de *Una?*) memoria del tiempo pasado. El concepto de «memoria colectiva» debe por ende asimilarse en su ejercicio esencial que es el compartir un recuerdo o una experiencia. Es decir, es también una «memoria compartida». Aunque hayamos tenido una experiencia sublime con el pasado ayer, antier, hace años, y que ésta provenga de un pasado inmediato o lejano, se nos comparte para que nosotros mismos con nuestra carga subjetiva (experiencia de vida), la hagamos o no nuestra.

Y es esa misma línea de pensamiento, la subjetividad, la que ahora nos permite hacer algunas diferencias capciosas en esto que pareciera se trata de una disputa por lo que es (¿o fue?) el pasado. “*La historia – define Lowenthal – extiende y elabora la memoria interpretando las reliquias y sintetizando los relatos de los testigos presenciales del pasado.*”⁷² Se vislumbra aquí el primer aspecto de la Historia como ciencia, las fuentes presenciales que le dotan de historias para contar. Diferenciamos, para beneficio de las cosas por venir, la Historia del pasado; no todo pasado será historia, así como no toda historia comprenderá todo el pasado. Lowenthal cuenta que fue Vico quien retrata esta diferencia, utilizando como referencia a las piedras, los árboles y los animales como entes que cuentan con un pasado cognoscible, y marcando sus pautas con la historia humana, cuyos procesos se sustentan bajo propósitos conscientes.

⁷² Lowenthal, *Op. Cit.* pp. 307

Amplieemos la discusión con el agregado del término historia. Aplicar tal término a nuestro pasado es difícil, hasta incomodo, ya que la concepción de integrar nuestra existencia en un plano superior, o que abarque hechos que suponemos mayores a los nuestros, construye un muro alto y grueso entre nosotros y el pasado histórico. No nos vemos a nosotros mismo como parte de *la* historia. De hecho, “*nuestro sentido de pasado histórico viene menos de los libros de historia que de las cosas cotidianas que llevamos viendo y haciendo desde la niñez*”⁷³, problemática que se agrava por las condiciones de las ciencias sociales, pero que al mismo tiempo las atrae por sus características semi ficticias, enigma académico que tiene como fin separar lo mítico y fantástico de lo verídico y comprobable.

Encontramos adecuado para amortiguar tal fin la opinión que da Lowenthal sobre la diferencia que los historiadores y psicólogos tienen con respecto a la memoria; los primeros “*estudian el pasado examinando informes de lo que ha ocurrido en el mundo real*”, mientras que los segundos examinan los “informes” intangibles, irreales o imaginarios, que han encontrado su camino hacia el mundo real, las repercusiones psicológicas de acontecimientos traumáticos tienen para personas reales que afectan a su medio inmediato y por supuesto a su vida en general. ¿Acaso esto no propone una relación fraternal entre memoria e historia? ¿No parece que la Historia sea más una ayuda a la memoria que algo maligno para ella? Existe algo llamado «memoria histórica», su principal fricción.

La dinámica entre la Historia y la memoria es un torbellino de definiciones y propuestas sustentables pero siempre discutibles, la legitimidad de una casi siempre estará a dispensa de la otra; si una falla en su intento por sustentar lo que el historiador quiere comprobar, es complicado que la otra parte salga a su rescate. Si existe una manera de entrar tranquilamente en este diálogo, sería examinando los beneficios que tanto Historia y memoria se proporcionan entre sí; debido a sus cánones académicos, “*la historia se diferencia de la memoria no solo por cómo se adquiere y valida el conocimiento del pasado, también por las formas en que se transmite, conserva y altera*” en la magnitud que ocurra.

Pareciera que la relación entre historia y memoria es algo complicada, turbia y con pequeños roces, pero a diferencia de la memoria, la Historia requiere de fuentes de

⁷³ *Idem.*, pp. 308

conocimiento empíricos para su oficialización y aceptación como intento válido de examinación del pasado. Las fricciones entre la legitimación de la Historia y la volatilidad de la memoria se resuelven por medio de la clausura, término que Lowenthal utiliza para nivelar los poderes dentro de la memoria histórica. *“La «memoria» cuenta con informes de segunda mano sobre el pasado, es decir con una historia; y la «historia» cuenta con testigos visuales y otros recuerdos, es decir, con una memoria.”*⁷⁴

Escondida entre las líneas de la cita previa se encuentra la problemática de la legitimación de las fuentes históricas. La sustentabilidad de la Historia depende de su autenticidad y comprobación. La problemática que se intenta plantear aquí, y con la cual entramos a la carretera de la teoría crítica, no es menospreciar o demeritar las interpretaciones de las fuentes tangibles con las que trabajamos los historiadores, el problema radica en la sustentabilidad y utilización de las fuentes memoriales intangibles como dadoras de conocimiento para el quehacer de la Historia. Digámoslo de una vez; la memoria intangible reflejada en todas las formas cotidianas de rememoración da cuenta directa o indirectamente de un pasado, por ende, cuentan una historia; y son historia, etérea y no academizada, porque rebosan y le rinden tributo al pasado.

¿Dónde ha quedado la intensión de la Historia por contar lo mejor y menos conocido del pasado? ¿Cuándo se marca tan enorme diferencia entre lo comprobable y lo probable? ¿En qué parte de la Historia podemos encontrar al pasado memorial, específicamente en el pasado reciente, que es el arrocito negro en varios cánones historicistas?

Para adentrarnos en este sinuoso camino, abogemos por reconocer más factores epistemológicos entre Historia y memoria; unidas son un claro recipiente de conocimiento científico-humano, pero aun separadas no dejan de ser un acceso hacia diferentes tipos de conocimiento. Ambas recorren caminos diferentes, y darán resultados dispares, pero es precisamente la ampliación y acercamiento a un tiempo pasado una de las intensiones más ortodoxas del quehacer académico histórico.

Es en la forma de retratar el pasado donde la Historia y la memoria tienen una importante diferencia; el pasado que se recuerda bien se puede compartir parcialmente con otros, pero permanece y pertenece al ente individual; en cambio, el conocimiento memorial

⁷⁴ *Idem.*, pp. 310

del pasado correspondiente a la Historia es visto como una herramienta para explicar a la sociedad, entonces se produce y comparte de manera colectiva. De ahí que la Historia deba estudiarse como una actividad social, porque recordar, comunicar, recolectar, lidiar y cuidar el pasado requiere de instituciones complejas, duraderas, colectivas y permitidas por el orden político.

La relación de sustentabilidad entre el pasado memorial y el pasado histórico alcanza otro tono cuando somos conscientes que la mayor diferencia entre estos dos radica en el tipo de versión del pasado que quieren dar, y cómo se van constituyendo surcos que conectan al cúmulo de conocimientos que ambas conforman. Entonces, ¿qué es la memoria histórica? *“Al igual que la memoria da validez a la identidad personal, la historia perpetúa la autoconsciencia colectiva”*, lo que es decir, la memoria histórica es el cúmulo de hechos memoriales que se usan para construir y sustentar un discurso en forma de consciencia colectiva, retroalimentada por la sociedad.⁷⁵ Los grupos de personas, conocidos como sociedad, necesitan de estos referentes cognitivos porque ayuda a conservar y preservar los órdenes y reglas existentes que permiten su sobrevivencia.

Como se puede ver, existen dos formas diferentes de contar la Historia, pero es la memoria testimonial la que se va con el individuo que la posee, mientras que la Historia académica tiene varios modos de preservar el conocimiento que va construyendo. Pero en lo referente al pasado reciente, cuando los recursos de preservación del material histórico oral son más accesibles y su manejo se ha facilitado como nunca antes se pensó, ¿no entra en la lista de objetivos de la Historia académica preservar y utilizar estas reliquias para una explicación más amplia y diversa del pasado? ¿No es ya tiempo de que sea obligación del quehacer histórico ir en búsqueda de estos retajos llamados recuerdos?

Para tratar de comprender esta pequeña incongruencia epistemológica debemos separar los conceptos de historia académica e historia oficial. La historia se vuelve oficial cuando presenta una versión del pasado que corresponde con las necesidades y requerimientos políticos, económicos y sociales de unos cuantos grupos para validar su presente, maleando y modificando el pasado a meras conveniencias de tipo ideológico. Por esta maraña de intereses que escapan y superan los deseos académicos, este tipo de Historia es la más difícil de alterar.

⁷⁵ *Idem.*, pp. 311

Previamente vimos que los recuerdos en muchas ocasiones sufren de modificación, pero de tipo consciente por el ser que los evoca; la complejidad de la Historia oficial radica en sus recuerdos evocados, que son los documentos históricos, tangibles – materiales por supuesto, lo que “*refuerza la inmovilidad semiótica de la historia*”, porque la “comprueba” y retrata como un pasado real tangible.

Obvio es que la Historia que se reproduzca en masa y se difunda bajo métodos coercitivos de distinta intensidad sea la versión que se acepte del pasado. “*Sin embargo – y aquí se agrava la incongruencia – gran parte del conocimiento [que tenemos] del pasado sobrevive a la transmisión escrita e incluso oral*” que menos alteración recibe. Nula es la intención de la historia oficial por destruir u olvidar recuerdos memoriales del pasado, no depende netamente de su método epistemológico, depende de los artífices y escritores de la misma. La Historia puede complementar los aspectos descriptivos y narrativos de la memoria, posicionando en un amplio espectro elementos rezagados del pasado, eventos que por el propio devenir frenético del tiempo no dio oportunidad de ser apreciados.

Particularidad de la Historia que debemos abordar es su fin último por estudiar el pasado. Ya se vio que “*tanto la historia como la memoria engendran un nuevo [y constante flujo] de conocimiento, pero [solo la primera] se propone hacerlo así de un modo intencionado.*”⁷⁶ Ahora bien, aunque en eterna disputa, la memoria y la Historia se retroalimentan y complementan entre sí. En primer lugar, teórica y metodológicamente hay tres factores que limitarán a la Historia en su empresa por conocer el pasado: a) la inmensidad del pasado mismo, o entender que el contenido del pasado es prácticamente infinito. La narrativa histórica, con sus respectivas subdivisiones de estudio, sólo puede enfocarse en una minúscula fracción del pasado que le sea relevante. Es debido a la pura condición del pasado la que imposibilita a la Historia por una reconstrucción total. Esta es la imposibilidad máxima del quehacer histórico.⁷⁷

El pasado no era ni es un informe detallado o perfecto, ya que en su momento y contexto reflejaba un conjunto de acontecimientos y situaciones simultáneas. En su caso la narrativa histórica no es un retrato de lo que ocurrió, sino una Historia acerca de lo

⁷⁶ *Idem.*, p. 312

⁷⁷ *Idem.*, p. 313

ocurrido. El historiador selecciona una pequeña porción del todo, seguido por una selección cuidadosa de las fuentes que le ayudan en su interpretación.⁷⁸

Visto desde estos tres puntos, es claro que el pasado tiene un peso que por cantidad abrumaría al quehacer de los historiadores. Pero si el pasado existe también por la fuerza y el poder que le proporcionamos, ¿no podemos ser más que lo que estudiamos? ¿No estamos ante la posibilidad de saber mucho más del pasado por el simple hecho de que sabemos cómo terminó? La Historia aletarga al pasado en medida que separa y cataloga sus componentes temporales, explicar el pasado con apoyo de la Historia renueva constantemente su revisión, no sólo por el descubrimiento de nuevas fuentes o el desarrollo de recursos para examinarlas, también por las capacidades teóricas y metodológicas que tiene la Historia para analizar sus consecuencias no tan inmediatas.

Plantémoslo de esta manera; en su contexto la gente del pasado no se veía como una historia futura, o que la estaban construyendo. Por ende, la Historia no examina solamente un punto estático en el tiempo, también encuentra su camino por las ondas expansivas que el pasado fue dejando mientras evolucionaba de presente a futuro, dejándonos esferas de tiempo pendientes por revisar.

Cuando el método y la teoría histórica nos pone al tanto de esta situación, cobramos consciencia sobre la narrativa determinada, ya que se tiene una idea más precisa del punto al que queremos llegar con un estudio histórico. Esto no es nuevo, recordemos el origen y causa de la Historia academizada en seleccionar una pequeña parte del pasado y enfocarse en él para no ser absorbidos por su inmensidad. Tal abismo causa una contingencia y discontinuidad que desordena nuestra comprensión del pasado; reiteremos así el poder de la Historia para entretejerlos y exponerlos como productores y productos del devenir humano, es decir, como procesos y contextos históricos.

Cerramos esta amplia cobertura de la importancia de no dejar de lado la subjetividad no sólo como parte intangible del conocimiento del pasado, sino como algo tan axial como lo pueden ser la tinta y el papel usados para escribir la Historia. Retomemos pues el cómo la Historia construye su relato y qué usa para hacerlo. Hablar de las fuentes para la Historia es hablar de archivo, y hablar de archivo es hablar de olvido. Y todo esto, una línea, y lo que vamos a analizar, muchas líneas, es hablar de trauma.

⁷⁸ *Idem.*, p. 314

2.3.- Meridiano del pasado: el archivo, el testimonio y la cronología.

El archivo es una institución precedida siempre por el poder, llámese Estado, gobierno, el cual bajo regímenes de ideología y política determinan qué se archiva y qué no. Qué fue importante en el pasado y qué no lo fue. Qué es Historia y qué no lo es. Para la mayoría de las corrientes de enseñanza el archivo lo es todo, es el lugar donde está depositado toda la complejidad y desarrollo del pasado. Visitar el archivo es visitar a la historia misma, en su casa. Sin embargo, si ponemos atención en la teoría propuesta por LaCapra, debemos criticar no la institución del archivo en sí, sino los poderes que la labor histórica le ha atribuido.

Un revisionismo metodológico donde el archivo proporciona todo el conocimiento neto del pasado lo vuelve un depositario de sucesos y acontecimientos que se pretenden sean lo que los documentos dicen. Los testimonios, la memoria, son difíciles o casi imposibles de digerir para el archivo, y siempre terminan por ser problematizados en medio de explicaciones más elevadas, es decir, de una supuesta importancia mayor para el presente, o *históricos* en el sentido más académico de la palabra. Pasan a ser “rarezas”, datos del tipo “¿sabía usted?” de un conocimiento que muy pocas veces construye una ligadura emotivo-vivencial con las personas del presente. La Historia (profesional), se crea a base de documentos de archivo; el archivo por ende es *la* Historia, en migajas, desperdigada, descompuesta, pero (se supone que), *ahí* está.

Curiosa y llamativa es una anotación en la obra de Paul Ricœur que tanta importancia hemos dado aquí. Sobre la visita al archivo comenta: “*Es evidente que nadie consulta un archivo sin proyecto de explicación, sin hipótesis de comprensión; y nadie intenta explicar un curso de acontecimientos sin recurrir a una configuración literaria expresa de carácter narrativo, retórico o imaginativo.*”⁷⁹ Este operar aparentemente lógico puede parecer un poco ajeno a nuestro contexto, ya que en muchas ocasiones visitar el archivo es únicamente hacer trabajo paleográfico, transcribir datos y buscar corpus documentales para investigaciones que no son nuestras, que nos llegan a veces a imponer. No estamos demeritando los apoyos técnicos y prácticos que pueden proporcionar tanto la paleografía como la diplomática.

⁷⁹ Ricœur, *Op. Cit.* pp. 177

Estudiar periodos como la Colonia o el agitado siglo XIX son cuestiones neurálgicas para el entendimiento de un pasado nacional, que sin duda ayuda a entender nuestro presente y sus vicisitudes. Lo que se reprocha aquí es la operación de sólo transcribir y describir físicamente un documento, sin pensamiento crítico o analítico, cumpliendo muchas veces con meras tareas o deberes escolares. Esto provoca una canonización de las fuentes históricas. El documento es sostenible por su existencia y materialización, pero por tratarse de un ser inanimado se encuentra indefenso ante el escrutinio y observación del historiador.⁸⁰ El documento da cuenta de algo que sucedió en el pasado, pero no dirá ni retratará otra cosa que no sea su “textualidad”. Esto anula la habilidad del historiador a reconocer entre líneas el tipo de testimonio que conforma su documento. Es decir, abstraer de lo tangible el elemento semiótico que le da origen.

Para poder reflexionar sobre este *modus operandi* ortodoxo entre contextualización y archivo es necesario una crítica práctica hacia los historiadores intelectuales y culturales que son devotos al archivo. Revisemos una operación que no es nada ajena a nosotros: se visita el archivo, más una preparación bibliográfica donde confrontamos lo recogido en él (fuente primaria y secundaria respectivamente.) Este tipo de investigación es “cómoda” no por su rápida resolución (de hecho toma mucho tiempo), sino porque su metodología sólo compara, comprueba y extiende lo ya marcado por paradigmas anteriores.

El lugar que ocupa la experiencia como fuente de conocimiento dentro del archivo es una relación dual: por un lado el paradigma del archivo como guardián de la experiencia “muerta”, o “*el depositario de lo que no es, o al menos ya no es, experiencia y ni siquiera memoria de la experiencia*”⁸¹. Tal aparente ausencia faculta al archivo como núcleo del quehacer histórico y derivados. En la labor del historiador corroborar las fuentes es pieza vital, la intensión aquí no es abogar por la fantasía o la mera especulación como herramientas explicativas del pasado, o demeritar la labor archivística, pero sí revalorar el poder que se le ha dado al archivo, en muchas ocasiones, como único referente para hacer Historia.

Si en la metodología del trabajo de archivo existen estas incongruencias, entonces ¿teóricamente por qué archivamos? “*Archivar algo es protegerlo del olvido o el recuerdo*

⁸⁰ *Idem.*, pp. 185

⁸¹ LaCapra, *Op. Cit.* pp. 42

equivoco o borroso” para comprobar que algo *pasó*, sin involucrarnos aún en la versión que dé el documento. El objetivo básico es poder reproducir de alguna manera lo que la memoria recuerda, de una forma *“lo más cercana posible a la real, no distorsionada, original”*, que pueda dar cuenta de un momento real en el tiempo. La paradoja del archivo viene cuando se discuten los niveles de validez o importancia que requiere un documento u objeto para poder ser parte de él. En palabras de Carolyn Steedman, aquí nace «el mal de archivo», es decir, *“el deseo de archivar se presenta como parte del deseo de encontrar, localizar o poseer el comienzo de las cosas”*⁸², agregaríamos, el poder de darle significación a las cosas.

Tomando en consideración estas fallas, vemos que la comprensión histórica implica investigación en un sentido más amplio. LaCapra comenta sobre la complejidad de una nueva forma de investigación; *“es necesariamente autorreflexiva en cuanto plantee de manera crítica el tema de la interacción entre la historia, que se concentra en la reconstrucción de objetos del pasado, y la más teóricamente orientada Meta-historia, que analiza procesos de indagación histórica.”*⁸³

Al problematizar esto en la formación educativa superior de los historiadores vemos que la práctica recae un muchas ocasiones en lo operacional. Y ya que ésta formación se da dentro de la universidad, tendríamos que pensar en la universidad como un primo del archivo, es decir, una institución. La universidad es una institución que como todas está jerarquizada, con un organigrama piramidal que si bien no funciona como una empresa está construida bajo una idea corporativista.⁸⁴ Esta corporación, como fábrica de entes que se unirán al mercado laboral, entiende al conocimiento como información, donde las ciencias duras, o las ciencias tecnológicas en un mundo tan digitalizado, encabezan las prioridades mercantiles.

Rapidez, eficacia y un aparente acceso inmediato a esta información, digitaliza las fuentes, y no es que estemos en contra del acceso a un archivo o acervo por medio de una computadora a miles de kilómetros entre el investigador y lo investigado, pero sí en la supresión de experiencia sublime que éste encuentro significa. Esto se puede deber a las

⁸² *Idem.*, pp. 46. Cita del autor.

⁸³ *Idem.*, pp. 40

⁸⁴ *Idem.*, pp. 272 Recalamos que no se debe estar totalmente en contra de esta forma de recopilación y búsqueda de información para ningún trabajo académico, pero sí evitar una beatificación de la tecnología como facilitadora de construcción de conocimiento crítico de cualquier tipo.

herramientas de búsqueda instantánea que las herramientas digitales poseen. Tecleamos el nombre, la fecha, alguna referencia, y nos abstraemos del acceso mini-contextual del documento. Ya no “curioseamos” el documento.

Con lo anterior no se trata de generalizar o agrupar todo el historicismo actual, pero ya que nuestra investigación tiene su origen en un testimonio oral, lo que se trata de esclarecer aquí es que todo documento o fuente histórica tiene su origen en la acción del habla: idioma, lenguaje, subjetividad, etc. El testimonio cobra entonces un sentido innato humano por contar lo que ocurrió, y sus variantes de cómo ocurrió. *“Nada mejor que [el testimonio] para asegurar de que algo ocurrió, algo sobre lo que alguien atestigua haber conocido en persona.”*⁸⁵

Como lo marcamos en la introducción, fue a partir del estudio del Holocausto cuando la «memoria» comenzó a ocupar un lugar epistemológico y teórico muy importante dentro del quehacer científico-histórico. Pero no hay que confundir que la memoria en sí misma no es Historia, ni herramienta, sino un camino totalmente nuevo cimentado por el testimonio. LaCapra ve así el valor del testimonio: *“El testimonio es una fuente fundamental para la historia. Y es más que una fuente. Le plantea a la historia desafíos diferentes. Pues pone en evidencia que los historiadores u otros analistas se convierten en testigos secundarios, de allí hay una relación transferencial y que debe elaborarse una posición subjetiva adecuada respecto del testigo en su testimonio.”*⁸⁶

En otro libro LaCapra profundiza en sus reflexiones sobre la importancia e impacto del testimonio. La importancia radica en la búsqueda *“y recuperación de las voces y experiencias de los grupos subordinados u oprimidos –donde los procesos meta-narrativos de la historia no han dejado–, rastro suficiente en los documentos e historias oficiales.”*⁸⁷ La prioridad es responder ante la existencia de memorias y rastros históricos “dañados”, perturbados por la inmensidad no sólo del hecho histórico del que provienen, también del quehacer histórico común. Acercarnos a este tipo de fuentes no podrá ser bajo los antiguos métodos y prácticas; LaCapra propone así un acercamiento por las vías psicológicas e individualizando la problemática teórico-metodológica de cada fuente viva que trabajemos.

⁸⁵ Ricœur, *Op. Cit.* pp. 190

⁸⁶ LaCapra, Domick. *“Historia y memoria después de Auschwitz.”* pp. 25

⁸⁷ LaCapra, *“Historia en transito...”*, pp. 17

Las posiciones que van adquiriendo las dos partes son regidas por el nivel de empatía. Dominick LaCapra considera a la empatía como parte de la dinámica que surge en el manejo de este corpus: *“una experiencia virtual [...] en la que el historiador se pone en la posición del otro sin tomar su lugar ni convertirse en su sustituto y sin sentirse autorizado a hablar con su voz”*⁸⁸, ya que nunca el investigador será capaz de retratar o narrar lo que está escuchando de manera idéntica al portador de la experiencia, ni mimética, verbal o teatralmente. Además se van delineando los límites del proceso de investigación, conocido como la entrevista; desde la apertura total a la empatía que muestre el entrevistado, la forma de preguntar y escuchar, sin olvidar los momentos de clímax que el relato pueda presentar, es decir, hasta qué punto o situación llegar cuándo la entrevista se torna emocionalmente compleja.

Al tratarse de una fuente viva, los sentimientos forman parte integral de la narración y reinterpretación de la experiencia; *“la empatía conlleva la respuesta emocional hacia el otro y la respuesta afectiva interactúa con la diferencia tanto como el distanciamiento crítico y el análisis en la historiografía.”*⁸⁹ Lo anterior reduce, no en el aspecto cuantitativo del término, tanto al investigador como al lector de este tipo de testimonios; los datos históricos se salen de lo común (fechas, nombres, lugares, números), y se presentan retratos de una vida, episodios de una memoria que está siendo narrada y explicada de la forma más humana posible. Sin embargo una empatía muy fuerte puede ser perjudicial para los resultados de una investigación, ya que el historiador se puede ver sucumbido ante lo que escucha y paulatinamente comprueba. Claro está, si el trabajo en cuestión da cuenta de un hecho traumático o violento.

Esto nos obliga a irnos sobre la objetividad u objetivación como el regulador de sentimientos y empatía que el historiador debe tener para controlar su identificación con el testimonio que está recabando. También ayuda a posicionar en su debido lugar a la fuente, la acomoda como *“objeto de descripción, análisis, comentario, crítica y experimento. De ahí la supuesta indiferencia y el distanciamiento a veces irónico o crítico”* al respecto de lo presentado.⁹⁰ Lo anterior tiene que ver con la discusión de hasta dónde el historiador es un solucionador de injusticias y delitos sociales históricos, los límites de lo que puede

⁸⁸ *Idem.*, pp. 95

⁸⁹ *Idem.*, pp. 95

⁹⁰ *Idem.*, pp. 101

presentar o no, y los parámetros morales y éticos que utilice para, vulgarmente hablando, ver y percibir a su fuente, es decir, como un ser humano o una mera pero extraordinaria fuente de acceso al pasado.

Este proceso de objetivación es el hilo conductor que el investigador debe tener en cuenta para extraer los elementos sentimentales, y catalogar debidamente los informes que, tras el proceso historiográfico, vaya a convertir en conocimiento. Si se dejase empapar por las emociones, sentimientos y rasgos traumáticos del testimonio no solo el conocimiento será producido de forma desvirtuada y peligrosamente subjetiva, también el lugar del investigador se vería comprometido de forma personal y hasta psicológica, llevándolo a un callejón de análisis sin salida.

El núcleo del texto de Dominick LaCapra viene en su segundo capítulo, “Historia, psicoanálisis, teoría crítica”, y es ahí mismo donde encontraremos los puntos de vista más importantes para nuestra investigación sobre el 2 de octubre y sus reminiscencias. La renovación del quehacer histórico por medio del estudio y rescate de las fuentes que puedan dar las identidades subordinadas no es la única intención del autor, ya que su apuesta más fuerte está en proponer *“un intercambio informativo y provocador entre psicoanálisis e historiografía como proceso de interrogación e indagación, en particular un intercambio que torne a la historia más autorreflexiva y autocrítica en el enfoque de los problemas.”*⁹¹

Este apunte nos debe decir una sola cosa, simple pero importantísima sin duda: el testimonio coloca al historiador frente al espejo y lo dibuja como el principal protagonista de las historias que está escribiendo. El acontecimiento pasado no se escribe por sí mismo, no toma posesión total del historiador, porque el pasado ya es pasado, sino que existe en primer lugar una amalgamación entre el hecho y la persona (el historiador antes de todo es un ser humano), y después, al confrontarse con un testigo por medio de su testimonio el historiador es colocado de nuevo en su lugar, su tiempo, su contexto. El analista, como él lo llama, debe tratar con completo respeto la narración del otro, cotejando lo más posible los datos que proporciona con otras fuentes, escritas u orales, teniendo siempre en cuenta que dentro de la narración hay emociones y sentimientos navegando, subiendo o bajando el oleaje, cuestiones que el historiador, entendiendo que es la bisagra entre pasado y presente, afectan de alguna manera u otra.

⁹¹ *Idem.*, pp. 106

Enzo Traverso también comenta sobre ésta difícil asimilación del testimonio como fuente para hacer Historia: *“El relato del pasado prestado por un testigo será siempre su verdad, es decir, la imagen del pasado depositada en sí mismo.”* Con esto podemos rastrear que la negativa hacia la oralidad es más un problema de distancia crítica; *“para existir como campo del saber [la Historia] ha de librarse de la memoria, no rechazándola sino poniendo distancia con ella.”*⁹²

La falta de educación que el historiador tiene sobre la subjetividad le hace ver con más contras que pros a la memoria testimonial. Su posición, reconocida con un título cuasi nobiliario, su profesionalización en métodos y prácticas difícilmente lo confrontan a un ser cargado de emociones y sentimientos, que además provee datos e informaciones los cuales, en la mayoría de las veces, sólo se desean obtener para soportar una intencionalidad narrativa mayor, demostrar grietas o asteriscos en el discurso ya hecho del pasado. Pero *“allí donde el historiador sólo contempla una etapa del proceso, un aspecto de un cuadro complejo y en movimiento, el testigo capta un acontecimiento crucial, el vaivén de toda una vida.”*⁹³ Podríamos decir, con seguridad, que el historiador no ha sido “educado” para ser consiente de que sus emociones y percepciones, carga vivencial, juegan también un papel en la interpretación y subsecuente construcción del pasado que trata de legitimar.

Ahora, regresando a la tergiversación del testimonio dentro del archivo y las fuentes históricas debemos tener claro que el cúmulo de testimonios escritos archivados y catalogados entra en el horizonte de la historiografía.⁹⁴ Si la historiografía es la acumulación textual de los testimonios del pasado, el archivo funge como filtro y punto de encuentro de todo ese pasado. Condicionando *“el espacio en el que se desplazan los protagonistas de una historia narrada y el tiempo en el que se desarrollan los acontecimientos narrados”*⁹⁵. O como lo hemos visto a lo largo de este viaje, cualquier

⁹² Traverso, *Op. Cit.*, 22-3

⁹³ *Idem.*, pp. 24

⁹⁴ En uno de los apartados más interesantes de su obra, Ricœur plantea si la historiografía, entendida como discurso del pasado que se pretende determinar como un tiempo histórico, no sería más una maldición que bendición para el rescate de la memoria como depositario en sí. El arte de escribir, representa un primer filtro por donde el recuerdo es transformado porque es re-memorado; el lector o sucesivos lectores (interpretes) se volverán, además de filtros, en plataformas de representación. *“Sucede con el libro de historia, [...] se rompen las amarras con su enunciador -el texto termina por ser desamparado- la ayuda de la que esta autonomía lo priva sólo puede llegar del trabajo interminable de contextualización y de recontextualización en que consiste la lectura”.* Ricœur, *Op. Cit.* pp. 184-5

⁹⁵ *Idem.*, pp. 191

prueba testimonial o fuente histórica proviene de un momento en particular de un personaje en su tiempo que da cuenta indirecta de algo más grande y complejo que su relato.

El autor considera al archivo como el primero de los lugares de la memoria⁹⁶. No aborda a los museos por la razón de que estos son los lugares que construyen y plasman la memoria con meros fines históricos políticos, económicos y sociales, además de ser más interactivos. Es en el archivo donde el silencio, los guantes y el tapabocas son los guías y guardianes de una memoria consumada. Para los historiadores, el archivo es el punto donde convergen todos los demás puntos del pasado, partiendo de días, años, siglos y periodos se tiene un aparente acceso total a lo intangiblemente ausente. De diferente forma que para los historiadores el archivo es su punto total de partida, este lugar de memoria forma parte de otro horizonte histórico más imperceptible y donde otros axis convergen.

La *“ciudad confronta en el mismo espacio épocas diferentes, ofreciendo a la mirada la historia sedimentada de los gustos y de las formas culturales. La ciudad se entrega, a la vez, para ser vista y ser leída.”*⁹⁷ El espacio urbanístico es construido y al mismo tiempo construye Historia. Por él desfilan, mueren, viven y reviven personajes y momentos cotidianos que van a desarrollar su presente, dan nacimiento a un futuro pasado. La ciudad es el mayor lienzo de cera donde se imprimen las imágenes del pasado, interactúan y entran en dinamismo con su propia evolución y herencia; sobreponen episodios y funden los recuerdos en memoria y olvido. Muchas de las reflexiones que se han presentado desde el inicio de esta exposición teórica encuentran su aplicación en el lienzo urbanístico, como lo comentado por Lowenthal sobre nuestro permanente contacto con el pasado y la Historia, aunque no estudiemos una licenciatura en ello.

Este triángulo amoroso entre archivo, ciudad e Historia representa un problema teórico de tiempo y espacio vivido y creído. En general el quehacer máximo del historiador

⁹⁶ Los «lugares de memoria» es un termino acuñado al sociólogo Maurice Halbwachs en su obra homónima. Los puntos que hemos comentado anteriormente sobre las pequeñas reliquias y los lugares donde sucedieron ciertos acontecimientos entran en las categorías memoriales del autor. Además de agregar los museos, placas conmemorativas, bustos, calles, etc. Una crítica importante a este concepto es de la Néstor Braunstein quien comenta que si la memoria colectiva existe, los lugares de memoria son lugares de *“instrucción colectiva”*, donde el acto de compartir el pasado con un grupo de personas, - el *Otro-*, reformulan y en maneras particulares heredan el corpus testimonial. Son *“sociedades de memoria compartida”*. Comenta también que bajo la definición de Halbwach la memoria colectiva, *“si eso existe, “une segregando”*, y es en los lugares físicos de memoria donde las dinámicas de una compleja sociabilidad memorial toman parte y reconstruyen permanentemente lo hechos “históricos”. Braunstein, *Op. Cit.* pp. 21 y 31

⁹⁷ Ricœur, *Op. Cit.* pp. 194

es la escritura, es decir la historiografía. El proceso que representa *escribir historia* se inscribe en tres tiempos; cuando empezamos a leer sobre el tema (o nos acercamos a él por miles de formas distintas), cuando lo que leemos lo digerimos y traducimos – inconscientemente–, en nuestro punto de vista, y la extensión existencial que lo que escribimos le dará al acontecimiento que estudiamos. Hay un antes, un durante y un después. Un pasado, un presente y un futuro en toda Historia. Esta acción no es diferente al tiempo de enunciación de un testimonio. De hecho, cuando *Uno* comparte su recuerdo con el *Otro*, el tiempo de partida que tiene su recuerdo es imaginario, porque es de uno-solo, que inserta en un marco de tiempo simbólico, el horizonte donde el idioma y factores socio-culturales convergen, para terminar en un tiempo real o tiempo de anunciación, el destete hacia lo público, lo grupal, lo compartido.⁹⁸

La Historia como ciencia, como corporativismo productivo, maneja también estos tres tiempos histórico-memorales; el pasado puede y debe servir para sustentar el presente; el presente debe estar bien con el pasado para seguirlo “trabajando”; y el futuro solo se logrará si ahora se controla el pasado. Aunque eso sí, el presente por estar más a la mano será el timón que dirija el barco. Visto por Ricœur también como tiempo de “necesidades” porque un uso intencionado ideológica y políticamente del pasado necesita de una genealogía: el antes o el pasado es *“una referencia de todos los acontecimientos a un acontecimiento fundador que define el eje del tiempo –el durante o el presente da la posibilidad de recorrer los intervalos de tiempo según las dos direcciones opuestas a la anterioridad y de la posteridad respecto a la fecha cero –el después o el futuro como– construcción de un repertorio de unidades que sirven para nombrar los intervalos recurrentes –y moldeadores– día, mes, años.”*⁹⁹

¿Recordamos la constitución del testimonio dado por Ricœur? Pues bien, este manejo del pasado y la memoria sucede casi igual: partiendo desde un tiempo enunciativo se le pregunta al pasado ¿qué?, ¿cuándo?, ¿desde cuándo?, ¿durante cuánto tiempo fue? La respuesta a estas preguntas es el fin de éste tipo particular de genealogía; “esto pasó ahí, así, por X, Y o hasta Z, durante este tiempo”. ¿Qué tiene que ver esto con el archivo y sus amantes? Que el archivo, como la Historia con la ciudad dan vida a un cuarto tiempo, el

⁹⁸ Braunstein, *Op. Cit.* pp. 25-6

⁹⁹ Ricœur, *Op. Cit.* pp. 199

tiempo cronológico. La cronología es la mejor expresión de la Historia como proveedora de resultados e información. Ahí caben nombres, fechas, lugares, se pueden marcar ideas y contrapartidas, dimes y diretes, invenciones, contradicciones, victorias, derrotas, ciclos, etapas, épocas, ese medidor único que es la ideología moderna de progreso. Pero la cronología se encierra negándole paso no al pasado de los hombres, sino al pasado del ser humano.

El historiador al visitar su Meca, que es el archivo, realiza una ida a un lugar donde la *“vida humana se recorta en la inmensidad de la cronología.”* Confusión o engaño, no lo sabemos, pero esta visita representa también perseguirse su propia cola, ya que al visitar el lugar máximo de Historia se pretende hacer Historia, a través de la historiografía; pero por los elementos cuantitativos que tiene el tiempo cronológico y su repositorio se está haciendo una *“historia de la historia, de la que los historiadores profesionales no logran liberarse nunca, ya que se trata de asignar una significación a los hechos: continuidad frente a discontinuidad, ciclo frente a linealidad [...]”*¹⁰⁰

Si esta operación fuera un rito de iniciación a un club, secta, grupo, sería algo así como transformar al historiador en un ser *ahistórico*, un zombie del conocimiento. Trabajos históricos que ven en su fuente un contenedor de datos o referencias además de recaer en lo prácticamente comparable y verificado, clausuran las situaciones y avatares humanos que no solamente le dieron cabida en el tiempo al hecho y la descripción del mismo, sino a la *persona* que dejó *esa* inscripción, ese testimonio textual. Pareciera que el historiador se hace de la facultad de extraerse de su tiempo y espacio, y de todo lo que lo conforma y ha traído a él ahí. Descontextualiza lo que recaba, pero muy pocas veces lo humaniza. Piensa que lo que tiene enfrente es producto de una memoria colectiva, cuando al igual que él (otra omisión), lo que tiene enfrente es una pequeña parte de un intercambio muy dinámico y complejo de experiencias compartidas.

El retrato es desagradable, demuestra que la Historia no solamente ignora la memoria del hombre del pasado, sino que tiene la pretensión de crear su versión de memoria, y por ende de Historia. Da prioridad a la reactualización de lo ya dicho por medio de una escritura sagrada, manifestada en rituales conmemorativos, que provee de memoria a la necesidad humana de tener Historia. Una mnemohistoria. Es importante definir lo que

¹⁰⁰ *Idem.*, pp. 202

sería una mnemohistoria: cuando el historiador contrasta una fuente con otra, él es parte del proceso intelectual y racional en la identificación de los datos. La mnemohistoria es cuando el historiador tiene plena consciencia de su carga de pasado y memoria compartida, y así abrir mucho más el diálogo entre pasado –las fuentes–, y el presente (él.)¹⁰¹

Para seguir criticando este modelo, Braunstein tiene un comentario mordaz:

Los historiadores de profesión se preocupan por los contenidos de la “memoria colectiva”, y trata, a veces, de corregirla mediante la difusión de los datos “objetivos” tales como ellos los han construido. Es una empresa que no tiene grandes posibilidades de éxito final pero que se sostiene sin pausas: entre unos resultados científicos y una creencia afectivamente arraigada la lucha es dispareja. [...] La virginidad de María Santísima no es tema para historiadores; sí lo es la creencia en ella.¹⁰²

El credo es religioso-medieval; solo los historiadores, por su preparación, todo lo que han leído y escrito, las charlas que tienen con otros historiadores, si las tienen, los faculta para re-educar a las masas, a los civiles, a los herederos de un tiempo que sí es Historia, mientras que el tiempo presente es... bueno, pues quién sabe cómo llamarlo, y quién sabe quién debe estudiarlo.

Retomando una palabra en la cita anterior, claro que la lucha es dispareja, tanto que el historiador a logrado voltear la tortilla cuando sabemos que la memoria será siempre más que el pasado y la Historia, y ha vuelto la disputa casi en un *bulling* contra la memoria. ¿Cuál es el miedo del historiador por verse en el espejo? Decimos esto porque las críticas a trabajos como los que proponemos, y éste es uno, es muy larga y altamente dogmática. Quizá sea porque el hombre del siglo XXI es más afecto a las cosas que ve, a las que puede interrogar y, si se puede (como no), que no pueda defenderse ni replicar.

Quizá sea que el historiador, como todo ser humano, no le gusta ser expuesto en *su* entidad, y tiene que exponer a otros. La mano que lanza la piedra y se esconde. Quizá sea

¹⁰¹ Braunstein, *Op. Cit.* pp. 37. Ricœur comenta que este trabajo le vendría muy bien a los esclarecimientos teóricos y metodológicos del quehacer histórico, ya que se tomaría en cuenta las diferencias entre la huella factual, el documento o fuente, con la huella emocional, el aspecto humano de la información, con la huella transcendental, o sea, nuestro trabajo. Ricœur, *Op. Cit.* pp. 216

¹⁰² *Idem.*, pp. 43

heredero de una burocracia inhumana, banal, y cumple con ordenamientos cuantitativos que tienen un resultado factual al final. Deben, como decían las SS al rendirse la Alemania Nazi, seguir ordenes, ser alguien en la pirámide, seguir las reglas. En un grado terrorífico, el historiador se vuelve aquel burócrata de hospital que niega la atención a un paciente, porque al mirarlo lo ve sin dinero (o sin una historia interesante que contar dentro de la Historia), o lo ve indígena; así, pues no se le puede dar atención.

2.4.- Escatología del trauma: herencia, transmisión y reproducción.

Tal falta de consciencia por parte de los historiadores tiene su lastre, son las críticas que se le hacen a los trabajos de tiempo presente con oralidad incluida. Curiosamente quienes la critican no saben como definir los contras teóricos y metodológicos que representa lidiar con este tipo de fuentes orales, testimonios. Por eso los que sí los utilizamos debemos tener un cuenta dos aspectos importantes para tratar de redirigir esos pros y convertirlos en posibilidades de una problematización más profunda y benéfica.

El primer gran “pero” es que estos testimonios son una especie de herencia, o transmisiones compartidas como nosotros ya lo entendemos. Como la palabra nos podría poner a pensar, una herencia marcará una repetición o (re)producción de algo, mediante una genealogía de prácticas previamente concebidas. Para ejemplificarlo imaginemos cualquier costumbre o tradición dentro de nuestro seno familiar. Claro que estas reproducciones se irán modificando con el tiempo, ya que con el paso de este los agentes que los realizarán agregarán o quitarán ciertos aspectos. Ya lo diría Bob Dylan, “*los tiempos, ellos son un cambio*”. A este modo particular de herencia Dominick LaCapra lo denomina “*herencia de características adquiridas*”.¹⁰³

Esta herencia está representada también en nuestro problema a estudiar. Y nos abre el expediente del segundo aspecto. La memoria se puede heredar, por lo mismo nunca se queda estática, sin *herederos*. Cada 2 de Octubre sucede una repetición factual en la ciudad de México; por medio de la práctica de la «marcha» se conmemorará lo sucedido en la Plaza de las Tres Culturas. En un sentido práctico, se recurre a uno de los símbolos más importantes del fenómeno que conocemos como movimiento estudiantil; las marchas y su poder de convocatoria, atención y fuerte presencia. La re-producción sucede cuando a la práctica se le alimenta de un presente, o sea, nuevas demandas, nuevos problemas que

¹⁰³ LaCapra, *Op. Cit.* pp. 148

atañen a la sociedad mexicana que encuentran un lugar en la plataforma cívico-política, una oportunidad, un momento de convertir su reclamo en parte de una historia más grande, ligándola con el movimiento, la parte gloriosa, y la matanza, la cara del agravio a la sociedad.

El mismo guión en la palabra «reproducción» lo dice; una nueva aparición espacio-temporal reconfigurada de una memoria que se comparte. De manera conceptual este fenómeno transforma a la memoria en pos-memoria, o la memoria llevada a la práctica. Y como también se dijo, las dos caras de la moneda vienen en este paquete. La cara del agravio lleva en sí la herencia traumática del hecho, o mejor dicho, su parte de evolución en el trauma. De la misma manera en como puede haber una herencia traumática en los hijos de los comandos de muerte nazi, por lo que sus “ancestros” hicieron, las puede haber en los hijos de aquellos sobrevivientes a los campos de concentración.

En el caso del '68 se observa una pulsión de repetición violenta hacia la autoridad, hacia la ciudad, símbolos de la quietud y casi indiferencia a lo ocurrido en Tlatelolco. Sucede un tipo de posesión, donde un pasado cargado de incomprensión, injusticia y falta de esclarecimiento llama a ser escuchado, resuelto, esclarecido. “*Una traumatización secundaria o transmisión intergeneracional de trauma*”. ¿Qué es esto? Pues bien, si de la misma forma se puede heredar una tradición o práctica familiar alegre, también se puede transmitir una desagradable. En un plano explicativo, esto se da por medio de símbolos.¹⁰⁴

Y el sesenta y ocho tiene muchos; gracias a las imágenes, fotografías, y hasta dibujos o grabados, los herederos del presente reinterpretan y repiten las cargas emotivas y contextuales que contienen esos textos visuales. La reproducción toma parte en esta ecuación de la misma manera que un ritual en una comida familiar lo tomaría; se reproducen acciones en búsqueda de una re-creación de la experiencia, de un sentido de pertenencia del pasado para una función específica en el presente. Una transformación del trauma toma parte, porque de la misma forma en como podemos sacralizar la forma de orar de nuestro abuelo, la forma de servir de nuestra abuela, los chistes entre comida de algún tío, el trauma pasa a través de estas re-presentaciones (las pintas, la destrucción de locales,

¹⁰⁴ *Idem.*, pp. 152-3

los cánticos que se escuchaban por las calles 45 años atrás, los lemas, etc.), para ser un bien o una práctica sublime, dogmática.¹⁰⁵

El medio principal por el cual las experiencias o vivencias de otros pueden hacerse de un poder imaginativo tan fuerte es la definición en este caso de sublimidad. Pero, apunta LaCapra en otro libro donde analiza la historia y la memoria de Auschwitz, existe una experiencia sublime que proviene de lo negativo y violento; el sublime negativo. Es importante que traigamos a colación aquí el concepto, en aras que nos será útil para todo lo que vendrá. Para ahorrarnos el trabajo que supondría trasladar operaciones teóricas del Holocausto nazi dentro de nuestra problemática, ejemplificaremos que el sublime negativo es el acercamiento de agentes del presente hacia un pasado por medio de sus imágenes, visuales o textuales, de la violencia, el agravio o lo inhumano.

Esto se da gracias a una “*magnificación de lo visible*”; es decir, qué tipo de primera impresión causa en un adolescente mexicano, en los noventa o del siglo veintiuno, que su primer acercamiento sublime con el pasado memorial del '68 sea a través de las fotografías de los cuerpos de los estudiantes muertos en Tlatelolco, o de cualquier otro episodio de opresión que se dio durante el movimiento. La magnificación de lo visible será un tipo de cerrojo en este acercamiento sublime negativo si esas imágenes son o forman gran parte de la narrativa explicativa con la que el heredero tenga un primer contacto. La transferencia memorial y experiencial que desembocará en las evocaciones futuras y siempre retroalimentables de la memoria, bajo estos parámetros, sustentarán las repeticiones y reinterpretaciones traumáticas que, al pasar el tiempo y al recibir a nuevos agentes, desvirtuarán el acontecimiento cero.¹⁰⁶ Esto lo entenderemos más adelante cuando veamos en entereza el '68 como fenómeno histórico.

2.5.- Otredad negada; la Historia frente al testimonio (reversionismo y negacionismo).

Retomando el punto, como los historiadores “duros” ven hechos, acontecimientos, en lugar de experiencias compartidas, transformadas, sublimes en repetición, niegan la posibilidad de la memoria en transformarse en algo más que un bien cuantificado, comprobable, medible. Por eso las críticas van de la mano con el miedo de los historiadores

¹⁰⁵ *Idem.*, pp. 157-8

¹⁰⁶ LaCapra, “*Historia y memoria...*”, pp. 24-5

a reflexionar la memoria así. Porque, ¿cómo relacionarse, cómo separar afinidades, emotividad y posmemoria o desmemoria de los testimonios?¹⁰⁷ Ciertamente es que resulta difícil desde una posición subordinada observar o escuchar algo desagradable o violento. Pero debe entrar también la capacidad del historiador por “sentir” el tema que estudia, la problemática que le llama.

Debe reconocer que como agente de una ciencia social, una humanidad, tiene dos responsabilidades: una con su presente y otra con la fuente viva que le comparte su testimonio. De la misma manera en que las prácticas sublimes negativas pueden transformar el trauma, el historiador no debe perder de vista que si bien hay un respeto ante el *Otro* este puede ser cuestionado, corroborado, criticado. Esto, por supuesto, bajo un estricto cuidado y tenacidad. Pensarlo como debe ser, como una persona con cargas políticas, culturales, económicas, sociales. Recordar y seguir explorando la importancia del acontecimiento, y tomar en cuenta a la persona y a su testimonio como una simbiosis que tiene relevancia en la actualidad. Tener presente que no todo es trauma, ya que para una persona lo ocurrido en Tlatelolco pudo estar bien, pudo haber sido lo correcto. Ahí se tendría que extender el cuestionamiento y abordar la historia de vida de la persona, para acercarse al por qué de su afinidad indirecta con la acción violenta.¹⁰⁸

En primer lugar se critica que estos estudios sean de un tiempo *no* histórico, ya que se encuentran muy recientes. O, como el tiempo cronológico funciona hasta que un proceso o una era a “terminado” entonces no puede ser histórico. Después la crítica sobre la posición de salvador que se cree los mnemohistoriadores pueden tener, esto es, creerse los libertadores de un grupo olvidado, ignorado; los descubridores de un nuevo continente o de la cura contra el cáncer. Los duros dirán que esto es “ego-historia”. Pero principalmente se les acusa a los testigos vivos de inventar, fantasear, de querer sus “15 minutos de fama”, porque lo que digan será falso, inventado. Esto nos trae a colación un episodio. Al visitar cierta ocasión el Memorial de Tlatelolco le preguntamos a la guía si los curadores habían tomado en cuenta, durante la fase de planeación del lugar, recabar o tomar en cuenta los

¹⁰⁷ Carlos Pereda define posmemoria como las sub-memorias que vienen después de los grandes anecdotarios y testimonios de aquellos agentes “directos” de algún acontecimiento. La desmemoria funciona bajo dos pesquisas; a) tratar de introducir esas sub-memorias a una narrativa mayor, despojándola de su unicidad y particularidades individuales, y b), cuando el corpus dominante omite o desvalida la existencia o importancia del cuerpo testimonial “pequeño”. Pereda, Carlos. *Sobre el posible continuo personal-social de la memoria.*, pp. 51-2

¹⁰⁸ LaCapra, *Historia en tránsito...* pp. 155

testimonios de las personas que estuvieron ese Octubre y que seguían viviendo ahí, en Tlatelolco. La respuesta obtenida fue que no, ya que ellos podían inventar cosas, fantasear con “otras cosas vistas” y querer sus 15 minutos de fama.

Aquí pesa de nuevo la cronología como herramienta para construir el pasado. Al “pensar Históricamente” un acontecimiento se le quiere encontrar principio, desarrollo y final. Esta línea de pensamiento, reiteramos, pretende producir *hechos* comprobables, ejes rectores del presente; pero el pasado por sí mismo no crea acontecimientos-históricos, lo que nos llega es el pasado por medio de los vestigios, tangibles o intangibles, de un cúmulo de experiencias y los resultantes de ellas en prácticas de compartirlas. “*El hecho [histórico] no es el acontecimiento, devuelto a su vez a la vida de la conciencia testigo, sino el contenido de un enunciado que intenta representarlo*”. Simplificando, no estudiamos el acontecimiento en sí (lo que ocurrió *realmente*, porque no se puede, no podemos verdaderamente-traerlo-de-vuelta), estudiamos el hecho X o Y que es producto herencia-memorial del acontecimiento. El estatuto epistemológico y metodológico del historiador tradicional no circula por estas carreteras, ya que debe existir una reciprocidad entre la construcción de una investigación –fase documental–, y su fundamentación o corroboración –la cantidad de veracidad en el documento. Los parámetros son muy básicos; falso o verdadero, refutable o verificable.¹⁰⁹

Es este discurso particular de crítica se basa fuertemente en la *revisión* pensada en términos utilitarios y metodológicos, algunos ya expuestos. Entre más se revisa algo más se esta cerca de negarlo. Así, una puerta negra se abre en nuestro recorrido, y esa es la del negacionismo. El negacionismo es un uso calculado y frío del lenguaje, y tuvo su boom cuando empezaron a tener más y más lugar los relatos y exposiciones sobre los hornos crematorios en los campos de exterminio nazi. En 1987 el pensador francés Pierre Vidal-Naquet respondió ferozmente a este discurso; donde la cantidad de muertos se calculó en millones, el revisionismo veía unos cientos de miles y la mayoría no en los campos de concentración, sino como fuego errado contra civiles; donde había hornos crematorios y cámaras de gas, los «asesinos de la memoria» los explicaban como depósitos de basura orgánica e inorgánica que se producía en los campos.. El Holocausto, o *Shoah*, como hecho

¹⁰⁹ Ricœur, *Op. Cit.* pp. 233 Una transgresión sucede aquí; cuando el historiador “interroga” al documento, algo totalmente inocente y que no se puede defender, le dirá al historiador lo que éste quiere encontrar bajo los parámetros de veracidad o falsedad que nacen del proceso explicado.

histórico memorial no forma parte integral de nuestra investigación sobre Tlatelolco, pero sí como un hecho que durante su desprestigio proporciona referencias teóricas y puntos de vista que relacionaremos de forma muy puntual con la matanza del 2 de octubre.

La primera cuestión que le da origen al revisionismo, apuntó Naquet, es la intención por destruir una verdad histórica irrefutable, por medio del abandono de la conciencia misma de ese pasado. Para lograr esto se requiere un acercamiento al hecho histórico por medio de una selección egoísta de fuentes que respondan a una misma intención, negar el pasado, cerrándose a tomar en cuenta otras fuentes que confronten su postura. Reescribir la Historia “con una nueva”, que desmerite y supuestamente aclare la verdad, es el fin último del revisionismo. Las fuentes históricas, etéreas, mudas y ciegas, sufren un desgaste cuando confrontamientos así ocurren; por un lado los revisionistas que interpretan, con todo menos ganas históricas, una cantidad de fuentes inconclusas y sospechosas, por el otro el agotamiento de los referentes históricos (informes, fotografías, videos, etc.), que “de verdad” dan cuenta que un hecho atroz y traumático sucedió.

En el comienzo de su crítica, Naquet detecta en primera instancia cual es el tipo de fuente que el revisionismo niega como depositario de Historia; las memorias. Sí, una ya conocida. La facultad oscura que toma el lenguaje aquí es la mentira, que ontológicamente es negar algo o pretender ser *una* verdad más. Así una mentira histórica “*consiste en presentarse como si fuese la verdad.*”¹¹⁰ Llamaremos aquí mentira a la postura de cualquiera de las partes que haga uso de una falsa apelación, de un falso testimonio. Por muy pequeño que sea el recurso de la mentira siempre existirá, estará ahí como dicotomía de la verdad mas aceptada. Análisis históricos como el que propone el revisionismo “*agranda desmesuradamente el registro de la mentira*”¹¹¹, dándole la oportunidad de algún día ser reconocida como parte esencial de la Historia.

¿Pero cómo se asesina a la memoria? ¿Qué armas y modus operandi mandan a la tumba al pasado? La mentira va mas allá de ser un simple alegato encarnecido, también funciona como distractor; “*sustituir la insoportable verdad por una mentira tranquilizadora*” es la primer facultad de la mentira, el encubrimiento de hechos nocivos para el orden establecido.¹¹² El revisionismo hace uso de este tipo de mentira para

¹¹⁰ Vidal-Naquet, Pierre. “*Los asesinos de la memoria.*” pp. 77

¹¹¹ *Idem.*, p. 15

¹¹² *Idem.*, p. 37

confrontar la relación entre los hechos y sus ramificaciones. Naquet ve en la “propaganda” post-hecho histórico (monumentos y representaciones visibles varias), y sus fantasmas (los mitos derivados de la mezcla de versiones), el inicio del cuestionamiento de lo verídico. O mejor dicho, de lo verdaderamente importante. En el caso de Tlatelolco, ¿históricamente que importaría saber quien dio la orden de la matanza? Y ¿Qué diferencia habría con la cifra exacta de muertos?

Como se puede sentir en el aire, estamos hablando de un aparato interpretativo y discursivo que puede engendrar olvido. Esa palabra la hemos estado relegando porque supone situaciones más prácticas que teóricas, aunque ya nos estamos acercando un poco más a confrontar significados y ejemplos. El negacionismo y el revisionismo son abstracciones complejas, no solamente porque pueden parecer absurdas y arbitrarias al evocar la verdad o falsedad de episodios violentos y deshumanos del pasado, o hasta llegar a construir otra versión totalmente alterada del mismo. Pero su genealogía no es plana, de hecho es más un espectro que un ente definido. Decimos esto porque hasta en la práctica de hacer memoria también se hace olvido. Y, en la memoria del '68, por su complicado proceso de gestación (que en breve veremos a profundidad), se hizo de un brazo de revisionismo para potencializar su permanencia discursiva.

2.5.1.- Apuntes para una crítica analítica del '68 y a los asesinos de la memoria.

En su tesis doctoral, el canadiense William Kelly hace uso de un marco filosófico-histórico-antropológico para problematizar la herencia del '68 mexicano. Propone que toda sociedad moderna esta conformada por más de una identidad, produciéndose un proceso de hibridación de los diferentes pasados que una nación carga en su discurso histórico (Historia como la hemos visto hasta aquí), para dar como resultado una postura ideológica y de identidad actual. Para el caso de México, Kelly detecta tres identidades oficiales; la Conquista, la Independencia y la Revolución Mexicana, esta última aún en cierta boga, ya que sus vestigios tangibles juegan un papel importante en la conformación de nuestro presente.¹¹³

Ahora bien, la efervescencia del movimiento estudiantil antes del 2 de Octubre llamaba a una *revolución* contra el estado paternalista mexicano, identifica problemáticas

¹¹³ Kelly, William. “*Nothing has happened here: memory and the Tlatelolco massacre: 1968-2008.*” pp. 15

sociales específicas y, aspecto a tomar mucho en consideración, en su momento se autoproclamó portavoz de las víctimas de las represiones gubernamentales previas. Después del 2 de Octubre, con el movimiento decapitado, resultó confuso y complejo introducirlo a la narrativa de lucha social, por lo macabro de su final. Pero habrían dos sucesos que serían trasplantes de corazón para que la onda expansiva del movimiento estudiantil aún persistiera: a) que el movimiento radicaba en los jóvenes, un sector social antes ignorado por el Estado y que no había hecho gran acto de aparición en otros levantamientos; y b) la característica narrativa y anecdótica de sus sobrevivientes, la mayoría gente de letras y con gran capacidad para retratar textualmente lo sucedido.

Poco a poco, se va gestando una iniciativa tácita por marcar el movimiento estudiantil del '68 como un nuevo estado de identidad de México, lo que Kelly denomina un «cuarto quiebre» o cuarta conciencia colectiva en la historia de México.¹¹⁴ Viéndolo románticamente, en su inmediatez el '68 no contaba con héroes, ni con un episodio glorioso, todos quedaban bloqueados por la masacre, o un lugar físico al cual rendirle homenaje a la victoria (la Plaza de las Tres Culturas fue primero un lugar maldito que una Meca.) Esta historia de días atrevidos y nostálgicos, no podía de ninguna manera ser reconocido como parte de la *historia patria*.

Bajo esta loza, la historiografía “tradicional” del movimiento abordaba solamente el 2 de Octubre, reflexionando sobre como “cosas buenas” siguieron a un acto atroz (el despertar de la juventud a la política, la apertura democrática de Echeverría, una nueva revolución social, etc.), pero el trauma de la masacre estancó una problematización histórica del movimiento, así como su historiografía, llevándola a un “*cómo debía de haber pasado*” en lugar de “*qué fue lo que sucedió*”.¹¹⁵ Es un proceso de revisionismo, o desmemoria. Explicamos y ejemplificamos.

De hecho podríamos problematizar una característica natural de cualquier acontecimiento, que involucra lo espacial con lo temporal: el movimiento del '68 fue un

¹¹⁴ El desarrollo de este termino es explicado por el autor a lo largo de su tesis. Lo podemos sintetizar en la participación de lo jóvenes y varios otros sectores de la sociedad nace el primer acto masivo de democracia ciudadana, ya que existe una serie de argumentos y peticiones de índole política. Este argumento fundamenta la obra de Carlos Monsiváis “El 68: la tradición de la resistencia”, donde citando la Marcha del Silencio, y las operaciones de ayuda y rescate tras el sismo el '85, la población del Distrito Federal hace uso de este derecho constitucional, como símbolo de unión y pluralidad.

¹¹⁵ *Idem.*, pp. 15

acontecimiento que permeó mucho en la zona centro del país, obviamente Distrito Federal y algunos estados adyacentes. Es la configuración que el '68 ha tenido el que marca al movimiento estudiantil como un hecho relevante e importante para todo el país, es decir para la historia moderna o contemporánea de México. Sería importante estudiar dos cuestiones; una, el seguimiento, tratamiento y asimilación en zonas más alejadas de la periferia de lo que estaba ocurriendo en la capital durante el desarrollo de los hechos. Y dos, el concepto o entendimiento que se tiene actualmente en estas zonas a razón de la memoria del '68. La distancia no es solamente espacial, ni meramente temporal por el tiempo que ha transcurrido, sino que estaríamos hablando de un posible cúmulo muy ajeno a nuestra idiosincrasia centralista de percepciones y conciencias sobre el '68, que, si de por sí son complejas, podrían presentar una visión totalmente diferente, con otros matices y otro cuerpo (re)interpretativo.

Para ejemplificar esta forma de construcción de memoria de la habla Kelly, tomaremos la película *La Lista de Schindler* (1992) El film narra la historia de un empresario alemán que rescata a más de 1,000 judíos de ser exterminados durante las complejas operaciones de exterminación nazi. En la cinta hay escenas que retratan desde el desalojo del gueto de Varsovia, aniquilaciones arbitrarias a quema ropa, la discriminación de alemanes a todo lo hebreo, la condiciones inimaginables de supervivencia en los campos de exterminio, etcétera. El punto al que queremos llegar, es que al final de la película tiene más peso la representación de las exaltaciones de valores humanos ante las atrocidades del contexto; es decir, “gracias” al exterminio judío éste hombre alemán toma las decisiones “correctas”, que es salvar a los judíos que tiene en su poder. Schindler tiene el mismo poder que los oficiales nazis encargados de los campos, pero él usa ese poder para hacer el bien.

El uso dado a los personajes, el contexto histórico, los judíos, Schindler, son usados para fabricar una ficción moral, pero no histórica, porque lo sublime de sus acciones van dirigidas a rescatar lo “bueno” que hubo en este episodio del genocidio, que el acto neto que significó el genocidio. No estamos diciendo que estas representaciones sean erróneas, o que no deban de hacerse, claro que es muy importante rescatar fragmentos vivenciales que llaman a la dignidad y supervivencia humana en momentos tan negros y complicados como lo fue, en el caso del film, el Holocausto. Cualquier lucha por sobrevivir siempre debe aplaudirse.

Acomodando esto a nuestro tema, la mitificación que se ha ido haciendo alrededor de la memoria del '68 recae en las representaciones morales que los herederos han utilizado bajo los marcos contextuales políticos donde se han necesitado. Es decir, al filtrar la memoria por capas discursivas morales o políticas extremas se termina por *re-visar* tanto un episodio, un lema, un gesto que crea tropos, o parámetros de admisión testimonial. El negacionismo entra cuando tales parámetros fijan qué memorias pueden o no entrar al corpus sublime de discurso moral-glorioso. Y ya que el '68, como idea de una cuarta ruptura histórica, se gestó gracias a un cierto tipo de apóstoles, es sumamente complicado introducir versiones diferentes a su genealogía memorial-histórica. Es, homónimamente, desmemoria.

Como se verá en nuestro apartado sobre el '68, atribuirle tanta carga moral a un sólo acontecimiento puede ser una espada de doble filo. El movimiento estudiantil de 1968 no fue espontáneo, y mucho menos algo que no ocurriera antes. Tenemos el levantamiento ferrocarrilero del '58, el médico del '65. Tampoco fue el último; el '71 o el de la UNAM en los ochentas. La cuestión es por qué el '68 sería el axis de todos ellos, cómo logró serlo, qué significa que lo sea. El parte principal de las representaciones del hecho, y aquí hay que hacer memoria, se relaciona con las acciones traumáticas de repetición que vimos con LaCapra.

Otra característica del revisionismo es hasta cierto punto inocente; Naquet comenta que cuando se analiza constantemente, bajo datos duros o la misma interpretación un hecho deshumanizante, viene una “perdida de sorpresa” ante las formas violentas de obrar del ser humano, restándole su necesidad reflexiva de cómo acciones como una matanza afectan a una sociedad. *“Siempre se puede concebir un crimen más absoluto que otro”*, engrandeciendo un hecho agresivo comparándolo con similares¹¹⁶

Labor de esta envergadura es magna. ¿Cómo puede entonces el historiador combatir contra el cáncer de la dialéctica negativa, que progresivamente le va comiendo partes a la historia? Si esta es la responsabilidad máxima del historiador ante estudios revisionistas, ¿cuál es el límite entre su responsabilidad como ente social y sus deseos personales? Naquet ve la labor del historiador no solamente como una responsabilidad social, en el

¹¹⁶ Vidal-Naquet, *Op. Cit.* pp. 133 Por ejemplo, el parte de denuncia en el que se busca constante y obsesivamente, saber el número de muertos en la Plaza de las Tres Culturas, un requerimiento que le daría una característica cuantitativa al discurso, es decir, una “prueba” comprobable del atropello.

término cívico de la palabra, también como un interés de agrado para los académicos. Por eso defiende de cierta manera sus limitaciones; “*no hay historia perfecta, tal como tampoco hay una historia exhaustiva. [...] El historiador no puede sustraerse a la responsabilidad que le toca, la de sus elecciones personales o, si se quiere, de sus valores.*”¹¹⁷

Regresemos al análisis del revisionismo como tal. Su característica discursiva es aparentar una labor de investigación histórica, patrocinada y aprobada por ideologías de orden político contrarias a la verdad, o versión ampliamente conocida. Obviamente, el revisionismo necesita alimentarse primero de esta versión, para después ir encontrando huecos por donde la duda y el cuestionamiento descalificador pueda tomar partido. El miedo engendrado en la generación que participó contextualmente en el hecho es de vital importancia, ya que será la portadora de malos porvenires, de futuros advertidos.

Detectamos relatividad histórica en lo concerniente al 2 de octubre con cuatro puntos: primero, cuando aparecen planteamientos de orden condenatorio hacia los estudiantes y la matanza, en decir, que la masacre en la Plaza de las Tres Culturas fue algo que “ellos se buscaron”, que propiciaron y generaron con sus desmanes, manifestaciones y alteración del orden público; segundo, con el cuestionamiento de las causas estudiantiles más allá del pliego petitorio o su poder de convocatoria. En tercer lugar, la controversial conversión de algunos de sus integrantes que posteriori al ‘68 lograron puestos públicos de alto rango; ¿por vender nombres o negociación...? Y cuarto alegato, la carga de responsabilidad total a personajes como Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría, a los que no se les puede hacer nada en términos de justicia jurídica.

Proclamadores de estas hipótesis son los revisionistas mexicanos, que distancian mucho de autores como los que critica Vidal-Naquet. Estos revisionistas se apegan a los reportes de las morgues y periodísticos, relatos de testigos (claramente señalados como simpatizantes de la erradicación de la masacre), y la minimización del hecho violento como tal. Es decir, que aunque estuvo mal los estudiantes alimentaron el castigo gubernamental, que al atraer a tanta gente de la capital el movimiento llegó a un punto donde debía detenerse, ya que representaba un peligro para el otro estrato de la sociedad que estaba en paz. Que no tiene importancia ya que existieron ejemplos de coacción, por ende era un tipo

¹¹⁷ *Idem.*, pp. 142

de plan político más grande y que no había una intensión real de lucha; que para qué hablar de lo mismo, si los castigos ya no pueden ser impuestos a nadie.

Cuando la historia mexicana actual se acerca al 2 de Octubre se encuentra con una imagen alterada, trasformada por la gran cantidad de procesos interpretativos por los que ha pasado. Algunos nocivos como la relatividad histórica. Cada presente que lo ha revisado extiende su importancia como hecho histórico, facultándolo como coyuntura social. Pero en el intento de revisionistas e intelectuales por presentarlo bajo la versión que a cada grupo conviene, se olvida la inmutabilidad del pasado, o, la imposibilidad de cambiarlo en su contexto sólo porque se le puede explicar tiempo después de haber sucedido. Naquet comparte esta opinión; *“El presente puede transformar la imagen de lo que fue el pasado, pero no tiene la posibilidad de transformar al propio pasado en su realidad.”*¹¹⁸

Para extender la importancia del debate sobre la dialéctica negativa, se debe problematizar el tipo de crimen que sucedió en Tlatelolco: alrededor de las 6 de la tarde un mitin convocado por el Consejo Nacional de Huelga se estaba desarrollando en la Plaza de las Tres Culturas, el plan era organizar una marcha que partiría de ahí hacia el Zócalo capitalino. El lugar había sido rodeado por militares desde el medio día. La aparición repentina de tres bengalas parece haber sido la orden para que francotiradores (ahora identificados como Batallón Olimpia, brazo armado del Estado Mayor Presidencial), colocados en el edificio Chihuahua disparasen a diestra y siniestra, estudiantes y ejercito por igual, lo que provocó confusión entre los soldados y su respuesta a una ofensiva que creyeron iba hacia ellos y a la población civil que también había llegado a la cita.

La reconstrucción de lo ocurrido después se torna tan aleatoria y compleja como lo que se ha escrito sobre el movimiento estudiantil. Las versiones gubernamentales, los reportes de la prensa del día siguiente, la ocultación o desaparición de documentos y la minimización de lo ocurrido ayudó por mucho tiempo a ver la masacre de Tlatelolco como un mero accidente, un hecho vergonzoso del que no se debía hablar, fuese porque no sucedió como los sobrevivientes daban cuenta o el impacto social que implicaba darlo como verídico. Por supuesto, esto es parte esencial del por qué el recuerdo del acontecimiento además de ser traumático heredo representaciones encerradas en la incomprensión de la violencia, en la falta de esclarecimiento y reparación.

¹¹⁸ *Idem.*, pp. 178

Otro factor complicado del 2 de Octubre es el cómo denominarlo. La herencia discursiva ha ayudado a que se le catalogue como un genocidio. Palabra compleja. El estatuto del Tribunal Militar Internacional de Núremberg la define como “*el exterminio de grupos nacionales, étnicos, raciales y religiosos*”, pero – señala Naquet – esta definición no aborda a los grupos económicos ni sociales, ni propone un número comprobable de muertos para que el acto sea considerado como genocida. (De nuevo, aparecen algunos parámetros mecánicos por delinear donde empieza una cosa y termina otra, negando poner la atención a lo que pasó por cómo pasó.)

En la matanza de Tlatelolco el grupo social atacado estaba y es identificable, estudiantes universitarios de clase media, acusados por el gobierno de antipatriotas y alteradores del orden social; la forma en que se perpetró el ataque fue en práctica una emboscada; el número total de muertos el claramente disminuido o desacreditado por el gobierno, y el paradero de esos cadáveres oscilan entre estar en el fondo del pacifico o en fosas dentro de los campos militares. La dialéctica negativa obviamente es de distintas dimensiones entre el Holocausto y Tlatelolco, pero se relacionan en las intensiones revisionistas por desvirtuar el asesinato histórico de un gran número de personas, acusándolos de su trágico final y apegándose a datos que no dicen nada, que no crean un espacio de pensamiento histórico con lo negro del pasado.

Pero es característica del revisionismo del 2 de octubre su facultad de ver cómo “cosas buenas” le sucedieron a una matanza, y más llamativo aún, que los simpatizantes de esta idea son tanto intelectuales como políticos; los dos, unidos por el olvido *real* del 2 de octubre. El olvido vivo. El trauma en su máxima expresión. El trauma, como una herida mal curada o de aspecto agresivo, es algo con lo que no queremos tener mucha comunicación. Podemos saber que está ahí, pero es complicado acercársele. Preferimos olvidarla, relegarla, le restamos poder y creemos que no hay necesidad de regresar a ella.

2.6.-El Olvido.

Se podría pensar que el olvido es el Némesis de la memoria, o su contraparte demoniaca que clama por recuerdos para desaparecerlos y atormentar a una memoria que, poco a poco, se reduce al punto de no poder evocar ninguna clase de recuerdo. Esta idea no podría estar más alejada de la verdad teórica e histórica sobre el olvido; sin el olvido la

memoria no tendría sentido, ya que “*sólo el olvido nos permite clasificar y convertir el caos en orden.*” Lograr memorizar todo, recordar el pasado en absolutamente todos sus detalles y características convertiría a nuestra memoria en cien por ciento episódica o cronológica, inundaríamos al presente con el pasado, interrumpiendo de manera colosal su desenvolvimiento.¹¹⁹

El olvido, en su forma simple, es todo menos un enemigo de la memoria o del presente. El olvido *sorprende* al presente con un recuerdo, lo exalta y agrada, lo regresa al presente recordándole lo que creía olvidado –dicho común–, o dicho de otra forma, olvido memorial recuperativo. El olvido es en sí otra forma en como nos relacionamos con nuestro medio inmediato, casi de la misma manera en que la memoria nos ayuda a hacerlo. Así como algo físico puede provocar una evocación de un recuerdo, o sea algo intangible en nuestra memoria, el recuerdo organizado puede llevarnos a un lugar material.

Por ejemplo, si manejamos hacia nuestro lugar de estudio o trabajo el “mapa” lo tenemos intangiblemente en nuestra cabeza, y el final del recorrido es un lugar físico. Aunque, claro está, que las evocaciones generadas por cosas tangibles suelen provocar efectos más inmediatos al sujeto, ya que sucede ahí una interacción mucho más rica de elementos reales e irreales. Una “*función de organización*” memorial. Si regresamos a la metáfora del cubo de cera de Sócrates, podemos entender la fase más básica del olvido como herramienta memorial. Cuando se nos solicite iremos a buscar una huella en particular en ese cubo, pero no nos traeremos el cubo completo. Seleccionamos una cosa, o una serie de cosas, en particular y “olvidamos” lo demás, porque la memoria, gracias al lenguaje, se segmenta, cataloga, subdivide recuerdos para su uso en el mundo exterior.¹²⁰

Recordar algo es olvidar *otro* algo. Buscar efusivamente algo es relegar o aventar otras cosas. Este ajeteo es el inicio de la transformación de nuestros recuerdo en vivencias, ya que la reproducción lingüística de un recuerdo construye en su totalidad nuestra relación con el pasado, con el momento que fue y ya no es, con lo ausente. No lo dejemos de lado; hablamos o hacemos referencia a cosas ausentes, y nuestra evocación de ello lo hace *real*. Olvidar es en gran parte recordar. Al hacer esto, centrar nuestra atención a una huella sobre el cubo es la génesis de la rememoración.

¹¹⁹ Lowenthal, *Op. Cit.* pp. 299

¹²⁰ Ricœur, *Op. Cit.* pp. 545

Rememorar es revisar repetidamente algo en particular. Cuando un recuerdo nos sorprende tendemos a revisarlo, ¿qué significa revisar un recuerdo sorpresivo? Tratamos de salir de lo atónito para identificar el recuerdo, tratar de colocarlo como una pieza perdida en un espacio en blanco del que no nos habíamos percatado; ¿es *real* y *verdadero* el hueco en nuestra memoria? Un recuerdo que está siendo revisado o complementado lo hace con otro recuerdo, de menor o mayor amplitud que el recuerdo-memoria base. La importancia del olvido como correlativo de la memoria radica en la explicación previa; la ausencia de detalles no significa olvido total de algo, sólo la respuesta a una ordenación o jerarquización de las partes de la memoria.

Hasta aquí, revisar un recuerdo proporcionado por el olvido se encuentra en la fase de identificación y familiaridad, pero conforme lo vamos adaptando al presente se descubre la capacidad de moldearlo para corresponder las necesidades que lo trajeron de vuelta. Los recuerdos son maleables y manipulables siempre y cuando seamos conscientes de su existencia e importancia, se realzan “*ciertos acontecimientos en el recuerdo [y los reinterpretamos] a la luz de la experiencia posterior y de la necesidad [del] presente.*”¹²¹ Revisar también da la oportunidad de encontrar el valor y significación a recuerdos, o parte de, antes considerados inútiles o inentendibles.

Si lo vemos de modo operacional, el olvido funciona como cartuchos de accesibilidad que tenemos para hacer memoria, o, rememorar. Lo que aparece en nuestra mente vuelve a desaparecer, se regresa al cubo, con la premisa de que puede reaparecer cuando se requiera. Si esto suena a una acción consciente, también sucede por vías inconscientes. Es decir, al conocer algo nuevo, la rememoración traerá de vuelta un recuerdo para cotejarlo con lo recién llegado. Esto ya se había explicado antes, pero nos sirve aquí ya que una característica más profunda del olvido es el de reserva, o, el poder que tiene en nuestra memoria para que sepa diferenciar entre lo real y no real (virtual), entre lo ausente y lo presente, generando un estado de permanente abstracción con nuestro mundo y el exterior.¹²² (Exhortamos que esto lo mantengamos cerca de nuestra reflexión, ya que el desenvolvimiento de una experiencia traumática y sus pulsiones de repetición encuentran mucho campo fértil aquí.)

¹²¹ Lowenthal, *Op. Cit.* pp. 301

¹²² Ricoeur, *Op. Cit.* pp. 563

El problema entre hacer memoria y hacer historia en su disputa teórica máxima sucede cuando pensamos que el olvido es un mal, que es un hoyo negro al que debemos de alejar de la memoria y de la Historia. Como lo hemos expuesto, el olvido es de manera inocente un apoyo de la memoria para generar rememoraciones o evocaciones que construyen nuestro pasado constante. E inocentemente comenta Ricœur que *“el olvido reviste una significación positiva en la medida en que el que-ha-sido prevalece sobre el no-ser-ya en la significación vinculada a la idea del pasado. El que-ha-sido hace olvido el recurso inmemorial ofrecido al trabajo del recuerdo”*.¹²³ Yace aquí el ejemplo máximo de sentido de identidad y existencia que nos da el olvido, ya que lo que fuimos ya no es, y lo que hay es lo que ahora somos de lo que fue, o sea, un yo identificable tanto en el pasado como en el presente.

Pongamos un ejemplo para ilustrar mejor esta maraña de sentido ontológico. Al terminar una relación amorosa las emociones y sentimientos por la creación de un ausente nos crean un sentimiento de permanencia eterna de la emoción. Decimos “nunca la o lo olvidare”, “siempre la o lo querré”. Después de cerrar el círculo (algo obviamente recomendable y sano), la efervescencia de las emociones va bajando, así también los sentimientos. Ahora bien, nos encontramos a esa persona en la calle, en el trabajo, recordamos episodios de alegría, pero podemos ya no recordar la emoción en sí que antes nos producía evocar esa alegría. Olvidamos lo que se sentía evocar sentimentalmente esos recuerdos, más no olvidamos que cursamos un capítulo importante de nuestras vidas con aquella persona.

No se destruye el recuerdo, mucho menos el pasado. Deconstruimos experiencias, remodelamos percepciones y nos acomodamos de diferente manera constantemente para desenvolvemos en el mundo. Pero ¿qué tiene que ver todo esto en un marco que es Histórico? Como dijimos, rememorar algo es centrarse, si no obsesionarse, con algún punto memorial en particular. Y no solamente un punto, sino toda una línea también puede ser víctima de la obsesión. Cuando nos referimos a línea hablamos de metodología, de ideología de trabajo. Si retomamos lo dicho sobre el archivo como fuente para hacer Historia encontraremos similitudes patológicas de prácticas para fabricar conocimiento histórico.

¹²³ *Idem.*, pp. 566

Una forma de olvido ya exterior es el olvido impedido por la negación de corpus testimoniales que no sean verificables. Esto, ya lo hemos criticado y expuesto. Pero así no solamente es la memoria la que cae bajo el yugo de un abuso, sino que al mantenerla a raya puede ser manipulada. Las estrategias de olvido son configuraciones discursivas con el fin de sobresaltar una línea argumentativa sobre otras. ¿No se parece esto al negacionismo? Al valorar un testimonio entre lo verificable y lo refutable es catalogado, sino explícitamente, hacia los anaqueles del olvido. De lo *no* cierto. El pasado configurado por el poder, más el recurso del tiempo cronológico, configuran un relato histórico oficial que, al encontrarse con memorias contrarias a su versión, crean una trampa canónica que intimida, seduce con incertidumbre, o impregna miedo a aquellos que cuentan otra Historia. Esto, dice Ricœur, es *“una forma ladina de olvido, que proviene de desposeer a los actores sociales de su poder originario de narrarse a sí mismos”* o, añadimos, de por lo menos ser tomados en cuenta.¹²⁴

Actores sociales como las entrevistadas se deben pensar más allá de meras anécdotas de un marco más grande y colocarlas más hacia acá, como la aparición de un horizonte totalmente nuevo, con una carga conceptual de lo vivido diferente a la memoria que sí ha sobrevivido. No solamente la memoria canónica del '68 se ha convertido en un personaje aparte, también el cuerpo de conmemoración lo ha hecho. La herencia, plasmada en las practicas de repetición y reinterpretación que vimos con LaCapra, es una capa más en la dificultad de otras versiones para encontrar cabida. Porque, como lo vimos en una extracto del testimonio, el agravio vivido por las entrevistadas está más dirigido a una reparación de daños al espacio familiar, no público. Este micro-trauma (no en orden de minimizarlo cualitativamente), no habla el mismo lenguaje que el trauma compartido, o social en este caso porque ya ha sido transmitido a otras generaciones.

Esto lo podemos ver en el corpus testimonial que compone el Memorial del '68; sus 57 partes de guerra provienen de personas que estuvieron dentro del movimiento estudiantil, que formaron parte de las marchas, que se desvelaban en las asambleas, que huyeron de la fuerza policial. Su memoria compartida esta más compactada, ya que uno y otro se identifican en la misma consecución de acontecimientos. Como se podrá entender, este es un ejemplo en donde la generalización de memoria colectiva al abarcar produce la

¹²⁴ *Idem.*, pp. 572

confusión de la que ya hemos hablado, es decir pensar en algo como un todo. Ahora bien, personas damnificadas como las entrevistadas “hablan” otro idioma, comparten otro tipo de narración, fueron agraviadas de manera totalmente distinta a los sobrevivientes militantes. En otras palabras, estas dos líneas de agravio no logran encajar, ya que una ha logrado colocarse en la tarima de lo público, mientras que la otra, repetimos por su naturaleza, ha quedado en lo privado.

Aclaremos, por segunda ocasión nos parece, esto no ha sido “culpa” de los sobrevivientes militantes, ellos libraron sus batallas contra el olvido. Pero el olvido vivo, las entrevistadas, sin quererlo ni planearlo, ponen el dedo sobre la llaga de una forma de pensamiento histórico que pareciera no querer saber, que no le interesa. En cierta manera, la indiferencia de la Historia con los acontecimientos del pasado reciente han dejado al tiempo huérfano, que aprenda a caminar y comer solo; ha descuidado su crecimiento. Se ha olvidado de él. Pero que mejor manera de regresarles ese poder del que habla Ricœur a los narradores de hablar por ellos mismo que problematizando el pasado bajo fuentes orales y escritas, no queriendo construir el pasado dentro de sus mudos muros, sino dándoles la voz a aquellos que yacen en el presente.

Y es que la indiferencia hasta parece una grosería: si la matanza hubiera ocurrido en un terreno baldío, apartado, alejado de la urbanidad, el rescate de los testimonios, pensando que hubo sobrevivientes, sería una operación distinta. Pero en más de 40 años la Historia, ciencia humanística, nunca se preguntó por ellos que vivían en los departamentos que rodeaban el lugar donde el acto atroz sucedió. Nadie supuso que del otro lado de las ventanas de los edificios que formaban Nonoalco-Tlatelolco una serie diferente de agravios tomó parte.

Como se dijo en algunas líneas arriba, las representaciones son una colmena de símbolos que en gran parte son lo que constituye una memoria. Estas representaciones son las cientos o miles de caras que puede tener una moneda si la hacemos girar. Son puertas, ventanas, túneles de acceso o salida hacia el catálogo de voces y silencios –olvidos–, que tiene el pasado. Buscarlos y detectarlos depende de cada régimen de historicidad que revise o quiera actualizar el tiempo transcurrido. Sin la presencia de lo que ya no es en un tiempo que es, porque le estamos dando vida, o sea el presente, nunca tendríamos consciencia de lo que pasó, no lo podríamos dotar de una historia (story) a la Historia (history). Imperamos,

la mayor cantidad de formas de “traer” de vuelta lo que fue y ya no es se da por medio de símbolos.

El olvido, en una operación silenciosa aprendida por dejar al pasado creer sin cuidarlo, es reducir o minimizar esos símbolos dentro de las representaciones con las que se trata de recordar el pasado. Cuando muy atrás expusimos los planteamientos ricœurianos de “justa memoria” estamos apelando a que la memoria sea el motor para mirar más allá de datos y discursos revolucionados por plataformas políticas o bajo tónicas similares. Se trata de regresar a los narradores olvidados su capacidad de hacer memoria, de contar Historias. Que desde nuestra posición de conocimiento no se sientan en la mesa (por eso es tan valiosa la deconstrucción de un concepto como memoria colectiva), ya que cada uno es *uno* entre *otros*, ni más ni menos entre todos. Por eso colocamos la fotografía de la ventana rota al inicio de esta tesis, porque existe un lado del espejo, un espectro de otra tonalidad de negro en lo traumático y violento, que sentimos debe ser abordado por la Historia.

Pues bien, lo que hemos denominado como olvido vivo posiblemente asomó un poco la cabeza, se presentó inocentemente en un símbolo que nos atreveremos a leer.

2.7.- ¿Omisión u olvido? Después del rojo amanecer.

Al final de la película *Rojo Amanecer* (1989), dirigida por Jorge Fons, el personaje del niño Ademar Arau, Carlitos, salé de su escondite después de que un comando pseudomilitar acribilla a toda su familia y a algunos otros manifestantes que se refugiaron en su casa tras la matanza. Como se dijo sale por debajo de su cama, a media luz, entra en el pasillo, esquiva los cuerpos que yacen en el suelo, y después de unos 10 pasos empieza a llorar; se dirige primero a su madre, encarnada por María Rojo, después acaricia la cabeza perforada en la frente por un bala de su padre, Héctor Bonilla, y por último sostiene la mano de su abuelo, Jorge Fegan, al que por la posición en la que cayó no se le puede observar el rostro. Quizá la analogía que representa Carlitos se despidió de los pilares de ciudadanía que en tiempos postrevolucionarios, ya de modernidad y de Olimpiadas, México se quería proyectar al mundo; o peor aún, es un epitafio que una generación dejó, con la matanza, un futuro traumatizado.

Después viene el símbolo que atrapó nuestra atención; Carlitos sale de su departamento, baja por las escaleras apoyándose cuidadosamente de la pared, se encuentra

con otros dos cuerpos, uno de su hermano Jorge (Demían Bichir.) Aquí hay que decir que la música poco a poco va subiendo de volumen, en un tono fúnebre. Cuando por fin sale del edificio, se ve a un agente de limpia barriendo escombros, papel principalmente, mientras que un soldado con la carabina al hombro cruza de derecha a izquierda el encuadre. Carlitos continua caminando con la vista algo perdida y sin expresar desagrado por el suelo mojado y frio con el que hacen contacto sus pies descalzos. La cámara acompaña por muy poco a Carlitos, para detenerse y concluir encuadrando una pared del edificio y debajo de ella más escombros.

Como se sabe la película es una mezcla de representaciones sociales encarnadas en los integrantes de la familia; desde el abuelo que representa a la generación ganadora y legitimada por la Revolución Mexicana, el padre burócrata, trabajador y que disciplina a sus hijos, la esposa ama-de-casa preocupada ellos, y los cuatro hijos (cantidad que llama a la solvencia económica de aquellos ayeres), dos de ellos involucrados con el movimiento y políticamente incorrectos, aunque sabedores de aspectos de carácter “¿sabía usted?” como la melena larga de Miguel Hidalgo y Napoleón Bonaparte. Y los hijos más pequeños, un niño y una niña, que representan las generaciones beneficiadas de aquella modernidad y tranquilidad sesentera mexicana.

A pesar de que Rojo Amanecer vio la luz en un contexto políticamente apto, aunque apenas en gestación, tuvo problemas de producción, principalmente de financiamiento. En palabras del director, sí quería realizar una película

para hablar del 2 de Octubre o cualquiera de las manifestaciones que se desarrollaron en aquellos meses o los mítines en el Zócalo, en CU o en las diferentes escuelas [...] Era un proyecto costoso por donde quiera que se le viera. [...] Se tenía que pensar en las diversas problemáticas y uno se quedaba simplemente con la esperanza de realizar – o que llegara – una buena idea de aquel evento, con una economía reducida.¹²⁵

Aunque ya se contaba con el guion de Xavier Robles éste necesitaba ser adaptado a un ambiente donde los costos y los permisos de grabación no fueran tan complicados de

¹²⁵ Rodríguez, Olga. “El 68 en el cine mexicano”. pp. 89

conseguir. Guadalupe Ortega trabajó con Robles para resolver el asunto del guion, y así la película cobro esa virtud,

se acercaba a la esencia y al color del drama, de la tragedia de aquella tarde, y al mismo tiempo ofrecía la posibilidad de producirse con poco dinero. El argumento consistía en contarnos esa tarde aciaga, **sin verla**, desde el interior de un departamento vecino, de uno de los múltiples edificios de la unidad Tlatelolco. (Las negritas son nuestras.)

De hecho la película no hubiera sido posible sin los fondos particulares de los actores Héctor Bonilla y Valentín Trujillo. El permiso de exhibición tardó en concederse, y no se hubiera obtenido sin un reclamo realizado en una asamblea en la Sociedad General de Escritores de México. Su proyección fue muy limitada, quizá porque el director y su equipo ignoraron las peticiones de quitar algunas referencias hechas al ejército y su participación esa tarde y la escena final, la que describimos líneas arriba. Fue la piratería la que se encargó de propagar la versión que el director, el equipo y los actores querían y de la que se sentían orgullosos. Como lo dice Fons, “gracias a la piratería”.

Esta pequeña biografía de la película nos hace retomar en cuenta cómo la memoria elevada a discurso de denuncia se debe enfrentar a aparatos represivos o minimizadores. Lo que también podríamos llamar trabas negacionistas. Claro es que estos enfrascamientos memoriales que luchan contra el olvido al pasar el tiempo colocan un ladrillo más en el muro que se heredará a las generaciones subsecuentes. Si se logra una victoria o si se sufre una derrota se agregará un pliego más en las complejas pero permanentes repeticiones del agravio social; extenderán su léxico, ampliarán sus prácticas con las que los herederos puedan moldear sus problemáticas. Para último Jorge Fons comentó algo interesante;

Nos pudimos dar el lujo de filmar en orden progresivo, de la primera escena en adelante, con el propósito de sentir el ritmo interior de la película, de resolver uno de los principales problemas que es el **transmitir la tragedia exterior**, aquella que no vemos, que está después de la ventana, **más allá de la ventana**.¹²⁶ (Las negritas son nuestras.)

¹²⁶ *Idem.*, pp. 92

En *Rojo Amanecer* no se llega a ver ningún momento de la matanza en la Plaza de las Tres Culturas; o sea la representación en esta forma de memoria como lo es la película es no representar factualmente el hecho, pero sí por medio de la analogía que es el asesinato de la familia. La película es fiel a la génesis del hecho, es la tragedia y la brutalidad real (cosa que no hace Tlatelolco Verano del '68 que luego analizaremos.) Gracias a la falta de presupuesto y las trabas provenientes del tope de la pirámide, la matanza es *inenarrable*, no se puede presentar, proviene de un horizonte lingüístico más allá que con el que podemos entablar una dialogo. Y el trauma yace donde una abrupta descontextualización de lo “normal” ocurre. Podríamos, sin miedo, decir que *Rojo Amanecer* es posiblemente, el tropo memorial traumático más rico en la lista de representaciones ficcionales que se han hecho del 2 de Octubre.

De hecho, y de alguna manera sorprendente, la película tuvo en uno de sus protagonistas más connotaciones políticas que de visión histórica: en el año 2013 ve una segunda reedición “Octubre Dos. Historias del Movimiento Estudiantil”, recopilado por Mario Ortega Olivares e inicialmente lanzado en 1998. Esta suerte de un testimonial y ensayos sobre el movimiento, donde debemos destacar que la gran mayoría de testimonios provienen de militantes sesentaiocheros del Instituto Politécnico Nacional, contiene algunas palabras de Héctor Bonilla. Bonilla afirma que “*Rojo Amanecer no es la película del '68, es una película que marca un precedente y que hay un recuerdo, habla de un hecho irrefutable, de una represión asesina por parte del gobierno en contra de toda la sociedad.*”¹²⁷

Las razones de por qué consideramos *Rojo Amanecer* como una ventana ignorada entre tantas puertas que nos ayudan a estudiar el movimiento estudiantil las expusimos líneas arriba. Ciertamente, *Rojo* no es la película del '68 hablando estrictamente de líderes estudiantiles, soldados, francotiradores, guantes blancos, etc. Pero sí es la película de *otro* '68, de una luz perdida entre tanto reflejo que deja a un cuerpo de testimonios y memorias en sombras, en silencio. Porque en sí, el personaje principal de la película no son los estereotipos encarnados en la familia o los asesinos de ésta, más bien es el departamento el personaje principal y la esencia del lo narrable dentro de lo inenarrable.

¹²⁷ Bonilla, Héctor. *Fue un rojo amanecer*. Contenido en Octubre Dos. Pp. 189

Otras dos opiniones de Bonilla ratifican las reminiscencias, el aura, que ya en tiempos de la realización de la película, acompañan a la intención: *“La sociedad está representada en su conjunto y a todos los masacra la represión, eso es lo que afirma Rojo Amanecer. [...] No se puede vivir en la nostalgia, el '68 es un ejemplo de que debemos seguir adelante, tratando de resolver dos aspectos fundamentales: la corrupción y la impunidad.”*¹²⁸

De nuevo aquí entre líneas podemos leer un suerte de memoria colectiva, cuando ya hemos expuesto que una profundización en su significado teórico-conceptual nos remite a saberla también como memoria compartida, veremos que encapsular y determinar que los únicos reparos necesarios son de orden jurídico-político sería excretar a un grupo de personas que tienen un testimonio y una historia, además de negar cualquier viraje crítico para atender al pasado no como objeto de estudio, sino al presente como sujeto de análisis y valor Histórico. La cinta también salió a relucir en la visita con la señora Rosalba a Tlatelolco:

RFM2.- Cuando salió “Rojo Amanecer”, yo me ilusioné mucho con que iban a sacar algo como esto que estamos platicando. No la estoy criticando, es una gran cinta, no le quito el mérito, pero el único punto de vista infantil es que el niño sale y se encuentra todos los cuerpos y se va. Okey, está bien su propuesta, pero se me hubiera hecho interesante que, ese niño que vivía ahí, qué pasó con él. A ese niño le matan a su familia, por haber recibido a unos estudiantes. [...] Y cuando sale en la mañana encuentra su rojo amanecer, “la plaza roja”.

¿Por qué no suponer que otras personas, otros damnificados como Rosalba, no “esperaban” algo más de la representación del 2 de octubre hecha en Rojo Amanecer? Ciertamente, la cinta *no es* la película del movimiento estudiantil de 1968, pero sí lo es de otro '68, de un diferente 2 de Octubre que hasta hoy ningún investigador de cualquier ciencia humanística se ha ocupado. Afortunadamente el parte de Rosalba no se queda ahí; con la apertura de este nuevo enfoque post 2 de Octubre surgió un elemento importantísimo: la salida de muchas familias de sus departamentos en Nonoalco-Tlatelolco.

¹²⁸ *Idem*, pp. 189-90

AEP.- ¿Qué impresión te dio el *éxodo* emprendido por varias personas y familias después de la matanza?

RFM2.- Si eran grupos, y grupos y grupos de personas que iban jalando sus muebles, sus cajas, pertenencias porque se iban de ahí, porque no querían estar ahí, porque no querían confrontarse con esos recuerdos. Lo que si te puedo decir, es que el orgullo que sentíamos todos los habitantes de ese lugar, de; “vivo aquí en esta nueva propuesta de zona habitacional tan moderna”, se acabó y se volvió un hecho vergonzoso. Eso no lo había analizado hasta ahora que te lo estoy platicando. Porque después –porque varios años después nos fuimos de aquí–, no era un orgullo decir que habías vivido en Tlatelolco, y menos en el '68. No sé por qué. No sé decirte por qué, o a qué se debe, porque en sí no fue un hecho que se explicara, ni que los medios estuvieran ahí, porque los medios estaban totalmente controlados por el gobierno.

Por otra parte, la señora Leticia también guarda recuerdos sobre este *éxodo* obligado:

LFM.- También era tremendo asomarte a la ventana y ver la huida de toda la gente. Ahora si que hasta con el perico salieron. Todos, maletas, las cunas, pericos, salían, salían, salían, se iban, se iban. Y le decía a mi papá ¿nos vamos a ir?, y me decía “mi hijita, ¿a dónde?”. Nosotros éramos quince hermanos, ¿a dónde nos podían recibir? Por eso fuimos a vivir ahí, [Tlatelolco], un lugar donde cupiéramos.

En frente vivían una familia donde eran diez, una viuda; entonces le va a tocar a mi papá y le dice, “Don Fernando ¿qué va a hacer usted, se va a ir?”, -“ Doña Conchita ¿a dónde me voy a ir con tanto hijo? –Es que si usted se queda, yo me quedo. –Pues a lo que Dios diga.” Bueno pues no quedamos. Veía a mis hermanitos los chiquitos jugando a los policías, unos eran los policías y otros eran los estudiantes, y se tiraban a matar. Y veía a esos chiquititos jugando ya eso y yo decía, ¿qué es esto?

RFM2.- Suspendieron clases, aparentemente por las olimpiadas, pero yo creo que suspendieron las clases por esto, [la matanza], y vieron el circo de las olimpiadas tal vez para tranquilizar a la sociedad de que no iba haber ninguna guerra, y que lo que había pasado no era cierto y que sólo había habido diez muertos, que se mataron entre ellos. [...] Yo tenía amigas que se les murió su

hermano, se murió su tío o su primo, y no eran personas involucradas con el movimiento, ni si quiera estudiantes, eran solamente personas que iban pasando, que estaban ahí, que los agarraron, que los confundieron. Y muchos se fueron, mucha gente que conocíamos se fue, después de lo que pasó. Se devaluó mucho.

Para concluir, cuando hablamos de descontextualización queremos cerrar el gran compendio conceptual al que nos tuvimos que sumergir para entender con valiosísima entereza la razón principal de este escrito; el trauma que produjo históricamente la matanza estudiantil del 2 de Octubre de 1968. Por supuesto que en el apartado “práctico” que se aproxima no dejaremos de teorizar, ya que hay cuestiones explicativas que sólo encuentran cabida cuando se las liga a lo factual. El trauma, un fuerza compleja y difícil de manejar, se sentará muy cerca de nosotros, y debemos ir con precaución. Ya que como expusimos cuando hablamos sobre la herencia que nos llega del pasado comentamos que tanto cosas buenas como malas son heredadas por igual. Las dos encuentran sus caminos por el océano del tiempo. Y, gracias a las palabras de Leticia y Rosalba, hay indiscutiblemente otro '68.

Al inicio del capítulo 1 de esta tesis realizamos el ejercicio de intercalar extractos de las entrevistas de nuestras testigos. Como una suerte de conversación. Repetiremos el ejercicio pero ahora abordando lo que pasó después del 2 de Octubre, fuera al día siguiente o en corto plazo. Hemos esperado hasta aquí porque ya hicimos un buen recorrido por términos y conceptos teóricos, con la esperanza de prever lo más posible cualquier traspié producido por el morbo o la vaguedad.

LFM.- Al día siguiente yo me levanto a las 7 de la mañana y me voy corriendo [hacia mi casa]... no...no, no, no... yo no te podría transmitir lo que yo sentí. Es algo impresionante; has de cuenta que estás aquí, cruzar una puerta y de pronto estás en combate. Y empiezo a entrar a mi unidad... no, no, no, yo veía a lo soldados todos tirados durmiendo en el suelo.

Conforme vas avanzando te vas dando cuenta de la realidad, volteas y ves los tanques trepados ahí; veías para arriba y veías salidos los rifles. [...] Me meto a mi edificio, me piden mi identificación, luego me meto corriendo al elevador... no, cuando se abre el elevador pues me salgo espantada; ensangrentado, bañado de sangre, pero así los chisquetes de sangre, las manos. Entonces yo me salgo asustada, era la primera vez que veía la sangre así y, obviamente en el elevador,

los hoyos de los balazos. Entonces me voy por las escaleras... yo creo que fue peor. Las escaleras era toda la sangre; se ven las manos como se fueron arrastrando. Entonces tu vas pisando ahí y vas volteando, vas viendo y lo que yo quería era llegar a mi casa porque yo pensaba que lo peor les había pasado. Entonces cuando llego a mi casa preguntan “¿quién?”, digo “¡yo!” y me abren. Pues te sueltas a llorar, por lo que acabas de ver [...] es traumático, yo creo que es poco. Es un no-entender, un sin-razón. ¿Quién es capaz? Para mi en ese entonces no existían el *revanchismo*, no existían las personas que pudieran matar a otra, no existía una. Para mi era inexplicable, para mi era una pesadilla que yo estaba viviendo.

Entonces entro y me empiezan a dar razón de todo; obviamente no había agua, no había teléfono; y veo los balazos, el cristal roto, veo como pegó en el techo y como [la bala] se fue al baño. Pues sí yo me asusto y digo ¿qué pasó? [...] Todos nos preguntábamos, ¿por qué no nos enteramos? Siempre estábamos informados de que iba a ver [mitin] y llegábamos temprano.

RFM1.- Al día siguiente, desde muy temprano, empezamos a ver mudanza de mucha gente que vivía ahí, y el concepto de la urbanización se fue al caño. ... el perico, las camas, las cunas. Gente de “¡Vámonos, vámonos, vámonos de aquí!”. tanques por todos lados, los jardines invadidos por tanques y personas que viven por ahí llevándoles enchiladas a los que están adentro del tanque. Y yo viéndolos [pensando] “¿Qué no son el malo? ¿Por qué les llevan de comer?”

Mi papá: “voy a entregar las pinzas ¡porque no somos una familia de rateros! ¿Quién quiere ir conmigo?” ¡Nadie! Y yo, la [futura] periodista, “¡yo! Yo quería ver lo que pasó” No sabía lo que pasaba fuera de esa ciudad, si estaba sitiada, pero en ese momento vamos al pan. Atravesamos los jardines y llegamos [a la panadería]. Olía feo, te puede decir lo que es el olor a muerte. Sí te lo puedo decir. Olía feo... triste. Entonces vamos a la panadería, está abierta, con cristales rotos pero está abierta dando servicio, algunos locales dan servicio. Mi papá muy orgulloso diciendo: “vengo a entregar las pinzas porque yo soy honrado y mi hijo se las llevó sin intensión”. Y ya el señor dice “Ay sí, es usted honrado, muchas gracias”. Y yo volteando, volteando a ver la plaza. La plaza se veía diferente. La piedra con la que está hecha la plaza es una piedra oscura, no puedes decir que el piso estaba manchado de sangre, pero sí tenía un color diferente. Estaba manchada de rojo pero no se notaba el rojo. Te puedo decir que

había montones y montones de periódicos –esa es una primera impresión que yo tengo al salir de mi casa el 3 de octubre–, con restos humanos. Porque barrieron; estaba lleno de cuerpos, los levantan y se los llevan, barren todo lo que quieras pero quedan cosas, quedan pedazos que después los barrieron y las revolvieron con las de todos los muertos. Pero sí recuerdo periódicos, bolas de periódicos, tratando de envolver cosas feas, rojo feo, tripas. Ahora lo entiendo. En ese momento sólo fue mucho horror y sólo decir “no es cierto”, porque en el fondo no quieres creer que de verdad está pasando eso y que están matando a la gente. Como que te resistes. Pero si ya lo viste toda la noche, toda la tarde viste lo que pasó. De pronto el día se interrumpe por un balazo, dos o tres porque seguían revisando los departamentos de todo Tlatelolco. Por eso mucha gente se fue, ¿a dónde?, quién sabe, pero dejaron sus casas.

LFM.- Otro trauma es ver como anochece, y ver todo apagado. Todo estaba apagado, los edificios. Obviamente durante todo el día oíste ráfagas. Yo no sé si encontraban a alguien, yo no sé si veían a alguien. Todo el santo día se estuvieron oyendo ráfagas de rifle –taca, taca, taca– esporádicas. Yo creo que encontraban a alguien. Inmediatamente pues te encoges, te asustas. Pasaba... Mi papá nos dice, ya en la noche, que no nos vamos a acostar en las camas. Obviamente te asomas a la ventana y te da pavor ver a los soldados ahí arriba en los techos de los edificios, ver los tanques trepados en la Plaza de las Tres Culturas ahí... es estar dentro de una guerra. Aun ahorita me da escalofrío al recordarlo. O sea vivimos una guerra y además sin poder hacer nada.

Entonces nos acostamos en el suelo pegados a la pared, mi papá nos fue acomodando, mi mamá también y sin prender luces, todo a oscuras. Al día siguiente amanece y sí nos asomábamos, todo el tiempo pues a ver qué pasaba; todo oscuro y callado. Ese silencio yo creo que es el peor, porque después de tanta agitación, después de tanto susto... no se oía nada, cero. Y te asomabas y todo oscuro... Allá una velita yo creo que había en algunas partecitas, pero para mí todo era oscuridad. Y el terror de ver [a los soldados que estaban en los doceavos o quinceavos pisos de los otros edificios] –nosotros vivíamos en un quinto piso– y sí los veíamos. Entonces decíamos, “si yo me acuesto en la cama pues sí me dan.”

Al día siguiente llega la vecina (Doña Conchita): -“¡Don Fernando, Don Fernando, venga a ver por favor!”, y ahí vamos a la terraza y nos metemos a un

departamento [abandonado] que estaba abierto [...] pero estaba vacío; y resulta que las balas traspasaron las paredes [idénticas] en las que nosotros dormíamos en el suelo. Y según mi papá eran balas expansivas, porque eso nunca se me va a olvidar. Dijo; “¡Pero Doña Conchita cómo puede ser, pueden ser tan inhumanos; son expansivas!”, decía mi papá. Yo vi todo ese terror y dije; “¿entonces para qué nos dormimos ahí [en el suelo, pegados a la pared] si de todos modos entran [las balas]?!”. Al día siguiente mi papá nos ponía a rezar, pues ponernos en las manos de Dios, y todos a dormir en las camas. Y así fue durante varios días, obviamente no fuimos a trabajar, no podíamos ni teníamos cabeza para ir a trabajar: vivimos el tiempo necesario mientras ellos [los soldados] desocuparon, limpiaron, lavaron y se fueron. No me preguntes cuantos días fueron, no lo recuerdo. Sólo recuerdo que fueron días y noches dentro de una guerra. Ya después teníamos luz, agua, pero los teléfonos no. Pero sí nos informábamos por medio de radio, de periódicos, lo que había pasado, lo que decían que había pasado. Y el no poder saber –como hasta la fecha–, la verdad; porque la verdad, como verdad, pues hay muchas, depende de la percepción que tengan, y depende lo que les convenga [decir], ¿no?

RFM1.- Te puedo decir que empieza un nuevo juego: salió el videojuego, todo el mundo lo conoce, todo el mundo sabe qué es. No todo el mundo lo juega, no todo el mundo lo entiende, no todo el mundo lo tiene. La novedad se volvió “vamos a meternos a los departamentos vacíos, balaceados llenos de sangre a seguir las huellas”, empezando por nuestro edificio. “Dicen –todos los amiguitos de todos los departamentos, de la escuela – que en el [departamento] 9 hay huellas de sangre. -¡Vamos a verlas! -¡Si! -¡No, que miedo!”. Y cuando nos atrevimos era un poco de noche entonces sí se veía muy feo. Y ahí estaban las huellas de dos personas o tres que estaban en la terraza, en la parte donde abría el elevador. Se ve que ahí hubo dos personas observando –o no sé–, que les dispararon y que se fueron arrastrando hacia las escaleras; bajaron todas las escaleras y se refugiaron en el sótano, donde se guardaban los tambos de la basura. Entonces, seguir toda esa huella... no sabes además todas las pesadillas. Pero yo me aguantaba todas las pesadillas porque era muy emocionante para mí pensar qué pasó. -“Seguro estaban parados.” -“Yo creo que estaban agachados.” ¡Pero aquí hay [la huella] de una mano!” Primero nos daba mucho miedo abrir y ver las huellas de sangre, embarradas en el piso. Pero después de superarlo

íbamos siguiendo la huella. Y ahí íbamos, todos los niños jugando con las huellas. Ese era el juego.

Nos empezamos a acostumbrar a la sangre embarrada en las paredes o donde fuera; a las huellas de las manos con sangre. ¿Jugar en los jardines? Olvídate... Empezamos a jugar en nuestro edificio y luego nos empezamos a meter a los departamentos que quedaron vacíos, porque mataron a toda la familia, porque a lo mejor no había un familiar que fuera a reclamar esas cosas... quién sabe. Pero los departamentos estaban tal cual, sin los muertos. Había departamentos hasta con comida. Entonces revisábamos los cajones, revisábamos la sala y corríamos porque nos daba mucho miedo. “Que hay un departamento en donde te puedes meter...” No había *cintitas* amarillas, ¡no había nada de eso! Y nos metíamos, inventábamos la historia [de lo que ocurrió ahí].

Bueno, había una Vocacional (al lado de la Plaza de las Tres Culturas), donde obviamente ahí [depositaron] muchos cuerpos, ahí los han de haber torturado, matado, tenido, no sé. Pero logramos brincarnos la barda, porque estaba abandonada, y meternos a los salones, a la dirección, a los baños. Todo estaba balaceado. Todo. Y encontrábamos... yo una vez me llevé un amuleto, un monederito chiquito con dos gotitas de sangre, que era como un llaverito chiquito, que se desprendió al llavero de la chava y tenía dos gotitas de sangre; florecitas amarillas y dos gotitas de sangre. Y yo lo encontré y dije “es mi tesoro. Este es mi amuleto” ¿A quién le pertenecería? ¿La mataron o no la mataron? ¡No sé decirte! Pero era mi amuleto porque lo había encontrado en una de las aventuras de andarnos metiendo a la Vocacional.

No lo hacía yo nada más; muchos niños jugábamos a eso. Y vinieron las Olimpiadas y yo te puedo decir que no tengo recuerdos de eso. Nuestra aventura era “granaderos y estudiantes” “Ahora eres granadero -Ahora soy estudiante me van a matar, ni modo. Pero no me quiero embarrar, pero ni modo, está bien. Me embarro el pantalón porque me tengo que revolver, está bien, porque ahora me vas a matar, ¿verdad?” Ese era nuestro juego, no te sé decir por qué. Nosotros fuimos de los valientes que nos quedamos a vivir ahí. [Mis papás compraron el departamento] y ni modo, no tenemos opción de irnos a otro lado. Ahí nos quedamos. Y al regresar a la escuela –porque creo que hubo vacaciones porque eran las Olimpiadas, o a lo mejor por lo que pasó–, había muchos compañeros que tenían un pariente que se había muerto. Era muy normal que tuvieras un tío,

primo, hermano, un alguien que te mataron y que no era estudiante ni formaba parte del pleito. Que lo mataron sin querer en la panadería, que se metieron a su casa... mucha gente que se quedó tenía parientes que se habían muerto. Nosotros ninguno, afortunadamente ninguno.

LFM.- Lo que no pudieron limpiar [los soldados], a la entrada de la iglesia [de Santiago, en el] mármol y ahí quedó la *manchototota* de sangre. Yo ya después no regresé, porque ya no quisimos vivir ahí igual que todo mundo, empezaron muchos problemas; no sé, te entra como un dolor, no sé, pero ya no estás a gusto. Todavía cuando íbamos a misa estaba la mancha de sangre. Y obviamente vas de curioso donde están las fotos de donde estaban escondidos [los estudiantes]. Obviamente entrar al [edificio] Chihuahua nunca, nunca, porque ahí fue todo lo peor. Con nuestro edificio tuvimos y con la entrada que daba a la Plaza de las Tres Culturas.

AEP.- ¿Los soldados no les dirigían la palabra?

LFM.- No, no, no, nada, no hablaban. Mi papá todavía se acercó al [soldado] del tanque para irle a reclamar por qué, en la terraza había un descanso de herrería, y justo ahí hay un hoyo, entonces mi papá se asoma y va directo al tanque, y el ingenuo de mi papacito, “Ahorita mismo le voy a reclamar. -¿Cómo es posible que ande usted tirando ahí, a nuestra casa que nosotros no hacemos nada? [El soldado] lo único que contestó fue, -“Señor lo siento, pero nosotros sólo recibimos órdenes.” Fue todo, no volvió a hablar.

Yo creo que tenían órdenes de darle a todo lo que se moviera. Se decía mucho, se decía que se los habían llevado al Campo Militar, que los habían quemado, pero todo “se decía”, yo no te puedo asegurar. Los vecinos decían, con los que nos juntábamos, que sí habían llegado camiones, que habían echado los cuerpos y que las ambulancias... eso yo no lo vi. A mi esa noche me toco correr, salvarme, sobrevivir de algo que yo no estaba enterada, de algo que para mi, en ese momento, tenían la culpa los estudiantes.

AEP.-¿Y esa opinión cuándo cambió?

Conforme vas teniendo información, conforme vas madurando, conforme vas creciendo.

RFM1.- También recuerdo las *pintas*, que eso es algo que para nosotros también era nuevo. Tlatelolco, después del '68, se volvió un lugar de pintas. Entonces recuerdo: “Muera Corona del Rosal” ¿Quién era? No te lo sé decir. “Muera

LEA” Luis Echeverría Álvarez. “LEA Asesino”. “Díaz Ordaz Asesino”. “Muera Corona del Rosal” Entonces luego en el juego decíamos “Yo era Corona del Rosal”. ¡Jajá! Estábamos muy chiquitos, la verdad. Sí recuerdo las pintas. Esa también es otra cosa que marca la diferencia y empieza a generar curiosidad. Pues todos nosotros [hermanos y hermanas] estamos bien politizados por eso. Tampoco a ese grado porque creo que una lección que nos llevamos fue que el que manda y tiene el poder, mata. Eso nos quedó muy claro; quien manda y tiene el poder y la pistola, mata. Yo me quedé con esa idea; contra las armas yo no me pongo. Claro que no. No sabes cuántos departamentos conocí, y cuanta ropa de muertos y de gente que ya no estaba ahí. Nos podíamos llevar lo que fuera. Ya se habían saqueado la casa, lo que valía. Pero se quedaron los muebles, ropa, sangre... nadie fue a limpiar hasta mucho después que trataron de limpiar. Pero mucho tiempo se quedó así. Se quedaba abandonado y manchado y embarrado de sangre.

Viví el '68. [...] Yo siempre me decía que la historia la escribe el que ganó, y la escribe como quiere. La historia oficial es escrita por el que ganó. Y finalmente hay muchas otras historias que no forman parte de la historia oficial que a lo mejor tienen mucha más verdad que la que obligaron al historiador a escribir de lo que pasó.

2.8.- Coda: cerrar los ojos por la Memoria... y la Historia.

Las ramas de estudio de la Historia han logrado llegar a horizontes como lo cotidiano, lo cultural, lo artístico, hasta las cuestiones de género. Pero al hablar de lo ausente, producido por personas que *realmente* vivieron, llega una responsabilidad ética y quizá hasta moral. No podemos irnos con la finta y asumir que las metodologías podrán hacer sonar a esas voces cuyos dueños yacen ausentes. Cuando se analizan episodios violentos o extremos o traumáticos ocurridos en un pasado inmediato, es común encontrarse con los reclamos de justicia y esclarecimiento. Estos se piden porque se cometió un crimen, una falta, un agravio a un grupo de personas.

El historiador del tiempo presente, consciente de la ética que representa entrar en contacto directo con un testigo de un momento descontextualizante debe estar al tanto que por lo menos lidia con tres movimientos irregulares de la espiral que es el tiempo: a) el tiempo narrado por el testigo, que comprende un antes, un durante y un después de la

experiencia traumática. b) el grado de herencia que ese hecho traumático tiene en la actualidad, su uso, abuso u olvido. Y c), su posición como observador-interlocutor-interprete-traductor, como un doble agente donde la objetividad y subjetividad –provenientes de su propia experiencia de vida–, se intercambiarán pases largos y rápidos de este a oeste, de arriba hacia abajo.

¿Y cómo agrandar la responsabilidad, la posibilidad de tomar parte entre dos polos humanos complejos, vivos o ausentes? De hecho, el quehacer histórico tiene similitudes con otra actividad profesional, e irónicamente, hallada en un punto medio entre el esclarecimiento de daños humanos y el método científico. Con el siguiente punto queremos expandir el concepto ricœuriano de justa memoria vista como la posibilidad que tiene la Historia por ayudar a esclarecer y hacer más pasable los procesos de duelo social que, no está por más repetirlo, encuentran un ejemplo fiel en la herencia del '68 mexicano. En su apartado más crítico sobre el olvido y la Historia como juez de las transgresiones, Néstor Braunstein compara el quehacer histórico con el jurídico, en aras de exponer la falta humanística más grande que los historiadores tienen con el tiempo reciente.

Empieza comentando que cualquier omisión de un acto social (grupal), violento y atroz es en sí una falta a la vida humana, pero no aún un crimen. Se convierte en crimen cuando los afectados piden su parte de justicia o su reparación. Ahora bien, para que la petición de justicia sea *justa* se debe recurrir a la demostración *real* de que una falta se cometió, o una demostración *histórica* de lo ocurrido. (Porque recordemos, lo que pasó en el pasado ya no está ni estará.) Se van sumando los tiempo; el pasado cuando el crimen ocurrió, el presente desde el cual se hace el pedido de justicia, y el futuro, o la expectativa, del esclarecimiento del crimen. Esta demostración histórica se realiza por medio de una “*escritura de la memoria de los sucesos*”, o, el ordenamiento de los acontecimientos que antecedieron y que sucedieron al crimen. “*Los hechos han de objetivarse. El crimen no es tal sin una narración pormenorizada del mismo.*” (Catalogar al crimen como delito debe ser la primera respuesta de la justicia para con los agraviados, y para marcarla en el pasado y señalarla en el presente debe preservarse materialmente.) Ya que “*no hay crimen sin una memoria coherente.*” Si la justicia responde a otros intereses, que muchísimas veces ocurre, el crimen se trabajará para ser enviado al olvido, y “*olvidar equivale a una anulación retroactiva de la transgresión, –es decir su continuación–, es una suerte de desmentida del*

hecho, y , por lo tanto, constituye una omisión por parte de la justicia.” Viaje hacia las catacumbas de la amnistía como abuso o amnesia como indiferencia total.¹²⁹

¿Qué hace el historiador cuando hace Historia? ¿No halla un punto en blanco, un faltante en la narración del pasado que cree puede llenar o alumbrar? ¿No construye una relación temporal de hechos y los divide para hacer relucir su sujeto principal de estudio? ¿No hace todo eso en aras de prevenir que algo desaparezca en el olvido? ¿No debe asumir, por las semejanzas entre las practicas de la Historia y la Justicia, su papel y posibilidad de narrar cómo se abrieron las heridas que hoy son cataratas de sangre, o los surcos de las cicatrices, o los cementerios de los sin-nombre que configuran los aires, las tierras y los rostros del presente? O, acaso... ¿Quiere aplicar la de Poncio Pilatos y lavarse las manos? Vista de está manera, ¿es la Historia, como plataforma científica-narrativa, más un mal que un bien para la memoria en su rostro de olvido vivo?

Así como se juzga o se crítica a un magistrado corrupto, la Historia debe confrontar los momentos en que también ha sido parte de las herramientas de olvido, o más aun, reconocer que algunas de sus practicas son métodos para olvidar. El tiempo cronológico le ha enseñando a ubicar personajes y momentos encerrados en fechas, ¿por qué no pensar en *un* acontecimiento como sujeto social y sus testigos como puertas múltiples para estudiarlo? Y si localiza personajes en el pasado, ¿por qué no los piensa de la misma manera en como lo hacen los aparatos judiciales?

Quizá sea que a la Historia le cuesta lidiar con fallas, errores, omisiones, porque su capacidad de labor como ciencia aún está en juego. Quizá sea esta especie de patología que le dificulte mucho el abordar crímenes como agentes históricos, y sus perpetradores o delinquentes como sus referentes humanos. Pero la parte de labor de la Historia para esclarecer crímenes del pasado va mucho más allá de proveer la memoria generalmente textual para soportar la denuncia, debe encarar también a los agentes del negacionismo. Braunstein concluye así su analogía de la Historia como posibilidad de justicia humana:

El delincuente no está obligado a recordar el crimen, aunque la autoridad aspire siempre ha conseguir de él la confesión que era, antaño, “la reina” de las pruebas. La “memoria” de la participación del sujeto puede objetarse desde hace

¹²⁹ Braunstein, *Op. Cit.* pp. 257

mucho con huellas dactilares y, hoy en día, mediante grabaciones de video y audio, pruebas de ADN, etc. El aparato de la “justicia” reúne los datos objetivos que comprueban la falta, se los recuerda al criminal durante la instrucción del proceso y continua recordándole esa falta mediante la condena impuesta. El reo puede aceptar su delito y asumir la penitencia como justa o puede, cosa muy común, negar los hechos, justificarlos y absolverse a sí mismo a despecho de la sentencia. El yo, acusado por instancias exteriores a él, tiende espontáneamente a olvidar, a justificar, a desmentir el crimen y, siempre que es posible, a descargar la responsabilidad de las espaldas del Otro. ¿Y si los jueces se juzgasen a sí mismos, cuál de ellos se libraría de ser azotado?¹³⁰

¿Nos vienen a la cabeza todo ese acervo visual del '68, cuando Braunstein habla de pruebas contra el acusado? ¿No ha sido el abandono de la Historia a acontecimientos traumáticos como el 2 de Octubre las causas de las desvirtuación y confusiones y hasta parálisis sociales en los que recae la sociedad mexicana actual cuando es agraviada y no responde? ¿No, entonces, debe la Historia integrar a sus preocupaciones la palabra trauma, revalorar la memoria como fuente de información y conocimiento, al testimonio como una parte de la voz de lo ausente en todos, al archivo no como Meca sino como un recurso más, al historiador como un personaje más en sus tramas discursivas, y su tiempo como un tiempo para hacer Historia con la Historia?

*“El límite para el historiador, como para el cineasta, el narrador (novelista), el juez, está en otro lugar: en la parte intransmisible de una experiencia extrema. Pero quien dice intransmisible no dice indecible.”*¹³¹ Ahora sí, ¿qué ha sido de aquel día en Tlatelolco?

¹³⁰ *Idem.*, pp. 258

¹³¹ Ricœur, *Op. Cit.* pp. 577

Capítulo III: Souvenirs (1ra parte): Los Traumas del '68.

*Ahondar en el 68 es ir a un campo de iluminaciones
y ansiedades extremadamente complejas.
-Cuauhtémoc Medina.*

En este tercer capítulo abordaremos ya en entereza el fenómeno histórico que fue y es –de diferente manera–, el movimiento estudiantil mexicano de 1968 y su fecha insignia, el 2 de Octubre. Estos polos han estado ahí, por lo menos, permanentes en la colectividad compartida de la sociedad mexicana del centro desde hace mucho tiempo. Sus sobrevivientes se han encargado de que el acontecimiento no se pierda en el olvido. El ángulo que queremos agregar al paisaje es Tlatelolco como un sujeto aparte, nuevo, con una carga memorial traumática diferente a la que yace institucionalizada en el Memorial del '68, ahí, al lado de la Plaza de las Tres Culturas. No será la intercalación que dijimos, será más bien una dinámica fluida pero hasta un tanto rasposa entre perspectivas históricas, es decir, de tiempo, espacio y sobre todo memoria.

Visitar Tlatelolco, a diferencia de cualquier otro ejercicio de campo dentro de la dinámica de aprendizaje durante la licenciatura, fue motivadora y hasta sublime para el autor de este trabajo académico. La primera visita sucedió cuando una de las entrevistadas, la señora Rosalba, propuso ir para que su testimonio tuviera más impacto performativo y, supongo, que el lugar mismo despertará otros recuerdos. Pero, principalmente, pudo haber sido por un deseo de continuar el proceso de desahogo que la primera entrevista suscitó en ella. Nunca antes había hablado tanto del tema, o la contraparte nunca había pedido de ella una narración exhaustiva de su experiencia.

Hemos visitado Tlatelolco otras cuatro veces. Pero en especial la última ocasión, 2 de octubre del 2013, el itinerario requería repensar a Tlatelolco, observarlo no como si fuera la primera vez, pero si como si fuera la primera vez que él sabía que era observado. Bajo la capa del 45 aniversario de la matanza el contexto performativo social estaba cubierto por una organización tácita en varios sentidos. Tanto de la sociedad civil que acudió a la Plaza de las Tres Culturas, como por la fuerza policial para mantener “tranquila” la conmemoración. El trato colectivo era reunirse en Tlatelolco durante el

transcurso del medio día, para después salir en dirección al Zócalo y unirse al paro magisterial que había tomado el corazón capitalino.

Saliendo de la estación del metro Tlatelolco ya se podían ver las vallas policiales custodiando a cientos de manifestantes que al igual que un servidor salían por debajo de la tierra. Después de un chequeo rápido a mochilas, morrales y bolsas uno pasaba entre más filas de policías bien formados.



Foto tomada por el autor. 2 de Octubre 2013.

Esta salida del metro no da directamente a la Plaza, ni a la sección de Nonoalco-Tlatelolco donde se encuentra. Hay que caminar un buen tramo y cruzar un eje vehicular. Tras caminar unos cinco minutos se llega ya a la sección indicada. Por el corredor que queda a la derecha de las ruinas prehispánicas el ambiente que se veía era más que conmemorativo, era festivo, como los al redores de un concierto en el Foro Sol o el Palacio de los Deportes.



Foto tomada por el autor. 2 de Octubre 2013.

Souvenirs (o como su significado en francés lo dice, un recuerdo material que comprueba que la persona que lo porta *verdaderamente* asistió al evento público), eran desplegados en decenas de puestos improvisados. Desde playeras, morrales, botones, paliacates, posters, pulseras, gorras, calcomanías, entre muchísimos otros artículos, unían pasado con presente, referentes y denuncias. Como se dijo, el contexto aportaba el reclamo casi social por las reformas educativas, así que varios de los artículos que se vendían hacían eco de esto, conectándolo con las demandas educativas que los estudiantes hicieron 45 años atrás.



Foto tomada por el autor. 2 de Octubre 2013.

Y ya que el acto era un acuerdo, una reunión, no podía faltar la comida:



Fotos tomadas por el autor. 2 de Octubre

2013.

A pesar de la riqueza (cualquiera que el lector quiera adjudicar a esta narración de la visita), había un referente que era primordial visitar y contrarrestar con un paisaje registrado en aquella primera visita, esa con la señora Rosalba. Cuando esa visita ocurrió era el 27 de Octubre del 2011, veinticinco días después de otra conmemoración, y la placa colocada en la Plaza de las Tres Culturas, esa con una veintena de nombres y un poema de Rosario Castellanos (de donde proviene esa línea mítica “*Recuerdo, recordamos hasta que la justicia se siente entre nosotros*”), parecía mirar hacia el cielo, casi estirando el cuello, para evitar ver la evacuación que algún vecino o paseante nocturno había depositado a sus pies:

*Foto*

tomada por el autor. 2 de Octubre 2013.

Pedimos indulgencia, ya que el giro entre fotos de churritos y luego una excreción seguramente es desagradable. Además de esta “ofrenda”, la parte frontal de la placa se encontraba en muy malas condiciones, abandonada, descuidada... ¿olvidada?





Fotos tomadas por el

autor. 2 de Octubre 2013.

Sólo ese pequeño ramo de flor de cempasúchil, claramente fresco y lógico por la proximidad del Día de Muertos, le daba un toque conmemorativo al pequeño monumento. El problema, o las anotaciones que haremos, no van dirigidas a linchar al sujeto que ahí se bajo los pantalones, ni a los vecinos por su falta de cultura cívica y de sanidad. (Aunque claramente esa empresa sería también correcta.) Nuestro trazo va más bien dirigido a observar históricamente cómo es y qué es al paso del tiempo, 45 años, la conmemoración y la conmemoración de la matanza de estudiantes y civiles el 2 de Octubre; cuáles son las particularidades de la memoria histórica actual cuando acuden al recuerdo del '68 para soportar su presente, y cómo o por qué esta placa simboliza más un olvido que un referente físico de una memoria dolosa. También, el lugar del Memorial del '68 en la transformación discursiva y política del trauma.

Sin extender de más, diremos que el punto medular es saber cómo la construcción memorial-histórica del '68 ha bloqueado a los testimonios como los de nuestras entrevistadas, qué lugar deberían ocupar pero no lo hacen y, por supuesto, qué tanto de omisión Histórica académica hay en eso. Obviamente interrumpiremos la narración de la 45va conmemoración, y haremos un rastreo cronológico del proceso que ha sido el '68. Espere, ¿dijimos cronológico? ¿No habíamos criticado el tiempo cronológico anteriormente

como una herramienta de la Historia por segmentar y bloquear otros tipos de fuentes testimoniales para su construcción de conocimiento? Si, lo hicimos, pero la cronología será sólo un referente para analizar los motores y estadios discursivos que ha tenido la memoria del '68. Además, nunca podemos separarnos del tiempo y del espacio, sino, las páginas que están por venir serían una ficción literaria, sin compromiso ético con el *Otro*. Si pusimos atención, este será un ejercicio de mnemehistoria-cronológica.

Para cerrar esta breve introducción al apartado, habría que decir que en esta clase de conmemoraciones aflora la propaganda de todo tipo (panfletos, boletines, poemarios, etc.), la cual, para fines de nuestra intención, bautizaremos como documentos apócrifos. En uno de estos documentos hay un poema titulado Marcha de los Caídos que reza así:

Honraré a los caídos luchando
 Tlatelolco no fue su final
 Un gloriosos vivir tendrán cuando
 Construyamos una nueva sociedad.
 Abolir para siempre queremos
 Un sistema en el que la explotación
 Que de el hombre por el hombre se hace
 No respeta ya la humana condición.
 Honraré a los caídos luchando
 No conozco sus nombres y sé
 Que por nombre podrían darle a muchos
 El glorioso y bello nombre del "Che".
 Yo también me incorporo a las filas
 Del que lucha contra la opresión
 De lucha contra la injusticia
 De un sistema de ignominia y corrupción.
 Honraré a las caídos luchando
 Tlatelolco no fue su final
 Porque habrán de vivir en el triunfo
 Del que lucha por la nueva sociedad.
 Adelante, adelante marchemos
 Cada vez con cautela mayor

En la escuela, en el monte y el pueblo
Movimiento estudiantil contigo estoy.¹³²

Y, cuando la señora Rosalba, después de observar el excremento, se fijó en los nombres en la Placa, preguntó; *¿Qué significan estos nombres entonces?* Dejamos el costo de esta reflexión al portador...

3.1.- Eugenia Allier y William Kelly: dos periodizaciones del '68.

Para crear una cronología crítica haremos uso de dos escritos magníficos para entender el movimiento estudiantil como fenómeno atemporal e histórico. *“Presentes-pasados del '68 mexicano. Una historización de las memorias públicas del movimiento estudiantil, 1968-2007”* de Eugenia Allier, y *“Nothing has happened here: memory and the Tlatelolco massacre”* del canadiense William Kelly. El primero, un artículo sociológico que hace una radiografía por las plataformas discursivas que la memoria del '68 ha cruzado para consolidar su Historia; el otro, una tesis doctoral en filosofía que gracias a su punto de vista externo ofrece apuntes interesantes.

Los tiempos que ambos escritos manejan es muy similar, un año de diferencia en su delimitación. Tienen cortes definidos y van más allá de la exposición. Pero de los últimos 5 años nos encargaremos directamente nosotros, con el análisis del Memorial del '68, la película “Tlatelolco: verano del '68”, y claro, nuestro trabajo de campo en la cuadragésima quinta conmemoración. Empero, no santificamos totalmente estos escritos, son una guía valiosa, sí, pero desde nuestra perspectiva histórica queremos hacer nuestras propias aportaciones y correcciones, además de cotejarlos con otros documentos. (Además tanto el artículo de Allier como la tesis de Kelly observa bajo la lente de «memoria colectiva», y ese hilo interpretativo si lo explicamos bien, conlleva a una generalización indirecta que no le viene nada bien a nuestra perspectiva analítica.)

Por su aproximación multifocal al sujeto de estudio, Kelly parte de los imaginarios de identidad revolucionarias político-históricas en las consciencias mexicanas. Esto se nombró previamente; la Colonia, la Independencia, y la Revolución Mexicana. Ya que la herencia política de la Revolución fue la Constitución de 1917, el arquetipo máximo de

¹³² Reyes, *Marcha de los caídos*. Anexo #1

cohesión social proveniente desde el Estado y que perpetuaba al partido político nacido de ella en el poder, Kelly inicia por contextualizar a nivel global el levantamiento de los estudiantes en 1968 desde una opinión de carácter político. La diferencia entre Praga y Francia con el movimiento mexicano, dice Kelly, era que los estudiantes mexicanos “*abocaban por reformas universitarias y sociales, y demandaban que el gobierno respetara la historia y la narrativa nacional, siguiendo los lineamientos de la Constitución de 1917*”.¹³³

Este comentario más que inteligente es pilar en el escrito del canadiense, ya que es el punto de partida, que podemos decir compartirá con Allier, desde donde la crítica a la construcción memorial del movimiento estudiantil se hará. Kelly manejará la sobrevivencia de la memoria del '68 como una lucha argumentativa política, no tanto así como una lucha memorial traumática, ya que para él el trauma – aunque no lo escriba explícitamente – viene de los avatares discursivos que este corpus memorial tendrá para lograr legitimación y reconocimiento del Estado. Y nos lo dice al comentar que lo que a él le preocupa son las representaciones performativas del suceso y la inclusión de las mismas en las letanías de denuncia social que han permeado a México en las últimas cuatro décadas: “*Durante el curso de la tarde y noche del 2 de octubre, Díaz Ordaz mató el movimiento estudiantil. Eso es indisputable. Lo que es cuestionable es el lugar de la masacre en la historia de México y en su memoria colectiva. Que la masacre sucedió no es cuestionado; cómo debería ser recordada si.*”¹³⁴

El 1 de septiembre de 1969, en su informe presidencial, Gustavo Díaz Ordaz se atribuía toda la “*responsabilidad personal, ética, social, jurídica, política e histórica de las decisiones del gobierno en relación con los sucesos del año pasado*”. Claro que, hemos supuesto durante años, que se refería a lo ocurrido principalmente en Tlatelolco y al uso de la fuerza jurídica y militar durante las nueve semanas previas a la matanza. Kelly así señala a su primer sujeto en cuestión, ya sea señalándolo únicamente a él, o la fuerza política que representaba, y que será el mayor impedimento para que el acontecimiento violento logre respetabilidad social.

¹³³ Kelly, *Op. Cit.* pp. 6

¹³⁴ *Idem.*, pp. 13

Después comenta sobre el lugar de la masacre en la historia y el imaginario colectivo nacional. La crítica al concepto de memoria colectiva ya lo hicimos y no seremos cacofónicos. Pero es precisamente esa crítica la que nos permite observar en el escrito de Kelly que su interés, o inquietud, va más enfocado al aspecto performativo-político de dos bandos contrarios en la herencia memorial del '68, que sus repercusiones post y desmemoriales, ni digamos traumáticas y heredadas. La última línea de su cita es muy interesante, hasta apantallante, pero nos gustaría cambiar o mejorar, para fines benéficos de nuestro análisis, el "*cómo debería ser recordado*" por ¿por qué se ha vuelto así su rememoración y cuál es el equilibrio entre memoria y olvido en el que actualmente navega el recuerdo de ese episodio?

Al cierre de su introducción Kelly ofrece el dulce, es decir, define los dos polos "culpables" del mal-recordar del 2 de Octubre; los sobrevivientes (obviamente sin incluir a la gente que vivía en Tlatelolco), y los negacionistas, o los agentes priistas que coaptaban territorio en todas partes y que negaban no la gravedad de la matanza, sino que argumentaban que tal acción fue necesaria y correcta ya que fueron los estudiantes congregados en Tlatelolco los que iniciaron el tiroteo.¹³⁵ Kelly opina que la historiografía tradicional del 2 de octubre reflexiona sobre cómo "cosas buenas" siguieron a un acto atroz; el despertar de la juventud a la política, la apertura democrática de Luis Echeverría en los setentas, una nueva revolución social, etc. Pero es un análisis historiográfico estancado, que "*empalma una carga positiva, imponiendo su noción de "qué debió de suceder", en lugar de "qué fue lo que sucedió"*".¹³⁶

Kelly observa un tipo de monopolización de la memoria llevada a cabo principalmente por el primer bando (los sobrevivientes), que, en un argumento que iremos deconstruyendo aquí, coloca en el mismo nivel de una "tarea "memorística" con los agentes de la versión oficial: comenta que el ala intelectual ha regresado a las faldas del PRI, o de la metodología de la historia oficial, porque no pudo comprobar que la matanza es la cuarta coyuntura de conciencia en la historia mexicana. Los intelectuales no hacen uso adecuado de las nuevas evidencias, para corroborar la importancia e impacto del hecho. Se siguen

¹³⁵ Argumento maquiavélico, ya que daba a entender que la matanza estuvo bien y, por cuestiones que quizá escapen de nuestro propio escrito, plantea el problema de la respuesta nula o la aprobación de la matanza por parte de la sociedad capitalina/nacional. Ese trauma o peso de responsabilidad se asemeja un poco a la herencia "maldita" dejada por los nazis con el pueblo alemán, y debería ser estudiada.

¹³⁶ *Idem.*, pp. 17

apoyando sobre las mismas memorias, los mismos enojos, las mismas anécdotas e historias del 2 de octubre. En resumen, tanto intelectuales como elementos del PRI –historia oficial–, quieren que su versión prevalezca.¹³⁷

La palabra trauma no aparece en ningún momento dentro de la tesis de Kelly, obvia las disputas memoriales como meras luchas político-discursivas, sin prestar atención a las muestras de repetición e interpretación traumáticas que permean las rememoraciones del 2 de Octubre. Para él, el uso y abuso de este discurso es irradiado desde una disputa ontológica de otro orden, y si se da una utilización discursiva del '68 para soportar otras situaciones sociales, es por errores de juicio e intencionalidades políticamente razonadas por parte de los sobrevivientes directos, es decir, una irresponsabilidad de orden histórico en la forma de heredar la memoria de agravio.

Así, parece que las practicas traumáticas que rodean el aura rememorativa del '68 pueden ser juzgadas desde un orden moral-patriarcal, donde los desmanes provocados cada 2 de Octubre son producto de una falta de atención, o peor aún, rendición por parte de los apóstoles del '68 por transmitir de manera “útil” el mensaje o contenido social contestatario del movimiento estudiantil. Si llega a haber “ignorancia” por parte de las generaciones actuales en su evocación histórica del hecho –Kelly parece indicar- es a razón de una simbiosis interpretativa entre los sobrevivientes y los negacionistas donde, por poder de los últimos, los primeros han encapsulado para sí mismos el hecho y su importancia, sus referencias y parámetros de construcción memorial. Esto Kelly parece no observarlo como un síntoma traumático; pareciera que los sobrevivientes hubieran grupal e internamente cerrado ya el duelo y puesto sobre la mesa qué hacer, políticamente, con el agravio que tenían en las manos, con el “poder” maldito de ser víctimas y sobrevivientes de una matanza.

Decimos esto porque los retrata como negacionistas amateur, cuya ontología es muy similar a la del PRI en su necesidad de correspondencia con el discurso nacional emanado de la Revolución Mexicana. Comenta que los mexicanos son un grupo que no saben dónde colocar la masacre en su narrativa revolucionaria. De esta disyuntiva se dividen dos grupos con su respectivas opiniones: el PRI que usó su poder sobre los medios masivos para desvirtuar y minimizar el hecho. Y los intelectuales que publican libros, películas, obras

¹³⁷ *Idem.*, pp. 18

teatrales, poemas y hasta sitios de internet para remarcar que este es un punto de ruptura en la historia mexicana. Así, el problema en común, y que al parecer les daría poder sobre la memoria histórica del hecho y casi todo el siglo pasado en México, es su devoción a la narrativa revolucionaria. El público en general, el PRI y los intelectuales no quieren criticar el lenguaje y discurso revolucionario, porque eso pondría en entre dicho todo lo dejado por la revolución, estos grupos “*parecen indispuestos a ser autocríticos y auto analíticos.*”¹³⁸

Repetimos, esto en ningún momento es pensado como un escenario donde repeticiones e interpretaciones traumáticas tengan mucho que ver. Y ya que él maneja conceptos o apreciaciones históricas, tampoco abre la discusión sobre la omisión que ésta ciencia humanística ha tenido para estudiar el hecho no como un episodio más del pasado, sino como un hecho histórico.

Ahora bien, parecería que iniciamos con el pie izquierdo nuestra conversación con Kelly; pero en realidad no es así, ya que una de nuestras intenciones es profundizar o extender puntos de vista que de alguna manera también nos han traído hasta aquí. Concordamos enteramente con su distinción entre «lo que debió de pasar», con «lo que verdaderamente pasó», esto, obviamente, no en harás de una verdad científica y objetiva del acontecimiento, sino como un zoom crítico del hecho para abrir las fronteras y entender mejor a los personajes. Al hacer esto pudimos llegar a preguntarnos qué pasó con las personas que vivían en Tlatelolco y cuál, memorialmente hablando, debe ser su lugar en el paisaje del acontecimiento.

En el caso de Eugenia Allier la pregunta que abre la discusión tiene que ver con formas de rememoración y utilización de la memoria como legitimadora de identidades grupales. Ya que el recuerdo doloso del 68 yace y se ha vuelto un tropo de represión gubernamental, ha ocupado un lugar privilegiado en la fabricación de discursos contra el estado social y político de las cosas en México. Y porque en este caso, donde sociedad y un evento de las características de la masacre conviven e interactúan, lo público serán aquellas representaciones que sucedan en los *lugares comunes*, es decir el Zócalo, el Casco de Santo Tomas, la antigua prepa de San Idelfonso, la UNAM y el IPN, Tlatelolco, la Plaza de las Tres Culturas, etc.

¹³⁸ *Idem.*, pp. 14-5

“¿Quién, qué, cómo y en qué momentos se ha recordado?, ¿qué significados se le han otorgado?, ¿qué simboliza para la sociedad mexicana el movimiento estudiantil?” La autora indirectamente define así el conjunto de herencia memorial del 68. Porque esta memoria es interpretada en actos públicos tiene ciertas características: son ejercidos en forma de declaraciones, ya sea frente a un grupo de gente o por medio de la prensa escrita, conmemoraciones abiertas o, lo que es lo mismo, actos de rememoraciones movibles, y ceremonias que tienen como plataforma, por ejemplo, la Plaza de las Tres Culturas.

Después estas los *new comers*, es decir las nuevas generaciones que son presentadas a este pasado (eso si, un pasado no nacional o autorizado por el Estado, sino rememorado en los formas ya mencionadas.) Y por último las disputas de memoria, en este caso, las reminiscencias del duelo entre el PRI por borrar o disminuir lo ocurrido vs la versión de los sobrevivientes directos. Tras esto Allier presenta su definición de «memoria colectiva» dentro de un escenario de disputa por el pasado; el movimiento estudiantil y el 2 de Octubre permanecen herméticos en un tiempo y lugar como un bien-propiedad de un solo grupo: lo que se debe problematizar históricamente son las ondas de choque que causan los reúsos de un solo tipo de memoria. Porque “no se trata de una, sino de múltiples memorias; no es «la sociedad» la que recuerda sino sus distintos grupos.”¹³⁹

Sin querer decir quién es más o quién es menos, la perspectiva de Allier se asemeja más a nuestro marco interpretativo, aunque siga cayendo en la idea de que una memoria trans-generacional pueda ser colectiva en lugar de compartida (o heredada.)

La autora divide estas formas de percepción del recuerdo en seis conjuntos memoriales: 1968, o la inmediatez tanto del movimiento social encabezado por jóvenes universitarios como la masacre; el primer intento de denuncia “tímida” 1969-1977; la denuncia ya impulsada por su primer motor de memoria (sobre este término regresaremos en corto), 1978-1985; la lectura del movimiento estudiantil como donador en la procreación de la democracia en México 1986-1992; los primeros juicios y castigos públicos 1993-1999; la problematización de una posible oficialización de la memoria publica 2000-2006.

Los «motores de memoria» son aquellas plataformas que al hacer uso del recuerdo reinterpretado por una conmemoración proveen de nuevas visiones y significados al movimiento estudiantil, proponiendo proyectos, ideas y expresiones. Un motor de memoria

¹³⁹ Allier, *Op. Cit.* pp. 289-90

se constituye por circunstancias y contextos específicos, donde depende del agente que lance el reclamo o el elogio del recuerdo estudiantil, la intencionalidad y el receptor, además de los soportes que use, por ejemplo la vía de comunicación y sus herramientas didácticas, u otros personajes involucrados o “patrocinadores”.

Cabe destacar que la autora utiliza la prensa escrita, esa es su plataforma, su maquina de memoria, para soportar su trabajo. ¿Por qué los periódicos? En la prensa con gran circulación nacional se pueden observar los cambio de matices en las palabras y el orden de importancia que se le da a una nota periodística. Como iremos viendo, la prensa representa un punto donde convergen personajes y situaciones, que potencializan las plataformas de despegue hacia un establecimiento de concordia indirecta entre las dos memorias en disputa por el recuerdo del '68, es decir el gubernamental y el de los sobrevivientes. De esta operación pública iremos desmenuzando aspectos teóricos importantes para el gran marco que pretendemos vislumbrar.

3.1.1.- Radio 1, 2, 3: sombras de Octubre (1969-1985).

El primer corte periódico es la inmediatez; la matanza en la Plaza de las Tres Culturas condiciona la primer forma de recepción, la “represión y la sangre”. Esto se suma a la famosa conjura internacional que utilizaba a los estudiantil para boicotear los XIX Juegos Olímpicos. En su pequeño resumen Allier reflexiona el detonante del movimiento como primer matiz de la posterior rememoración: la provocación y represión gubernamental. Partiendo del Pliego Petitorio, “la cristalización” del aparato violento del Estado se hizo ver como la incapacidad del gobierno por lidiar con problemas sociales, y más viniendo de un sector antes ignorado por el organigrama social.

El zarpazo que representó el 2 de Octubre, lo que convirtió por un momento al movimiento en tragedia, es la falta de esclarecimiento de la cantidad de muertos y los nombres de éstos, el deslinde de responsabilidades y el efecto amnésico que significaron las Olimpiadas. Ciertamente *“son estas cifras imposibles de clarificar y de dar por definitivas, lo que han hecho que el 68, y en particular el 2 de Octubre, se relacionen con la represión, la no-clarificación del pasado y la impunidad”*, comunes denominadores en la vida nacional.¹⁴⁰ Nosotros le llamaríamos, un elemento de dolor en el recuerdo traumático, la

¹⁴⁰ *Idem.*, pp. 293

ruptura psíquica que cualquier occidental tendría por no poder acceder físicamente a un lugar de duelo, una sepultura, un lugar más sólido para exigir justicia.

En esta fase inmediata el recuerdo fresco del movimiento se vio trastocada por la matanza de estudiantes, la configuración utópica que venía desplegando el levantamiento juvenil cobró tintes de enojo, ira y frustración dejando de lado el entusiasmo y poder discursivo del que se había disfrutado en los meses de agosto y septiembre. Si bien es cierto que durante esos meses la represión y desprestigio fue subiendo de tono, el movimiento precedido por el Consejo Nacional de Huelga nunca se había rendido ante el ente patriarcal. La huelga se levantó a principios de diciembre, pero desde el 2 de octubre el movimiento estaba en estado de coma.

Los relatos inmediatos fueron cuajándose en una memoria clandestina, perseguida, sustentada por la experiencia de sus sobrevivientes. Tras la *decapitación de la inocencia mexicana*, los antes militantes tenían una “preocupación por dejar constancia de la gesta y de su participación, construyendo una memoria colectiva sobre su pasado inmediato. [...] Desde los primeros relatos, los protagonistas encontraron en la represión y la masacre los elementos sustanciales del recuerdo.”¹⁴¹ La experiencia fue de vida, y demandó un gran paso para el sustento de su identidad. Como lo señala Dominick LaCapra, “lo que denominamos experiencia suele ser el recuerdo de la experiencia. [...] Parte de la experiencia de un grupo está ligada con la manera en que ese grupo se relaciona con su pasado en tanto éste influye sobre su presente y su futuro”.¹⁴²

La memoria dolosa, porque de esa manera concluyó, del movimiento estudiantil arrancó como un cumulo de experiencias de vida donde la represión, la no-clarificación del pasado y la impunidad constituyeron su primer motor narrativo y como veremos, su molde. Como agregado, diremos que juega muy dentro de los círculos estudiantiles que sobrevivieron y que regresaron a clases en diciembre de '68, la existencia del documental “El Grito” de Leobardo López. Aunque su exhibición a gran escala sucedió mucho después, este documento visual jugará un rol muy importante en las formas de repetición y elogio del movimiento. A pesar que hoy en día el filme ocupa un lugar alto en la mitología del '68, pocos saben que López se suicidó pocos años después del movimiento.

¹⁴¹ Luna, *Op. Cit.* pp. 119 Este modelo retrata los primeros escritos de los sobrevivientes e involucrados directamente con el movimiento. Desde *La Noche de Tlatelolco*, *Los Días y los Años*, etc.

¹⁴² LaCapra, *Op. Cit.* pp. 96-7

La segunda periodización es el primer intento, “tímido”, de denuncia. En este periodo que Allier marca de 1969 a 1977 parecería que el movimiento se reacomodó en sus cenizas e impulsa cambios en el paisaje político-social del país. El Partido Comunista Mexicano pierde fuerza como agente político público, y opta por la clandestinidad. La herencia discursiva Revolucionaria pierde credibilidad por lo sucedido en Tlatelolco, rompiendo su eterna promesa de justicia, paz y equidad social; el paso de varios sectores juveniles a las guerrillas urbanas, y la cooptación de varios de los integrantes del movimiento designan los puestos y las esquinas respectivas de una lucha entre memorias.

Durante 1968 y 1970 la prensa comienza a abordar el tema de las conmemoraciones anuales, que ocurren solamente en universidades públicas, la mayoría en la capital y cada 2 de noviembre en la Plaza de las Tres Culturas (esto obviamente para conmemorar el Día de Muertos.) La famosa consigna “no se olvida” aparece en el diario *El Día* del 2 de octubre del 69, culminando en “¡2 de octubre, no se olvida!” 8 años después, en 1977. Es interesante aquí la lectura de Allier, denotando la redacción que la prensa le da al recuerdo; palabras como “masacre”, “crimen”, “matanza” o “tragedia” son supuestos, porque están en comillas. Podemos leer esto como una interpretación discursiva pausada, inocente por la prensa, que cubre la noticia pero sigue bajo el yugo del Estado, así que tiene que presentar las conmemoraciones con un poco de depreciación por parte de sus emisores.¹⁴³

Es al final de este corte donde se marca la primer gran maduración de la memoria del 68; «memoria de denuncia de la represión», es decir una memoria filtrada por un reclamo en conjunto de solamente el episodio en Tlatelolco. La denuncia consistía en que “*la herida que se creó en el pasado continua abierta –y para legitimarla se requiere–, el debate en la arena publica.*”¹⁴⁴ Si bien los sobrevivientes directos fueron perseguidos por el Estado, los intelectuales que apoyaron al movimiento tenían un poco más de movilidad. Daniel Luna observa que inmediatamente después del fin de los sesentas la lucha por el recuerdo del 68 se da por medio de símbolos.

Un ejemplo de lo anterior lo podemos observar en un ejemplar de la revista *por qué?* En el cuarto aniversario de la matanza Juan Valjean (presumiblemente partícipe del movimiento estudiantil), redacta un artículo llamado “*No un minuto de silencio...*”. A tan

¹⁴³ Allier, *Op. Cit.* pp. 295-6

¹⁴⁴ *Idem.*, pp. 296

poco tiempo de lo ocurrido aún no existe una generación a la cuál heredarle el enojo social que la masacre desencadenó, ni mucho menos el trauma que germina dentro de la incertidumbre.

“Lo ocurrido la tarde del miércoles Dos de Octubre de 1968 –inicia escribiendo– ha quedado grabado para siempre en la mente de muchos mexicanos.” Lo anterior establece una consciencia sobre un hecho ocurrido en un contexto social y temporal, que de alguna forma se ha imprimido en la memoria compartida de un grupo, sin importar la cantidad que lo forme. Pero ser consciente de este episodio del pasado no se limita a la reminiscencia de recordarlo; *“La gente del pueblo y estudiantes asesinados esa tarde hacen que no sea posible olvidar ese hecho”*¹⁴⁵. Aquí se denota el sentido de responsabilidad por conmemorar de alguna manera la tragedia, acto que contará con dos de los sectores que en un futuro navegarán sobre ondas de choque; el pueblo y los universitarios.

El revisionismo que ve en el 68 el nacimiento de una consciencia cívica-social-crítica hacia el orden establecido inicia con el mismo espíritu conmemorativo de sus contemporáneos: *“Después del tradicional desfile militar del 16 de septiembre, [...] es inevitable recordar que, precisamente esas armas en manos de los ‘humildes juanes’ vomitaron fuego y muerte en Tlatelolco [...]”* El mismo autor reconoce una ruptura del tiempo en su tiempo, definiendo un antes y un después de Tlatelolco. Sobre el antes comentan que *“eran más amplios los sectores del pueblo donde el gobierno podría crear ilusiones, donde podía hacerse pasar por ‘amigo’ y [mediar] con su gastada y arcaica demagogia.”*¹⁴⁶ El después sí es un despertar de consciencia, pero leve y limitado a cuestionarse el discurso gubernamental. Cataloga casi de cortina de humo la apertura democrática iniciada por Luis Echeverría, pero esto lleva al texto a un nivel superior, desde donde su posición subordinada observa y critica el devenir político.

El nivel de responsabilidad sobre la consciencia que se tiene del hecho varía dependiendo de quién recuerde y conmemore. Estando al tanto del contexto político que causó y maneja la herencia del 2 de Octubre, el autor plantea una forma de tributo a los caídos, que no debe ser, escribe, *“un acto sacramental en el que religiosamente recordamos”*, no importa si las conmemoraciones previas fueron, y lo serán en el futuro,

¹⁴⁵ Revista *por qué?*, p. 9

¹⁴⁶ *Idem*

“actos [donde] se respira un ambiente en el que se repudia al gobierno y se lanzan maldiciones en su contra”, ya que la generación que sobrevivió al 68 no conmemorara con un minuto de silencio, sino con toda una vida de lucha.¹⁴⁷

Fuera porque el 68 se volvió un hecho de historia política y social, la idea que vive dentro del autor reconoce que rendirle tributo a los muertos no puede ser sólo un día en específico, todos los 2 de Octubre, sino que responder a la táctica política gubernamental con una táctica política social, convirtiendo a la conmemoración en una responsabilidad adquirida por cada sobreviviente, o sea, cada persona que le debe algo, difícil saber qué, a cada estudiante balaceado en Tlatelolco.

El concepto de deuda que presentamos con Paul Ricœur no se limita a los sobrevivientes con sus no-sobrevivientes, sino también con las causas ideológicas y discursivas que murieron gracias al hecho violento. Es sus momentos cumbre el movimiento estudiantil planteaba la renovación de la sociedad por medio de una toma total de consciencia sobre los problemas y desigualdades que imperaban a causa del priismo. Esta “palabra nueva” vio su final en la Plaza de las Tres Culturas, pero los sobrevivientes, que se vuelven en responsables por esparcir lo que quedó de la palabra, modifican su discurso, moldeado por el miedo de otra masacre o simplemente porque la lección dada por el gobierno se aprendió. Esto da pie a dos procesos sociales que se heredarán; primero el duelo es negado como forma de lidiar con lo tangible e intangiblemente perdido y desaparecido. Segundo, el enojo evolucionado en trauma será bandera discursiva y activa de futuros grupos que chocarán contra la sociedad que inocentemente no los entenderá.

Para los sobrevivientes del movimiento estudiantil esto se convirtió en su referente máximo de vida (de pasado), toda su existencia gira alrededor de su participación y los recuerdos que en ellos se generó. Pedirle a un sobreviviente que se deslinde totalmente de su axis iría en contra de toda la reflexión que hicimos sobre el papel del pasado como constructora de identidad y cosmogonía humana.

Las líneas finales de este artículo son una invitación a hacer historia, a que la generación de “conmemoristas” se vean en la historia porque en sus manos está el poder de dar a conocer lo que quedó del ‘68, es decir, el despertar y accionar total de la sociedad para que se unan a una revolución que aparentemente no se truncó el 2 de Octubre, sino que

¹⁴⁷ *Idem*

tomó otro rumbo: *“Los marines del Dos de Octubre han regado su sangre para ahogar a los verdugos. [...] pues la rueda [que mueve a la historia] es incontenible y arrollará a todos los enemigos del pueblo. La victoria está asegurada, la revolución es inevitable, avancemos hasta el final.”*¹⁴⁸

Habría que tomar también en cuenta *Días de Guardar*, libro del mejor catador de emociones y sentimientos de la capital mexicana, Carlos Monsiváis. Quizá porque en ese momento Monsiváis ya contaba con un reconocimiento y lugar público, y su hábito por tener una mirada de 360° le permitió a dos años de lo acontecido escribir un largo ensayo donde ya periodiza no solamente el movimiento estudiantil en sus días y sus noches, sino también otros escenarios que hasta en la actualidad no han sido estudiados, y que ayudarían a pensar históricamente el '68 mexicano.

Por ejemplo el episodio del 8 de septiembre donde en la Plaza de Toros el MURO (Movimiento Universitario de Regeneración Orientada), lleva a cabo un mitin en respuesta al desagravio de la bandera en el Zócalo ocurrido el 28 de agosto. En tono irónico Monsiváis reseña: *“Lo que dicen que estuvo increíble fue el desagravio de la bandera que organizo un grupo de derecha con el pretexto de la profanación de Catedral. Rentaron camiones que partían de la Basílica, avisaron en las iglesias, organizaron sus huestes y no fue nadie. Todo el tiempo gritaban: ¡San Baltazar contra los traidores!”*¹⁴⁹

También integra, por correspondencia a los muertos o sentido histórico, el valor ontológico que la matanza de Tlatelolco ya anuncia con el futuro:

Dos de noviembre de 1968: la recuperación litúrgica de la fecha. En la Ciudad de México el drama y el patetismo de lo irremediable se representan, no en el Panteón de Dolores, sino en un espacio insólito. Tlatelolco es el lugar del retorno. Desde muy temprano, ante la inextricable y vigilante reserva de los granaderos y la policía, la Plaza de las Tres Culturas se va poblando con los vecinos del lugar y los amigos y los familiares de los desaparecidos un mes antes. Allí fue: todos los saben y algunos lo repiten como una hipótesis, quizás para aminorar el estupor, tal vez para convencerse a sí mismos de que no ha sido

¹⁴⁸ *Idem*, p. 10

¹⁴⁹ Monsiváis, *Op. Cit.* pp. 266

cierto, de que la pesadilla es un vacío resplandeciente. Hace un mes, hubo un mitin en Tlatelolco.¹⁵⁰

[...] A lo largo y la ancho de la trágica superficie se van formando con flores letras de la victoria, letras pequeñas y grandes que homologan causa y sacrificio, decisión y martirio. Los letreros (“No los olvidaremos”, “La Historia los juzgará”), y los rezos y las veladoras y los llantos y la concentración y la tensión y la gravedad de los asistentes urden un vaticinio, un rito intenso de soledad que ni los escudos pueden proteger. En Tlatelolco, sin interpretaciones ontológicas, sin intervenciones del folklore, sin tipicidad ni son et lumièrere, la obsesión mexicana por la muerte anuncia su carácter exhausto, impuesto, inauténtico. La Historia condena las tesis literarias y románticas y en Tlatelolco se inicia la nueva, abismal etapa de las relaciones entre un pueblo y su sentido de la finitud.¹⁵¹

De manera indirecta Monsiváis siente que lo ocurrido ese mes antes tendrá un complicado trabajo de parto, será difícil su integración no solo para los que estuvieron ahí y que tendrán una correspondencia con los muertos, sino también con la telaraña compleja y obstaculizante que es en sí el tiempo histórico, para que el recuerdo del 2 de Octubre sea abordado con todo y sus emociones y sentimientos, subjetividades y distintos rostros. Pero también es crítico y reflexivo sobre momentos fugaces que probablemente tuvieron un accionar delicado en la forma en cómo terminaron las cosas. Él observa un “error” por parte de los manifestantes durante la toma del Zócalo el 27 de agosto. Quizá desorganización, soberbia, o pecado acaecido por la emoción comunal del momento, la arrogancia de los estudiantes esa noche y madrugada encendió la mecha asesina del gobierno.¹⁵²

Para retomar nuestro camino, Daniel Luna, un historiador contemporáneo crítico del movimiento estudiantil, observa otro matiz en la disputa memorial que tuvo lugar en este periodo. El PRI votó por aparentar la calma y el equilibrio, la libertad y progreso de México; mientras que los intelectuales se hicieron de los lugares míticos del movimiento, sus consignas y propuestas civiles. Así *“los militantes del 68 se enfrascaron en un combate intelectual y simbólico contra el gobierno para ganar la interpretación histórico-*

¹⁵⁰ *Idem.*, pp. 300

¹⁵¹ *Idem.*, pp. 304

¹⁵² *Idem.*, pp. 262

simbólica”, donde la rememoración de denuncia contra la represión dio las primeras representaciones memoriales (testimoniales, libros, revistas, poesía, canciones, obras teatrales, crónicas, ensayos, películas), que fueron conformando la primer plataforma interpretativa-discursiva del 68. Emocionalmente es combativa, trágica y de lucha, pero sobre todo es grupal; porque esas “narraciones han conformado un discurso en el que la lucha del 68 se interpreta como una gesta por alcanzar las «libertades democráticas»”.¹⁵³

Si la lectura de Kelly es correcta o tiene puntos a favor, eso lo podemos comenzar a analizar en el tercer periodo de Allier, 1978-1985, posiblemente el momento de despegue memorial. La Reforma Política de 1977 impulsado por José L. López Portillo le daba reconocimiento constitucional a los partidos políticos de “interés público”, aunada también la Reforma a la Legislación Electoral. Con esto el Partido Comunista salió de la ilegalidad. Gracias a esta oportunidad, es a partir de 1978 que las consignas políticas se unen al recuerdo de denuncia cada 2 de Octubre en las calles de la capital, llevando la antes rememoración clandestina al escenario público. Se da una mayor confluencia de agentes políticos y sociales, grupos y organizaciones que por medio del discurso se convierten en “los herederos” de la “lucha democrática del 68”.¹⁵⁴

Daniel Luna ve en esta primera apertura pública del recuerdo de denuncia una operación que va desde la rebelión contra la autoridad (elemento narrativo de los días gloriosos del movimiento), más el abuso por parte del Estado (desde la represión a levantamientos sociales a finales de los cincuenta y mediados de los sesentas, el 2 de Octubre y la Guerra Sucia), con las nuevas demandas que gracias a la apertura democrática tuvieron cabida, esto da como resultado una politización discursiva de la memoria del 68.

Puede sonar caprichoso, pero hay que identificar el contexto en que esta rendija se abre para que el recuerdo doloso y la memoria de denuncia encuentren su primer plataforma pública de exhibición, o mejor dicho, su primer espacio de legitimación. El impulso lo trae desde los escritos elaborados por militantes, que “*son descriptivos y en ellos es evidente el interés en divulgar el recuerdo del movimiento, en vencer la*

¹⁵³ Luna, *Op., Cit.*, pp. 126-7

¹⁵⁴ Allier, *Op., Cit.*, pp. 297. Entre las organizaciones se encuentran: el Partido Mexicano de Trabajadores, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, el Comité 68 Pro Libertades Democráticas, el Comité Pro Defensa de Presos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Políticos, el Frente Nacional Contra la Represión y, marca Allier, 54 organización mas.

interpretación del Estado con argumentos y en convertir la memoria del verano de 1968 en un arma propicia para la reflexión y la praxis política.”¹⁵⁵

En la prensa (*Excélsior* y *El Día*, fuentes hemerográficas que Allier utiliza), del 3 de octubre de 1978 ya no aparecen las comillas en los términos trágicos que componen la rememoración escrita-pública de la masacre, lo que la legitima en cierta medida en el escenario social. “*La [décima] conmemoración unificó a la izquierda y ésta pudo hacer un balance de lucha, [...] ensalzando los ideales del socialismo y se exhortó a la acción política colectiva para alcanzar una sociedad más justa y democrática*”,¹⁵⁶ por supuesto, haciendo uso de la memoria ahora a través de un discurso para sustentar sus intenciones y causas políticas.

3.1.2.- Radios 4, 5, 6: ¡Tlatelolco, Tlatelolco! (1986-2006).

El siguiente corte que hace Eugenia Allier va de 1986 a 1992. Es una fase simbólica y trans-generacional. Si antes hubo una “cristalización de la represión”, gracias al patrocinio de la izquierda, la memoria del 68 pasa a ser una “lucha por la democracia”. La respuesta civil después del terremoto de septiembre del ‘85, un nuevo movimiento estudiantil reformista en la UNAM durante 1986-87 y el fraude electoral del ‘88 sirvieron como alicientes en la construcción discursiva de la izquierda, que ya venía trabajando con la memoria del ‘68 a cuestas. Analógicamente, el sismo sacude a la ontología de Tlatelolco, por ser una de las zonas más afectadas y por lo que sería, según Carlos Monsiváis, el referente episódico por el cual la población del Distrito Federal se organizaría para curar la ciudad: la sociedad civil.

Dice Monsiváis que la falta de respuesta por el gobierno de Miguel de la Madrid despertó a la ciudadanía de un letargo, haciéndola participe en las operaciones de ayuda y rescate, donación de vivires y atención a los heridos. Había “*llegado el tiempo de la sociedad civil y el término sintetiza el hartazgo ante las grandes torpezas y corruptelas de los gobernantes, y también anuncia el fin de los espectadores pasivos.*” El nivel de organización y poder de convocatoria en un momento de apremio recordó “*el espíritu del 68*” ya que los pobladores de la capital actuaron como un “*cogobierno cuya parte civil de*

¹⁵⁵ Luna, *Op., Cit.*, pp. 130

¹⁵⁶ *Idem.*, pp. 133

apresta a salvar vidas y restaurar o instaurar el orden urbano.” De la Madrid actuó como un pistolero que a punto de ser abatido encuentra una bala milagrosa extra, y sentencia “*La sociedad civil es parte del Estado*”, lo que le provee a la memoria del 68, ahora pasada por el impulso del sismo, un reforzamiento en sus experiencias y lecciones.¹⁵⁷

Como dato curiosos, el 1986 la Secretaria de Educación Pública decide incluir *Los Días y Los Años* de Luis González de Alba dentro de su colección *Lecturas Mexicanas*. Los símbolos se solidifican, con una portada con un fondo rojo, una mano haciendo la V, lo que marcar la paulatina victoria del aparato discursivo de los sobrevivientes sobre la versión del Estado.¹⁵⁸ En el final de la década de los ochentas van apareciendo escenarios clandestinos donde la lucha por recordar el movimiento estudiantil y el 2 de Octubre ya llevaban tiempo efectuándose. El teatro representó una plataforma con varias herramientas didácticas; por una parte podía estar oculta del ojo gubernamental, y por otra, porque es su característica nata, tiene la capacidad de ser inteligentemente subliminal.

Ya en 1970, *Octubre terminó hace mucho tiempo* de Pilar Campesino, y *Círculo vicioso* (1974) de José Agustín habían sido prohibidas por su contenido. ¿Y cuál era su contenido? En el discurso eran metáforas, yuxtaposiciones de la represión en la convivencia familiar “común” de la sociedad mexicana. *Conmemorantes* (1981) de Emilio Carbadillo presenta un escenario post-68, con una madre que anualmente va a la Plaza de las Tres Culturas para recordar tanto la matanza como el Día de Muertos. Aquí, el autor maneja estereotipos mexicanos como la «madre sufrida», las tradiciones y la familia como recipiente de memorias. Esto cambió con *Nomás que salgamos* (1988) de Gabriela Yncán, donde la representación de la represión es más explícita, y se comienzan a dar nombres de los artífices (Díaz Ordaz, Echeverría, Corona del Rosal, etc.)¹⁵⁹

Para W. Kelly el teatro representó un arma caliente en las manos de los sobrevivientes, ya que presentaba un sector social ignorado en su conmemoración; la población ajena al movimiento estudiantil. La enseñanza y relato de lo ocurrido se añejaba más en el teatro con los testimonios y las memorias de los sobrevivientes, donde no había cabida para su discurso festivo o individualizado, como portador de la verdad casi

¹⁵⁷ Monsiváis, “1968: la herencia...” pp. 22

¹⁵⁸ Luna, *Op., Cit.*, pp. 134

¹⁵⁹ Kelly, *Op., Cit.*, pp. 110-2

absoluta.¹⁶⁰ El teatro fue un medio mucho más didáctico socialmente hablando para promover una cultura de conmemoración de la masacre porque se alejaba de la imagen de los sobrevivientes o de los muertos, y presentaba consecuencias cotidianas tras esa ruptura social. (Si ya se nos olvidó, regresemos al inicio del capítulo 1 donde ya habíamos acudido a Eugenia Allier. De la misma forma habría que retomar el comentario hecho a Rojo Amanecer, casi al final del capítulo 2.)

El quinto periodo señalado por Allier va de 1993 a 1999, el juicio y castigo. Si bien la memoria había pasado ya por tres fases la denuncia sigue en pie porque la justicia no se ha aplicado a los responsables de la masacre. Va naciendo una necesidad por el “derecho a la verdad” y para eso el Comité Nacional 25 años del 68 (formado por ex líderes estudiantiles), se dispone a llegar a conclusiones muy generales basándose en bibliografía, registro hemerográfico, gráfico y testimonial. Al final del reporte se analizan 70 casos, identificando 40 muertos. La misma autora señala que esta investigación careció de mucha información, por la falta de acceso a archivos gubernamentales y militares.¹⁶¹ Esto pudo provocar que el contexto que ya presentaba espacio para juzgar se sustentara solamente en las denuncias que habían existido siempre, contra nombres e instituciones que dispararon en la Plaza de las Tres Culturas.¹⁶²

En una reflexión sesentaiochera muy posterior a Días de Guardar, Carlos Monsiváis comenta que la inclusión del episodio en los libros de texto gratuito de la SEP estuvo cerca de realizarse, pero la inconformidad de Ejército por ser nombrada dentro de la trama, hizo que los libros se reciclasen y se le pusiera un candado más al tema para cualquier priista, principalmente a Ernesto Zedillo que, al asesinato de Luis Donald Colosio, ocupó el lugar como candidato a la presidencia. Dice:

¹⁶⁰ *Idem.*, pp. 181-2

¹⁶¹ Allier, *Op., Cit.*, pp. 304-5. El Comité del 25 aniversario tenía como seudónimo entre sus militantes de Comisión de la Verdad.

¹⁶² Haciendo honor al nombre de la comisión que nombra Allier, Paco I. Taibo II enumera seis tareas de esclarecimiento de verdades para que sean hechos: 1) Esclarecimiento de las acusaciones contra el movimiento de haber sido producto de un complot o conspiración, 2) El origen y las motivaciones de las represiones de julio de 1968, 3) La génesis, desarrollo y responsabilidades de los acontecimientos del 2 de Octubre, 4) Esclarecimiento de las contradictorias informaciones sobre los muertos y heridos del movimiento del 68, 5) La validez de los procesos penales que se dieron como parte de la represión al movimiento del 68, 6) El deslinde final de responsabilidades respecto a los acontecimientos. “68”, pp. 125

Durante 71 años sin reposo, el régimen priista no corre riesgos. Entre otras cosas, la desinformación suele ser el recelo ante el cúmulo de experiencias. Se equipara el desgaste normal de las protestas con el olvido moral, y se incorpora a demasiados disidentes. [...] En un paisaje histórico muy complejo, el 68 continúa siendo relevante en grado sumo al exhibir a fondo el autoritarismo, al fundar la práctica de la democracia en el respecto a los derechos humanos y civiles, y al incorporar dramáticamente a una generación a las vivencias demoledoras de la nación.¹⁶³

William Kelly también le presta especial atención a la cuestión de los libros de texto gratuitos de la SEP. A pesar de su visión y lectura de la memoria sesentaiochera sin particularidades traumáticas, es atinado al decir que los intelectuales a pesar de “*publicar libros y artículos que mantenían a la masacre en el ojo público, ésta nunca llega a ser una parte del pasado*”.¹⁶⁴ Aquí, la división entre “lo que debió pasar” y “lo que en verdad pasó” se asienta, ora contexto político ora demarcación que hace el gobierno priista por ya no solo combatir la memoria del '68, sino por ignorarla y dejar que se desarrolle de manera, si lo podemos decir así, huérfana.

Esto lo decimos porque Kelly observa en el sexenio de Salinas de Gortari una re-escritura de la historia mexicana; ante las aperturas neo-liberales, el PRI merecía su posición histórica. Una semejanza de esta necesidad ontológica la podemos obtener de la obra recopilatoria y ensayística de Jorge Volpi que complementa la línea argumentativa de Kelly. En una práctica que asemeja a una metralleta que se debe recargar al final de cada sexenio, el PRI ratificaba su discurso histórico-político con un orden institucional bajo el fantasma de la Revolución Mexicana; el presidente cambiaba cada 6 años, por lo cual su poder estaba “contado”, pero cuando es él mismo quien designaba a su sucesor, se presenta el fenómeno de “transitoriedad permanente”, El mismo nombre del PRI nos lo dice; “*Revolucionario Institucional*”. La Revolución se transforma en instituciones para que “*siempre haya metas que cumplir, siempre haya problemas que resolver, siempre haya*

¹⁶³ Monsiváis, Carlos. “*El 68: la tradición de la resistencia.*” pp. 25

¹⁶⁴ Kelly, *Op. Cit.* pp. 116

demandas por atender”, ya que sin ésta concepción política-cíclica, el poder discursivo y social del partido reinante perdería su rasgo ontológico más valioso.¹⁶⁵

Ahora bien, las particularidades que envuelven a los libros de la SEP, y su carga de ontología priista radican en estos puntos: a) se renunciaba a hablar de estratificación social, explotación económica o lucha de clases: b) una devoción total a las prácticas políticas norteamericanas: c) una preocupación por la modernización como necesidad para el país. Y Monsiváis, citado por Kelly, ve esto como una falta más de respeto priista con la sociedad: *“El gobierno y los grupos de poder creen que lo que está en los libros de texto está en los corazones y mentes de la próxima generación. Por esa razón ellos intentan abolir cualquier subversión o pensamiento político incorrecto en los libros.”*¹⁶⁶

A veces es peculiar la forma que pueden tomar las relaciones dispares entre conceptos analíticos; Kelly cita a Monsiváis y parece no percatarse de la exhortación a pensar en un legado del pasado como materia de entendimiento histórico colectivo. Aunque su sujeto de estudio, como dijimos, son dos personajes en específico colocados opuestamente sobre un ring, olvida tomar en cuenta tanto a los espectadores presenciales de la pelea como los que la verán después en alguna repetición. Para el contexto temporal de este corte, finales de los ochentas principios de los noventas, ya existe una generación que ha heredado el trauma del '68, ya hacen preguntas que sus predecesores no están capacitados para responder porque ni las preguntas que ellos han hecho han sido contestadas. Como dijimos en el apartado teórico, así como los hábitos y costumbres positivas son entregadas a cada nueva generación, las negativas también se heredan en orden de mantener una línea identitaria y correlacional entre los grupos sociales.

La negativa del gobierno por incluir en la historia patria el episodio del '68 fue más una cachetada histórica para con la memoria de un grupo que ya se pensaba como sociedad civil. Fue, posiblemente, el aliciente necesario para que la memoria de denuncia se catapultara al elogio o, una simbiosis del recuerdo doloso. Nuevas voces se suman, tanto de contendientes como de herederos, conscientes o no. En la reflexión de este aniversario Paco I. Taibo II se pregunta ¿quién fue el verdadero heredero del 68?; bautiza al sindicalismo democrático de los setentas, la insurrección Cardenista de finales de los ochentas, las

¹⁶⁵ Volpi, Jorge. *“La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968.”*, pp. 31 Ver también Kelly, *Op. Cit.* pp. 119

¹⁶⁶ Kelly, *Op. Cit.* pp. 120-1

brigadas de ayuda del 85, la cooperativa Pascual, la apertura de crítica en la prensa escrita y hablada, la partición del PRI... *“Parece ser pues, que no sería justo que los veteranos del 68 reclamaran al movimiento como hijo único suyo”*¹⁶⁷. Y no lo es:

Escucho en un pasillo a un grupo de chavos argumentar que el 68 es cosa de otros, que ellos ni siquiera habían nacido. Me parece un argumento de analfabetas históricos. [...] La bronca es que parecen estarse creando versiones autorizadas, derechos de propiedad. El movimiento también tiene el derecho de las versiones de los herederos. [...] la misma frase: “El movimiento no le pertenece a nadie” y en la mayoría de los casos me queda la impresión de que quieren decir lo contrario. No en balde uno es experto en el doble lenguaje y reconoce en esas voces el susurro subterráneo de alguien que para sí está diciendo que el movimiento le pertenece.¹⁶⁸

Tal parece que Taibo es un disidente, un forajido que por no haber estado en Tlatelolco reclama un recuerdo de denuncia-elogio interno, dialogando con los mismos militantes sobrevivientes. Él está más atento a las nuevas generaciones, en su educación histórica si lo podemos llamar así.

En otro ángulo, existe un documento que nos parece totalmente necesario nombrar aquí. Se trata de un memorial, un recopilatorio de testimonios de personas ajenas a la disputa memorial analizada por Kelly y Allier. A través de una convocatoria hecha en el periódico La Jornada, Daniel Cazés invita a cualquier persona que de alguna u otra manera haya sido tocada por los acontecimientos devenidos durante el movimiento estudiantil; que saliendo de su trabajo allá presenciado la Marcha del Silencio; que al tomar el transporte público éste haya sido tomado por estudiantes; que al caminar por el Zócalo viera una persecución policial o un operativo relámpago por mercados y parques donde los estudiantes realizaban sus colectas e invitan al pueblo a unirse.

Las primeras líneas rezan:

¹⁶⁷ Taibo, *Op. Cit.* pp. 121-2

¹⁶⁸ *Idem.*, pp. 122-3

Imaginemos un encuentro de setenta personas reunidas para recordad. La más joven es una mujer de apenas treinta años; la mayor, una anciana de más de ochenta. Ambas, como la mitad de los presentes, estaban en Tlatelolco el 2 de Octubre. De los setenta, no son pocos lo que conocieron la prisión y la tortura, los que estuvieron entonces cerca de la muerte o de la desaparición de un ser querido, los que vivieron el miedo con intensidad y aún lo evocan.¹⁶⁹

El ejercicio de memoria que representa este libro es brutal; tiene, en primer lugar y de forma personal, presente el contexto emotivo que propicia una recopilación como esta, ya que después de la reforma universitaria en la UNAM en 1986 y la coyuntura política del '88 *“la amalgama [histórica va] enriqueciendo su simbología y sus múltiples semióticas, transformando al mito, haciendo variar el ritual con un añoso 2 de Octubre”*.¹⁷⁰ Esto corrobora totalmente el viraje de elogio marcado por Allier y, afortunadamente, no se detiene ahí. Además utiliza el verbo Imaginar, excelente recurso narrativo para acercar a alguien a escuchar y ser partícipe de algo.

Cuando habla sobre las personas cuyos testimonios componen el memorial, presenta una apertura histórica de verdad humanística; *“No pocos de los concurrentes leyeron a Elena Poniatowska y a Carlos Monsiváis, y, sin mencionarlos, tal vez sin darse cuenta, algunos parafrasean partes de lo que leyeron.”*¹⁷¹ La verificación en un orden estricto no existe en el memorial, no importa si se citan o se hacen alusiones de lo ya escrito dicho por uno o por otros; el punto nuclear es dejar que el pasado incluido en cada testimonio hable bajo la carga vivencial de cada testigo en la forma en como deba de ser. Por ende, este documento memorial no será una ventana o un rendija por donde el pasado se pueda asomar; será una puerta por donde el pasado permitirá ser conocido y contemplado.

Es una apuesta total por un '68 desconocido (algo parecido a lo que aspiramos aquí): dice Cazés; *“Dejé fuera a los [escritos] que tienen el carácter de ensayos sociológicos, históricos y políticos [...]”*. El horizonte será entonces una tarima para la memoria como memoria, no como una aduana de evaluación donde se examinará a la memoria como mero o cuestionable acervo para ser incluido o no en una meta narrativa. Y

¹⁶⁹ Cazés, Daniel *“Relato a muchas voces.”*, pp. 9

¹⁷⁰ *Idem.*, pp. 10

¹⁷¹ *Idem.*, pp. 8

ya que al grupo al que Cazés de acerca es la sociedad civil, acepta y valida su corpus de oralidad; *“La tradición oral, la saga inconclusa, se vuelve poco a poco letra escrita para preservar muchas voces, principalmente las que no habían sido leídas.”*¹⁷² No cabe más que hacer memoria y recordar muchas de las anotaciones y reflexiones hechas en el apartado teórico para apreciar el valor memorial e histórico, más cuando Cazés cierra su prologo diciendo que las voces aún no leídas

también conservan el recuerdo, los múltiples recuerdos a la vez mitificantes y desmitificadores de una experiencia común que como gesta heroica, epopeya histórica y vivencia íntima, marcó la identidad de las generaciones de mexicanos que, al entrar a la vida ciudadana y proyectar su acción en todos los ámbitos de la sociedad fueron reprimidas de manera brutal tan sangrienta como ninguna otra vez antes. Son las generaciones que presenciaron e hicieron presenciar a todos no sólo la crisis de una estructura familiar y social patriarcalista y despótica, sino también, sobre todo, el inicio de una profunda transformación en las concepciones, las convicciones, los modos de vida y las relaciones personales e institucionales de los mexicanos.¹⁷³

El otro documento es el ejemplar 934 de la revista Proceso. Si a lo largo del tiempo una revista he tenido un poder preponderante en la corriente de denuncia en la memoria del '68 ha sido ésta. El artículo en cuestión es una transcripción de tres reportes obtenidos provenientes del Departamento de Defensa de Estados Unidos. La principal intención en presentar tales reportes es demostrar y hasta denunciar algunas conexiones entre el Ejecutivo y el Ejercito cuando en aras de los Juegos Olímpicos la decisión de reprimir violentamente había sido tomada.

Pero es el reporte con fecha de elaboración del 22 de octubre (con información del 18 del mismo), el que resulta interesante: habla sobre el Batallón Olimpia y asegura que

porque nadie podría estar seguro de las intenciones de los estudiantes y porque las manifestaciones pacíficas algunas veces se salían de control y se volvían violentas, la Defensa Nacional había seleccionado y entrenado cuidadosamente

¹⁷² *Idem.*, pp. 10-1

¹⁷³ *Idem.*, pp. 11

una unidad de mil quinientos hombres (actualmente se llama Batallón Olimpia), provenientes de varias unidades de las Fuerzas Armadas bajo el comando directo del general Alvarado García Taboada, inspector general del Ejército. [...] El ejército no esperaba la renovación de la violencia estudiantil, pero que está preparado para enfrentarla decisivamente si ocurre. [...] El presidente, el gabinete, la dirección de la Guardia Presidencial y el secretario de la Defensa estaban de acuerdo tal y completo en la manera en que los estudiantes serán enfrentados si la violencia vuelve a ocurrir.¹⁷⁴

Y nosotros, aquí, hacemos uso de esta fuente para marcar cómo, bajo los lineamientos de Allier, el discurso de denuncia no evolucionó meramente de forma interna para después ser un elogio. Apoyos externos como los trabajos e investigaciones periodísticas de *Proceso* hasta el día de hoy mantienen el dedo en el renglón para señalar el delito no solamente moral, sino judicial e histórico. En lo que respecta al imaginario social, esta insistencia en la denuncia juega su parte en las repeticiones y usos referenciales del '68 como bien discursivo en otros levantamientos sociales, sin dejar de lado la herencia traumática que tiene este impedimento psico-social causado por su aún falta de resolución y castigo.

En cierto sentido, el Memorial de Daniel Cazés y el trabajo periodístico de *Proceso* presentan dos prácticas que la Historia ha omitido, prácticas que despegarían juicios rígidos y enteramente éticos como los de William Kelly. Los dos documentos manejan sensibilidades; por una parte Cazés aboca por la memoria de un sector ignorado, sí, en la mitología del '68 para conocer sus experiencias: por otro lado *Proceso*, dentro de sus posibilidades discursivas de prensa, sigue denunciando la impunidad y la falta de justicia para un crimen que, al pasar el tiempo, se vuelve más complejo de explicar y esclarecer. Estas sensibilidades podrían ser analizadas por la Historia desde un horizonte mnemehistórico y el historiador, que yace en medio, establecería un diálogo entre el pasado en sus líneas documentales con el presente –con el pasado incluido ahí–, bajo su corriente testimonial.

Hemos profundizado en este corte que hace Allier ya que la década de los noventa propició un ambiente donde la memoria del '68 encuentra ya muchas posibilidades de

¹⁷⁴ Puig, Revista *Proceso* #934, pp. 11

evocación política y social. Por esto, la socióloga comenta; “¿Cómo, cuándo y quién realizaría la transición [a la democracia]?, ¿cuándo había comenzado?” En este periodo el 68 es marcado como el posible inicio. La razón de esto es la herencia de disputa memorial sobre cuadriláteros políticos: “para algunos miembros del PRI era una forma de desligarse de los gobiernos anteriores, ganando legitimidad; para los del PRD y PAN la posibilidad de ubicar a su enemigo –discursivo– contra el cual luchar para conseguir la transición.”¹⁷⁵ Así, a pesar de la aceleración por legitimar el 68, el arribo al poder capitalino por el PRD convierte a la versión ortodoxa, poco a poco, en una historia de bronce.

Sin duda el acontecimiento más importante de este periodo señalado por Allier es la irrupción del EZLN. La aparición de un México enojado por mucho tiempo alimentó al discurso del 68 con una munición invaluable de lucha social. La autora lee esto como un producto de la transición a la democracia invocada por la memoria de elogio (porque se trata de un levantamiento proveniente de un sector social olvidado y marginado por todas las esferas políticas), contaba con una serie de peticiones y eran bien identificables. Casi como en 1968.

Ahora bien, la negativa de la SEP por incluir el movimiento estudiantil y la matanza de Octubre es un agravio más hacia los apóstoles del '68. A razón de una nueva negativa de justicia, un enojo más con el poder. Así que no es casual que a las puertas del 30vo aniversario los escritos del '68 ya vengan con una carga generacional extra. Los apóstoles se van haciendo viejos, han tenido hijos; el país también ha visto nacer nuevas demandas y a la sociedad le duelen más episodios sin esclarecimiento. “La Estela de Tlatelolco: una reconstrucción histórica del Movimiento Estudiantil” de Raúl Álvarez Garín estriba en la ya casi desesperación de la mitología sesentaiochera por ser reconocida como mito fundador de la nación, casi al mismo nivel de las identidades expuestas por Kelly. El mismo nombre nos lo dice, “reconstrucción histórica”.

Es quizá esta negativa y lo que provoca lo que le hace leer a Kelly con tanta dureza el libro de Álvarez Garín. Comenta:

¹⁷⁵ Allier, *Op., Cit.*, pp. 306

Las memorias personales de Garín influyen e inflan su sentido de la importancia de la masacre. Su participación nubla su juicio, y él, como otros autores, elevan el movimiento al nivel de una revolución. Para el sector intelectual –los sobrevivientes principalmente–, la única memoria personal válida son las de los líderes estudiantiles. Y la única interpretación válida [del movimiento] yace en esas memorias. Para los intelectuales el mexicano promedio no forma parte de su concepción de la masacre como memoria colectiva.¹⁷⁶

Concordamos con Kelly cuando dice que en la cosmogonía de los sobrevivientes no existe el mexicano promedio, pensado más como herederos y generaciones transhistóricas a lo que ellos vivieron. Pero el canadiense es muy cuadrado al pensar este escrito como la monopolización del recuerdo doloso. En cierto sentido, la omisión de los sobrevivientes está entendida por la batalla memorial que ellos libran. Él ve una victoria discursiva, un apropiamiento ciego del pasado cuando el problema estriba más en las consecuencias traumáticas que la ausencia de justicia ha provocado en la mitología del movimiento y en sus portadores. Además, que es una línea narrativa que permea en todo grupo saliente de una acción violenta.

Además del libro de Álvarez Garín, Kelly fija su atención en la obra “Me enseñaste a querer” de Adam Guevara. En resumen, esta obra circula desde una interpretación micro del acontecimiento, similar a Rojo Amanecer con la familia mexicana promedio afectada por la matanza. Kelly comenta que el modelo familiar que la obra retrata daba a entender el rol de la familia en el México de los sesentas sigue muy vivo en la década de los noventas, así que es incapaz de sumar la masacre como una ruptura de lo cotidiano. Si existe una reminiscencia de identidad nuclear en la narrativa del grupo que Kelly denomina intelectual, es el agravio cometido por el gobierno contra un grupo organizado, civil y políticamente hablando. La obra de Guevara se enfoca entonces más en los derechos humanos, quizá por tratarse de una familia.

Kelly escribe; *“Los derechos humanos de una familia fueron violados, dejándolos como muertos vivientes. Están vacíos, espiritualmente hablando, e incapaces de seguir adelante, porque sus memorias yacen sin resolver y la masacre ha quedado como una*

¹⁷⁶ Kelly, *Op., Cit.*, pp. 142

*herida psicológica. Las memorias cazan, especialmente en aislamiento.*¹⁷⁷ ¿Si Kelly hace esta observación, ubicando un agravio a los derechos humanos de las víctimas más que un atropello a sus posturas o acciones grupales, por qué no logra vislumbrar a los habitantes netos de Tlatelolco como la familia Flores Macías donde se violaron sus derechos humanos? ¿No podría alguna aproximación, histórica o sociológica, con este corpus testimonial resolver juicios duros contra la narrativa dolosa y sentimental del '68, y abrir un horizonte nuevo de análisis con respecto a este pasado tan complejo?

Para variar un poco el tema, vemos que la conmemoración número 30 del movimiento ha ganado ya algunos espacios simbólicos: las banderas de la capital están a media asta, placas se develan en la Asamblea Legislativa capitalina, y el Subcomandante Marcos envía un mensaje a la gente congregada en la lluviosa Plaza de las Tres Culturas, dirigida a *“la digna generación de 1968.”*¹⁷⁸ El motor ya no es de memoria, es una máquina posmemorial porque hace uso de un corpus testimonial determinado con el fin de impactar en la conciencia colectiva, es decir provocar una concientización con la experiencia que ellos poseen. Difusión, impacto y la concientización en este corte representan la irrupción del '68 como acto que puede significar una incorporación discursiva mayor en niveles sociales y culturales pero sobre todo políticos.

Sea por las ideas cabalísticas que rigen el imaginario de sociedades y gobiernos, los aniversarios múltiples de 5 siempre generan una atención especial en las conmemoraciones, tanto las que agrupan a la gente o compilan “información histórica” en publicaciones. Como parte del 30 aniversario de la matanza, la revista semanal Milenio le dedica su número 58 al 68. Bajo el curioso título “Adiós al 68” se despliega la fotografía, que en términos iconográficos sería el primer plano, de una joven pareja besándose; no portan ninguna insignia que los distinga como universitarios, o como claros manifestantes que conmemoran el 2 de Octubre. Al fondo de ellos y con borrosidad, la imagen se divide en dos; en la derecha un pequeño grupo de jóvenes, claramente caminando. En la izquierda, una pancarta que debido al enfoque no se puede distinguir lo que dice o los dibujos plasmados en ella.

¹⁷⁷ *Idem.* pp. 145

¹⁷⁸ Luna, *Op., Cit.*, pp. 141

Amor en los tiempos del recuerdo, en una festividad de olvido. ¿Por qué en su momento, a 30 años, se le dice adiós al 68? ¿Bajo qué argumentos se presenta una imagen juvenil que pareciera redimir el pasado traumático que dejó la matanza de Tlatelolco? ¿Y cómo, en el caso de Milenio, se trabaja con la memoria del hecho histórico? ¿Cómo se maneja el concepto de perdón?

El artículo consta de 13 páginas, dos hilos conceptuales; primero la trigésima conmemoración de la matanza como personaje que se hace presente para analizar 30 años de recuerdo y duelo, de crítica descontrolada hacia un fantasma que regresa al lugar donde se mutiló su cuerpo, la Plaza de las Tres Culturas. El segundo hilo es un anuario donde se presentan las fotos de algunos de los líderes del movimiento, nostálgicamente atestiguando el trato que les ha dado 30 años de su vida.

Iniciemos con la conmemoración: con la intención de legitimar el aniversario, la crítica de Milenio arranca presentando algunas de las columnas de los periódicos más importantes del país que vieron la luz el día siguiente a la masacre:

Alguien se le ocurrió pensar que las primeras planas del 3 de octubre podrían ser subversivas y éstas desaparecieron prácticamente por completo de hemerotecas y acervos oficiales. [...] Sea porque un fanático coleccionista mutiló prácticamente cuanta primera plana de ese día tuvo en sus manos, sea porque alguien ordenó tratar de extirpar parte de la memoria escrita de ese desmemoriado pueblo, las ocho columnas de ese jueves 3 de octubre han vivido casi 30 años en la clandestinidad.¹⁷⁹

El primer aspecto a resaltar es el concepto que se tiene actualmente de la prensa como un referente de información, característica que en 1968 era inexistente. Sabido es el control que en esa época el gobierno tenía sobre los medios de comunicación, por tal razón, advierte el artículo, las columnas no presentan gran información o veracidad de lo que en realidad pasó; *“los encabezados, los sumarios, los cintillos, los textos mismos de ese entonces, no muestran sino una prensa doblegada, sumisa, falsa, impregnada de oficialismo”*¹⁸⁰, o haciéndole segunda a los gritos de los estudiantes sesentaiocheros,

¹⁷⁹ Revista Milenio, p. 40

¹⁸⁰ *Idem*

“¡prensa vendida!”. No se nos debe de pasar por alto la importancia que tiene revisar los periódicos de la época; no es casual que el hilo analítico de Eugenia Allier sean éstos mismos, ya que ahí, como se expuso, radican las siluetas de una consciencia y percepción social-histórica del acontecimiento. Una memoria pública, principalmente.

Segunda característica; para mantener dentro de su inocencia histórica a la matanza el autor de esta introducción, Ignacio Rodríguez Reyna, la descontextualiza plasmándola como un hecho cuya explicación fue inmediatamente solicitada por una gran parte de la ciudadanía capitalina. No toma en cuenta el ambiente nacionalista que rodeo la cercanía de los Juegos Olímpicos, aunado al hermetismo y la forma en que la matanza se llevó a cabo. Ciertamente es que no estamos analizando un escrito histórico sino periodístico. Pero se debe reiterar nuestra hipótesis del tratamiento de la memoria pública, que también puede ser histórica, concerniente al 2 de octubre.

Tercera: la matanza cumple con el objetivo gubernamental de desacreditar al movimiento, además claro, de finiquitarlo. *El sol de México* define la acción del ejército como una respuesta a la falta de respeto de los estudiantes hacia “*el cordial llamado del Estado*”, porque “*el objetivo [era] frustrar los XIX Juegos [Olímpicos]*.”¹⁸¹ Bajo este argumento, es claro que el Estado, por medio de tales encabezados, recobraría la confianza de la ciudadanía, facilitándole la labor de “limpia” antes de que el mundo pusiera sus ojos en México. La matanza como conclusión del movimiento estudiantil va más allá de lo ocurrido en la Plaza de las Tres Culturas, el inicio de su orquestación no se podrá datar con exactitud, pero se debe tomar en cuenta cuando un personaje crucial como Sócrates Amado Campus Lemus, es señalado por otros como “el maldito traidor”, “el vendido” o simplemente como el responsable de proporcionar al ejército los nombres de los principales dirigentes.

El término “desmemoriado pueblo”, que aparece en el artículo, es de llamar la atención. Pareciera que aboga por cierto grupo cuya memoria está incompleta, faltosa de reportes memoriales que le ayuden a construirse una idea, y subsecuentemente una opinión, sobre el proceso de ocultación por parte del Estado. En otras palabras, una apropiación a nivel básico del pasado. También se refiere a la necesidad por rescatar toda prueba tangible que rinda tributo a los estudiantes muertos, donde aparece de nuevo el proceso de

¹⁸¹ *Idem*, p. 41

confrontamientos de fuentes memoriales, pero cuyo veredicto está dado antes de la evaluación; los estudiantes fueron mártires, el gobierno y sus herramientas de sublimación los verdugos.

Para concluir con esta parte del artículo, cabría señalar que dentro de los parámetros periodístico la mera existencia y posibilidad de analizar las planas del 3 de octubre del '68 representa el estudio y exanimación de la relación entre Estado y medios de comunicación, además de conocer los nombres de los personajes cuyo trabajo era relatar un día a día según las necesidades del gobierno. Por otro lado, los parámetros históricos ven en estas fuentes periodísticas la oportunidad de acercarse y conocer los resultados de tales encabezados, problematizar sobre el sector de la sociedad que creía fielmente en esta descripción de los hechos, y porque no, preguntarse si puntos de vista de esta índole aún viven en la consciencia de algunos sectores de la sociedad.

Al momento de examinar el núcleo de nuestro primer hilo conductor queda claro que sí puede existir algún tipo de adiós para el 68 éste vendrá sólo de las personas que lo vivieron, que le dieron vida y que lo siguen viviendo. En el primer escrito que nos presenta Ciro Gómez Leyva se relata el desarrollo de la marcha conmemorativa al 30 aniversario. Por excelencia una reunión de los líderes cuyo armamento consta de palabras aún bien calibradas y que no muestra desgaste o cansancio al momento de ser utilizado. Gómez Leyva describe a uno de ellos, Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca como *“líder histórico, hombre de aliento heroico, ícono del 68.”* Una de las características memoriales del 68 es distinguir a sus sobrevivientes como héroes, ¿pero bajo qué argumentos? El papel que Cabeza de Vaca jugó dentro del desarrollo del movimiento estudiantil históricamente no se puede poner en duda, ni tampoco la aportación memorial que él representa. De hecho, la Historia no puede aplicar un juicio crítico a este personaje.

Como se verá con el análisis del Memorial de Tlatelolco, es la metodología del museo-monumento lo que inicia la discusión de los parámetros usados para valorar un testimonio que se puede corroborar (como el del mismo Cabeza de Vaca), a uno cuyo origen sea un habitante del Tlatelolco traumatizado, o cara desconocida para la cosmovisión de la masacre.

El reportero continúa compartiendo cierta duda e incertidumbre sobre lo que será esta marcha: *“La marcha es una fiesta, pero hay tristeza esta tarde, [...] una especie de*

sensación de que el futuro nunca llegará, a pesar de la fiesta y los gritos.”¹⁸² Lo que Leyva ve no es tristeza, es nostalgia de los sobrevivientes, cuya participación en la marcha es vital, ya que sin ellos no habría referentes a quienes rendirle esta fiesta. La comitiva de sobrevivientes del movimiento *“caminan convencidos de que el siglo veinte no hay, y ya no habrá, muchos mexicanos que se les emparejen”*, o mejor dicho, que sean homólogos de una acción ciudadana como ellos la concibieron.

Al hacer uso de nuestro conocimiento histórico, veremos cómo el movimiento estudiantil estuvo repleto de héroes o referentes históricos, inspiraciones como Emiliano Zapata, Francisco Villa, en lo que respecta al pasado nacional, o el Che Guevara. En su contexto, el uso de estas imágenes no estaba dirigido a compararse con esos personajes, sino a introducir un discurso revolucionario que estaba en contra del control político y la situación económica, sin dejar de lado las condiciones en que se encontraba el sistema educativo en México. Gómez Leyva continúa describiéndonos esta generación de revolucionarios 30 años después: *“si seguimos hablando del 68, si 30 años después seguimos marchando, es que algo importante sucedió. Y ellos, descendientes directos del eje Paris-Praga-Tlatelolco, estuvieron en la descubierta y, sobre todo, en la vanguardia”*¹⁸³.

Resumamos: si los restos personificados del ‘68 se ven como una generación especial es por su organización y nivel de convocatoria, su toma de consciencia sobre su generación porque creían conocerla bien, y quizá lo hacían, pero como el 2 de Octubre lo confirmó, esta generación no tenía idea de una represión por parte del gobierno de tal magnitud. Y es esa represión la lección ciudadana más grande y representativa, la mayor herencia de miedo, que acompaña al recuerdo de Tlatelolco.

Como ya se había señalado, esta marcha por naturaleza le pertenece a la generación sesentaiochonera, son ellos y sus recuerdos y memorias las que los acompañan. Quizá por esta horda de la vieja escuela y sus antiguos métodos de protesta que *“el sentido del discurso siga siendo el mismo que hace 30 años: quejas y exigencias imposibles que nadie escucha”*¹⁸⁴. La forma y el contenido tendrán 30 años de añejamiento, pero dentro del

¹⁸² *Idem*, p. 42

¹⁸³ *Idem*, p. 43

¹⁸⁴ *Idem*

mismo espectro del '68 y sus partes se sabe que existe un estancamiento en la manera de buscar justicia social para tal problema histórico.

El artículo habla de cómo Cabeza de Vaca y otro ex dirigente, Marcelino Perelló, al poco tiempo de haber iniciado la oratoria anticuada se marchan, porque nadie (refiriéndose a los oradores), quiere tomar en cuenta o hablar de los expedientes del archivo judicial del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, a los que poco a poco se ha logrado su apertura, para así romper con el paradigma y no dejar de culpar solamente a Díaz Ordaz y Luis Echeverría (o a todo la horda asesina del PRI), porque a 30 años se requieren nuevas posturas, nuevos juicios y diferentes acciones. Los sobrevivientes presienten una incongruencia histórica, una circunstancia natural de todo hecho histórico; el pasado del que son parte ha madurado, ya no habla ni dice lo mismo, y lo más impactante para ellos, ya no les pertenece un su totalidad, ya hay una nueva generación esperando por su turno para cargar con el peso del 2 de Octubre. David Lowenthal lo dijo mejor, el pasado es renovado y alimentado por las nuevas generaciones.

Para el final del artículo parece que el sentir general es de incertidumbre, una problemática del horizonte de expectativa hacia el futuro que tiene la generación del '68 cuestionándose sobre cómo se recordara su pasado: *“Espero – reza Marcelino Perelló – que tengamos muchas otras cosas de que hablar cuando se cumplan los 35 años. Yo veo muy difícil que en 2008, el 2013, o el 2018, los medios vuelvan a armar tanto alboroto por una matanza ocurrida a mediados del siglo pasado”*¹⁸⁵.

Como parte del discurso que provoca la partida de algunos invitados de honor a la trigésima conmemoración de la matanza en Tlatelolco, los *“oradores nostálgicos y visionarios”* leen un mensaje del subcomandante Marcos, líder y figura del EZLN cuyo movimiento para 1998 se sentía con fuerza. Uno de estos oradores, Raúl Jardon, cataloga al mensaje como *“el saludo más importante que hubiéramos podido recibir, porque nos han traído la voz de las comunidades indígenas que luchan por la democracia”*. Aparece aquí de nuevo el axis discursivo sobre la democracia y su gestación gracias al movimiento estudiantil.

Acerquémonos de nuevo a nuestra historia: el movimiento estudiantil del '68 tuvo el apoyo de causas perdidas más antiguas, silenciadas como el movimiento obrero,

¹⁸⁵ *Idem*

ferrocarrilero, medico, magisterial y agrario; maestros y al mismo tiempo seguidores, estos grupos expresaron su apoyo al CNH cuyo pliego petitorio, recordemos, pedía la liberación de presos políticos, varios de ellos, participantes de los movimientos ya mencionados. Pero ahora las reliquias vivas del '68 han llegado por el paso del tiempo a la categoría de maestros, y los serán para las nuevas generaciones que escoltan la memoria y el olvido del 2 de octubre.

En el segundo reportaje Jaime Avilés habla un poco de esta escolta, “*preparatorianos y cecehaches – que gritan su participación con – a ver, a ver / quien lleva la batuta, los estudiantes / o el gobierno hijo de puta*”. Las nuevas generaciones quieren ver algo de acción, de ese tipo de acción que se ve en las fotos, en los videos, en los testimonios de sus maestros de la organización y democracia estudiantil; quieren además legitimar su generación como una pro-68, pro-recuerdo, pro-ciudadanía activa. La vieja guardia podría sentirse un poco intimidada; “*ni la lluvia ni el viento detendrá el movimiento*”; ¿podría la madre naturaleza detener algo que no existe ya, sólo en el recuerdo de los cincuentones sobrevivientes del 2 de Octubre?¹⁸⁶ Esta línea poética-narrativa corresponde solamente a lo presentado por el reportero, ya que el cambio generacional en el cabalístico 30 aniversario es más poético en otras ocasiones; por algo “ya” se le puede decir adiós al 68.

Tlatelolco ya no es el mismo que hace 30 años, ya hay una placa sobre la Plaza de las Tres Culturas que bajo la firma de Rosario Castellanos resguarda algunos nombres “heroicos” de la matanza. La nueva generación decora el lugar con pancartas que dicen PRD-DF (el jefe de gobierno en ese entonces era el perredista Cuauhtémoc Cárdenas); pancartas con la A tachada de la anarquía y del intento de un partido ciudadano llamado el Consejo Popular Juvenil, iluminan los límites del ritual. Avilés destaca que “*la fachada del [edificio] Chihuahua legendaria parece acabada apenas de remozar, pero le falta pintura, coquetería, gracia*”¹⁸⁷, además de poco interés mostrado por los residentes tlatelolcas a la ceremonia. (Y nos preguntamos, ¿cuál será la recepción social de los habitantes actuales de Tlatelolco con relación a las conmemoraciones anuales, o con el simple hecho de vivir en un amorfo lugar “turístico”?)

¹⁸⁶ *Idem*, p. 46

¹⁸⁷ *Idem*

Antes de continuar con el recorrido por el año '68, nos parece prudente hacer una escala teórica para comprender en mayor espectro el rol que las conmemoraciones y rememoraciones tienen en este caso en particular. Y el por qué hemos puesto tanto énfasis en el cambio interpretativo de memoria colectiva a compartida. Estos actos grupales como lo vimos corresponden a los parámetros de repetición y reinterpretación marcados por Dominick LaCapra. Como lo vimos en el “encontronazo” generacional entre los sobrevivientes y los herederos, LaCapra observa en esto un síntoma trans-histórico traumático. Dentro de la problematización de estas identidades no se pueden descartar “*los descendientes de víctimas y victimarios, [los cuales] comparten una base empática para afrontar los acontecimientos que enfrentaron a sus padres o sus ancestros*”.¹⁸⁸

Se trata de definir las posiciones subordinadas tanto de los agente memoriales directos como los herederos. Para entender qué son estas posiciones subordinadas hay que diferenciar los tipos de trauma que acogen a la Historia. Como unidades teóricas se dividen en dos, acontecimiento/s traumático/s, y experiencia traumática. La primera unidad es un escenario social o macro, y la segunda correspondiente a una individualización. El acontecimiento traumático es histórico, porque es puntual y datable, en otras palabras, es parte reconocida de algo que sucedió en el pasado. En cambio la experiencia, por ser individual, dificulta su comprobación e inclusión dentro de la explicación del pasado traumático. Ahora bien, al hablar de acontecimiento traumático estamos hablando también de una memoria traumática que se traslada del pasado hacia el presente, lo que hará “*revivir o re-experimentar compulsivamente los acontecimientos, como si no hubiera diferencia o distinción alguna entre el pasado y el presente.*”¹⁸⁹ La influencia última que la memoria traumática tiene sobre los tiempos es que el pasado que representa jamás será una historia pasada o superada, ya que continuara libre por la cosmovisión de un «yo» o un «nosotros».

No hay que entender “subordinados” en un plano de obediencia o ceguera con relación con el pasado, sino como una cadena de transferencia memorial que sucede en toda práctica humana, en todo traspaso vivencial. LaCapra mismo transporta estas prácticas hacia los conceptos de reactivación y el juego. Ambos van de la mano y significan las dos

¹⁸⁸ LaCapra, “*Historia en tránsito...*” pp. 21

¹⁸⁹ *Idem.*, pp. 83

formas de representación de la memoria afectada, o mejor dicho, las vías de interpretación que se tiene para indirectamente ver el hecho traumático individualizado en el actuar natural de la persona.¹⁹⁰ Para darle más dinámica al concepto del juego, traeremos a colación el testimonio oral que se presentó, precisando una reactuación basada en la teatralidad que sólo el juego puede ofrecer.

Recordemos un poco que nuestra entrevistada da testimonio de ver las conglomeraciones estudiantiles y los disparos que disipaban a los estudiantes como un juego, el cual terminó la tarde del 2 de Octubre. Cuarenta años después, la reactuación con la cual la fuente da cuenta de su pasado tiene tintes de juego; desde la simulación del sonido de las balas, la forma como huían los estudiantes, la “burla” al tono de voz de sus familiares que le indicaban alejarse de la ventana, en fin, todo el conglomerado de actitudes que le dan forma a su narración.

Pero por debajo de todo este paquete anecdótico yace, en palabras del autor, el «juego profundo», que no es otra cosa más que el duelo. *“El duelo puede ser una forma de juego profundo, [...] Pero se vuelve imposible o se transforma en melancolía cuando es un proceso de lamentación aislado.”*¹⁹¹ LaCapra observa que en las sociedades actuales sentir duelo por el testimonio de una persona es un bien de cambio, casi un privilegio para el afectado o una limosna sentimental y de compartimiento sobre su tragedia. Por otra parte, las distracciones mediáticas y las desvirtualizaciones de la Historia niegan el duelo, ya que a pesar de tener un referente físico e histórico del hecho traumático hace falta una explicación y aclaración de lo sucedido. *“La cuestión no es reproducir sintomáticamente esta condición cultural y social en nuestro propio modo de análisis o sentido de posibilidad, –es decir, las conmoraciones y las partes discursivas que las conforman– sino interrogar críticamente sus posibilidades y sus límites”*¹⁹², lo que para la matanza estudiantil de 1968 significaría estudiar el por qué de la ausencia del proceso de duelo como mediador entre dos tiempos generacional distintos, debería ser también un examen a fondo de su influencia en la conformación de la identidad mexicana influida por lo ocurrido en Tlatelolco.

¹⁹⁰ *Idem.*, pp. 141

¹⁹¹ *Idem.*, pp. 142

¹⁹² *Idem.*, pp. 143

La elaboración del duelo es un proceso donde participan tanto sobrevivientes, sus descendientes y otros agentes ajenos. Los primeros pueden terminar su elaboración al convertirse en agentes éticos y políticos, portadores de un mensaje revitalizador; en el caso de Tlatelolco, aunque de forma desvirtuada y discutible, muchos de sus sobrevivientes se hicieron de puestos políticos o educativos de alto nivel. Para sus descendientes la elaboración sirve para no ser carcomidos o afectados por lo que sus mayores vivieron, lo que les crea una consciencia de separación, o conocer su lugar como personajes indirectos del evento traumático, que obvio, no les pertenece. ¿Recordamos lo que dice Ricœur sobre el sentido de deuda con los caídos? Pues LaCapra incluye ese sentimiento de vacío como engrane de la reactuación: *“Uno de los aspectos más difíciles de la elaboración es tomarla de tal manera que no parezca traicionar el amor o la confianza que nos vinculan a esos otros que hemos perdido; saber que no implica olvidar a los muertos, distorsionar sus padecimientos ni dejarse llevar por las preocupaciones actuales.”*¹⁹³

Ahora bien, sobre la conmemoración como acto de rememoración grupal y compartida, debe atender las interpelaciones que hace Paul Ricœur a Pierre Nora. En formula, la conmemoración tiene los siguientes elementos: el recuerdo compartido de algo que sucedió en el pasado y merece ser “celebrado” para que no sea “olvidado” y ocupe un lugar en la “Historia”: Para la *“memoria integrada”*, el pasado se adhiere de manera continua al presente; era *“memoria verdadera”*. La nuestra, *“que no es más que historia, huella y selección, [a perdido] la adecuación de la historia y de la memoria”*. *“En cuanto hay huella, mediación, ya no estamos en la memoria verdadera, sino en la historia”*. La memoria es un fenómeno siempre actual, un vínculo vivido con el presente eterno, *“la historia una representación del pasado”*. *“La memoria es absoluta, y la historia sólo conoce lo relativo”*. *“La historia es delimitación del pasado vivido”*.¹⁹⁴

Así, la conmemoración es una de las simbiosis más ricas entre memoria e Historia. Se puede observar un constante escenario de medición de fuerzas entre estas dos formas de pasado. Indican rupturas y coyunturas performativas conscientes e inconscientes. Segundo elemento, los componentes rememorativos (recordar, recuerdo pasivo a través de la memoria o el acto de recordar):

¹⁹³ *Idem.*, pp. 144

¹⁹⁴ Ricœur, *Op. Cit.* pp. 519. Cita a Pierre Nora.

Este poder de poner en interacción a los dos factores, [memoria e historia], hasta el punto de desembocar en su “sobre determinación recíproca”, descansa en la compleja estructura de los lugares de memoria que acumulan los tres sentidos del término: material, simbólico y funcional. El primero fija los lugares de memoria en realidades que podríamos llamar “dadas” y manejables; el segundo es obra de imaginación, garantiza la cristalización de los recuerdos y su transmisión; el tercero conduce al ritual, al que, no obstante, la historia tiende a destituir, como se ve con los acontecimientos fundadores o los acontecimientos espectáculo, y con los lugares refugio y otros santuarios.¹⁹⁵

Los fantasmas del método y la verificación de la Historia vuelven a hacer eco en esta distinción con la memoria como creadora, sinónimo de pasado-consciente.

La ecuación donde todas las formulas convergen viene cuando pensamos las conmemoraciones y su facultad extensiva de herencia memorial. Además de crear hábitos y costumbres, posmemoriales o desmemoriales, las conmemoraciones son más un constante cambio de percepciones y conceptos memoriales que aquellas nacidas de la historia oficial. Entonces, por lugares de memoria debemos entender también lugares de disputas, de creación y de validación histórica. Decimos esto porque de la misma forma en que el Estado tiene sus lugares de memoria (historia patria), la sociedad crea y mantiene los suyos. Ricœur se acompaña del famosísimo texto de Nora, “Los Lugares de Memoria”, y determina cuatro “eslabones”:

memoria fundadora, contemporánea de la monarquía feudal y del periodo de definición y de afirmación del Estado; memoria-Estado, “absorbida en la imagen de su propia representación”, memoria nacional, [...], lugar “que trasciende cualquier otro lugar de memoria porque, de todos, es el lugar geométrico y el denominar común, el alma de esos lugares de memoria”; finalmente memoria-ciudadano, “el modelo quintaesenciado”. Pero es el quinto tipo, se dice, el que da sentido retrospectivamente a este recorrido, después de todo, decepcionante: “la memoria-patrimonio”. [...] La definición es concisa: “por memoria-patrimonio, no debemos contentarnos con entender una ampliación brutal de la nación y su dilatación reciente y problemática a todos los objetos testigo del

¹⁹⁵ *Idem.*, pp. 523

pasado nacional, sino, mucho más profundamente, la transformación en bien común y el herencia colectiva de los retos tradicionales de la memoria misma.¹⁹⁶

Para concluir este corte en la cronología de Allier, vemos como la memoria, o ya debemos llamarle memorización en toda la extensión de la palabra, del '68 ha alcanzado plataformas cohesivas y posmemoriales. Hay que pensarlo ya como un acto repetitivo, retroalimentado y transmitido; un sujeto atemporal y en constante cambio. Pero sobre todo con un núcleo de enojo, de disgusto por la justicia negada, omitida, olvidada, que durante su explosión político-sociocultural no logró conseguir. Allier cataloga por medio de motores de memoria; nosotros vemos aquí el combustible emotivo y sentimental que proyectará al '68 hacia una victoria institucional, y que pondrá ya, verdaderamente, en entredicho los intereses de la Historia con el pasado, la evolución hacia la desmemoria.

Del 2000 al 2006 comprende el último corte allierano. La problematización arranca desde el subtítulo; “¿Oficialización de las memorias públicas sobre el 68?”. La palabra «oficialización» es algo complicada de utilizar desde el contexto de Allier como el nuestro. ¿Por oficialización debemos entender el esclarecimiento de justicia, juicios contra los artífices de la matanza, remuneración a los sobrevivientes? ¿Quiénes son los sobrevivientes y *qué* tipo de sobrevivientes serán tomados en cuenta?

Leyendo, observamos que la autora aplica este término a la utilización de un discurso que gracias al cambio del partido en los Pinos obtiene un grado de legitimación desde el poder. La memoria, ahora ya simbiótica entre denuncia y elogio, arriba a la esfera política y social de la historia de México, pero, no saliendo de sus parámetros narrativo-memoriales.

La victoria del PAN en julio del 2000 certificaba la palabra del 68; ya no se estaba en una transición a la democracia, ésta ya había llegado. Y porque esto representaba una verdadera coyuntura en la historia de México, porque viene desde el mundo de la política, se tenía que redimir el pasado priista; había que reformar la historia patria. El 27 de noviembre del 2001 se crea la FEMOSPP (Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado), dirigido por Ignacio Carrillo Prieto. Su base jurídica parte de dos líneas de investigación: la jurídico-ministerial para la aplicación de justicia, y la verdad

¹⁹⁶ *Idem.*, pp. 524 Cita a Pierre Nora

histórica, es decir el esclarecimiento público de los hechos para poder interpretar qué fue lo que sucedió no sólo el 2 de Octubre, sino en todos los levantamientos de la segunda mitad del siglo XX.¹⁹⁷

Esta fiscalía determinó dos momentos para dos “juicios”; el 10 de junio de 1971 (conocido como el Halconazo ordenado por Echeverría), y el 2 de Octubre de 1968, donde figura en primer lugar Luis Echeverría, Julio Sánchez Vargas, Luis Gutiérrez entre muchos otros. En ambos casos los cargos fueron por genocidio y privación ilegal de la libertad. Allier detecta esto como una evolución en la denuncia del 68, ya que se deja de lado las instituciones como las culpables o lo que representaban y se acusa ahora a “individuos concretos”, sirviendo ambivalentemente solamente a la narrativa y tipo de memoria de los militantes y ex líderes de levantamientos sociales, pero no al colectivo post-generacional. Sobre este último punto es prudente confrontar lo que comenta Allier sobre el resultado cuasi decepcionante del informe final de la FEMOSPP y la visión de William Kelly.

Para la primera el reporte final entregado por Carrillo en noviembre del 2006 decía lo que todo el mundo daba por sentado; el Estado mexicano había incurrido durante décadas en violar los derechos humanos (masacres, ejecuciones, desapariciones, tortura.) Pero no se dejaba claro las intenciones de verdad hacia las represiones más “representativas” del pasado inmediato, o deberíamos decir, las más simbólicas. (Un poco de incongruencia dialéctica aquí, ya que son esos mismos símbolos, o el conjunto de ellos, los que hacen perdurar ciertos episodios y acontecimientos del pasado para que sigan teniendo importancia o validez.) La verdad era así “*aceptada oficialmente*”, pero la intensidad jurídica se quedó corta porque muchos de los implicados estaban muertos, o para los vivos sus derechos de servidores públicos se interponían entre la justicia jurídica y el esclarecimiento total. También, la falta a consulta de archivos y materiales militares o privados accidentaron mucho el sustento de la condena moral.¹⁹⁸

Por su parte, Kelly observa que el trabajo de Carrillo Prieto fue obstaculizado y minimizado por la facción de los intelectuales, por temor a que su memoria militante, sustentadora de la democracia historia del país, se viniera abajo. El reporte de Carrillo no hacía más que colocar la masacre del 2 de Octubre “*como parte de una larga cadena de*

¹⁹⁷ Informe Histórico a la Sociedad Mexicana 2006, elaborado por la FEMOSPP. Citado y comentado por Allier, *Op., Cit.*, pp. 307. El documento ya no se encuentra en la pág. de la PGR.

¹⁹⁸ *Idem.*, pp. 308-9

violaciones a los derechos humanos, desmitificándolo y colocándola, tentativamente, en la narrativa nacional”¹⁹⁹. En otras palabras, la problematizó como parte de un todo, donde no había masacre o represión más/menos importante que otra.

Y sobre todo, sacó de la ecuación discursiva la narración de los militantes, lo que en cierta medida hizo del reporte un estudio historiográfico, la primera aportación problematizada sobre el ‘68, donde los testimonios que habían dado vida al recuerdo no eran demeritados (al fin y al cabo gracias a ellos tenemos conocimiento de lo que sucedió), pero sí como acaparadores de espacios conmemorativos e impulsos políticos. Este crédito que le da Kelly al reporte, aunque también comenta algunas fallas, es una respuesta al comportamiento que los intelectuales han tenido por no permitir otros puntos de vista crítica del movimiento estudiantil, por eso el reporte “falló” ante los ojos de la máquina de memoria establecida, su “agenda” propia, si es que la tienen.

Es curioso que la periodización del artículo termine con estos puntos sobre el reporte, por eso Allier sabe que la memoria o las memorias públicas del ‘68 siguen en construcción. Su manejo entre memoria e historia es valiosa porque determina momentos y personajes, circunstancias que han renovado uno de los discursos sociales más importantes de las últimas décadas. La Historia debe entrar aquí, no para colocar una fecha y un suceso, sino para problematizarlo más allá de sus aparentes fronteras anecdóticas.

En el 2002 salé al aire el documental “Tlatelolco; las claves de la masacre”, realizado en conjunción por el diario La Jornada y el Canal Seis de Julio. El documental es la culminación de una investigación que dio luz a dos filmes más, “Batallón Olimpia, expediente abierto” en 1998, y “Operación Galeana” en el 2000. “Las claves de la masacre” sigue la temática de sus predecesores, aportando pruebas documentales y filmicas de la operación militar puesta en marcha para acabar con el movimiento esa tarde. El documental es rico en su primera parte de testimonios, entrevistando a siete habitantes de Tlatelolco, quienes dan su parte de guerra de lo ocurrido. Algunos hasta muestran las huellas en paredes que las balas dejaron y que siguen ahí, viviendo con ellos. Una señora, incluso, narra como retó a unos militares para que, a razón de un golpe con el sartén, entraran a su departamento en busca de estudiantes refugiados; unos hermanos narran que, después de

¹⁹⁹ Kelly, *Op., Cit.*, pp. 148

que una bala entró en su departamento, tuvieron que ir al hospital, donde las camas, medicinas, médicos y enfermeras no se daban abasto.

Hay testimonios con una fuerte carga de imágenes:

Ya en la madrugada, pues la curiosidad normal de uno, pues a la cortina a ver qué pasaba, y era dantesco aquel espectáculo. Ahí [en una sección de la zona arqueológica ubicada detrás de la iglesia de Santiago] vi un cuerpo. Busqué con la vista y vi varios cuerpos. La Plaza estaba llena de zapatos. Y curioso, estaba lloviendo esa noche, y aun así había bomberos lavando la Plaza. [...] Luego vi tanquetas y soldados levantando cuerpos. Y así como costal de papas los aventaban al carro.

Pero la cuestión es que los testimonios de estas personas se detienen, o el documental tiene implícita esa intensidad, con lo sucedido únicamente el 2 de Octubre. No va más allá, a excepción de unas fotografías que fueron tomadas en una marcha de familiares y amigos de desconocidos que terminó en la Cámara de Diputados. El documental apunta que no se sabe con certeza la fecha de la marcha, ni quien tomó las fotografías. Así, los testimonios de habitantes de los que hace uso el filme se quedan en la mera anécdota, el dato que se suma a otros datos pero que no al que no se le trabaja como nueva perspectiva de análisis.

Por ejemplo, el extracto citado arriba tiene algunas similitudes con los dicho por la señora Rosalba. Si el objetivo fue el develamiento memorial de los habitantes de Tlatelolco, una plataforma como un documental nos abriría las puertas a un escenario diferente al que conocemos, un conjunto de testimonios que darían luz a un discurso, una narrativa o hasta lenguaje diferente que marcaría sus diferencias con la herencia del '68 que ya tenemos. Se agradece, claro, la inclusión de tres militantes que han estado fuera de lo que Allier llama los motores memoriales; un ex militar que queda en el anonimato y que describe cómo fue el proceso de reclutamiento para formar el Escuadrón Olimpia, para después ser despachados para la Operación Galeana, es decir, la masacre.

El documental cierra con un encuadre donde se aprecian la Iglesia de Santiago, la zona arqueológica, la Plaza de las Tres Culturas y el edificio Chihuahua, y la frase “A más de tres décadas de la masacre en Tlatelolco, la memoria es más fuerte que el olvido”. Ya a

estas alturas de nuestro escrito podemos diferenciar, sin mayor esfuerzo, que al decir memoria pareciera estar más enfocado a una memoria-en-orden-de-justicia-jurídica-e-“Histórica”, en lugar de un trabajo de memoria-en-orden-de-justicia-memorial-de los habitantes de Nonoalco-Tlatelolco, un grupo olvidado, o apenas percibido del que se extrae lo que únicamente puede entrar o apoyar a un discurso mayor. En otras palabras, el lenguaje videográfico y el guión son un ejemplo de la ruptura motorizada memorial que expuso Allier, el cambio entre el recuerdo doloso y la rememoración esclarecedora.

Analicemos más a fondo la opinión de Kelly con el reporte de Carrillo. Tras los resultados histórico-jurídicos obtenidos, Kelly resume el enojo del sector intelectual y detecta un cerco. *“Los intelectuales vieron la influencia de Tlatelolco en la guerra sucia de los setentas, en los terremotos del ’85. Nunca dejaron que la masacre se les saliera de las manos; de hecho, sus memorias constantemente se rehacen y se re-aplican a las circunstancias del presente. [Ellos] niegan a otros la entrada a su lugar santo, al dominar con remembranzas las conmemoraciones.”*²⁰⁰ Reiteramos nuestro punto de vista, que parte del hecho de la falta del canadiense en pensar estar “apropiación” de memoria como una práctica traumática, no devenida únicamente del hecho que el grupo intelectual experimente, sino también de los avatares y persecuciones sufridas después para que no hablaran del hecho, y las constantes negativas del gobierno por reconocer el agravio. Como dijimos, una suma constante de enojos.

Un punto polémico del análisis de Kelly, así lo creemos, es la radiografía que hace de las conclusiones en el reporte de la FEMOSPP. Para perseguir las huellas de un crimen, Carrillo y su equipo analizaron cuáles fueron en sí las demandas de los estudiantes durante el movimiento, y cómo éstas fueron agravadas; Kelly concluye, en una reflexión cuasi revisionista cuasi negacionista, que a) los estudiantes no querían que el PRI saliera del poder, sino que fuera fiel a la Constitución de 1917; b) la idea o deseo de democracia no aparece en ninguna de las demandas estudiantiles; c) la guerra sucia fue un hecho aislado, una opresión gubernamental que poco o nada tenía que ver con el ’68 más allá de seguir la práctica de violencia por parte del Estado.²⁰¹

²⁰⁰ *Idem.*, pp. 153

²⁰¹ *Idem.*, pp. 157

Kelly entiende esto como un estancamiento en la narrativa sesentaiochera porque “*si la masacre era empatada o separada de las otras represiones, perdería su estatus sagrado*”. Y la lleva al grado de monopolización al decir que la memoria del ‘68 se está haciendo vieja porque sigue en las manos de la “*autoridad de la experiencias*”, es decir de los que pasaron por aquella experiencia (obviamente no contempla el concepto de trauma en esa experiencia.) ¿Qué valor discursivo tiene la experiencia para Kelly?; “*La experiencia era su principal razón; –hablando de los intelectuales que estuvieron ahí, ¿podemos recordar la formula de validación del testigo-testimonial dicha por Ricœur?–, otros autores e historiadores no estuvieron ahí, así que no pueden saber lo que en realidad pasó. [Los intelectuales] quieren establecer una memoria colectiva basada en memoria en vez de historia.*”²⁰²

Como marcamos, este análisis navega más por una interpretación negacionista, pero no en relación a lo que sucedió el 2 de Octubre, sino a las claras señales de actitudes y practicas post-traumáticas que envuelven los esfuerzos por esta memoria para sobrevivir y obtener justicia.

3.2.- El Memorial del ‘68 y la victoria institucional.

Si los noventas fue un periodo intenso para los impulsos de la memoria del ‘68, la pasada década sobrepasó por mucho la vara. Y si el añoso sesenta y ocho comenzó a ganar batallas discursivo-memoriales gracias al impulso que proveyó el acoso de los ochentas, el 2007 le dio su victoria institucional. Estamos hablando del Memorial del ‘68. Hasta la fecha existen dos fuentes clave para analizar al Memorial del ‘68 como sujeto de estudio. El primero es el libro “Memorial del ‘68”, editado por la UNAM y el Gobierno de la Ciudad de México. En él se puede observar una guía tanto museológica como museográfica de la constitución del lugar. Es una guía escrita del Memorial. La segunda fuente clave es la tesis de maestría de Cintia Velázquez Marroni, quien fungió como colaboradora en la creación del sitio. Parece pertinente arrancar con éste último.

²⁰² *Idem.*, pp. 160 y 167 Kelly resuelve así un concepto presentado desde su introducción, el de «cámara de eco». Para él la paulatina negación de los intelectuales por “compartir” su memoria ha encapsulado las posibilidades narrativas pos-generacionales del hecho. Como si la memoria traumática de los intelectuales, (nosotros no concordamos con esa denominación), se tratara de un perro que se sigue persiguiendo la cola.

El 22 de octubre del 2007 en la gaceta informativa #4023 de la UNAM se publica el decreto que inaugura el Centro Cultural Universitario Tlatelolco, CCUT. Tal acontecimiento sucede 2 años después de la iniciativa por la creación de un conjunto patrimonial de la UNAM, que conmemore de alguna forma el Movimiento Estudiantil de 1968.²⁰³ Firmado por el entonces rector de la máxima casa de estudios, Dr. Juan Ramón de la Fuente, el documento consta de dos apartados principales; consideraciones y acuerdo. En las consideraciones podemos detectar la injerencia que tanto la UNAM como el Gobierno del Distrito Federal tuvieron en la selección, construcción y respaldo del Memorial.

La UNAM reza que *“tiene entre sus fines impartir educación superior y realizar investigaciones, principalmente acerca de las condiciones y problemas nacionales, y extender con la mayor amplitud posible los beneficios de la cultura”*, y

que el Gobierno del Distrito Federal [donó] uno de los espacios más bellos y con mayor renombre y tradición de la Ciudad –el edificio donde se encontraba la Secretaría de Relaciones Exteriores–, con el objetivo de crear un centro cultural donde se desarrollen actividades culturales, académicas y recreativas que beneficien a la vida comunitaria de la zona norte del Distrito Federal.²⁰⁴

Al leer más allá de las líneas queda claro que el CCUT conforma un proyecto institucional cuyo objetivo es la sanación y rehabilitación de un espacio público, históricamente marcado como prueba del autoritarismo de un pasado sin reivindicación. Será pues únicamente la UNAM y su personal los responsables en la planeación museológica y museográfica de todo el CCUT, lo que ya nos habla de un apropiamiento en el manejo de la memoria por parte de la Universidad, ya que hubo otras universidades y centros educativos que participaron en el movimiento del ‘68.

Analizando con cuidado la primera cita, la UNAM aparece como benefactora de la cultura y patrimonio del ‘68, es creadora y a la par propagadora. Por ende, la construcción del discurso dentro del memorial corresponderá a las inclinaciones y tradición historiográfica de la institución. Por otro lado el Gobierno del D.F. es la donadora de todo

²⁰³ Arroyo, Sergio. García Alejandro. *“La memoria y la ceniza”*. pp. 14

²⁰⁴ Velázquez, Cintia. *“Musealizar el pasado reciente ¿Un futuro para la historia? Los museos memoriales y el Memorial del 68”*, pp. 199

el complejo de Relaciones Exteriores, e impulsadora de actividades recreativas. Habría que atender el contexto bajo el cual la oficina de la Jefatura de Gobierno de la capital, en tiempo de Andrés Manuel López Obrador un año antes, concedió todo el complejo de la ex secretaría a la UNAM; y por otro lado la urgencia que el rector tenía para inaugurar el Complejo antes de noviembre del 2007 cuando terminaba su gestión.

El apartado de los acuerdos²⁰⁵ es interesante por la descripción que se hace de lo que será el Memorial: *“Espacio museográfico, multidisciplinario, con recursos tecnológicos de vanguardia de carácter educativo e informativo, que está orientado a la difusión y comprensión de la historia contemporánea de México y la temática asociada a sus movimientos sociales, tomando como eje fundamental de este espacio el Movimiento Estudiantil de 1968.”*²⁰⁶ Aquí ratificamos algo dicho previamente; aunque el Memorial contenga información del movimiento ferrocarrilero en 1958, el de 1965 o hasta el Halconazo del '71, el '68 será el axis narrativo. La discusión debe estar dirigida al peso pos-memoria que se le ha atribuido al movimiento estudiantil como coyuntura política y cultural de México.

Para entender mejor al Memorial del '68 hay que comprender mejor qué significa esta representación del pasado, una suerte de historia monumentalizada. Desde siempre la Historia ha sido una operación basada enteramente en la escritura, es decir, en los relatos o crónicas, pareceres y pruebas avaladas en físico y bajo la protección legitimadora de las instituciones, cualquiera sea el tipo. El museo, nos comenta Cinthia Velázquez, funciona muy a la par con el proceso escriturístico: hay una selección, un estudio, un protocolo de conservación, un aparato interpretativo y un plan de difusión. Es decir, son *“historiografía en el sentido de las formas de reconstruir el pasado llevadas a cabo en el presente.”*²⁰⁷

La diferencia principal yace en el conjunto de plataformas con las que cuentan los museos, o los memoriales, para exponer su discurso o interpretación del pasado. La diferencia la podemos dividir en dos: la Historia escrita cuenta con un conjunto muy determinado de plataformas, obviamente la primera es el papel donde convergen palabras,

²⁰⁵ Entre los cuales se destacan: que sea un sitio donde se puedan realizar congresos internos e internacionales patrocinados por la UNAM, y creación de actividades musicales, teatrales, artes escénicas, artes plásticas y exposiciones audiovisuales. No se plantea un espacio *ex pedito* donde conmemorar anualmente la matanza o el cuidado y mantenimiento de la placa conmemorativa ubicada en la Plaza de las Tres Culturas.

²⁰⁶ *Idem.*, pp. 199

²⁰⁷ *Idem.*, pp. 8

imágenes o fotografías. Su difusión, para bien o mal, va dirigida a un público a fin a la lectura, esencialmente. Esto nos lleva a la otra división; y es que los museos pueden “jugar” más con sus fuentes, o sea con los elementos usados para presentar el pasado: las herramientas visuales o audiovisuales, la escenificación casi exacta de sucesos históricos, el manejo de luces y ambientaciones, aunado a muchas herramientas más, crean una divergencia donde, y es aquí que pasado y presente hayan otro tipo de cercanía, el visitante (que también podríamos llamar lector ya que está siendo testigo y participe de una *textualidad*), “camina” a través de un pasado ya procesado y reinterpretado, donde los acontecimientos y nombres más relevantes, o importantes dependiendo de la intencionalidad discursiva, son los que dirigen y marcan el recorrido.

En una definición muy acertada, Cinthia llama a esto una historia “*tridimensional*”, es decir, una historia que puede llegar a ser hasta dinámica para un nuevo tipo de lector, o sea el visitante. Pero por lo anterior no habría que entender que el museo a suplido a la escritura como el acceso por excelencia al pasado. Lo maximiza, sin duda. Y es que nace una retroalimentación entre información y las herramientas que la difunden. Ahora, esta retroalimentación nos obliga a virar hacia un nuevo término: la cultura histórica. Para nos distraernos tanto de nuestro tema que es el Memorial del '68, nos acercaremos a este concepto desde dos perspectivas; la definición de Fernando Sánchez Marcos, utilizada por Cinthia Velázquez y que nos parece también acertada para nuestros intereses, y la problematización del “boom” de memoria propuesta por Andreas Huyssen.

El concepto de memoria histórica expresa una nueva manera de pensar y comprender la relación efectiva y afectiva que un grupo humano mantiene con el pasado, con su pasado. [...] La perspectiva de la cultural histórica propugna rastrear todos los estratos y procesos de la conciencia histórica social, prestando atención a los agentes que la crean, los medios por los que difunde, las representaciones que divulga, y la recepción creativa por parte de la ciudadanía.²⁰⁸

Como nos da a entender, la definición de Sánchez Marcos es en el punto nuclear de la importancia de la memoria en orden de hacer Historia: se trata de regresar el significado

²⁰⁸ Sánchez M., Fernando, “Cultura Histórica”. Citado en *Idem.*, pp. 9

humano de dar cuenta de los acontecimientos pasados, de hechos que quedan en la conciencia de lo colectivo y que además encuentra múltiples caminos de significación, ya que en cada receptor del pasado (en el caso de un libro de historia o un museo), es decir un lector, yace lo real de lo intangible, de lo ya sucedido, de lo ya pasado. Habla, como también lo hemos estado haciendo, de las herramientas y recursos por los cuales esa intangibilidad es configurada para ser y traer un significado humano en el presente. Y lo más importante, se enfoca en la recuperación y uso que hace del pasado el presente. Nada más cercano a esto es la concepción de identidad y retroalimentación existencial entre presente y pasado que vimos con David Lowenthal.

Ahora, la definición de Sánchez también nos deja entrever un elemento básico: si el pasado nos interesa a tal grado de ser un bien que se entiende con el presente a tal grado de encontrar cabida en la tecnología y los discursos, entonces se ha vuelto un bien de consumo. En un extraordinario artículo, el alemán Andreas Hyussen analiza esta explosión-emotiva que nos produce el pasado. Lo llama el boom de la memoria. Bajo una suerte de *big bang* Hyussen comenta que en la década de los 70's el mundo occidental comienza a prestar mucha atención a la restauración de paisajes y comunidades, ya fueran de las devastadas por la guerra en el caso de Europa o lugares olvidados por el boom de la industrialización, también en Europa y en Estados Unidos.

Debido a esto se crean las instituciones dedicadas a la tarea de selección y restauración de estos lugares. No hay que olvidar que también se crean los medios y las herramientas para promoverlos. Un nuevo tipo de acervo o corpus surge, en los edificios, las calles, los bares, las casas de antiguos personajes ilustres, las carretas, la ropa, los utensilios de cuidado personal o de trabajo, etc. Pareciera que el ente formado por consumismo y nostalgia fue el combustible que alimentó ese deseo extraño del que nos hablaba Lowenthal; la obsesión melancólica por el pasado:

[...] al marketing masivo de la nostalgia, a la obsesiva automusealización a través del videograbador, a la escritura de memorias y confesiones, al auge de la autobiografía y de la novela histórica posmoderna con su inestable negociación entre el hecho y la ficción; a la difusión de las prácticas de la memoria en las

artes visuales, con frecuencia centradas en el medio fotográfico; y al aumento de los documentales históricos en televisión.²⁰⁹

Así Huyssen hace referencia a las plataformas con la cuales el ciudadano común se “historiza” tratando de perpetuar su presente, de tal manera que cuando sea pasado pueda tener muchas referencias de él (videos, fotografías, etc.) Y es este mismo espíritu de aferrarse al tiempo el que ayuda a darle legitimidad a esos videos y esas fotografías: si se tienen esas referencias, sí se estuvo ahí, o en otras palabras, es cierto lo que la persona o las persona dicen que pasó. Aquí nos viene a la memoria la respuesta que nos dieron cuando preguntamos por qué no había testimonios de habitantes de Tlatelolco dentro del discurso museológico del Memorial; ¿cuáles serían las pruebas de esas personas para comprobar que estuvieron ahí y pasaron por aquella experiencia? Tomando en cuenta la legitimidad que deben tener los testimonios o memorias para formar parte de un memorial, escrito como el de Cazés o físico como el de la UNAM, pareciera que la idea ortodoxa de comprobación yaciente en la Historia escrita es un mal habito trasplantado también a esta historia monumentalizada.

Regresando a Huyssen, él también comenta que la explosión de la memoria del Holocausto ayudó a este boom, no solamente por su temática (Segunda Guerra Mundial, exterminio nazi, etc.), sino porque fungió en la década de los 80’s y 90’s como la bandera inconsciente de cualquier atropello hacia la raza humana en cualquier parte del mundo. El historiador comenta que ya fuera masacre, o epidemia, o injusticia de cualquier tipo, el Holocausto sirvió como referencia para pedir no solamente justicia, sino no-olvido; es decir, memoria.

Pero la preocupación de Huyssen, una por cierto casi orwelliana, es si estamos guardando todo, documentado todo, archivando todo en plataformas digitales pueden entonces suceder dos cosas: a) el olvido de todo por la acción de borrado, o b) que la reproducción masiva de imágenes y memorias personales llegue a tal grado que ya no sepamos diferenciar la fuente verdadera de la falsa, lo que causaría una modificación atroz en la de por sí operación dicotómica humana entre recordar y olvidar. El revisionismo que vimos en el segundo capítulo podría encontrar aquí un nuevo empuje: sobre la reproducción

²⁰⁹ Huyssen, Andreas. “*En busca del tiempo futuro.*” pp. 5

y almacenamiento masivo de referencias del pasado las memorias vividas o narradas pueden de pronto caer en el argumento de las memorias imaginadas o hasta copiadas.²¹⁰ El último punto que queremos tomar de Huyssen lo guardaremos para más adelante, cuando veamos dos referencias, una historiográfica la otra audiovisual, que encajan perfectamente en el concepto crítico del boom memorial.

Ahora bien, el libro “Memorial del ’68” es una suerte de compilado-recorrido-anecdotario anexo al proyecto impulsado por la UNAM y el Gobierno del D.F. Esta obra, de difícil obtención ya que sólo se publicaron unos cuantos miles de ejemplares los cuales fueron más una suerte de obsequio para funcionarios y personas que participaron en la creación del museo-memorial, es interesante e inquietante, ya que despliega de manera amplia y selectiva no solamente los parámetros utilizados en la planeación, realización y conclusión del Memorial, sino que también es un retrato del estado de la herencia del movimiento, impulsando –haciendo eco de Allier–, un nuevo motor en el manejo memorial del ’68.

El libro arranca con una introducción de Sergio Raúl Arroyo y Alejandro García Aguinaco, director y curador principal del Memorial respectivamente. De forma condensada es el resumen de los lineamientos principales que ya vimos; sin embargo existen algunos puntos que son de nuestro interés. En primer lugar el aspecto discursivo que se planteó para el memorial; rescatemos algunos:

1.- Nos circunscribir el Memorial a los hechos del 2 de octubre; sino desplegar un recorrido por la cronología general del movimiento estudiantil del 68, permitiendo prolongar la mirada en la línea del horizonte histórico y proponiendo, más allá de un registro profundamente trágico, un ejercicio reflexivo sobre los contenidos de un extenso y decisivo capítulo de la intrincada modernidad mexicana.

2.- [...] El Memorial debería ser una propuesta audiovisual audaz que utilizará numerosos recursos tecnológicos, para ensayar un lenguaje verdaderamente vinculado a los cambios formales que constituyeron la divisa de los años sesentas. Esta posibilidad implicaría la utilización de documentos en que quedó

²¹⁰ *Idem.*, pp. 8

descrita la historia del movimiento (cine, televisión, radio, fotografía, prensa escrita, etc.)

3.- No realizar una apología despersonalizada del movimiento, sino un homenaje a una generación completa –y a veces contradictoria- que con su protesta y activismo produjo aportaciones decisivas tanto en las transformaciones políticas de México, como el surgimiento de valores alternativos en la vida cotidiana de numerosos grupos de la sociedad.

4.- Nos circunscribir el movimiento a una derrota social y política, sino reconocer su efecto renovador en el mediano y largo plazos de la historia mexicana.²¹¹

Podemos rastrear algunas de las características históricas del estado memorial del movimiento a través de estos lineamientos; la desacralización del 2 de Octubre como principal referente del movimiento, y la extensión del mismo hacia otros sucesos que precedieron la matanza en Tlatelolco: el reforzamiento en el corpus testimonial de militantes y sobrevivientes directos a la matanza como ligadura principal, tanto para la construcción museológica como para la transmisión de la información: y, principalmente, la investidura histórica que se le quiere dar al movimiento como el último gran momento coyuntural en la historia sociopolítica de México, algo semejante al cuarto quiebre que analizamos con William Kelly.

En lo respectivo a lo museográfico el reto fue transformar un espacio de 1250 m² en un espacio donde tanto los materiales a exponer como los visitantes pudieran convivir de forma educativa y amena. De la misma forma, la ambientación del lugar tenía que corresponder con cierta similitud histórica. Por ejemplo, para el episodio de la Manifestación del Silencio el lugar se pensó para que por un momento ningún ruido o sonido de otras salas perpetrara, dándole una correspondencia simbólica al evento museográficamente representado.²¹²

Al término de la etapa de recopilación de información, se contaba con 57 testimonios grabados, casi cien horas de duración, cincuenta horas de registro fonográfico (discursos, entrevistas, grabaciones *in situ*, programas de radio), cincuenta horas de

²¹¹ Arroyo y García, *Op. Cit.* pp. 14-5

²¹² *Idem.* pp. 26

material fílmico (películas, noticieros, documentales y programas de televisión), y 4.150 imágenes (fotografías, grabados, manifiestos, volantes y otra obra gráfica.)²¹³

Esta tarea, hay que decirlo, fue titánica y de gran valor histórico. No se le puede ni restar ni quitar esa particularidad. Pero cuando hablamos de comprometer los alcances históricos nos referimos a todos esos testimonios o voces que, por no estar en alguno de estos retazos materiales del pasado, su testimonio de lo ocurrido no tiene cabida; pareciera que ni validez. En otra parte se hablaba de cómo el Memorial se volvería “vecino” de la Plaza de las Tres Culturas, lo cual conllevaba un tipo de responsabilidad ética e histórica con el lugar de memoria o de duelo que, como extra, es el sitio “original” del acontecimiento. Un nuevo cuestionamiento sería ir más allá de esta idea de culto al sitio e introducir de la misma manera un compromiso con la Unidad Habitacional Nonoalco-Tlatelolco; es decir con las personas que viven o vivían ahí. Personas que serían también vecinos del Memorial.

En uno de los extractos de las muchas entrevistas que componen el segundo capítulo de sus tesis, Velázquez recaba la opinión de Álvaro Vázquez Mantecón –curador del memorial–, con respecto a algunos núcleos temáticos, o cortes específicos de tiempo, que el discurso cronológico sufrió: “*era muy importante destacar [...] la barbarie policial, [...] el liderazgo del rector [Barrios Sierra], [...] la importancia del consejo del CNH como organismo democrático que presenta críticas a un sistema autoritario, [y] las brigadas como difusoras del evangelio de la democracia.*”²¹⁴ Claramente la intensión por legitimar al movimiento del ’68 como la cuarta consciencia de la identidad mexicana sigue permeando toda su argumentación, a pesar de haber “curado” de culpa al edificio de Relaciones Exteriores, mil veces visto como el símbolo de la modernidad represora priista. Esta construcción cronológica-narrativa comprueba la modificación romántica de los caídos

²¹³ *Idem.* pp. 16 Nicolás Echeverría fue el encargado de la grabación de las entrevistas, además de las capsulas informativas que con el tiempo salieron al aire sobre el Memorial; el historiador Álvaro Vázquez elaboró los cuestionarios para las entrevistas; Oscar Guzmán se encargó de recopilar y revisar fotografías, videos, animaciones y montajes.

²¹⁴ Velázquez, *Op. Cit.* pp. 119 Aunque difícil no caer en la tentación, las palabras de Mantecón resuenan en las críticas de Kelly hacia la narrativa sesentaiochera. La del discurso cargado de emotividad y sentimentalismo que ha catapultado a los muertos como agentes de la democracia, y tras la atropellada resolución del reporte de la FEMOSPP parece que esta mitificación de los muertos es extremadamente compleja de deconstruir. Pareciera que los herederos son un nuevo tipo de apóstoles.

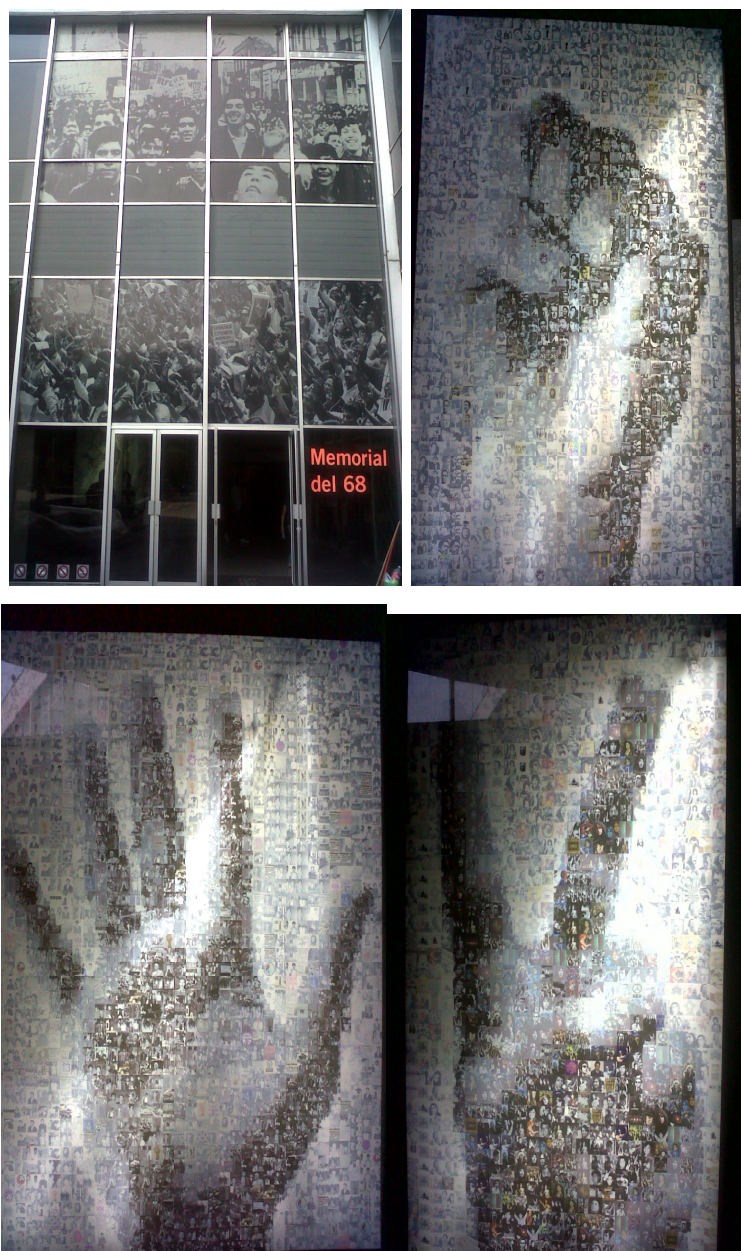
el 2 de Octubre que, recordando, por vorágines temporales se convirtieron en héroes por la democracia.

El Memorial surge también como un intento del PRD por diferenciarse del PRI como nuevo partido al mando del gobierno federal, y utilizarlo, aparentemente, como un argumento constante de cambio nacional; *“de una universidad que, tras cinco años de haber salido de una huelga –de abril del 1999 a febrero del 2000–, que la desacreditó académicamente, necesitaba reposicionarse como la institución educativa autónoma más importante del país”*. Pero primordialmente como el sitio donde convergerían todas las leyendas y mitos de lucha social post-revolución mexicana, donde la herencia del ‘58, ‘65, ‘68’ y ‘88 *“que buscan representatividad simbólica en la historia contemporánea del país”*.²¹⁵ Pareciera que la creación del Memorial del ‘68 es la celebre conclusión de un duelo, el institucional. Pero también lo podemos observar como un torniquete por donde parte del trauma encuentra terreno fértil.

Si el grupo de sobrevivientes, esos 57 testimonios, yacen dentro de una «cámara de eco», como lo dice Kelly en su tesis, es producto de la constante negativa del Estado por reconocer la matanza del 2 de Octubre, por la continua falta de señalamiento a culpables y, esto totalmente escapa de las manos de los 57, las ininterrumpidas violaciones y atropellos sociales que acaecen el país, y que encuentran en la memoria del ‘68 un referente desde el cual pueden exponer sus demandas. Si la memoria del ‘68 logro una “victoria” institucional con la creación del Memorial, entonces pareciera que las continuas demandas sociales ven en él una posibilidad de en algún momento lograr ese tipo de legitimación.

Ahora bien, aquí nos parece prudente hacer un recorrido fugaz por el Memorial, con fotografías que tomamos y que brevemente explicaremos para hacer un poco más visual lo expuesto.

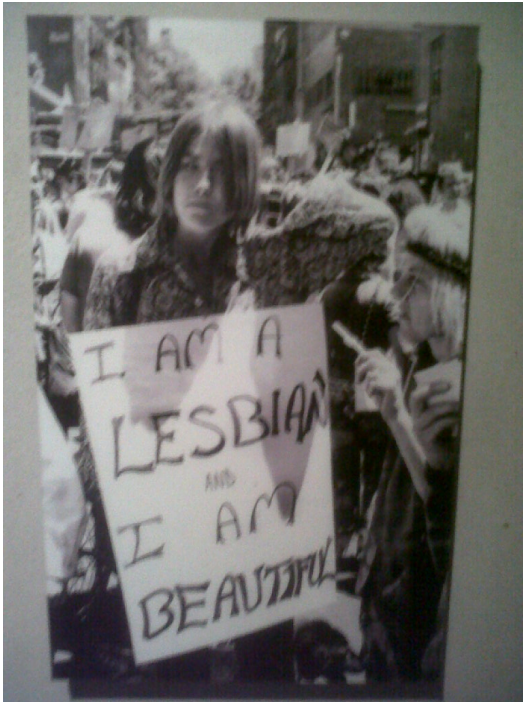
²¹⁵ *Idem.*, pp. 181



Fotos tomadas por el autor.

22 de Febrero del 2012.

En la entrada se despliegan tres enormes displays de pequeñas imágenes referentes a los años sesentas, apoyadas en el fondo por tres manos en diversas posiciones; puño, con la palma abierta y la V de la victoria. Todas alusivas a la mitología del Movimiento Estudiantil. La primera parte del recorrido está compuesto por un preámbulo y contexto político-social, nacional e internacional que parte de 1958 hasta 1968.



Fotos tomadas por el autor. 22 de Febrero del 2012.

Como se sabe, la década de los sesentas es mayormente recordada por su efusividad cultural y musical. Unos 5 paneles con audífonos permiten escuchar canciones de los Beatles, Bob Dylan, Cream, The Who y The Rolling Stones.



Foto tomada por el autor. 22 de Febrero del 2012.

Después de un recorrido temático dinámico, comienza la cronología precisa de 1968. Hasta llegar al segundo punto clave del Memorial: la Cronología del Movimiento:

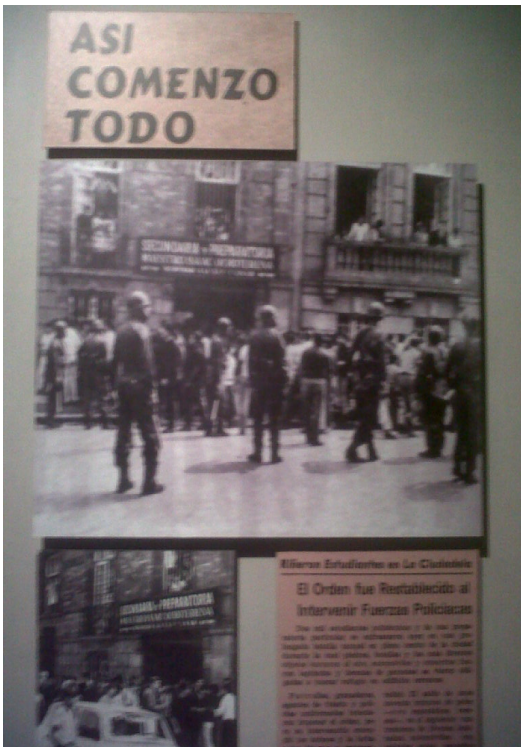


Foto tomada por el autor. 22 de Febrero del 2012.

Aquí es donde la unión entre el discurso museológico y las posibilidades museográficas le dan gran posibilidad de dinamismo e interacción:



Foto tomada por el autor. 22 de Febrero del 2012.

Desde restos dela puerta de San Idelfonso,



Foto tomada por el autor. 22 de Febrero del 2012.

pasando por las primeras grafías y volantes que se repartían en la Ciudad de México a inicios del mes de agosto,



Foto

tomada por el autor. 22 de Febrero del 2012.

hasta carteles y posters alusivos a los reclamos y peticiones hechas al gobierno. La primera planta abarca la presentación del contexto nacional e internacional hasta los primeros días de septiembre. Ya para el 13 de septiembre de 1968 se debe descender, iniciando con la descripción de la Marcha del Silencio. Sobre su particularidad escenográfica hablamos líneas arriba.



Foto tomada por

el autor. 22 de Febrero del 2012.

Los 57 testimonios que conforman el hilo principal del Memorial siempre acompañan el recorrido. Es de destacarse la inversión para un cantidad enorme de pantallas de plasma donde, en cada acontecimiento, cada fecha, siempre se puede ver y escuchar el testimonio de alguno de los ex militantes.



Fotos

tomada por el autor. 22 de Febrero del 2012.

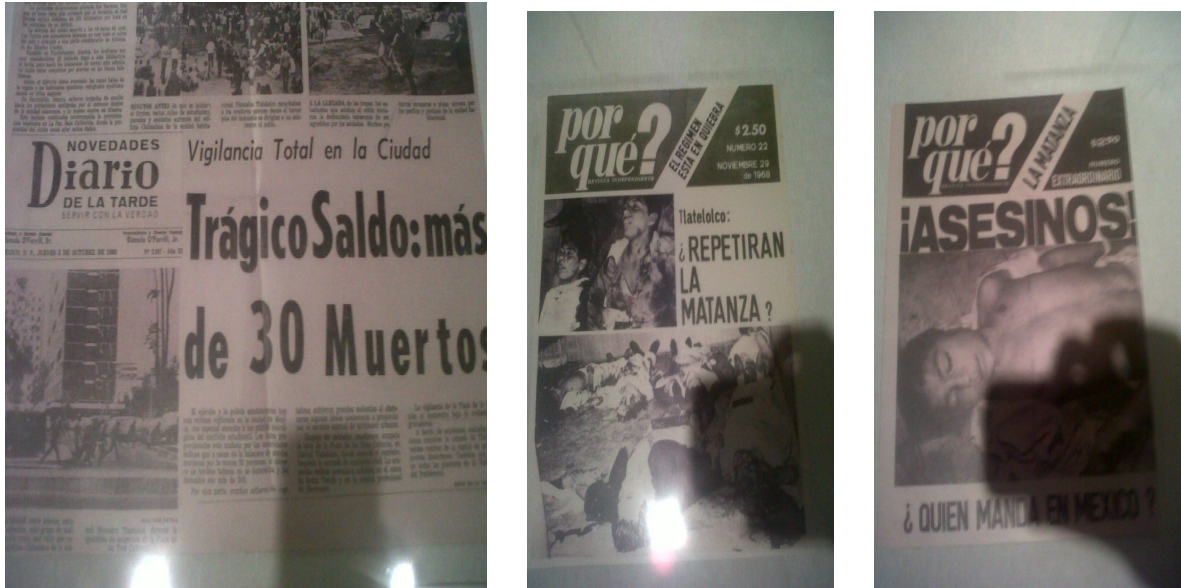
Con lo visto podemos decir que sí se cumple con el propósito de desplegando un contexto internacional y extendiendo, una suerte de preámbulo del movimiento estudiantil. Por obviedad, el 2 de Octubre ocupa el mayor espacio dentro del Memorial, y su intervención en video es la más larga (30 minutos.) De la misma forma, es la que más recursos simbólicos utiliza. Por ejemplo existe una recreación, con un papel tapiz en el piso que simula las losetas de la Plaza de las Tres Culturas, del paisaje de muerte y desolación que sucedió después de la matanza.



Foto

tomada por el autor. 22 de Febrero del 2012.

También se presenta un acervo de algunos diarios y publicaciones que daban fe de lo ocurrido.



Fotos tomada por el autor. 22 de Febrero del 2012.

Al final de esta parte del recorrido cronológico, hay un cuarto que destaca por su originalidad y aprovechamiento del espacio: un pequeño cuarto que servía para depositar archivo muerto fue ambientado para parecer una celda, con barrotes y una luz tenue, del techo hacia abajo. Alrededor del cuarto, como si estuvieran presentes, una serie de fotografías de jóvenes, mujeres y hombres, detenidos esa noche de octubre.



Fotos tomada por el autor. 22 de Febrero del 2012.

Con esto termina la segunda parte del recorrido. La tercera, de menor espacio y duración, esta dedicada a los siguientes 20 años, es decir hasta 1988. En ella se presenta la herencia del movimiento estudiantil. Por supuesto se aborda la llamada Guerra Sucia de los setentas, la apertura Democrática de Luis Echeverría; hasta el sismo de septiembre de 1988, acontecimiento que ha tratado de alimentar el espíritu *renacentista* del discurso sesentaiochero como vimos con Carlos Monsiváis. Por último una sala digital y bibliográfica, donde se pueden consultar desde los libros más representativos sobre el movimiento estudiantil, como La noche de Tlatelolco, Los Días y los Años, La Plaza, México '68; juventud y revolución, Parte de Guerra, entre otros. Mientras que, en las computadoras se pueden revisar las entrevistas completas de los 57 testimonios de los ex-militantes. Videos, galerías fotográficas, documentales y grabaciones de audio.

De hecho el Memorial fue una de las cosas que tuvieron lugar en la entrevista con la señora Leticia:

AEP.- ¿Sabe usted del Memorial del '68? ¿Usted consideraría que testimonios de personas como usted, que vivieron ahí, sean importantes para el lenguaje del Memorial, deberían tener cabida?

LFM.- Obvio. Volvemos a lo de las percepciones. Ellos [los testimonios que conforman la parte museológica del Memorial], como periodistas, intelectuales, escritores, tienen otra percepción. [...] Y te van a decir, “esa señora está loca. ¿Qué está diciendo? No fue así”. El intelectual, por su experiencia, ¿qué perspectiva crees que pueda tener sobre esto? Otra totalmente, cada quien te va a platicar su cuento.

Los periodistas, ¿qué es lo que les enseñan, para lo que los preparan?, buscar la nota, y obviamente van a buscar lo más cercano a la verdad -porque de eso se trata- pero sin perder siempre la nota. Obviamente nunca lo van a ver con sentimiento, de “tú hogar” de “tú casa”, de lo que pasaba en tú interior, en tú ser. Cada persona te va a hablar diferente. Que después todos esos personajes se juntan, platican, y coinciden en algo sí lo creo. Otra cosa, ellos tienen sus fuentes de información, yo sólo te hablo desde mi corazón, yo sólo hablo de mi ser, de lo que yo sentí, de lo que yo viví. Y a lo mejor lo que mi hermana te dice es otra cosa, porque ella lo vivió de diferente manera. Porque tenía otra edad, porque no tenía experiencia.

¿Yo quién soy? Soy simplemente una señora, que fue niña que vivió eso y ahorita soy una ama de casa, pero con esa experiencia. Con esa marca que nunca se ha podido quitar. Haz de cuenta que te arrebatan la felicidad, exactamente. Yo fui feliz hasta el setenta, a partir de ahí mi vida cambió totalmente. A partir del '68 cambia la vida pero empieza –es como cuando alguien se muere, quedas en shock- y tienes que vivir el duelo, y es como un año, dos años, depende; eso es lo que yo viví en Tlatelolco, un duelo. Ya no nos gustaba ir al club, salir, ya no íbamos al parque, te arrebataron tu felicidad. Es como arrebatarte tu niñez, tu intimidad, no sé, pero algo pasó que me partieron. Y siempre me imagino feliz hasta el sesenta y ocho-setenta, cuando yo salgo de Tlatelolco mi vida es otra. Totalmente diferente.

3.3- Fe sesentaiochera: la cuadragésima conmemoración.

¿En qué manera ha servido el Memorial como lugar de memoria dentro de la mítica inmediata del '68? Durante los meses de agosto hasta octubre del 2008 el Centro Cultural Tlatelolco fue la axis de la cuadragésima conmemoración del movimiento estudiantil. Entre sus actividades se dieron una larga serie de ponencias magistrales, cuya intensión era reflexionar sobre la importancia histórica del movimiento. Voces de cabecera estuvieron ahí. Pero destacaremos aquí la ponencia de Cuauhtémoc Medina, *Problemas de Memoria*. Como pocos en el escenario, él problematiza el contexto ontológico que se ha creado gracias a las formas de rememoración y elogio traumático, es decir las representaciones artísticas y su semántica. Pasando por el documental pilar “El Grito” de Leobardo López, hasta la película psicodélica de Alejandro Jodorowsky “La Montaña Sagrada”, Medina los coloca como paradigmas artísticos que predisponerían las formas de expresión, que guardan reclamo y denuncia, tal como las conocemos hoy día.

Según Medina se da una transformación en la genealogía del pueblo, donde el lema “lucha por el pueblo mexicano” se trasforma en una especie de conjuro, donde todas las causas pueden entrar, además que sustenta una problemática de larga duración de represión y encubrimiento de los opresores. Lo «popular» se mezcla entonces con el paradigma discursivo de lo «revolucionario», volviéndose un arte de masas “dialectico-subversivo”, que en el caso del '68, los militantes y sobrevivientes no han sabido transmitir a las nuevas

generaciones (recordemos los maestros de historia que pide Taibo), por el espacio político de legitimación que la izquierda les proporcionó.²¹⁶

En este trabajo ya hemos hablado de los símbolos, pues bien, La Grieta de Tlatelolco es uno de ellos, y de los más problemáticos, como en el inicio de este capítulo expusimos. Esta placa de más de dos metros de altura hecha en arcilla contiene los nombres de no más de 25 supuesto fallecidos la tarde del 2 de Octubre, y un poema de Rosario Castellanos. La placa podría formar parte de miles de monumentos “históricos” repartidos por todo México los cuales pretenden rendir homenaje y mantener “vivos” en la consciencia mexicana nombres, fechas y rostros. Sobre la placa, Medina critica:

La discreta lapida con los nombres de las victimas que eventualmente fue colocada en los años noventa es más bien el marcador de la falla en generar un proyecto escultórico que cumpliera una simbolización más general. [...] Es probable que el fracaso de monumentalizar al 68 sea uno de los datos que más enfáticamente demuestran la caducidad social de toda producción visual que pretende convertir los hechos del pasado en hito de un relato teleológico; ya reclamándolo como episodio de las llamadas “luchas populares” o como medio de fundación ideológica de un nuevo régimen político.²¹⁷

La cita resume casi a la perfección lo demostrado por medio del artículo de Eugenia Allier: el contexto legitimador de los noventa, o la simbolización llevada a su máximo. El tiempo de espera subconsciente que tiene una sociedad por transformar un evento en materia prima para un discurso histórico, y la capacidad de arrastre que éste puede tener en una sociedad como la mexicana. También, gracias a la crítica de Cuauhtémoc Medina nos damos cuenta que examinar la memoria del ‘68 tiene muchos accesos, aunque no nos demos cuenta. ¿Dónde queda el lugar de las imágenes que se han vuelto referentes visuales inmediatos del movimiento y la masacre? Por ejemplo, es un problema que apenas se está tomando en cuenta, sea porque la Historia se está volviendo visual o porque está examinando pasados más recientes. O, sin pretender, ¿dónde entraría en este corpus memorial investigaciones como la nuestra, dándole entrada a los testimonios de la gente

²¹⁶ Medina, Cuauhtémoc. *“Problemas de memoria”*. pp. 55

²¹⁷ *Idem.*, pp. 58

que vivía y en sentido figurado murió el 2 de Octubre? Y en este caso tan específico, ¿qué significa la Grieta para vecinos o peregrinos sesentaiocheros en tanto pasa el tiempo?

Otro viejo lobo de mar hace su aparición en el contexto de la 40va conmemoración; Carlos Monsiváis, 38 años después del libro *Días de Guardar*, expande su comentario sobre el movimiento estudiantil. Pero esta vez ya puede sumar la cosecha dada por el peregrinaje. Cundo pregunta sobre el legado del '68 a 40 años, después que ya ha sido heredada la memoria, su reflexión, bien leída, es un pedido de atención hacia la Historia;

Las causas fundamentales de una generación suelen alimentar la inconcreción y la ironía de las siguientes. Si el olvido suele ser una técnica de equilibrio emocional, el pasado no sólo es otro país, es también el otro idioma jubilado, el funeral de muchas palabras clave. [...] ¿Tiene caso preguntarse por el legado del '68? ¿No está ya diluido y asimilado? [...] Ya en 1969, el '68 pertenece al tiempo sin tiempo de la historia abolida y resurrecta, y es, para quienes lo evocan, energía, agonía y punto de partida. ¿Y qué es Historia en este caso? ¿La furibunda incompreensión que intenta “reeducar” a los jóvenes? ¿El avance pese a todo de la democracia? ¿El fracaso terminal de la Revolución Mexicana?²¹⁸

Y ya que la Historia poco a nada había hecho en cuarenta años por problematizar el movimiento estudiantil y el 2 de Octubre, las posturas negacioncitas se mantienen por sí solas; *“Para algunos, los más cínicos, nada se consiguió, ni logros democráticos ni cambios en la mentalidad, nada más la certeza de la desesperanza ante los tanques, de las difamaciones y de las cárceles. Según ellos el espíritu del '68 [...] y el movimiento se habrían consumido en el desgaste de no darse la matanza del 2 de Octubre”*.²¹⁹

Como se dijo, Allier sabe que las memorias publicas siguen en construcción, por ende las investigaciones también: en un artículo que pareciera la segunda parte de “Presentes-Pasados”, la autora explica el por qué de este distanciamiento entre democracia y lucha social dentro de las disputas memoriales-discursivas del '68. Usando ahora como fuentes encuestas públicas, la socióloga presenta lo siguiente: la primera encuesta es del 2002 a cargo de Consultora Mitofsky: el año de 1968 se relaciona un 36.2% a *una* matanza

²¹⁸ Monsiváis, *“El 68: la tradición...”*, pp. 43

²¹⁹ *Idem.*, pp. 44

de estudiantes, un 24.9% a Tlatelolco, nada es un 16.4%, los Juegos Olímpicos un 4.5%, 2.7% para movimiento estudiantil, 0.7% para los nombres de Luis Echeverría Álvarez y Gustavo Díaz Ordaz, y un 13.9% no sabía. Desglosando estos datos Allier detecta que más el 50% de los entrevistados relaciona al 68 con muerte y represión²²⁰, conceptos que sin duda pertenecen a un nivel psicológico-social delicado, traumático.

Otra encuesta, esta de *El Universal* hecha en el 2008, demuestra que lo que se sabe del '68 se relaciona con algo negativo más que positivo; un 57% contra un 8% respectivamente. Y esto es llamativo, ya que la mayoría de la gente encuestada pertenecía a una educación media o hasta superior, donde su respuesta se sustenta en el mero hecho de saber que habían matado a estudiantes, por ende tenía que ser algo negativo. "*La memoria de denuncia parece primar sobre la memoria de elogio*"²²¹, porque la mayoría de mexicanos percibe al movimiento estudiantil y al 2 de Octubre como un hecho lamentable y trágico, que merece la misma justicia que Acteal, la Guardería ABC, las bajas civiles del narcotráfico, el '71, etc.

Decimos esto porque, en otro documento apócrifo con el que contamos, el aniversario 40, como buena liturgia, renueva votos de identidad y de vida. En un folleto titulado "Carta a los jóvenes del siglo XXI", hecho por decenas de sobrevivientes del '68 y el '71, se presentan cinco 5 ensayos que enfatizan en la denuncia. "*Somos parte de la generación mexicana y universal del 68; nos hemos reunido para reavivar la memoria, la historia y raíces de los movimientos juveniles de los años sesenta; acordamos actualizar aquellas experiencias y hacer esta Carta.*"²²² ¿Recordamos el valor de identidad que da el pasado y la memoria dichos por Lowenthal y Ricœur?:

Mantenemos en alto las banderas por la memoria, por la historia y por la reparación de agravios; **por la indemnización a las víctimas de los crímenes del Estado mexicano**. Intentamos recuperar la esencia y el contenido real de los planteamientos que proclamamos en los sesentas y convocamos a un ejercicio unitario de la historia; **a entrar al paraíso de la memoria**.

Somos parte importante de la generación del 68.

²²⁰ Allier, Eugenia. "El movimiento estudiantil de 1968 en México: historia, memoria y recepciones". pp. 20

²²¹ *Idem.*, pp. 21

²²² "Carta a los jóvenes..." pp. 3 Anexo #2

Somos los problemas que pretendimos resolver y también los problemas que no pudimos resolver.

Somos parte de una generación de rebeldes con causas, de insurrectos solidarios, **nosotros propusimos parte del sistema de ideales de los jóvenes de México.**

Vivimos identificados con los principios que nos impulsaban, los cuales siguen siendo **la razón de nuestras vidas.**²²³

Nos permitimos hacer unos realces con negritas sólo para tener presente no una apropiación o monopolización de la memoria bajo un carácter razonado políticamente, como lo maneja Kelly, sino para denotar la carga aún emotiva inmediata que yace dentro del núcleo evocativo que, es este caso, desemboca en el discurso. Aquí el poder que tienen el agravio y la denuncia son el combustible único y suficiente para mover a un colectivo que guarda en cada una de sus partes un acontecimiento compartido que marcó sus vidas, unos más otros menos, pero que cargan con dos lozas; la primera los compañeros muertos en Tlatelolco o en el Halconazo, y la segunda la negación por parte del tope de la pirámide para escuchar sus denuncias y resolverlas. En pocas palabras, analizar históricamente a estos colectivos no debe partir de qué tanta razón tienen o no en su evocación rememorística, que tanto pueden comprobar que estuvieron ahí, o cuánta más-menos emotividad o sentimentalismo está inmerso en su narración. La memoria, el recuerdo, el trauma y aun más la Historia yacen en la mezcla netamente humana del testimonio.

En su tercer ensayo, “México hoy”, la Carta a los Jóvenes hace algunos apuntes sobre instituciones mexicanas, como el IFE, el TRIFE, o el ejercicio de la FEMOSPP, como tácticas del Estado para aparentar que las atrocidades y crímenes del pasado estaban ya siendo investigadas. Una querrela que denuncia estar siendo tratado como a quien se le da atole con el dedo:

En algunos movimientos sociales se comenten abusos y tropelías por los vacíos y las carencias de cultura democrática; por los desvíos de los partidos de la izquierda. Independientemente de que hubiere excesos, demandamos poner fin a la represión y al terrorismo del estado mexicano en contra de sus opositores; deben atenderse y resolverse las causas del descontento desbordado. [...] Nos

²²³ “Carta a los jóvenes...” pp. 4

pronunciamos por la memoria y por la justicia. [...] La impunidad ha hecho de nuestro país el paraíso de la delincuencia y la causa de un sistema carcomido por la corrupción.²²⁴

Escritos como éste, fuera de la validación o la legitimación institucional que ha logrado la memoria del '68, son posibles pruebas del por qué el recuerdo parece estar estancado en lo doloso; del por qué las demandas hechas 40 años atrás aún tienen cabida en la cotidianeidad de una sociedad. Por ejemplificarlo de alguna manera, el hardware, la sociedad y sus problemas, aún es apto para un software, el discurso de denuncia y la memoria dolosa, que en la consecución del tiempo es funcional y “rentable”. Allier marcó una línea entre la denuncia y el elogio, afortunadamente la frontera no la dibuja literalmente como un “antes de – después de”. Pero gracias a la falta de justicia, de esclarecimiento, de reconocimiento total por parte del Estado la denuncia sigue ahí, como recordatorio o letanía que inevitablemente fue a parar en las manos del tiempo.

Retomando las “festividades” en el Memorial del '68, la UNAM se encargó de perpetuar las conferencias magistrales dadas desde el 6 de agosto hasta el 30 de octubre. Ya destacamos la de Cuauhtémoc Medina (la que percibimos como más crítica.) La ponencia dada por la politóloga Denise Dresser no le pediría permiso al artículo de Allier para enriquecer el corte al periodo del 2000 al 2006. En ella se incluyen los escenarios de agravio que fue ahí o allá hemos también nombrado. Su reflexión es, obviamente, política, lo que nos pondría a pensar en los alcances discursivos que esta línea analítica tiene dentro de la legitimación alcanzada por el '68 dentro de su institucionalización. Pero es el tomo II de este trabajo recopilatorio el que resulta harto llamativo.

Bajo el título de “El Orden Invisible: arte, escena y espacio público” éste tomo II es una recopilación de las muestras y puestas gráficas a lo largo de la Ciudad de México para hacer memoria, y yuxtaponer escenas del '68 con el espacio público en pleno 2008. En primer orden La Grieta –sí, esa que vimos con la evacuación humana–, se va de viaje: se hacen varias réplicas de la misma y se colocan frente al Palacio de Bellas Artes, frente a Palacio Nacional, frente a la antigua Basílica de la Ciudad de México, frente al Monumento a la Revolución por destacar algunas locaciones. Esto nos resuena a la complejidad de la

²²⁴ “Carta a los jóvenes...” pp. 9

memoria para ser un agente urbanístico, un patrimonio que por tangible debe ser también de todos.

Después se presentan el desmantelamiento y reinstalación del escudo nacional en uno de los flancos del antes edificio de Relaciones Exteriores. *“La idea consistió en que sólo para el día 2 de Octubre, y en el marco de la conmemoración de la matanza, esta forma de representación del Estado estuviera premeditadamente ausente.”* Un día después, el escudo fue colocado de nuevo en su lugar.²²⁵ Ideas casi elitistas, solamente para aquellos que entienden los juegos de palabras.

Ahora vienen los montajes públicos participativos: primero tenemos la utilización de potentes reflectores que se colocaron en el techo del antiguo edificio de Relaciones Exteriores. Estos reflectores disparaban un haz potente de luz hacia los suelos del D.F. cuando alguien hablaba a través de un megáfono que se encontraba arraz de suelo, en la Plaza de las Tres Culturas. Un intento simbólico por darle “vuelo” a las palabras alimentadas por la memoria: *“Cientos de personas participaron en este proyecto, sin censura ni moderación. La participación incluyó testimonios de sobrevivientes, poesía callejera, gritos, performances ad hoc, propuestas de matrimonio, llamados de protesta y mucho más.”* Hay que nombrar que todo esto fue transmitido por radio UNAM.²²⁶ Hasta aquí nos encontramos ante un lenguaje cargado de analogías y metáforas, juegos interpretativos y una idea más bien experimental para “educar” por medio de un rememoración a un pueblo que, bien o mal, es hija o heredera de un acontecimiento violento, atroz.

Por último un ejercicio amplio y complejo: el proyecto *¡No?* Comprendió la exposición de la memoria visual y simbólica con expresiones artísticas. La encargada principal del proyecto, Ileana Diéguez, explica así; *“No entiendo la memoria como un suceso mental; subrayo su dimensión performativa, su irremediable vínculo con el cuerpo individual y colectivo, con la temporalidad y el diálogo.”*²²⁷ Estamos de acuerdo con el elemento performativo de la memoria, al fin y al cabo como lo vimos con Braunstein la memoria para que sea *memoria* debe de transformar el recuerdo en un lenguaje performativo; pero quizá se pasa por alto el hecho de que con cada rememoración,

²²⁵ “El orden invisible”, pp. 15

²²⁶ *Idem*, pp. 19

²²⁷ Diéguez, Ileana. “Escenarios y teatralidades de la memoria”, contenido en *Idem*. pp. 25

evocación de un recuerdo o de un cumulo de memorias, éstas pierden algo, no sin claramente ganar o hacerse de otros elementos.

Antes de seguir con este análisis exploremos en qué consistió el proyecto *¡No?*: dividido en 8 acciones, o actos teatrales, el 1ro fue la toma de fotografías sobre un fondo verde de quien quisiera “colocarse” en la episodio de la toma del Zócalo el 27 de agosto, tal como esos fondos en color sepia donde uno puede ser repentinamente parte del ejercito zapatista en cada conmemoración de la Revolución Mexicana. La acción 2 fue la publicación del Cuarto Informe Presidencial con la portada original de La Noche de Tlatelolco. No olvidemos que la frase mítica de ese informe dicha por Díaz Ordaz fue *“Hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos.”* La acción número 3 fue la colocación de una reproducción gigante de la portada totalmente en negro, en señal de luto por la matanza, de la revista *por qué* en plena Ciudad Universitaria.

Para la acción número 4 se hizo eco de la Marcha del Silencio, 13 de septiembre. Se distribuyeron panfletos e invitaciones ahora con arte vintage y holográfico. Cabe resaltar la colocación en los parabrisas del transporte público, bajo su clásica tipografía, la leyenda “Marcha del Silencio. 13-sep-1968”. La quinta acción fue colocar almohadas en los patios de CU, emulando una pinta que se encontró tras la toma de las instalaciones de UNAM el 18 de septiembre. La pinta rezaba *“Y nos levantaremos cuando se nos de la gana”*. Esta leyenda se colocó en las almohadas. La sexta acción fue colocar fotografías casi en tamaño real de las agresiones cometidas por la fuerza policial o los guantes blancos, en las calles de la Zona Rosa. Lo particular de esta acción es que se colorearon algunos distintivos en las ropas de los detenidos o de la policía, la ropa interior para ser específicos, un arte que nos recuerda un poco el pop art de Andy Warhol. A cabeza y pie de las imágenes se podía leer, *“Olvidemos el 68... pero no su estilo.”* ¿Qué hubiera pasado si estás imágenes casi cómicas se colocan en CU en lugar de una zona burguesa como lo es la Zona Rosa?

Para la séptima acción se contrataron mariachis que sobre la glorieta de insurgentes reprodujeran alguna canciones de protesta que se escucharon durante el movimiento estudiantil. La acción número 8 consistió en una serie de representaciones cinematográficas, en formato corto, de la matanza. Estas se proyectaron en Tlatelolco al aire libre.

Las intervenciones en lugares públicos, comenta Diéguez, estuvieron cargadas de una vocación documental: “*recuperación de textos históricos que son introducidos con otros formatos, muestra o exposición de materiales y objetos encontrados, revisitación de espacios urbanos cargados de memoria que suscitan la evocación de memorias de los espectadores.*”²²⁸ Hay aquí una predisposición en supuestamente saber cómo y qué recuerda la sociedad; y sobre todo, que esa forma colectiva (si eso existe como orden de pensamiento hegemónico), de recordar, se puede heredar entera y sin modificaciones a otras generaciones. El ejercicio es más un ejemplo de los procesos de posmemoria, y más aun de desmemoria; lo podemos ver en las acciones 5 y 6 gracias a la fuerte carga desvirtualizante (no descontextualizante porque para evocar el pasado hay que sacarlo de *su* contexto), artística y reinterpretativamente).

La autora cita a Ricœur para validar el ejercicio y expone: la conmemoración 40 del movimiento estudiantil representaba una gran problemática, ya que es

compleja sobre todo por “los velos de silencio” que se han extendido sobre ella, y porque abarca los tejidos de la llamada “memoria colectiva” como de las múltiples memorias personales. En los escenarios donde se aceptan las responsabilidades derivadas y el perdón justificado por la “culpa colectiva”, se debate sobre la necesidad de dar lugar a las “memorias singularizadas”, de aproximarnos a las memorias de manera diferenciada. La discusión de la “memoria colectiva” y sus usos, pasa por la necesidad de desmontar las llamadas “responsabilidades colectivas.”²²⁹

No pretendemos hacernos los que sí sabemos leer a Ricœur al 100%, o los completos eruditos en la materia. Pero la cita anterior tiene muchos puntos a poner a discusión, principalmente dos: Diéguez cita a Ricœur solamente para sustentar el proyecto de *¡No?* como un ejercicio de memoria válido ya que, parece ser, la sociedad necesita ser educada indirectamente atacando su posible sentido de culpabilidad en su mal-recordar para con el movimiento estudiantil. O peor todavía, su culpa histórica por no hacer nada para evitarla o pedirle cuentas al gobierno después de lo que sucedió. El otro punto, y perdón si

²²⁸ *Idem.* pp. 25

²²⁹ *Idem.*, pp. 25

volvemos sobre esto, es el uso del concepto de memoria colectiva aunado a su falla interpretativa de memoria individual que suponemos rescató de Ricœur. Si la lectura hubiera sido más extensa, quizá la autora se hubiera topado con el apartado de “La historia, ¿veneno para la memoria?”, y se daría cuenta de la simbiosis peligrosa en el uso de la memoria para educar a las “masas”.

Y, ya para concluir esta interpelación, si se hubiera sumado el apunte que hace Ricœur sobre la violencia en los mitos memoriales-históricos, aquel que descansa en los usos y abusos de la memoria, vería que los ejercicios de memoria que propone el francés recaen más en el rescate testimonial de los “*excretados*” que en las repeticiones y reinterpretaciones simbólicas de las narraciones legitimadas por medio de instituciones, que poco o nada le dicen a aquellos que no comparten la misma carga experiencial y vivencial compartida. Es decir, las nuevas generaciones o los Otros.

Para no perder la costumbre, ahora veremos dos ejemplos periodísticos que en diferentes maneras pusieron su coperacha en la conmemoración número 40. A diferencia de Milenio, y diez años después, el ejemplar del mes de agosto de la revista Nexos recopila una serie de 6 ensayos escritos por ex líderes del movimiento y sobrevivientes de la masacre que revisan cómo era la vida cotidiana antes de 1968. A excepción de los dos últimos, a cargo de Gustavo Gordillo y Carlos Sevilla, los ensayos tienen una fuerte carga melancólica sobre el ideal de vida que se tenía previo a la organización estudiantil que desencadenó el movimiento.

Luis González de Alba reconoce a un único personaje en este paisaje que se rompió, el PRI. “*En México no había más partido político que el PRI. Los demás eran bien sus sombras o, en el caso del PAN, una oposición heroica que perdía siempre y dondequiera.*” La razón de este poder gubernamental, y su aspecto ontológico, es harto conocida en la actualidad; “[...] *ellos eran los guardianes de la Revolución de 1910, la de Reforma y la de Independencia.*”²³⁰

La cultura, o contracultura, que venía de otros países por medio del rock & roll o las películas fungían como catalizador de las necesidades de identidad de esa generación juvenil. Dentro del *soundtrack* generacional de Alba comenta; “*El rock era, según el color de quien hablara, una manifestación diabólica para la derecha, y una manifestación del*

²³⁰ Revista Nexos, p. 25

agringamiento de México para la izquierda.”²³¹ La misma historia coloca el discurso de bandas como los Rolling Stones o los Beatles como los personajes culturales que les proporcionaron a los jóvenes el modo y medio para expresar todo el conjunto de sus necesidades e inquietudes.

Los vinilos y las películas norteamericanas no eran el único incentivo, también la literatura y el revisionismo, en el plano más educativo del término, de la misma a través de escritos socialistas. Bajo este hilo conmemorativo Gilberto Guevara Niebla se suma a la descripción de Gonzales de Alba:

Al mismo tiempo, la televisión, la prensa y la literatura acercaban a los estudiantes a procesos políticos que estaban ocurriendo en otros países, [...] el movimiento de derechos civiles, [...] la aparición de personajes como Malcolm X, Huey P. Newton, Stokely Carmichel, etcétera, las “hazañas” del Che Guevara, la guerra de Vietnam, la revolución en República Dominicana, etcétera. [...] se “abrían mentes”, es decir, inquietaba, suscitaba dudas, despertaba la inteligencia, desarrollaba la capacidad de juicio de todos nosotros.²³²

Pero, como se comentó antes, los dos ensayos que cierran la conmemoración de Nexos son los únicos que contienen un testimonio post 2 de octubre, y a pesar de esto, no representan mayor aportación a una construcción memorial crítica del hecho. Por su parte, Gustavo Gordillo da cuenta de cómo el movimiento estudiantil lo unió contextualmente con su padre; *“Él, que había participado activamente en la huelga médica de 1965. [...] El, pretexto ideal para mi rebeldía: el arquetipo a falta de un burgués que colgar en el poste más alto, o de un burócrata al cual enrollar con las tripas del burgués.”* Luego, su huida victoriosa de Tlatelolco durante la matanza donde traumáticamente, bajo la capacidad cómica del término, escucha a una señora pedirle a un soldado que mate al bebe que carga en brazos, sólo porque su otro hijo está dentro de la plaza y no quiere que en un futuro el

²³¹ *Idem*, p. 27-8

²³² *Idem*, p. 30

hijo que sostiene quiera matar militares porque masacraron a su hermano un 2 de Octubre.²³³

Si bien este ensayo no termina ahí, lo que sigue es un relato filosófico y romántico del escape que el autor emprende a Paris, donde además de conocer a Jean Paul Sartre, la Ciudad de las Luces lo lleva a un nivel evolutivo de conocimiento de su tiempo y espacio. En su tiempo, que un joven universitario se fuera de viaje a Europa estaba al alcance de una mayoría más grande si lo comparamos con nuestro tiempo, pero la falla en el rescate de una memoria aquí recae en el tipo de testimonio que se da del hecho. La pluma de Gordillo denota un nivel de educación superior al promedio, lo que plantea que quizá tuvo afección con la causa estudiantil, quizá sí estuvo en los mítines y en las brigadas, pero por la poca memoria-conocimiento que puede dar sobre la matanza denota una de las características de desvirtualización que políticamente a contagiado al 2 de Octubre; presentar la vida de los estudiantes post movimiento como una época de reconciliación y reintegración al sistema que ellos mismos criticaron.

“Camino de Lecumberri” de Carlos Sevilla cierra la serie, presentado el único testimonio limite con el que Nexos “recuerda” el movimiento estudiantil. El autor no escapa de Tlatelolco para ser capturado después, de hecho ni se aparece en la Plaza de las Tres Culturas. Él es arrestado el 18 de septiembre cuando el ejército toma Ciudad Universitaria y llevado a la prisión de Lecumberri. Desde los malos tratos a las malas y humillantes comidas, las celdas nauseabundas y los epitafios de otros prisioneros que nunca salieron de ahí fueron el collage final que Sevilla tuvo del movimiento estudiantil.²³⁴

En resumen, el número conmemorativo de la revista Nexos es un sueño juvenil en pleno verano, sin intensión mínima por buscar y presentar algún testimonio que se salga de la narrativa que supuestamente explica y ayuda a comprender el 2 de Octubre. Esto nos hace preguntar, ¿para qué tipo de público está dirigido Nexos? Quizá al conocer esa respuesta podamos comprender su falta de compromiso con la memoria y el pasado de la matanza estudiantil.

El siguiente caso es el número 23 de las ediciones especiales de Proceso. (Pocos saben que Proceso inicia estas ediciones especiales en 1998, con un análisis sobre lo

²³³ *Idem*, p. 43

²³⁴ *Idem*, 47

ocurrido el 2 de Octubre.) En la portada se ven, encerrados en un círculo, a Luis Echeverría y Gustavo Díaz Ordaz, izquierda y derecha respectivamente. En su epígrafe, escrito por Julio Scherer, se hace una evocación a La Noche de Tlatelolco, como referente máximo de las crónicas devenidas por el movimiento estudiantil. Ahora bien, la portada no está de más; el texto editorial cierra con el conocido párrafo de una carta redactada por Echeverría y dirigida a Díaz Ordaz el 10 de noviembre de 1968, donde el entonces Secretario de Gobierno escribe: *“expreso a usted, como ciudadano mexicano, mi solidaridad sin reservas hacia todos los actos de su Gobierno [...] Su entrega personal a las mejores causas del pueblo marca ya una etapa fecunda de nuestra historia.”* Como le hemos visto, la línea rememorativa, y hasta conmemorativa de Proceso, es continuar con los señalamientos de impunidad.

Los artículos contenidos en este número especial van desde las investigaciones hechas a las acciones del Batallón Olimpia y quienes las ordenaron; el manoseo de información que se dio en las agencias de seguridad e inteligencia durante el movimiento para fabricar versiones que desprestigiaran a los estudiantes y el control en los medios de comunicación. El lugar de la CIA y la posible influencia del gobierno norteamericano. La complicidad de la Iglesia Católica. Las pérdidas documentales que complicaron el trabajo de la FEMOSPP, y algunas anotaciones sobre acervos privados y puestas artísticas. Reiteramos, la denuncia pero también las pruebas físicas para el juicio y castigo siguen siendo la fuerza discursiva de la publicación. Sin embargo en el caso de Proceso no podemos hablar de un apropiamiento de la memoria porque el trabajo de Proceso va más allá de lo que hasta hoy la Historia ha hecho por tratar de resolver pasados oscuros de nuestra historia nacional inmediata.²³⁵

²³⁵ Hay que destacar el lugar ontológico que tiene el '68 para con la revista. En 2011 se publicó un tomo recopilatorio foto periodístico, celebrando los 35 años de Proceso. Aunque escapa a su tiempo cronológico, las fotos que poco a poco salieron a la luz sobre lo ocurrido en Tlatelolco son puestas en primer orden en este tomo especial. Esto puede ser un ejemplo de cómo cronología y diacronía juegan un papel no solo en la conformación pública del pasado, sino también en la revolución memorial que esta simbiosis representa para la operación trasgeneracional, o de herencia, para los nuevos presentes mexicanos.

3.3.1.- Más sabe Carlos por Monsi.

Para cerrar el contexto de la cuadragésima conmemoración, nos parece adecuado nombrar algunas de las lecturas históricas –o cuasi evangélicas–, que el tiempo tiene con el '68 por medio de la palabra de Carlos Monsiváis: 1.- Enojo total, un “*ensalzamiento martiroológico*”, una prueba de que “*la democracia no se hizo para México.*” Y la aparición del documento principal de la memoria por venir; La Noche de Tlatelolco. 2.- La imposibilidad de Echeverría, empezando la década de los setentas, de detener el concepto de democracia ya que “*deja de ser una palabra dominguera.*” 3.- Levantamientos estudiantiles que gracias al ejemplo del '68 saben que se pueden sublevar, como la liga 23 de septiembre.

4.- La primera mitificación social que regresa a Tlatelolco en forma de una marcha donde, y gracias a un contingente gay, el lugar comienza a dar signos de unidad y referente comunal. 5.- La primera evolución del recuerdo como respuesta al advenimiento del neoliberalismo y al fraude del '88, un llamado a repensar los derechos humanos y civiles en orden del poder de manifestación y no desvalorización de lo sucedido en 1968. 6.- Una escenografía altamente política: la aparición del EZNL, el asesinato de Colosio, el deterioro del PRI,

la emergencia del PAN y su cauda de hipocresías e intolerancias, de la construcción y la autodestrucción del PRD, de la necesidad de un pasado formativo a la transición a la democracia se desprende el velo romántico del '68. [...] A diferencia de otros movimientos el '68 no es disipable con una frase o un gesto. El cinismo puede declararlo obsoleto, pero en el contexto del desarrollo democrático todos, los activistas y los cínicos, exhiben su obsolescencia, y por eso el '68 recupera su actualidad, al incorporársele al movimiento palabras claves que no manejó, pero que le corresponden: democracia, pluralidad, tolerancia, diversidad.²³⁶

Quizá sea la última lectura de Monsiváis la que más nos abre las puertas para pensar en la urgencia que el '68 tiene por una problematización histórica. Pero no lo pensemos como un mero aporte con una cronología, un sumario, un directorio de nombres. Tampoco

²³⁶ Monsiváis, *Op. Cit.* pp. 233-5

como la capacidad metodológica de acceder al archivo; tampoco la vislumbremos como la posibilidad de alcanzar una verdad incuestionable. Sobre todo esto, la sexta lectura es un ejemplo perfecto para entender los avatares del pasado en su camino hacia una existencia en el presente continuo. A diferencia de la lectura de memoria que hace William Kelly, nosotros no pensamos en la memoria del '68 con un alto porcentaje de lucidez y frialdad, esa que parece señalar a los sobrevivientes del 2 de Octubre como un agente consciente de su potencial político, obtenido por el simple hecho de sobrevivir a un hiper atropello gubernamental.

Hay un trauma, existe un sentimiento latente de enojo e incompreensión no tanto por lo sucedido, sino por la permanente falta de esclarecimiento. Y si a eso le sumamos que la formula gubernamental «opresión + injusticia = no pasa nada», podemos entender en gran medida el por qué la memoria narrativa del '68 sigue en un estado catatónico de legitimación. Si por algo hemos utilizado un tipo de teoría crítica, y hemos leído de una manera en particular algunos escritos no es porque desde nuestra posición sepamos como hacer las cosas, como construir el pasado de manera más correcta o teleológica posible. Más bien porque gracias a un par de testimonios, un par de documentos orales, nos hemos percatado de una necesidad reciproca entre ese pasado y una forma ahistórica de construir el pasado, no para pares, no para eruditos, sino para comenzar a aprender a hablar con el pasado desde su máximo exponente; el presente.

3.3.2.- El '68 en TV de paga.

Ahora bien, la tradición cabalística del cuadragésimo aniversario encontró una plataforma más en dos canales de televisión de corte científico-histórico. History y Discovery Channel lanzaron dos documentales sobre el '68. Los podemos intercalar en algunas de sus similitudes, pero nos parece más importante revisar primero sus grandes diferencias.

En primer lugar “La masacre de Tlatelolco” de History Channel sobrepasa los sesenta minutos de duración, un poco pesado si podemos usar la expresión, ya que únicamente se apoya en ocho testimonios de los que, hay que marcarlo, no interviene ninguna mujer. Raúl Álvarez Garín, Humberto Musacchio, Carlos Monsiváis, Fausto Trejo, Marcelino Perelló, Luis Cabeza de Vaca, Carlos Mendoza y el curador del Memorial del

'68, Álvaro Vázquez Mantecón son las únicas opiniones que, acompañadas de un amplísimo acervo fotográfico más material filmico ya visto en "Las claves de la Masacre", explican el desarrollo e importancia del movimiento estudiantil. Pero es especialmente llamativo que Vázquez Mantecón abra el documental, ya que el discurso del mismo tiene como objetivo presentar el movimiento dentro del panorama global de finales de los sesentas.

En una suerte de resumen del recorrido que se puede hacer en el Memorial, se arranca con varias referencias revolucionarias de la década; la píldora anticonceptiva, la minifalda, el rock, la tv. a color, las drogas, etc. Después una ampliación al contexto nacional; algunas notas sobre otros movimientos sociales previos al estudiantil, críticas al supuesto progreso y desarrollo de México en los cincuentas – sesentas, la cuestión paternalista del partido único en los Pinos, etc. En resumen, un discurso muy apegado al lenguaje museológico del Memorial.

En la otra pista, "Masacre de Tlatelolco" de Discovery Channel recaba cinco testimonios más, ya que también cuenta con las partes de Raúl Álvarez Garín, Humberto Musacchio, Fausto Trejo y Luis Cabeza de Vaca. Sergio Aguayo, Lorenzo Meyer, Ignacia Rodríguez, Myrthokleia Gonzáles, José David Vega, Jesús del Campo, Ignacio Carrillo Prieto, José Francisco Gallardo y Juan Velázquez. La inclusión de dos mujeres es prometedora, lamentablemente no se toca el tema del papel de éstas en el movimiento estudiantil. (Estudios de genero en la temática del '68 han sido rozados de forma interesante por la Dra. Gloria Tirado Villegas, pero hubiera sido interesante que el documental explotara un poco ese problema.)

Harto interesante son las entrevistas a Carrillo Prieto, a quien ya vimos como el comisionado de la FEMOSPP, y a Juan Velázquez, abogado defensor de los militares inculcados por participación en la masacre. Estas dos inclusiones amplían el aspecto crítico del documental, ya que ofrecen una mirada exterior, dentro del horizonte jurídico del problema. Pero al mismo tiempo delinea, y remarca una vez más nuestro análisis, de un intencionalidad dirigida a responder el diáfano ¿quién fue, quién dio la orden de la masacre? Ya que sin un orden cronológico claro, la narración de los hechos cae más en lo anecdótico que en la reflexión espacio-temporal del acontecimiento.

El parte de History, a razón de su duración, amplía un poco más en eventos clave, como la Marcha del Silencio, el desagravio a la bandera, las tomas de instalaciones de la UNAM y del IPN. Es decir, su cronología está un poco más cuidada. Discovery, por su parte recorta, por decirlo así, el recorrido de agosto a septiembre para enfocarse en responder una pregunta jurídico-histórica contraponiendo de manera indirecta a los entrevistados. Por ejemplo, a pesar de que es muy difícil darle su peso a una idea revisionista al asunto, ya que la conciencia histórica del país estaría mayoritariamente de acuerdo que lo que pasó en Tlatelolco fue una masacre ordenada por el gobierno que dejó por lo menos un centenar de muertos, el defensor Juan Velázquez dispara la pregunta de que si hubo tantos muertos como se dice, “¿en dónde están las familias [...] de esos desaparecidos?” Apunta también que no se tienen registros o denuncias levantadas de personas de las que nunca más se tuvo razón.

Al interior de los niveles de legitimación y esclarecimiento de las disputas memoriales, apuntes como éste tienen peso, porque dentro del marco de confrontación de pruebas jurídicas el apunte de Velázquez tiene cabida, es “verdad” que no hay registros a los que hace referencia. Y ya que las esferas jurídicas son parte del cuerpo del Poder como máximo interventor en la validación de lo que es y no es pasado-Historia, el argumento de Velázquez es parte de ese rostro oficial de olvido. Ninguno de los otros entrevistados es confrontado, aunque la respuesta sea una suerte de crónica de un argumento anunciado, a los cuestionamientos de Velázquez. Pero este no es el único ejemplo de disputa memorial cuando contraponemos los dos documentales.

Fausto Trejo comenta que “*como no hay el tal dialogo a fines de septiembre, vamos a tener una reunión en Tlatelolco en donde el pueblo, la colonia, todo ese conglomerado, ese grupo de edificios se solidarizaron con nosotros*”. Esto nos abre la puerta a la pregunta de que tanto estaba “preparado” Tlatelolco para recibir la manifestación. Leticia en su testimonio ya nos dejó entre ver que para cada mitin había un anuncio, un tipo de advertencia. Podemos hasta poner en cuestionamiento el apunte de nuestra entrevistada, ya que un aviso a cualquiera se le puede pasar por alto. O que la omisión hasta sea parte del trauma que reside en ella. Pero suponiendo que sí hubiera existido este apoyo, pasado por el tratado de un acuerdo, ¿no sería entonces pertinente, hasta necesario, que el corpus

memorial del '68 ya desde hace tiempo le hubiera dado un lugar a las personas de Tlatelolco, o por lo menos a las personas que sí estaban al tanto del mitin?

Obviamente este cuestionamiento no va a los militantes, sino a la falta de investigación histórica nacional en relación al '68, y porque no, al lenguaje museológico – testimonial–, del Memorial. Hay que tener en cuenta también que el comentario de Trejo es más simbólico que objetivo, en el orden de citar una referencia situacional. Pero si contraponemos el apunte de Velázquez con el Trejo los documentales, como plataforma de representación de un acontecimiento histórico, no resuelve nada, es más, lo revuelve. Para explicar bien esta cuestión, pondremos un tercer y último ejemplo: en Masacre de Tlatelolco Carrillo Prieto señala que *“Pocas fiscalías han llegado tan alto [en implemento de justicia y veredicto sobre los perpetradores]; al titular del ejecutivo y al jefe del Estado. Los mexicanos pudimos hacerlo.”* Por otra parte, en La Masacre de Tlatelolco, Humberto Musacchio apunta:

Muchos años después se forma una comisión de la verdad para investigar aquello, no se llegó a ninguna conclusión. Logramos revertir la acusación que se nos hizo siempre de que los victimarios, los responsables de los muertos, de la matanza y de todos estos hechos de violencia éramos los estudiantes. Y hoy está claro para todo mundo que el responsable fue un gobierno criminal, sin respeto por la vida que llenó de dolor a este país; un dolor que todavía perdura.

Estos tres ejemplos sintetizan la enorme brecha entre justicia histórica y verdad histórica que convierte a cualquier representación del '68 en una mera ampliación de un discurso simbiótico dominante; el romántico-trágico cuya verdad de lo que pasó y cómo pasó está solamente en ellos y sus testimonios (y porque no, otra vez en el Memorial), y un diáfano esclarecimiento y veredicto jurídico que a nada y a nadie obliga a reconocer su participación en la masacre. Al problematizar los dos documentales, ya que por ontología son realizados para ser vistos por un amplio número de personas, encontramos que no resuelven ninguna cuestión al espectador, sino que mezclan opiniones, pareceres, apuntes, datos cuya única brecha de desahogo es la mera anécdota emotivo-moral. Y de paso nos apoyan en nuestra crítica que ninguna, o contadas con la mano, investigación “histórica” del '68, sea la plataforma de representación que sea, vuelve la mirada al espacio vital que

era Tlatelolco para cientos y miles de personas. En otras palabras, revuelven lo que ya se sabía con algunas particularidades que no.

Así, se miran de manera exótica, como atracción de circo, la ola expansiva que el '68 tiene en el presente. Explicamos; Álvarez Mantecón, al final de *La masacre de Tlatelolco* dice: *“El '68 es una experiencia compleja, amplia. Es un punto de partida para muchos lugares, para muchas experiencias vitales.”* Muchos lugares y muchas experiencias sí... pero limitadas, ya conocidas, repetidas. Y concluye:

El '68 mexicano es más que un día sangriento. [...] Si tu ves hoy en día las manifestaciones del 2 de Octubre –¿o conmemoraciones?–, vas a ver que son fundamentalmente manifestaciones de jóvenes estudiantes contemporáneos, no solamente de las personas que vivieron aquella experiencia hace cuarenta años, sino una cosa que los jóvenes estudiantes de hoy en día toman como propia.

Quizá con este comentario, se debe otro punto a favor en nuestra tesis al observar al Memorial como la gran victoria institucional de la memoria del movimiento: las nuevas generaciones saben del hecho, lo honran con el rito de la conmemoración, “saben lo que pasó” y... y eso es todo. Cómo adquieren el conocimiento del hecho, cuál es su primera experiencia sublime ante los videos, las imágenes, etcétera es un problema dejado de lado, ya que, como veremos cuando concluyamos nuestra visita a la 45va conmemoración, el '68, al menos su día, sí se olvida, en la medida que cuatro décadas y media proveen de nuevas querellas, de nuevos gritos, de nuevas manifestaciones, de nuevos agentes.

Todo lo anterior ratifica que la memoria del '68 está congelada en una intención y una línea. La Historia, como ciencia social o insertada en la filosofía y las letras, podría reavivar esta memoria para que no sea meramente asunto de unos, donde unos testimonios, la gran memoria del '68, encuentren una inocente reivindicación con otros, es decir, los testimonios de las hermanas Flores Macías, y el '68, por medio de una escritura sustentada ahora sí en lo memorial, halle ligaduras discursivas con el presente. Así preguntamos, ¿qué tan marcada estaría la línea, con que la Historia ve el '68, entre pasado esclarecido (necesidad a estas alturas imposible), y presente atendido (omisión lapidaria que la Historia tiene con su definición de pasado)?

Por eso, y tenemos que interpelar de nuevo a William Kelly, un análisis donde los militantes sean los culpables de la desvirtuación histórica del '68 no nos parece correcta. Al cierre de su tesis Kelly resume sus observaciones de la 40va conmemoración, concluyendo que *“tanta conmemoración lleva a la apatía; las conmemoraciones anuales tienden a ser pequeñas y difusas. El público en general pareciera no tener apetito por ellas. [Esto se debe a que] los intelectuales nunca han explicado adecuadamente la importancia de la masacre. [...] El simbolismo de Tlatelolco se ha vuelto más importante que los hechos.”*²³⁷ No creemos que sea responsabilidad total del grupo que Kelly llama intelectuales hacer “bien” y “correctas” las cosas para que la experiencia de la que ellos fueron testigos sea heredada de manera “adecuada” para ser histórica. Y si “2 de octubre no se olvida” se a convertido en una palabra de moda, como dice él, no es su culpa, no es su acción consciente, son los resultados de un trauma que la Historia debe de trabajar.

3.3.- La lente (Alberto del Castillo) y el borrador (“Tlatelolco: Verano del '68”).

“Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968: la fotografía y la construcción de un imaginario”, de Alberto del Castillo Troncoso quizá sea el mejor ejercicio de investigación histórica del '68, dentro de los parámetros que conforman el discurso y la narrativa que hemos ya examinando. Allier nos habló del divorcio entre movimiento estudiantil y 2 de Octubre; el libro de Troncoso, el cual se sustenta en fotografías e imágenes que van desde finales de julio hasta principios de noviembre de 1968, es una lectura histórico-visual del impacto, papel, importancia y lenguaje proveniente del poder y la prensa libre, hasta clandestina, de esos meses. Además de apoyarse en las imágenes y su conocimiento en fotografía, Troncoso entrevista a muchos de los autores de esas imágenes. Su trabajo hemerográfico es verdaderamente extenso y, afortunadamente, muy bien dirigido.

“Las fotografías no pueden ser consideradas como una copia o un reflejo de la realidad, sino como representaciones que contribuyen a la creación de imaginarios visuales que deben ser leídos en función de contextos concretos.” Destacamos aquí la problematización histórica que se hace a partir de este corpus de testimonios visuales. ¿Y qué valor tendría interrogar a los fotógrafos si ya se cuenta con la imagen? *“La lectura de*

²³⁷ Kelly, *Op. Cit.* pp. 171 y 174

los testimonios no aspira a la reconstrucción fiel de los eventos ocurridos, sino a una valoración de acuerdo con la biografía y trayectoria de los personajes consultados.”²³⁸

Troncoso ya piensa en las imágenes como una corriente testimonial, es decir, un nuevo tipo de discurso memorial que, cohesionados, forman un imaginario o una memoria que en sí misma construye una interpretación del acontecimiento. Estas corrientes las define en tres: las imágenes desplegadas en periódicos y que eran controladas mayormente por la Secretaría de Gobernación: lo no publicado, ya fuera por censura o porque los fotógrafos rescataron los negativos. Aquí entran las entrevistas hechas a los fotoperiodistas. Y las fotografías que fueron tomadas por agentes de gobierno, una suerte de material de archivo para identificar dirigentes o líderes del movimiento. El recorrido que hace Troncoso es preciso, sumamente entendible y con una basta recopilación de datos, pareceres, críticas y análisis. Además abre brechas, o mejor dicho ventanas, donde la problematización histórica del '68 puede encontrar mucho terreno fértil.

Rescatamos tres episodios bien apreciados por Troncoso: posterior al IV Informe presidencial, la Unión Nacional de Mujeres Mexicanas (UNMM), publica en las páginas del periódico *El Diario* una carta contradiciendo algunas expresiones hechas por Díaz Ordaz señalándolas como agitadoras en las manifestaciones e incitadoras de las mismas, y como agentes cuasi hipnotizados por los jóvenes huelguistas.

[...] que sí hemos sido ofendidas de palabra y de hecho amenazadas, detenidas injustamente. Pero en ningún caso por los estudiantes, compañeros, hijos, hermanos nuestros; nos han golpeado y atropellado las fuerzas represivas desatadas desde finales de julio sobre los estudiantes y el pueblo capitalino. A más de numerosos testigos, hay fotos de mujeres en el suelo tras la golpiza y de muchachas sacadas a la fuerza de sus centros escolares. La policía sabe quiénes son los verdaderos [criminales] [...] y nunca han lanzado contra ellos el grueso de sus fuerzas como la ha hecho contra los estudiantes y maestros.²³⁹

Ya hay textos que estudian la participación de las mujeres dentro del movimiento. Pero esta inclusión en el libro de Troncoso nos puede poner a pesar en si hubo otros grupos

²³⁸ Del Castillo Troncoso, Alberto. *“Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968. La fotografía y la construcción de un imaginario.”* pp. 16 y 21

²³⁹ UNMM: “Carta pública al presidente”. *El Día*, 3 de septiembre de 1968. *Idem.* pp. 170.

que, como la UNMM, se expresó, en la prensa o algún otra plataforma, para interpelar las acusaciones y “verdades” venidas desde el poder.

El segundo ejemplo, muy cercano a la carta de la UNMM, fue el mitin convocado por el MURO el día 8 de septiembre como una respuesta al desagravio de la bandera, supuestamente llevado a cabo por estudiantes el 27 de agosto durante la toma del Zócalo. Durante esta reunión se quemaron muñecos del Che Guevara, mientras se gritaba “Viva México” y “Viva Cristo Rey”. Se rezó y se cantó el himno nacional. De hecho, hasta el lema de la UNAM, “*Por mi raza hablará el espíritu*”, es tomado por el MURO, en una suerte de limpieza por el “mal uso” que los huelguistas le están dando.²⁴⁰

Aunque el episodio ya había sido nombrado por Carlos Monsiváis en “La tradición de la resistencia”, es hasta la obra de Troncoso que el episodio es introducido seriamente en una investigación “global” del movimiento estudiantil durante su tiempo de vida. Además el uso de las imágenes juega un papel de interpretación para el lector muy valiosa. De la misma manera que con la carta de la UNMM aquí se acentúa la cuestión de otros grupos que se habrían manifestado, ya en contra ya a favor de tal o cual bando o versión de lo que estaba ocurriendo.

El tercer ejemplo problematizante es de carácter más hermenéutico, en la dimensión interpretativa del sublime negativo. Si revisamos la parte teórica de este trabajo, recordaremos que el sublime negativo se expresa principalmente en la utilización de las fotografías de carácter violento para sustentar una intencionalidad discursiva. Troncoso nos habla del caso de la fotografía tomada por Manuel Gutiérrez Paredes, donde se fotografía al líder estudiantil Florencio López Osuna, vejado totalmente. La foto fue la portada número 1310 del semanario Proceso, en septiembre del 2001. Con ella se publicaron otras fotografías, donde se mostraba cómo el Batallón Olimpia arrestaba, con suma violencia, a líderes y estudiantes inmediatamente después de la masacre. El impacto de la publicación del acervo de Gutiérrez Paredes, le dio a López Osuna “*sus quince minutos de fama, que le había sido negada durante 30 años*”. Pero Osuna, pocas semanas después, es encontrado muerto en un hotel al norte del D.F., bajo la sombra de repentinas amenazas de muerte tras de la publicación de su fotografía.²⁴¹

²⁴⁰ *Idem*, pp. 170-9

²⁴¹ *Idem*, pp. 286-90

La cuestión del sublime negativo entra aquí en la dimensión de una lucha contra los medios o herramientas aún existentes de olvido institucional. Esto se debe a que la investigación para determinar la muerte de Osuna terminó al departamento de cosas perdidas, una primera conclusión gubernamental fue que la causa de muerte había sido suicidio. El contexto que rodeó la publicación de este acervo en particular, 2001 es decir en plena santificación, removi6 lava en muchas partes, pero en otras despert6 una vez m6s operaciones de repres6n, de “borrado” de huellas, de olvido. Una nueva operaci6n de silencio. As6, de la misma forma en como Troncoso analiza el trasfondo de cientos casi miles de fotograf6as que componen su libro, nosotros debemos reconocer los ya dos trasfondos que tiene la fotograf6a de Osuna. Por una parte el trasfondo temporal, es decir el cu6ndo fue tomada; y por otro el extra temporal, o sea, las nuevas ondulaciones que puede causar.

La fotograf6a estuvo resguardada mucho tiempo, ve luz hasta despu6s de la muerte de Paredes. Sin aventurarnos mucho, el fot6grafo la guard6 porque sab6a e impacto general que causar6a. Despu6s se publica, y el actor en ella es asesinado. Una pesa m6s en la balanza del lado del no-esclarecimiento, del asesinato como medio de negacionismo, como herramienta de olvido oficial. Y lo que sucede con la imagen es que pasa a formar parte de la intencionalidad discursiva del sublime negativo que, basado en los par6metros memoriales tan particulares del '68 mexicano examinados hasta aqu6, hace m6s grande el trauma en su rama de encapsulamiento que en su necesidad de elaboraci6n intergeneracional con miras extra generacionales, es decir, menos urgencia por traer de vuelta el pasado para que el presente sea mejor, y m6s atenci6n y tratado del presente para significar un pasado que no halla manera positiva de ser y coexistir.

Posiblemente la 6nica cr6tica que le podamos hacer a la obra de Castillo Troncoso recae en que a pesar de virar el lente en el paisaje que es el '68 mexicano, para 6l lo que hay es lo que es, es decir, de los ap6stoles conocidos hay que hallarles nuevas plataformas tanto de interpretaci6n como de representaci6n. El cambio de t6rminos, como lo vimos con Allier, ha cambiado, los m6rtires son h6roes, los sobrevivientes portadores de una palabra nueva –s6, aunque la repitan sigue siendo nueva. El '68 ya no se esconde y busca recovecos

en discursos de una izquierda militante guerrillera porque ya se ha institucionalizado. Es lugar de memoria ya es lugar de Historia mexicana.²⁴²

No estamos diciendo que nuevas plataformas sean equivocadas o malas, en la definición operacional del término, por eso marcamos el trabajo de Troncoso como uno de los más valiosos en la historiografía no solo sesentaiochera sino también contemporánea de México. Pero se sigue pensando en «memoria colectiva» para determinar el conjunto de recepciones que tanto en su tiempo crearon las imágenes en los periódicos, como en la recepción de toda esa herencia memorial. Un testamento expandido por más de cuarenta años en el presente. Troncoso dio un primer viraje desde su horizonte, inquietudes y apreciaciones; el otro viraje, el otro enfoque y la ampliación viene con la ruptura de memoria colectiva a memoria compartida, y en nuestro caso, la atención en las hermanas Flores Macías, parte del otro cuerpo de victimas del 2 de Octubre.

Por otro lado, la película “Tlatelolco, Verano del ‘68”, lanzada en 2013, puede ser el ejemplo más claro de desvirtuación y desmemoria con el que contamos. Independientemente de nuestros gustos o apreciaciones cinematográficas, la película maneja un discurso donde se yuxtaponen una ficción hartamente desgastada para dar a entender que el movimiento estudiantil del ‘68 sirvió meramente como escenario de un romance shakespiriano. Sucede algo muy parecido con la cinta Titanic, de 1997; acompañamos a varios personajes, de distintos tipos, durante la representación de un acontecimiento real, que sucedió y del que se tienen registros históricos. Pero a veces la mayoría de esos personajes pasan a segundo, o hasta tercer plano, ya que la *story* dentro de la *history* se enfoca en un drama amoroso. Poco, hasta quizá nada, importa al final de la tragedia histórica, es decir, los muertos inocentes o circunstanciales.

Tendremos, eso sí y de manera contundente, tener en cuenta que el trato dramático de Titanic es de una naturaleza totalmente diferente a Verano del ‘68. La similitud, y hacia donde basaremos nuestra crítica, es un hecho antes mencionado; la yuxtaposición de un drama ficticio que se sobrepone, tomando cosas de él, a un drama verdadero, humano y, en nuestro caso, lacerante para la conciencia de mucha gente. Si genealógicamente debemos nombrar una diferencia, es que lo ocurrido con el naufragio fue causado por la naturaleza, y el ‘68 por situaciones totalmente humanas. Ahora bien, si pudiéramos hacer una analogía

²⁴² *Idem*, pp. 322

entre lenguajes museográficos y museológicos para explicar el filme, tendríamos que iniciar con que la película logra reproducir escenográficamente hablando bien el México de 1968. Vestidos, automóviles y demás miscelánea están cuidados. Pero como lo que nos interesa es la esencia, la trama discursiva desvirtúa de tal manera el acontecimientos, o serie de, que termina por ser meramente emotivo y hasta superficial.

La trama se tiende principalmente sobre dos personajes; Ana María, una chica de 19 años de posición alta, que estudia fotografía en la Universidad Iberoamericana. Y Félix, un chico de clase media que estudia arquitectura en la UNAM. Aquí vemos los primeros simbolismos contextuales, es decir, bajo la sombra del movimiento YoSoy132 se trata de crear una empatía anacrónica entre los estudiantes de universidades privadas con los de universidades públicas. Félix es arquitecto, lo que parece indicar una simbología con las generaciones que en los sesentas tenían en sus manos la construcción de una nueva nación. Por otro lado, por asares casi providenciales de la trama, Ana María se encargará de registrar gracias a su cámara mítines, marchas, detenciones, violencia en general contra los estudiantes; ¿esto nos quiere dar a entender que será la clase alta la que proveerá el registro con más convicción del movimiento estudiantil?

A lo largo de la película se presentan referentes culturales de los sesentas; la música, la vestimenta, las modas. En gran medida, la trama como ficción está bien realizada, habla de las varias caras que la juventud tenía en ese momento; las chicas atractivas que conseguían trabajo de edecán para los Olimpiadas, los politizados, los indiferentes, los traidores (hay un personaje que no se sabe bien si es la representación de Sócrates Campus Lemus, pero que con un beso de Judas entrega a un compañero a los judiciales, y que en la mañana del 2 de Octubre recibe un pago por... bueno no se explica bien de qué.)

De la misma forma que en *Rojo Amanecer*, existen los personajes adultos como representaciones patriarcales de la sociedad mexicana de los sesentas. La diferencia estriba en que los personajes de este film caen mucho más en la idealización del prototipo patriarcal político-social que cotidiano, como en el caso de *Amanecer*. El padre de Ana María trabaja para altos mandos del gobierno, tanto que presencia a Díaz Ordaz jugar golf. Él sabe de la represión, tiene acceso al Campo Militar Número 1, pero cuando su esposa, mujer de alcurnia que mira el mundo desde el horizonte de su marido, lo cuestiona sobre si la violencia que Ana María dice que sufren los estudiantes él responde; “*si necesitamos ser*

lacayos, somos lacayos: si necesitamos ser ladrones, somos ladrones. Somos cómplices". Una suerte de banalidad, bajo el significado arandino del término, de "son ordenes, sólo se siguen ordenes". Pero este dialogo pareciera asomar la cabeza sobre una acusación muy complicada de hacer, sobre la "culpabilidad" o hasta "indiferencia" que tuvo la sociedad capitalina en relación con la violencia sobre los estudiantes.

Otro personaje adulto que llama la atención es el abuelo de Ana María, un general retirado que muere de un paro cardíaco en pleno movimiento estudiantil. Su simbolismo lo podemos leer como la Revolución Mexicana que cae enfermo terminalmente y expira, entendiéndolo con connotación fisiológica, en pleno contexto opresivo contra los jóvenes. Esto es una clara correspondencia con el hito interpretativo que en 1968 el partido heredero de la Revolución había "traicionado" la herencia del conflicto vivido en las primeras décadas del siglo. Anotamos, entonces, una referencia ontológica nacida del '68 como coyuntura político-histórica.

El tiempo narrativo de la película, como es de esperarse, se basa enteramente en la cronología del movimiento. Y aquí radica el problema principal de la película; supuestamente hay dos tramas a los que se les intenta ligar pero, como es común en este tipo de representaciones, es de una de esas tramas de las que se dispara la liga. En la película la trama principal es la historia de amor. Ahora bien, bajo su construcción de prototipos de los dos personajes principales vemos escenas de contraste cuyo significado termina por ser ambiguo, es decir, intercalar escenas de violencia contra los estudiantes con escenas íntimas, hasta sexuales, entre ellos. No, no somos de la Vela Perpetua, no nos asustan las escenas de sexo en las películas. A lo que vamos es que estos contrastes están dirigidos a caer en lo burdo, en el mientras-a-unos-los-golpean-y-hasta-matan,-otros-se-"divierten".

Ahora, gracias a los testimonios de los militantes que sobrevivieron al 2 de Octubre, comprendemos que todo el movimiento estudiantil, aunado con el contexto cultural, fue una oportunidad no sólo para volverse agentes políticos, sino que también les abrió las puertas a intereses y necesidades naturales de la juventud. (Sino léase las anécdotas que escribe Paco Ignacio Taibo II en su libro, cuando habla de las compañeras extranjeras y las nacionales que acababan casi de descubrir la minifalda.) Pero, como dijimos, este contraste hace que lo "histórico-verdadero" (la violencia aplicada por el gobierno contra el movimiento) quede

rezagada a segundo plano y sublima lo “falso”, (la historia idílica de amor.) El acontecimiento histórico, entonces, es mero paisaje.

Conforme la historia de amor avanza los protagonistas se van haciendo más fuertes, o su relación “madura” a razón de los avatares, la representación del movimiento es totalmente dirigida hacia ellos, por no decir succionada con el objetivo de centrarnos únicamente en ellos. Aquí, para profundizar un poco más en la crítica que le estamos haciendo al manejo de la cronología, se acentúan los símbolos. Ya habíamos hablado del prototipo que son los Ana María y Félix, los familiares de ella y otros personajes contextuales. Ahora hay que hablar de la UNAM como fuerte participante del filme. En la escena donde Ana y Félix se conocen, ella visita la UNAM para tomar algunas fotografías, y Félix, después de ser animado por un amigo, se lanza a conseguir el teléfono de la chica que tiene toda pinta de ser de escuela privada. Al despedirse Félix invita a Ana a regresar “*cuando quieras a la UNAM, tu casa*”.

Una toma que tiene lugar antes del 2 de Octubre, presenta a otra pareja de estudiantes en actitud de esperanza y tranquilidad, con el símbolo de la UNAM de fondo.



Fotograma tomado de Tlatelolco Verano del '68, dirigida por Jorge Fons.

En el guion el nombre de UNAM es muy reiterado (de hecho muchas escenas toman lugar ahí), nombrando la participación del IPN y otras escuelas que se unieron a la huelga como eso, una mera mención. Como lo vimos con el Memorial, la película podría ser una suerte de retazo de la victoria institucional.

Estos simbolismos tienen su clímax en la representación de la masacre: la puesta de sol coronada por la V de victoria que ondea antes de la masacre, o la escena de un mar de sangre que invade la Plaza de las Tres Culturas, llevando a su paso anteojos, zapatos, bolsas, mantas, volantes, etc.



Fotogramas tomados de Tlatelolco Verano del '68, dirigida por Jorge Fons.

La historia de amor de la pareja termina con la muerte de Félix, quien de forma muy novelesca divisa a Ana antes de la caída de las bengalas; entre el mar de gente los dos protagonistas se van acercando cuando inicia la balacera. Logran unirse e iniciar el escape, cuando una bala –disparada por el hermano de Félix quien trabajaba para el gobierno–, lo impacta y cae. El símbolo a tratar aquí es el último aliento del Félix que le pide a Ana “*no me olvides.*”

¿No olvidar qué? ¿O a quién? La escena, que pasa a convertirse en el clímax de las dos tramas, tiene una fuerte carga emotiva, lo cual da a entender que ese es el objetivo último del film; generar simplemente una empatía romántica. Obviamente la petición de Félix nace del lema “2 de Octubre no se olvida”, así que estamos ante el apropiamiento o desvirtuación (¿o podemos decir sublimación del trauma como lo vimos con LaCapra?), de una referencia para investir de tragedia una ficcionalidad. En otras palabras, el mítico lema es rebajado para volver “real” los trances míticos del prototipo que significa el personaje de Félix.

De hecho, hasta resulta imposible creer que Ana sobreviviera, ya que después que Félix cae en la Plaza de las Tres Culturas, ésta queda vacía y sólo se escuchan algunos disparos. Si tomamos en cuenta que en el video que se tiene de la masacre entre estudiantes que huyen, soldados de van subiendo desde la zona arqueológica, y los agentes del Batallón Olimpia que disparaban desde ventanas y techos, la escena ratifica enormemente nuestra postura de que lo importante y el objetivo de la película son únicamente ellos dos y su trama, ya que elimina un registro real para priorizar a la ficción.

La película concluye, por así decirlo, en dos partes: la primera con la inauguración de las Olimpiadas, donde vemos a la protagonista llorar, pero no por la hipocresía o el despotismo de un gobierno vanagloriándose días después de mandar a acribillar estudiantes, sino por el ser amado asesinado. Llega a confundir la última toma, con globos volando hacia el cielo y la canción *Happy Together* de The Turtles, ya que no se entiende si es una forma de demostrar el cinismo gubernamental o un tipo providencial de ascensión al cielo por los muertos. Y por otra parte el video del informe presidencial del 1969, donde Díaz Ordaz declara: “*asumo íntegramente la responsabilidad personal, ética, social, jurídica, política e histórica por las decisiones del gobierno con relación con los sucesos del año pasado.*”



Fotograma

tomado de Tlatelolco Verano del '68, dirigida por Jorge Fons.

Así las dos tragedias llegan a una conclusión, con lo cual podríamos definir al film como un ejemplo equivocado de interpretación histórica, ya que la película encapsula un acontecimiento traumático y lo revisita con una nueva representación acorde a fines comerciales, contextuales, llena de prototipos sin explicación y, esto quizá sin tenerlo presente, de olvido. Olvido porque al insertar una trama romántica pareciera que el acontecimiento ya culminó, se resolvió, y ahora se cuenta con la libertad para re-interpretarlo y re-presentarlo bajo las visiones que se quieran.

El punto que quedamos a deber con Andreas Huyssen viene a colación porque la película es también un ejemplo de cómo al pasado se le quiere adherir el presente, bajo herramientas del segundo; pero además la responsabilidad ética y el uso del pasado cuando de actualizar su significado e importancia se trata. Huyssen comenta que independientemente del contexto político, social, o hasta geográfico donde exista un sobre uso del pasado, *“no podemos discutir la memoria personal, generacional o pública sin*

contemplar la enorme influencia de los nuevos medios como vehículos de toda forma de memoria”²⁴³.

Esto no quiere decir otra cosa que no podemos pensar en la película si no pensamos al mismo tiempo en el “verdadero” 2 de Octubre; así como no podemos pensar, o se requerirían elementos imaginarios de otro tipo, el 2 de Octubre y el movimiento estudiantil sin Rojo Amanecer, o La Noche de Tlatelolco. Bajo esta idea vemos que el pasado está siempre en perpetuo estatus de construcción-interpretación-representación, donde la historiografía y la monumentalización del pasado fungen como dos grandes moldeadoras del pasado en el presente. La cuestión ética entra exactamente donde la representación sobrepasa los niveles de afecto y respeto al hecho histórico y a sus protagonistas. Huyssen pone el ejemplo de que no podemos observar un parque de diversiones y un museo sobre el Holocausto de la misma forma. En la película Tlatelolco Verano del '68 sí somos testigos de una trivialización del hecho histórico, de la tragedia histórica pasada, como ya dijimos, por filtros ficcionales que tienen como objetivo contar otra historia.

Se podría criticar, decir, que el arte como lo entendemos hoy día no debe guardar ningún acuerdo de correspondencia con el tema que trata, porque es cierto, el arte es la forma humana de expresión más libre que existe. Pero nuestra tarea no ha sido de crítica de arte, sino de representación de un acontecimiento que sucedió, y que sigue muy presente en las manifestaciones sociales, políticas y de construcción de identidades en un país que carga con muchos, pero muchos fantasmas. Y, como si faltara menos, es la cicatriz en donde hemos puesto la mira para tratar de vislumbrar un cuerpo de memoria el cual necesita más que una curación exterior.

²⁴³ Huyssen, *Op. Cit.*, pp. 9-10

3.4 Souvenirs (2da parte): la cuadragésima quinta conmemoración.



Fotografía tomada por el autor. 2 de Octubre del 2013.

Como era de esperarse la Grieta era el vórtice principal de la conmemoración. Viejas y nuevas guardias del '68 daban vida tanto al luto que se tiene sobre el recuerdo del acontecimiento macabro, como una nueva repetición de la forma en cómo se rememora el hecho. Al observar esta fusión entre los de antes y los de ahora nos debe venir a la cabeza el concepto de memoria compartida. La parte colectiva de la rememoración yace en el hecho de reunirse en la Plaza de las Tres Culturas, cantar una serie de consignas o lemas, dar un cúmulo de opiniones similares o muy parecidas, estar del mismo bando político e ideológico. Pero la colectividad, por antonomasia, se rompe: una parte de la vieja guardia decidió participar en la marcha que partió de Tlatelolco con destino a la Cámara de Diputados, para protestar por las entonces aún en cuestión Reformas Energéticas. Otra parte de este grupo se quedaría ahí, ya que a las 6:15 aproximadamente habría un minuto de silencio, a razón del inicio de la masacre. Y en lo respectivo a la nueva guardia, estaban todos, o una inmensa mayoría, en ser parte de la marcha.



Fotografías tomadas por el autor. 2 de Octubre del 2013.



El cuadrante izquierdo superior reza; “Murieron como desconocidos, pero viven en nuestra mente y corazón como Héroes... ¡Su voz aún vive!”. “Lo que la tumba se llevaron, nuestra consciencia lo grita”. “Ni tus disparos ni la sangre cubrieron la realidad”, inferior izquierdo y derecho, respectivamente. Fotografías tomadas por el autor. 2 de Octubre del 2013.

A este nuevo “colectivo” de personas no las podemos colocar en el mismo plano memorial que el otro, ya que son el producto de una herencia, de un pasado exterior a una experiencia *realmente* vivida por ellos, o sea, están ahí, tienen tal o cual conocimiento al respecto del acontecimiento porque se les compartió.

No queremos decir transferido, porque ninguna experiencia se puede transferir de una persona a otra, sin importar la extensión del relato o una reproducción actuada sumamente elaborada para retratar los hechos. O en otras palabras por una simple razón; la experiencia es pasado, es decir pertenece al pasado, un tiempo que ya no es y no puede ser otra vez. Pero si podemos decir transmitida, ya que la acción de compartir necesita obligatoriamente de una plataforma que una locutor con interlocutor, y el lenguaje que les ayuda a entenderse uno con el otro es la transmisión, además de otros ligeros elementos.

De hecho, repitamos un ejercicio básico que tomamos de Dominick LaCapra; consultar el diccionario. El verbo «compartir» lo define la RAE como sinónimo de repartir, dividir, distribuir algo en partes. Un segundo significado es “participar en algo”. ¿Qué no cuando contamos algo, exteriorizamos una experiencia o un recuerdo, llegamos a repartir la narración, con sus detalles y particularidades, o dividimos el relato yendo de acá para allá con diferentes tiempos, o lo distribuimos al seleccionar qué partes sí y que partes no queremos que el otro o los otros sepan? Pero no nos metamos tampoco en cuestiones rígidas de sinceridad o falsedad, ya que eso nos llevaría al inicio, a pensar que la “verdad” y lo “cierto” está en lo legitimado, en los documentos escritos exclusivamente, en el archivo.

Si hay algo colectivo en la cuadragésima quinta conmemoración es que yacen dos colectividades internamente construidas por una experiencia re-compartida y re-interpretada, tanto por los antiguos en su dimensión vivencial como con los nuevos en su representación de expectativa. Si existirá una memoria colectiva como lo marca la definición ortodoxa en este caso los dos contingentes, por decirlo de manera burda, tendrían una agenda en común, y el objetivo o fin de toda la conmemoración sería uno sólo.



Fotografías tomadas por el autor.

2 de Octubre del 2013.

Todo esto se puede ver reflejado en la utilización de símbolos; la V de victoria –o venceremos para otros–, el “2 de octubre no se olvida”, “El ejemplo de la generación del ’68”, o la ingeniosa colocación de cientos de rectángulos de cemento, donde quien quiera que quisiese podía imprimir su mano. Es decir, la Plaza de las Tres Culturas, el espacio, funcionan más allá del lugar de duelo porque en la fecha, esa sí siempre exacta e inamovible, se congregan diferentes tipos de intencionalidades, que abarcan en cada participante un qué un cómo un quién y un por qué con el ’68. Entonces, lo volvemos a decir, es una congregación de factores compartidos porque cada integrante al recibirlo lo interioriza, razona, procesa y externa bajo su muy particular punto de vista, o de vida.

Y con esto queremos cerrar el comentario sobre colectivo/compartido. Si se sigue pensando en que hay una memoria colectiva que cada 2 de Octubre toma conciencia de sí misma en la Plaza de las Tres Culturas se está entonces diciendo que el ’68 es un tema cerrado, clausurado y hasta resuelto, o en el peor de los casos, que sólo aquellos que se reúnen saben de qué trata todo el asunto. Cuando la cuestión es totalmente diferente: al entender a la memoria como un acto primario que yace y hace existir a un único sujeto, una memoria individualizada, vemos como la memoria colectiva se erige como un amalgamamiento de éstas. Obviamente fijadas por el acto primario de compartir. En otras palabras, el acto de compartir (bajo todos los elementos y peripecias que expusimos al hablar de experiencia y lenguaje), es la esencia y núcleo de la colectividad, del acto conmemorativo de la memoria colectiva.

El olvido u omisión testimonial que hemos estado presentado aquí pudo haber sido causado por pensar en la memoria colectiva como el eje único de una forma de heredar, entender y reinterpretar el recuerdo del ’68. Vemos así la constante mutabilidad de la memoria del ’68, o para fines prácticos, de la forma en cómo ese pasado es transmitido a las nuevas generaciones, lo que provoca que al tener conciencia de ese pasado se quiera ser de alguna forma parte de él. Paul Ricœur ya la expuso cuando habla del sentido de deuda. Además, el pasado, o lo que ocurrió en él, es irrepetible, las re-presentaciones de lo heredado o transmitido pasan a ser un bien intangible compartido, que encuentra nuevo terreno fértil en cada nueva generación. En resumen, esta observación devela que el ’68 es un episodio total y completamente abierto.



Octubre del 2013.

Fotografía tomada por el autor. 2 de

El segundo documento apócrifo con el que contamos fue proporcionado por Alejandro Ávila, interprete que, mientras el contingente se enfilaba a la marcha, cantó varias de las canciones contenidas en su *cancionero* frente a la Grieta. (En la sección de Anexos se pueden leer con calma las 13 canciones y poemas que comprenden su repertorio, además de una pequeña cronología del movimiento.)

Pero la observación de la Placa en plena fecha festiva nos debe remitir a unas palabras de la señora Rosalba:

RFM2.- Es baño para perros, es cenicero público; tiene una velita y un Cempaxúchitl... te digo que pobre movimiento y pobres los del '68, que todos lo que quieren llamar la atención, para algo lo utilizan. Y ni saben, ni supieron ni entienden. Además no dice nada; unos nombres...

AEP.- ¿Para ti que significa que haya una placa, y el estado en la que se encuentra?

RFM2.- Para mí como niña, de lo que pasó, pues nada que ver. Es como un estandarte “comodín”; según las necesidades de cada grupo que quiere protestar, se lo acomoda. Tan no tiene raíz, razón, justificación, responsables o el por qué, que cualquiera se lo acomoda.

AEP.- ¿El estado de la conciencia colectiva mexicana, en tu opinión, es parecido al estado de la placa?

RFM2.- La placa es un símbolo de lo que pasa realmente con la sociedad mexicana; ni dice, ni representa nada, ni está cuidado. Si realmente fuera el *monumento* a los caídos, ¿estaría lleno de mierda?! ¿En qué otra parte de la plaza viste mierda?, en ninguna, ¡nomás ahí! ¿Por qué se fueron a cagar ahí? (Risas) O un perro debe de tener instinto de que eso no vale nada, y no representa realmente nada. Las colillas por todos lados, parece cenicero; ahí van a fumar y ahí dejan la colilla. No manches. Si de veras es un lugar sagrado, ¿tú vas a dejar ahí una colilla? ¿Te atreves a dejar una colilla al pie de la virgen de Guadalupe? ¡Jamás. Te mata el pueblo! Ese sí es un símbolo, bien plantado –una *tranzota* también, y un medio de sacar lana y de torcer al pueblo todo lo que quieras–, como Coca-Cola. Símbolos bien plantados en la conciencia mexicana. Te digo que nadie entiende, ni yo que lo viví entiendo que pedo. ¿Realmente quién puede responder? ¡Nadie! Y todavía quieren respuesta; pues ya se murieron todos.

Claro que discernimos en algunos pareceres, en algunas opiniones. Pero obviamente las respetamos al ponerlas aquí para presentar de mejor manera el horizonte de percepción que tiene nuestra entrevistada. Y para corresponder esta inclusión, y sin perder la costumbre, veamos que cuenta da al respecto la señora Leticia:

LFM.- Ese “2 de octubre no se olvida” ya lo deberían de quitar porque sigue el duelo; lo reviven y lo reviven. Es un círculo que se debe cerrar y debe ser algo muy grande, o sea reconocer que hubo algo, el gobierno debe reconocer que algo estuvo mal, que algo se manejó mal. No se trata de culpables o de culpar, simplemente de enseñar que un error que empezó de unos a donde puede llevarnos.

Aunque en la primera línea se puede ver algún tipo de contradicción (ya que como “no se olvida” se repite bajo el patrón del aniversario), el punto es claro; el ‘68 es difícilmente un acontecimiento cerrado, concluido, entendido o asimilado dentro de un discurso histórico-nacional, sino todo lo contrario: llega a representar un punto de incompreensión, diríamos, en primer lugar causada por la ausencia de resolución y esclarecimiento legal proveniente del Estado. Después podríamos hablar de cuáles son las plataformas o medios gracias a los cuales el acontecimiento les es transmitido a las nuevas generaciones. Y si quisiéramos ir todavía más lejos, observar el lugar y la forma que el movimiento estudiantil, el 2 de Octubre, y sus repercusiones políticas y culturales tienen en los planes de estudio en instituciones de educación medio y superior. (Y no únicamente la masacre de 1968, sino todos los atropellos que el gobierno ha infringido a la sociedad. Sería un extraordinario trabajo histórico tratar de conocer cómo este tipo de acontecimientos son tratados desde las esferas de impartición educativa en México, y, si estos episodios son excluidos, analizar el por qué y el qué genera su olvido.)

Si trasladamos todo lo anterior a conceptos lacaprianos, estamos ante una transmisión de herencia traumática sublime por dos razones; a) la repetición de la representación factual de la marcha (es decir una suerte de honrar las marchas ya establecidas desde finales de los ochentas), y b) la re-interpretación de ese rito pero ahora vestidos con otros motivos y consignas. Claro, parecería que estamos teorizando cualquier rito de conmemoración y todo lo que en sí involucra.

Pero la diferencia radica en el simple hecho de la recepción y la legitimación. Por ejemplo, si contraponemos una fiesta patria bien esclarecida en el calendario con el 2 de Octubre encontraremos que lo primero que los distancia es la concepción de las partes del ritual conmemorativo; en primer lugar puede haber un desfile en lugar de una marcha —que algunos ven como manifestación—, después tenemos que la fiesta patria es eso, una fiesta que enaltece a la patria, a la Nación y hasta al Estado. En uno hay desfiles, en el otro hay contingentes dentro de una marcha. Y el 2 de Octubre es en gran mayoría, y por “gajes del oficio”, una invitación a otros grupos más violentos y radicales para cometer actos vandálicos lo cual, obvio, no “beneficia” en nada a la patria. Después, que todo acontecimiento reconocido como *histórico* sí tiene lugar en el discurso educativo, es parte

de una narrativa oficial que “cuenta” como algo heroico, valeroso, patriótico nos ha traído hasta aquí. Un discurso teleológico.

Ahora bien, ¿podríamos imaginar o suponer –pecado capital para cualquier historiador ya que solamente debemos hablar de pasado y con el pasado sin usar nunca la imaginación (“”)–, que la falta de legitimación y enaltecimiento patriótico del acontecimiento es una especie de táctica proveniente del cuerpo del discurso dominante que espera que la memoria del ’68 y sus conmemoraciones lleguen a ahogarse bajo capas de constantes nuevos reclamos por parte de la sociedad, con el fin de lograr el inicio del olvido? ¿Será que con el paso del tiempo el 2 de Octubre gesticule un rostro al que ese poder legitimador pueda culpar de irreconocible, ilegítimo, no-autorizado, porque las capas generacionales lo han transformado en algo más? ¿O será que esa disputa entre memorias, de la cual leímos un poco en las observaciones de William Kelly, entre los apóstoles del movimiento y el poder que hace de la vista gorda, le descompongan tanto el rostro a la memoria del ’68 al grado de provocar no sólo procesos de indiferencia, falta de encanto y harta incompreensión que lleven al 2 de Octubre a ser una fecha apócrifa o hasta legendaria de unos cuantos?

Estas preguntas son difíciles de responder, es difícil saberlo, ya que lo que la Historia sabe del pasado poco alcanza para escribirle una lista de deseos al futuro. Pero sí habría que problematizar más allá las razones que tiene el discurso dominante por omitir la necesidad de incluir este episodio nacional en los discursos o retóricas educativas, culturales o sociales. De hecho el Memorial debería entrar aquí a discusión ya que en ningún momento se vio algún tipo de participación de ésta institución durante las acciones de rememoración en la Plaza de las Tres Culturas. De hecho su conmemoración ocurre dentro de sus instalaciones, obviamente bajo su discurso con sus sacerdotes.

Entonces quizá cuando Leticia comenta que ya se debería de quitar el “2 de Octubre no se olvida” tenga alguna parte de razón. Ese lema es meramente eso, un lema, pero lo que persiste es una repetición, una re-presentación turbulenta y dramática donde yacen emociones y espantos muy complejos de cohesionar. Un apunte más sobre las consecuencias de la falta de legitimación, y que viene a colación con un punto en común que las opiniones de las hermanas Flores Macías tienen; en el 2 de Octubre no hay héroes,

haya placa con nombres o no. Hay mártires, un escaño mitificante y construido a posteriori de lo que en primer lugar es una víctima lo que, en esencia, es lo más cercano a la realidad.

Leticia remarca precisamente eso, que hay víctimas en lugar de héroes, por lo cual como damnificada y sobreviviente se le preguntó si ella era también una víctima, claro, muy diferente a las demás:

LFM.- Yo creo que sí pudiéramos ser víctima de las circunstancias, porque nosotros no lo elegimos. Víctimas de las circunstancias. Nosotros vivíamos ahí, las circunstancias fueron las que nos convirtieron en víctimas, y de una pérdida muy grande. Te truncan tu inocencia, tu felicidad, tu modo de ver la vida, tus criterios, tu futuro. Yo puede ser que todavía esté viviendo el duelo, por qué pues porque no se ha cerrado. “Que viene octubre, ¡ay! otra vez” Cada año yo me acuerdo porque hacen su alboroto. Ten la seguridad de que su no hubiera alboroto igual y yo ya lo hubiera olvidado.

Esta opinión no dista mucho con la de la hermana menor:

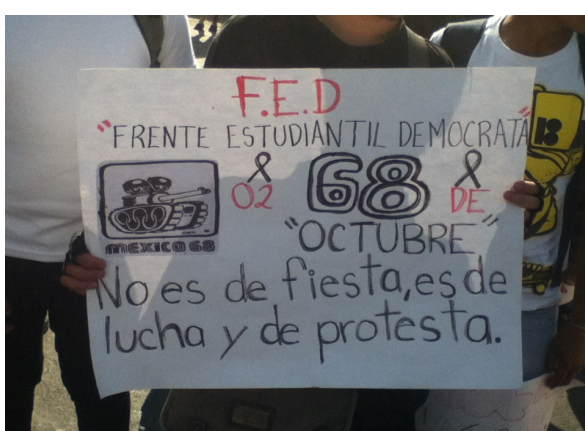
RFM2.- Si creo que haya personas que se refieran a eso como un hecho vergonzoso que tendría que explicarse, que tendría que juzgarse, que tendría que castigarse...si, si es cierto, lo creo. Pero la gran mayoría, solamente se aprovechan de las poquitas cosas rescatables, donde hay mártires y esas cosas. Tampoco hay un héroe, sí hay mártires pero ni si quiera tienen nombre; y no hay un héroe, no hay un líder. No hay un *quién*...nadie.



Fotografías

tomadas por el autor. 2 de Octubre del 2013.

Como se iba comentando, la Plaza de las Tres Culturas quedó casi vacía alrededor de las 3 y media de la tarde. Ya dentro de la marcha se podían escuchar varios cánticos y lemas como; *“A ver, a ver ¿quién lleva la batuta? ¿los estudiantes o el gobierno que ejecuta”*. *“La crisis del sistema no tiene solución. ¡Impulsemos la revolución!”* *“Porque el dolor de la sangre jamás se olvida, los masacrados serán vengados. ¿Y quién los vengará? ¡El pueblo organizado! ¿Y cómo? ¡Luchando, luchando!”* *“Maestro campesino, maestro proletario enséñame el camino el revolucionario”*. *“Vestido de verde olivo, políticamente vivo, no haz muerto no haz muerto camarada, tu muerte, tu muerte será vengada”*.





Fotografías tomadas por el autor. 2 de Octubre del 2013.

Antes de dejar la marcha (ya que comenzaron a aparecer integrantes de los Anarquistas, un grupo de choque que hizo su primera aparición importante durante la toma de posesión de Enrique Peña Nieto en diciembre del 2012), el ambiente que se vivía distaba mucho de ser conmemorativo o en honor a la masacre. Podemos decir que pasó a ser la base para la organización, un pretexto u oportunidad para reunirse en un punto, rendir algo de honores con la simple presencia y luego pasar a otras cosas importantes y con mucho valor sin duda, pero que ya habían sido impulsadas por la liturgia tlatelolca. No estamos diciendo que las cosas no deban suceder así, al fin y al cabo, como vimos con David Lowenthal, el presente basa su relación con el pasado a través del cambio, del enaltecimiento, del mejoramiento, de la selección, la purificación, y demás mimos nostálgicos. Es una relación de dos donde cabemos todos nosotros, tanto los vivos como los muertos.

Epílogo

The past is never dead. It's not even past.

o

El pasado nunca está muerto. Ni siquiera es pasado.
-William Faulkner.

En “El pasado es un país extraño” David Lowenthal comenta que la preocupación máxima que lo impulsó a escribir el libro radica en la curiosidad innata, casi instintiva del hombre por el pasado. Su necesidad de saber de dónde viene él y casi todo lo que lo rodea. Y el ser humano termina por convertirse en la ligadura máxima, la bisagra total entre lo que ya no puede ser con lo podría ser. Esa necesidad de saber nos pertenece y al mismo tiempo le pertenecemos. La cuestión de saber, de adquirir un conocimiento, puede anteceder o proceder de una petición. Cuando nos acercamos a la hermanas Macías queríamos saber algo más del 2 de Octubre: datos, anécdotas, partes de guerra de un episodio de nuestro pasado que por su cercanía temporal no podemos dar por concluido ni mucho menos, como hemos estado viendo, asimilado. Los testimonios y narraciones que han llegado hasta nosotros provenientes de los testigos consagrados nos dieron un horizonte, un paisaje, que sin él difícilmente sabríamos que una matanza sucedió en Tlatelolco. Quién podría decir cómo se desarrollaron los cambios políticos en México sin esas voces que pujaron por señalar la barbarie de un gobierno.

Al pasar cierto tiempo nos encontramos con lo que Enzo Traverso denomina “memorias fuertes / memorias débiles”. *“La visibilidad y el reconocimiento de una memoria depende también de la fuerza de quienes la portan”*.²⁴⁴ 57 no son la cantidad aún viva de sobrevivientes de la masacre; ni tampoco la UNAM fue al única institución que participó con militantes en el movimiento. Hay memorias más fuertes que otras. Y con el nuevo corpus testimonial que presentamos aquí éste detalle no pasa desapercibido. El impacto que aún tiene el '68 entre nosotros sigue dependiendo más de las voces acreditadas que las de algún otro grupo o actores. El acercamiento con las hermanas Macías fue mucho más que extender una visión ya conocida. De alguna forma sus testimonios nos

²⁴⁴ Traverso, *“El pasado...”*, pp. 48

introdujeron en las imágenes, las fotografías, lo videos, y nos hicieron girar la cabeza hacia otro lado para tratar de saber lo que les pasó a los habitantes de Nonoalco-Tlatelolco. La tradición, o en este caso, la construcción del hecho, incluso ha determinado que se diga únicamente Tlatelolco, y no el nombre completo de la zona habitacional.

Como lo hemos remarcando, ningún pasado puede volver a suceder, pero como nuestros recuerdos pueden ser recordados, representados y reinterpretados, el 2 de Octubre sigue vivo en una dinámica muy parecida. Lo coyuntural sucede cuando llevamos mucho tiempo haciendo algo de una misma manera y de pronto algo exterior viene a “romper” esa rutina. Desde una forma ya determinada de llevar a cabo alguna festividad o celebración entre familia y amigos, hasta lo privado en nuestras formas de vestirnos, lavarnos los dientes o irnos a dormir. La mayoría de las rupturas o traumas suceden cuando el exterior le cambia de forma intempestiva y violenta la consecución natural de los procesos a nuestras prácticas. Claro, sería difícil sufrir un trauma durante estas actividades cotidianas, pero quién no a pasado por una celebración familiar con la ya ausencia de un ser querido? ¿No son esas primeras ocasiones las más difíciles, las que como martillos cerebrales nos golpean con recuerdos y nos sumergen en una inmensa tristeza?

Intentamos hacernos responsables de una omisión histórica. En otro artículo, Jörn Rüsen habla sobre la responsabilidad e irresponsabilidad del historiador, al fin y al cabo es él quién hace la historia, es quién tiene cierto nivel de preocupación analítica con el pasado. Como se fue exponiendo a lo largo de este escrito, vemos la omisión de testimonios provenientes de habitantes de Nonoalco-Tlatelolco como una irresponsabilidad del quehacer histórico nacional. Buscar alguna justificación para tal olvido recaería en la irresponsabilidad, ya que, nos dice Rüsen, se entiende que el historiador navega entre parámetros y directrices que hacen de su trabajo científicamente valido y justificable. Pero hay ocasiones en que tales reglas bloquean el sentido humanista de nuestra ciencia. Si *"las reglas metódicas de la investigación, que buscan la objetividad, disuelven la responsabilidad histórica"*, entonces ¿significa que los historiadores poseemos una especie de fuero que nos protege contra cualquier irresponsabilidad u omisión con aquellos que hicieron del pasado lo que fue? Y en ciertos casos, ¿lo que sufrieron?²⁴⁵

²⁴⁵ Rüsen, Jörn. *Responsabilidad e irresponsabilidad en los estudios históricos. Una consideración crítica de la dimensión ética del historiador.* pp. 31

En el segundo capítulo abordamos críticas a hábitos y concepciones ortodoxas de nuestra ciencia. Pues bien, Rüsen comenta que en la construcción de conocimiento histórico el historiador se debe guiar, pero no enteramente dirigir, por una objetividad histórica (verdad teórica), y una responsabilidad histórica (es decir, la verdad nacida del abordaje de sus referencias, sin importar el tipo específico de fuentes.) Pero si una se antepone mayoritariamente a otra entonces se produce una “*irresponsabilidad institucionalizada del pensamiento histórico*”. En otras palabras, ni todo puede ser mera observación y su respectiva cavilación, ni todo puede recaer por entereza en la praxis.²⁴⁶ Si Ricœur habló de una justa memoria, nosotros deberíamos pensar en entender también como los mercedores de una «Justa Historia», donde el elemento más variable, aprehensivo, discutible, cambiante, introspectivo es el historiador, el ser humano. Y como ser humano que estudia lo que hicieron o lo que les pasó a otros como él, debe reconocer la responsabilidad social de aproximar lo mejor posible esa masa de intangibilidad a los que hacen el presente.

Rüsen divide en tres los niveles de responsabilidad: a) ante su propia contemporaneidad. Es decir fungen como una especie de “*abogados de la memoria colectiva y de su orden*”. Esto nos lleva a b), la perspectiva de futuro. Si ningún historiador es ajeno a las fuerzas que constituyen el pasado, y que por ende lo forman a él, el futuro es parte fundamental de su intencionalidad. Y c), somos herederos del pasado, y en especial del pasado violento, ese del que no se habla o que permanece en silencio. El punto donde estos niveles convergen yace en que la historia siempre es actual, el pasado se construye siempre desde el presente. (Todo lo anterior nos debe remitir, de nuevo, al poder del pasado como arquitecto de la vida cultural, de la identidad individual y colectiva, que en tiempos de crisis funge como catalizador o recordatorio de lo que una sociedad ha sido y es.)²⁴⁷

Al punto que queremos llegar es subrayar la importancia que los testimonios que las hermanas Macías nos proporcionaron. Sus memorias no agrandaron la carga memorial y hasta histórica que teníamos del ‘68, sino que nos abrieron el camino a *otro* 2 de Octubre. Hay que admitir que hablar con ellas sobre un acontecimiento que creíamos de unos otros, de una accesibilidad más compleja porque son personas públicas o hasta consagradas gracias a su experiencia, “humanizo” más al acontecimiento. Estábamos ante unos testigos

²⁴⁶ *Idem.*, pp. 31

²⁴⁷ *Idem.*, pp. 32

que, citando a la señora Leticia, no habían elegido estar ahí y pasar por eso, y además tener eso en su memoria. Claro, los sobrevivientes de la masacre tampoco querían que eso sucediera. Pero nuestras testigos nunca han tenido la plataforma para dar su parte de guerra, su testimonio en el silencio que aún juega dentro de ellas un papel muy importante en el desenvolvimiento de su día a día.

Como señala Rüsen, *"Se ha de concluir que pertenece a la responsabilidad del historiador alertar no sólo de esos rasgos del pasado que encajan en la autoestima de los contemporáneos, sino también de las perturbaciones ocultas que afectan a su autoestima, que se basan en una experiencia histórica traumática y suprimida"*²⁴⁸. O lo que es lo mismo, cabe en los historiadores acercarse a esas cicatrices que la otra cara del tiempo contemporáneo trata de maquillar. Pero, cuidado, esta exhortación no va dirigida a colocar al historiador como un nuevo juez o como una nueva especie de dictador de justicia. El objetivo de indagar en episodios donde el esclarecimiento brille por su ausencia no es *hacer* meramente justicia, pero sí pedirla, denunciar la falta de ella. ¿Cómo?

Si Rüsen ya alertó sobre el peligro que se corre cuando teoría y praxis entran en una dinámica dispar de fuerzas, es entonces cuando una modificación en el método, el narrativo, debe realizarse, en orden de salvaguardar la responsabilidad ética y representativa que adquiere el historiador al exponer el pasado. Ya que es por medio de la narración que el historiador trata de hacer entendible un conjunto de valores y perspectivas que en la actualidad han adquirido nuevos significados. Algunos de ellos hasta se llegan a perder con el paso del tiempo. Pero, y este apunte le queda muy a doc a nuestro estudio del '68, el cambio del método narrativo *"funciona como reglas retóricas para dirigirse a aquellos que necesitan que la historia llegue a acuerdos con su mundo, con ellos mismos y con los otros, con aquellos con los que viven."*²⁴⁹

Es por eso que aquí expusimos las opiniones de las hermanas Flores Macías tal y como ellas nos las dieron, para darles más que un lugar en la historia del '68; fue para darles su respectiva ubicación dentro de una memoria compleja. Ciertamente que manejamos un aparato teórico vasto, amplio para descomponer sus testimonios pero con el objetivo de hacerlos sensibles y accesibles a un problema de consciencia histórica serio, que todavía

²⁴⁸ *Idem.*, pp. 34

²⁴⁹ *Idem.*, pp. 45

juega un rol importantísimo en el devenir de nuestro país. Y, dicho sea de nuevo, aborda un problema ético y funcional del quehacer histórico. Es por todo esto que iniciáremos el fin de nuestro viaje de la misma forma en como comenzó; dándole la palabra a Rosalba y a Leticia. Una pregunta que le hicimos a las dos, fue si a lo largo de su vida, a partir del 2 de Octubre, eso había sido un tema de conversación recurrente entre los suyos. Rosalba comentó que sólo había salido en una conversación con una maestra mientras estudiaba la licenciatura en Comunicación, a razón de ser 2 de Octubre, el tema había sido discutido en clase. Pero durante los casi 3 años más que vivió en Tlatelolco las relaciones entre los vecinos se vieron empapadas por el hecho:

RFM2.- Nosotros –escuela y familia–, sólo recordábamos sobre quién se murió; nosotros lo platicábamos en la escuela como; “a ella se le murió un primo, un tío. Yo vi sangre, yo vi un muerto; yo vi un granadero, yo vi un tanque, yo no lo vi. Yo vi la sangre embarrada, yo no la vi, ¿dónde está? te llevo...”. Porque además nadie fue a limpiar. ¿Quién iba a ir a limpiar los departamentos? Debieron haber mandado a limpiar. Nomás se llevaron los restos [humanos].

Proseguimos preguntando por qué fuimos (casi) los primeros en saber:

RFM2.- Para mí lo más importante es que la sociedad no se conforme nunca con la versión que le da, un medio o una persona, incluyendo al testigo ocular. Porque todo tiene muchas interpretaciones y muchos puntos de vista según el contexto de quien lo está narrando, según su interés. Eso es lo interesante, no hay una verdad, no existe una [sola] verdad. Son tantas verdades y todas son validas.

Leticia, por otra parte, sí había compartido en otras ocasiones sus recuerdos:

LFM.- Todo mundo quería saber. Cuando íbamos a las fiestas o reuniones, no sé por qué salía; era el comentario o el dónde vives; -En Tlatelolco. -Oh, entonces tu viviste... -Sí. Mis hermanas se enojaban porque íbamos a fiestas y yo tenía a todos los chavos así (dibuja un círculo con ambas manos), oyendo la historia que yo viví. O sea lo que te estoy platicando, y tal vez más fresco. Pero todo el

mundo quería saber. –“Oye y tu cómo viviste esto, cómo fue esto...? –Ah no, eso yo no lo vi.

Hasta la fecha: hace dos años tuvimos una reunión en casa de mi hermano, y la *chaviza*... toda la noche, –“Oye y cómo fue esto, y qué pasó con eso...” O sea, sí quieren saber. Y también hay gente con la que ni hablas porque puedes tener dos problemas; una, si hablas de más te pueden hasta venir a callar, aunque lo vi todo, viví todo; ahí estaban las muestras; el elevador, las escaleras... Pero lo más tremendo es ver los tanques ahí, los soldados ahí, es impactante. Y ya después se volvió muy triste [vivir en Tlatelolco]. No puedes tener como hogar un lugar donde hubo eso, yo no lo podría formar.

Y le repetimos la pregunta, ya que su entrevista fue tiempo después de hablar con Rosalba sobre la importancia que ella misma le daba a su testimonio:

LFM.- Para mí nunca existe una verdad, o sea, aunque la persona con la que estoy hablando, discutiendo, tenga razón, él está diciendo su cien por ciento de verdad porque él tiene su percepción. Depende de su experiencia, depende de su educación, de sus patrones de conducta... desde ahí él ve esa percepción, ¿sí?, y dice, “¿¡Fueron miles, miles de muertos!” Y mi percepción es que yo alcancé a ver el tanque y un muerto, y pues yo voy a decir, “no, nomás era uno.” [...] Muchos obviamente que van a hablar, van a contar lo que les convenga. [...] Ese es el dolor más grande, porque murieron muchos inocentes; ves las fotos, ves a las familias, a los niños, las señoras cargando niños y dices, “¿Yo cómo me voy a atrever a criticar si dicen que la orden la dio fulano, que se empezó el de acá... para mí lo que importa son los resultados, porque como verdad no sé ni me atrevo a criticarla porque pues en primera yo era muy chica, muy ignorante, como para saber en ese tiempo ¿no? Ahora dicen muchas cosas, se descubren muchas [...] Nunca vamos a saber, realmente, lo que pasó.

[...] Efectivamente es una frustración muy grande, un trauma muy grande, es algo que nunca olvidas, es algo que hasta la fecha no puedes comprender, es algo como si te hubieran puesto un sello. Así, así lo llevas.

También hay una analogía compartida, nacida –quién sabe–, de alguna plática en familia, o por el hecho de ser hijas de un hogar tradicional y hasta un poco conservador:

LFM.- Hay dos cosas para mi muy claras: una, ¿cuál fue la necesidad de tanta matanza? [...] Yo creo que muchos muchachos era ingenuos. También me queda muy claro que eso [el movimiento estudiantil] era como un hijo, un hijo rebelde que no quiere obedecer y hasta que les das sus *cinchazos*, sus buenas nalgadas, el niño obedece. [...] Hasta que no les dieron un “hasta aquí”, y lo digo con tristeza porque no estoy de acuerdo, no puedo estar de acuerdo con una matanza de esas, ni la pueda explicar ni justificar, [el niño se comporta].

RFM1.- Iban a, y eso lo sé ahora, iban a dar un ejemplo de lo duro que podía ser si se iban hacia cierto lado... es como un papá que es exigente con sus hijos y desde la primera grosería que dice partirle la cara, “para que sepas que yo mando”. Así lo veo. Siento que así fue. O sea que lo que pasó fue que algo estaba ocurriendo, un rumbo estaba tomando este país y las personas que llevaban la rienda, quienes la llevaran, como fuera le dieron un madrazo a lo que estaba ocurriendo para [decir] “aquí mando yo”.

Y ya que Rosalba en su segunda entrevista se denominó *damnificada*, le planteamos éste adjetivo a Leticia, para que nos diera su perspectiva conocer cómo se veía ella misma:

LFM.- Me veo de dos formas, forzosamente me tengo como dos formas, el blanco y el negro. Porque éramos muy felices, como dijo mi mamá, “mi mejor época fue esa”, y sí es cierto. Yo tenía 18 años, ahí tuve mi primer novio, vivíamos con mis hermanos; éramos felices, muy felices. Mi papá, mi mamá. Todo lo teníamos ahí, el concepto de que bajamos y todo lo teníamos ahí. El departamento era precioso, muy bonito, grande. Entonces, toda esa felicidad que teníamos se nubló.

Es como perder a ser querido, se te fue tu felicidad, se te fue tu todo. Pierdes en primera la credibilidad en todos, porque nos sabes quién está mintiendo; pierdes credibilidad en la humanidad, en la felicidad, pierdes estabilidad emocional. Yo a partir de ahí me empecé a enfermar y nunca tuve nada, pero bajé siete kilos... hasta ahorita lo estoy pensando, igual y fue por eso. Pero si es un golpe duro, muy duro.

AEP.-¿Fue a terapia (psicológica)?

LFM.- Si estuve yendo un poco a terapia pero nunca toqué ese punto. Toqué otros, de la familia, que era grande, que me sentía triste, que me sentía mal, pero nunca lo relacioné hasta ahorita que tú me estás preguntando. Pero si es un parte aguas; antes y después.

*“Sólo una cosa puede decirnos el pasado: lo que queda por hacer”*²⁵⁰ comenta Néstor Braunstein. Y en gran medida tiene razón. El pasado antes de ser memoria, testimonio, Historia u olvido, es un espejo dentro de la esfera que es nuestro mundo, nuestro presente. Los testimonios de las hermanas Flores Macías nos han llevado a ver el '68 desde una nueva perspectiva, la del trauma, y por ende nuestra lectura presente de un pasado constante llama a una operación de reflexión, problematización y deconstrucción sobre lo que se puede y falta por hacer.

Y el pasado inmediato, ese ente a veces incomprendido por la Historia, tiene mucho que decir. Utilizando la analogía de Lowenthal, es condado de ese país extraño que debemos visitar. O mejor dicho, donde debemos saber y estar consientes que será siempre el lugar desde el cual partiremos. Y aquí pasamos por algo similar: nacido desde el presente, los testimonios de las hermanas Macías nos acercaron a un pasado, cuyas repercusiones lo han configurado ya como un hecho histórico, desde una perspectiva diferente. Y quizá (propuesta para el futuro de esta investigación), haya más testimonios pertenecientes a esa cotidianeidad que sufrió una ruptura violenta y agresiva el 2 de Octubre de 1968. Otras personas, otras voces, otras memorias.

Difícil determinar cómo y cuánto cambiaría nuestro entendimiento del '68 si este corpus memorial se expandiera haciéndose de más rostros y otros matices vivenciales. Pero con la incorporación y uso de las memorias de las hermanas Macías, además de nuestro recorrido teórico por conceptos de la Historia y una revisión crítica de las ondas expansivas del '68, queremos dar un primer paso, colocar un riel hacia una nueva dirección. Desde otras imágenes y otros recuerdos, con sus voces o silencios, navegando por distintas corrientes de memoria, y fluctuantes oleajes de olvido, hay ecos...

Existen.

²⁵⁰ Braunstein, *Op. Cit.*, pp. 65

REFERENCIAS

Entrevistas:

Rosalba Flores Macías: 1 de julio del 2011 y 27 de octubre del 2011.

Leticia Flores Macías: 14 de marzo del 2014.

Bibliografía:

Allier Montaño, Eugenia. Presentes-pasados del 68 mexicano. Una historización de las memorias publicas del movimiento estudiantil, 1968-2007 *Revista Mexicana de Sociología* 71, núm. 2 (abril-junio, 2009): 287-317.

_____. “El movimiento estudiantil de 1968 en México: historia, memoria y recepciones”. Contenido en, *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación*, págs. 13-30. Coord. Alberto del Castillo Troncoso. México, Instituto Mora, 2012.

Braunstein, Néstor. “*La memoria del uno y la memoria del otro. Inconsciente e historia*” Editorial Siglo XXI, México, 2012.

Memorial del 68. Relato a muchas voces. Cazés, Daniel compilador. México, Ediciones La Jornada, 1994

Compilación de la Memoria de los 40 años del movimiento estudiantil del 68, “*El 68: todo el día y toda la noche. Conferencias magistrales*” tomo I, México, UNAM, 2010.

Compilación de la Memoria de los 40 años del movimiento estudiantil del 68, “*El orden invisible; arte, escena y espacio público*” tomo II, México, UNAM, 2010.

Del Castillo Troncoso, Alberto. “*Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968. La fotografía y la construcción de un imaginario.*” México, Instituto Mora, 2012.

Huyssen, Andreas. "En busca del tiempo futuro". Revista *Puentes*, año 1, n° 2, diciembre 2000. Argentina.

Kelly, William. *Nothing has happened here: memory and the Tlatelolco masacre: 1968-2008. Tesis doctoral*, Universidad de Toronto, 2010.

LaCapra, Dominick. *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*. FCE Argentina, 2006

_____ *Historia y memoria después de Auschwitz*. Argentina, Prometeo Libros, 2009

Lessing, Doris. *Memorias de una superviviente*. Edición Gandhi/Debolsillo, México, 2013

Lowenthal, David. *El pasado es un país extraño*. Editorial Akal Universitaria 1998

Luna, Daniel. "Memoria militante: crítica de la narrativa sesentayochera". Contenido en, *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación*, págs. 119-146. Coord. Alberto del Castillo Troncoso. México, Instituto Mora, 2012.

Medina, Cuauhtémoc. "Problemas de memoria". Contenido en, *El 68: todo el día y toda la noche*, Tomo I. Págs. 49-60. México, UNAM, 2010.

Memorial del '68. Vázquez Mantecón, Álvaro. Compilador. México. Turner editores. 2007

Monsiváis, Carlos. *Días de Guardar*. México. Bolsillo Era, 2010

_____ *El 68; la tradición de la resistencia*. México. Bolsillo Era, 2008.

_____ "1968 : la herencia en busca de herederos". Contenido en, *El 68: todo el día y toda la noche*, Tomo I. Págs. 19-26. México, UNAM, 2010.

Ortega Olivares, Mario compilador. *Octubre Dos; historias del movimiento estudiantil*. 2da edición, UAM, México, 2013

Pereda, Carlos. "Sobre el posible continuo personal-social de la memoria". Contenido en *Culturas de la memoria. Teoría, historia y praxis simbólica*, Friedhelm Schmidt-Welle compilador. Págs. 33-53. Editorial Siglo XXI, México, 2012

Ricœur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. FCE Argentina Segunda Edición 2008

Rodríguez Cruz, Olga. *El 68 en el cine mexicano*. Universidad Iberoamericana. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Primera edición, México, 2000.

Rufer, Mario. *La nación en escenas: memoria pública y usos del pasado en contextos poscoloniales*. El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, México, 2010

Rüsen, Jörn. "Responsabilidad e irresponsabilidad en los estudios históricos. Una consideración crítica de la dimensión ética del historiador". Revista Alcores, año 1, nº 1. 2006. Pp. 29-45.

_____ *Tiempo en ruptura*. traducción de Christian Sperling, UAM, México, 2013.

Taibo II, Paco Ignacio. *68*. México, Editorial Planeta Mexicana, 2008.

Traverso, Enzo. *El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Marcial Pons, Ediciones Jurídicas y Sociales. Colección Pilotopías. España, 2007

Velázquez Marroni, Cintia. *Musealizar el pasado reciente ¿Un futuro para la historia? Los museos memoriales y el Memorial del 68*. Tesis de maestría, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2010.

Vidal-Naquet, Pierre. *Los asesinos de la memoria*. Editorial Siglo XXI 1994

Volpi, Jorge. *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. Ediciones Era. Primera edición en Bolsillo, México, 2008

-Revistas

Milenio numero 58, octubre 5 de 1998

Nexos, agosto 2009

Por qué? Numero 223, octubre 5 de 1972

Proceso Número 934, 24 de septiembre de 1994

_____ Edición Especial número 23, octubre 2008

_____ Edición Especial número 42, octubre 2013

-Documentales.

El Grito. Leobardo López director, Universidad Autónoma de México y Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, 1968.

Tlatelolco: las claves de la masacre. La Jornada y Canal Seis de Julio, 2002

Masacre de Tlatelolco. Discovery Channel, 2008

La masacre de Tlatelolco. History Channel, 2008

-Películas.

Rojo Amanecer (1989) Jorge Fons, director.

Tlatelolco, Verano del '68 (2012) Carlos Bolado, director

-Apócrifos

Carta a los Jóvenes del Siglo XXI. 2008

Cancionero "Por la memoria y la justicia. Homenaje al movimiento estudiantil de 1968".

2013. Compilado por Ávila, Alejandro.

ANEXOS

Anexo #1

Memorial de Tlatelolco.

Cronología:

- 21 de julio. Reyerta entre estudiantes de las Vocacionales 2, 3 y 4 y una Preparatoria privada "Isaac Ochoterena", ubicadas en la ciudadela.
- 26 de julio. Los granaderos agreden a los manifestantes que conmemoran sobre la Av. Juárez el inicio de la revolución cubana.
- 29 de julio. Basuzako a la puerta de la preparatoria 1 (Colegio de San Ildefonso).
- 1 de agosto. El presidente de la República declara en Guadalupe: "Hay que restablecer la paz y la tranquilidad pública. Una mano está tendida; los mexicanos dirán si esa mano se queda tendida en el aire..."
- 4 de agosto. Formación del Consejo Nacional de Huelga (CNH) y lanzamiento del pliego pidiendo de los 4 puntos.
- 17 de agosto. Primera gran manifestación al Zócalo, en la que participan 150 mil personas.
- 22 de agosto. El Lic. Luis Echeverría, secretario de Gobernación, propone un "diálogo franco y sereno". El CNH pide que sea público: frente a la prensa, la televisión y la radio.
- 27 de agosto. Gran manifestación 100 mil personas marchan del Museo de Antropología al Zócalo. Se iza una bandera roja negra en el asta del Zócalo. Se queda una guardia. A la una de la madrugada, fuerzas del ejército, de la policía y de los bomberos desalojan al Zócalo.
- 28 de agosto. Numerosas burxerías son llevadas al Zócalo para un acto en desagravio a la bandera.
- 1 de septiembre. El presidente de la República, Gustavo Díaz Ordaz, rinde su Cuarto Informe de Gobierno. Declara "La cultura es el fruto magnífico de la libertad..."
- 7 de septiembre. Mílin de 35 mil personas en Tlatelolco, convocado por el CNH.
- 13 de septiembre. Gran manifestación del silencio.
- 15 de septiembre. El ingeniero Heberto Castillo da el Grito de Independencia en la explanada de la Ciudad Universitaria.
- 16 de septiembre. El ejército invade la Ciudad Universitaria.
- 24 de septiembre. El ejército entra al Casco de Santo Tomás, después de una larga y dura batalla campal entre estudiantes y policías.
- 1 de octubre. El CNH rechaza el regreso a clases. El ejército sale de Ciudad Universitaria. El CNH anuncia un gran mílin en la plaza de tres horas culturales en la Unidad de Nonato-Tlatelolco.
- 2 de octubre. Matanza de Tlatelolco.
- 12 de octubre. Inauguración de los Juegos Olímpicos.

Marcha de los Caídos

Judith Reyes

Honraré a los caídos luchando
Tlatelolco no fue su final
Un glorioso vivir tendrán cuando
Construyamos una nueva sociedad.

Abolir para siempre querremos
Un sistema en el que la explotación
Que de el hombre por el hombre se hace
No respeta ya la humana condición.

Honraré a los caídos luchando
No conozco sus nombres y sé
Que por nombre podría darle a muchos
El glorioso y bello nombre del "Che"

Yo también me incorporo a las filas
Del que lucha contra la opresión
Del que lucha contra la injusticia
De un sistema de ignominia y corrupción

Honraré a los caídos luchando
Tlatelolco no fue su final
Porque habrán de vivir en el triunfo
Del que lucha por la nueva sociedad

Adelante, adelante marchemos
Cada vez con cautela mayor
En la escuela, en el monte y el pueblo
Movimiento estudiantil contigo estoy.

Rola la rola
Alejandro Avila
Cantor



Recuerdo, recordemos
Hasta que la justicia
Se sienta entre nosotros

Rosario Castellanos

Por la memoria y la esperanza

Homenaje al movimiento
estudiantil de 1968

Rola la rola
Alejandro Avila
Cantor

Movimiento estudiantil de 1968.
El movimiento estudiantil de 1968 es uno de los acontecimientos históricos más importantes que se han presentado en el México contemporáneo.

Lamentablemente siempre se le recuerda por la matanza que el gobierno llevó a cabo la tarde del 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas de la Unidad Nacional Tlatelolco contra una multitud de 10,000 personas, sin embargo los meses de julio a septiembre de ese año ha sido el periodo en el que la ciudad de México y su área metropolitana vivió uno de sus mejores momentos con un ambiente de solidaridad y fiesta por la actividad de los jóvenes estudiantes que por medio de brigadas la recorrieron para informar y ayudar a sus habitantes a contar con una verdadera libertad de expresión, con justicia, y con una mejor democracia.

El miedo de la clase gobernante de que se pudiera presentar un cambio en la sociedad que les pudiera quitar sus privilegios y el poder casi monárquico, esto debido en mucho al ejemplo de los jóvenes que en Europa habían levantado la voz y se manifestaban por una mayor libertad con lemas como "prohibido prohibir", pero principalmente, el ejemplo del pueblo cubano que había logrado, casi una década antes, tomar el timón de su futuro gracias a su lucha junto a los barbudos como Fidel Castro, Camilo Cienfuegos y el "Che" Guevara, hizo que las intervenciones de las fuerzas del estado ante las manifestaciones de descontento de los jóvenes fueran reprimidas brutalmente.

Gracias a las acciones y el esfuerzo de esos jóvenes, podemos ahora hablar de que fue en esos momentos, que lo que ahora conocemos como "Sociedad Civil", comenzó a gestarse para terminar manifestándose plenamente en el *torremoto del '68*; también podemos hablar de Instituciones que no existían y fueron creadas en consecuencia, como serían: los CCH's, la UAM, las Prepas Populares y el "Autogobierno en algunas de las Facultades de la UNAM".

El documento que firmos en tus manos es mi contribución como respuesta a la expresión que año con año gritamos y dirigimos al gobierno de que a pesar del tiempo que ha pasado, el movimiento estudiantil del '68 y la tarde de ese 2 de octubre *No se olvidó*, por que no queremos que por ningún motivo se repita, sino más bien, que se haga justicia, castigando a los culpables, y esperando también, que pueda servir para invitar a que los jóvenes que actualmente conforman el movimiento "Yo soy 197" y que están ayudando a que tengamos un mejor país, retomem las enseñanzas y revisem los aciertos y errores que aquellos muchachos, con toda su mejor voluntad tuvieron como resultado de sus acciones.

Alejandro Ávila

*Ver a través de una lenteja, la profundidad de la vida.
Por eso una lenteja es respetable, es una lenteja.
En la vida, el momento que sucede, es un instante.
Nadie sabe lo que va a pasar, pero cuando sucede,
se vive. Se vive y se vive por dentro del instante.
El instante es un instante, cuando sucede, sucede.
Por eso, vive.*

Corrido del 2 de octubre

Judith Reyes

El 2 de octubre llegamos todos pacíficamente
A un mitin en Tlatelolco, 15 mil en contingentes
Año del 68 que pena me da acordarme,
La plaza estaba repleta como a las 6 de la tarde.
Grupos de obreros llegaron y el Magisterio consiente
Los estudiantes lograron un hermoso contingente
De pronto rayan el cielo 4 luces de bengala
Y aparecen muchos hombres con guante blanco y mala cara

Zumban las malas mortales, rápido el pánico crece
Busco refugio y la tropa en todas partes aparece
Alzo los ojos al cielo y en helicóptero miro
Luego sobre Tlatelolco llueve el fuego muy tupido.
Que fuerzas tan desiguales hartos tanques y fusiles
Armados los militares, desarmados los civiles,
12 años tenía un chiquillo que muerto cae a mi lado
Y el vientre de una preñada ¡ay! como lo han bayonetado

Hieron a Oriana Falacó, voz de la prensa extranjera
Ya vino que vamos unidos, estudiantes con el pueblo
Contra un sistema corrupto y la falacia de un gobierno
Recordará a los muchachos, contra la parod sus caras
Las manos sobre la nuca y el derecho entre las batas
Jóvenes, manos en alto, con la "v" de la victoria
"V" de Vallejo me dicen los de la preparatoria

Piras de muertos y heridos todo por una protesta
El Pueblo llora su angustia y el Gobierno tiene fiesta
Como te escurre la matanza hasta de bellas criaturas
Como te escurre la sangre Plaza de las Tres Culturas.
Y por que en esto murieron mujeres y hombres del pueblo
El Presidente le aumentó al ejército los sueldos.
El 2 de octubre llegamos todos pacíficamente
A un mitin en Tlatelolco, 15 mil en contingentes

Kola la rola



Alejandro Ávila
Cantante

Rola la Rola

Rola la Rola es un proyecto que nace de la necesidad de dar a conocer o de informar a la gente, sobre el trabajo y la trayectoria de Cantautores e Intérpretes conocidos y desconocidos que han aportado o tienen mucho que aportar al ambiente musical y social de nuestro tiempo.

Cuantas veces hemos escuchado alguna canción y sentimos el deseo de saber quién la compuso o de podermosla llevar para volver a escucharla en nuestra casa o, ya de perdida, conseguir la letra para conservarla.

Este proyecto tiene su origen en los cantores de principios del siglo pasado que iban de pueblo en pueblo cantando y vendiendo, en hojas de papel, sus composiciones de amor y de acontecimientos (que en su tiempo, para muchos, fue la forma de enterarse de lo que sucedía en otros lugares), y también, en los cantores que actualmente se suben al transporte público (el Metro, los camiones, etc.) a cantar sus canciones o las de otros con el fin de darlas a conocer y de recibir, como los cantores del siglo pasado, alguna remuneración de la gente para poder subsistir.

También se basa en la tecnología que utilizan los vendedores ambulantes para ofrecer sus productos, adaptándola de tal manera que se pueda utilizar para cantar en lugares abiertos, como las plazas públicas, los andadores e incluso, acompañar las manifestaciones, marchas, milines y los plantones que en nuestros días se han vuelto cotidianos por la situación social que se vive en nuestro país.

En tus manos tienes información importante que, como su título lo indica, te invito a que la fotocopies para *Kolarla* a tus amigos, familiares, compañeros de trabajo, o de escuela, a tus vecinos, etc.

Si piensas que no vale la pena, te pido que no la arrojes en la calle y que, por favor, la deposites en algún bote de basura.

Kola la rola



Gracias y hasta siempre.

Alejandro Ávila
Cantante

(55) 21975327

gavila@terra.com.mx

La balada del granadero

Parodia

Papá, papá, ayer cuando estudiaba,
Le pregunté a un hombre que
golpeaba:
¿Qué es usted?, y dijo: un granadero.
Papá, ¿Qué cosa es un granadero?

-Un granadero es un hombre
analfabeto
Que maltrata a todo estudiante,
Sin esperanza de amar a un
semejante.
Papá, que malo es ser granadero.

Ay, ay, ay, ay
Ay, ay, ay, ay

Jamás nosotros seremos granaderos,
Vivimos del amor y del estudio
Ni tú ni yo iremos por el mundo
Golpeando estudiantes inocentes.

Ay, ay, ay, ay
Ay, ay, ay, ay

Mira mi hijo no cantes esas cosas
Porque el gobierno tiene muchas
orejas
Papá, porque hay tanta corrupción
También prostitución en el gobierno

Ay, ay, ay, ay
Ay, ay, ay, ay

Papá, papá, por qué Dios nos ha dado
Un mal gobierno a todo mexicano.

Papá, por qué tanta corrupción
Gustavos y Salinas en el gobierno.

Ay, ay, ay, ay
Ay, ay, ay, ay

Rola la rola



Alejandro Avila
Cantor

La tarde nublada

D.A.R.

La calle esta sola, el cielo nublado
Las puertas cerradas, candado y candado
Rios de sangre sobre el pavimento
Solo a quedado un poco de viento

Por todos los rincones se ven rostros callados
La ciudad esta infestada de tanques y de soldados
La muerte ronda las calles no nos ha dejado en paz
Es una muerte corriente con cara de general

El llanto cubre la tarde, ¿la justicia donde esta?
Han muerto las esperanzas de poder vivir en paz

Estudiantes y obreros, maestros y campesinos
Si vemos que así no se puede, busquemos otros
caminos

No podemos quedarnos con los brazos cruzados
Habiendo tanta injusticia y tantos sacrificados

El llanto cubre la tarde, ¿la justicia donde esta?
Han muerto las esperanzas de poder vivir en paz.

Rola la rola



Alejandro Avila
Cantor

En esta plaza

José de Molina

Cuentan que los pajarrillos callaron sus trinos
Para no cantar
Cuentan que la golondrina emigró temprano
Para no llorar

Porque al cruzar nuestra ciudad

Vieron la sangre de un niño
ubriendo de rojo
Su plaza ancestral

Vieron la sangre de un niño
Cubriendo de rojo
Su plaza imperial

La sangre hace costra dura y no se derrite con llanto
Ni se limpia con lamento, ni con lágrimas se lava
Oiga lo que estoy diciendo, no me importa que se
azore

Levántese, tomé un arma
Haga algo pero no lloré
Haga algo pero no lloré

Porque al cruzar nuestra ciudad

Vieron la sangre de un niño
Cubriendo de rojo
Su plaza ritual

Vieron la sangre de un niño
Cubriendo de rojo
Su plaza imperial

En un viejo campanario, las campanas redoblando
Ya no nos llaman a duelo, a luchar están llamando
Oye lo que estoy diciendo, no me importa que te
azores

Levántate, toma un arma
Has algo pero no llores
Has algo pero no llores

Rola la rola



Alejandro Avila
Cantor

No se olvida

Fernando Delgadillo

No sé si es por ser el mes de la independencia
Que patriotas declarados lo ven con indiferencia
Se excluyo del calendario, de las fechas oficiales
Pero nunca lo han feliado el 1 de octubre, honores tales
Clasurados los festejos con que se viste septiembre
Visno a distanciar el pueblo de sus dirigentes
Entonces si que empezamos a tomar las referencias
Y se activa la memoria, vuelven las historias viejas

Hay quién habla del respeto a un poder que provocaron
Que si hubo estudiantes muertos fue por que se lo
ganaron
Y ante éstas me he cuestionado si alguien se puede
ganar

Que otro le niegue el derecho de volver a respirar
De que lo priven de todo su futuro y sus recuerdos
Por la ofensa imperdonable de que no vive de acuerdo

² de octubre en Tlaltilolco continia estando presente,
Ronda en plazas y milines, pavoroso y contundente
Porque es el día nacional en que no se perdonó la vida

Por eso y por lo que falta, ¹ de octubre no se olvida
Lo que para unos sirvió como un recorte de maleza
Entre la gran mayoría solo es motivo de vergüenza
Pero hay quién alzó su puño el cielo ante algo
inaceptable

Por que el golpe fue de muy alto y se volvió
incontestable

Hoy al fin no es mi intención reavivar viejas cenizas
Aunque siempre se lamenta que no se hiciera justicia
Y que las manos manchadas continien bien escondidas
Entre los que van y vienen y que ante todo cierran filas
Y a octubre lo ensucia un día de matanza en la gran
plaza

De lo que tantos muchachos nunca volvieron a casa
¹ de octubre en Tlaltilolco continia estando presente
Ronda en plazas y milines, pavoroso y contundente
Porque es el día nacional, que no se perdonó la vida
Por eso y por lo que falta, ² de octubre no se olvida
Yo pregunto al evocar las heridas que nunca cierran
Cuando dejarán de rondar ² de octubre en la tierra

Rola la rola

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

Alejandro Avila
Cantor

Un lugar

Los Nakos

Hoy conocí un lugar
Donde la gente murió

Dicen que muchos lo vieron
Pero otros dicen que nada pasó

Dicen que alguien sufrió
Penas que no mereció

Dicen que muchos lo vieron
Pero otros dicen que nada, que nada pasó

Quién ordeno que las balas cruzaran los
aires

Quién decidió por mil vidas que no conoció

Dicen que alguien atacó
Gente del pueblo murió

Dicen que muchos lo vieron
Pero otros dicen que nada, que nada pasó

Rola la rola

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

Alejandro Avila
Cantor

La Llorona del estudiante

Parodia

Nos llaman agitadores llorona, a todos los estudiantes
Resultan muy habladores llorona, todos los gobernantes.
Ay de mi llorona, llorona, llorona sin corazón
Aunque la vida nos cueste, llorona, que muere la
represión.

Han muerto cien estudiantes, llorona, a manos de
granaderos;
Pero en su defensa quedan, llorona, sus miles de
compañeros.

Ay de mi llorona, llorona, llorona si tu supieras;
Luchando, siempre luchando, llorona, no le hace que yo
me muera

Como el pueblo nos comprende, llorona ya dejamos de
creer.

En lo que dice la prensa, llorona, que solo piensa en
morder.

Ay de mi llorona, llorona, llorona en conclusión:
Luchando, siempre luchando, llorona, hasta la revolución

Rola la rola

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

1970-71

Alejandro Avila
Cantor

Yo te nombro

Gian Franco Plagiaro

Por el pijaro enjaulado
por el pez en la pecera
por mi amigo que esta
preso
por que ha dicho lo que
piensa
por las flores arrancadas
por la hierba pisoteada
por los arboles podados
por los cuerpos torturados
yo te nombro...libertad

Por los dientes apretados
por la rabia contenida
por el nudo en la garganta
por las bocas que no
cantan
por el beso clandestino
por el verso censurado
por los miles excitados
por los nombres
prohibidos
yo te nombro...libertad

Te nombro en nombre de
todos
por tu nombre verdadero
te nombro y cuando oscurece
cuando nadie me ve...

Escribo tu nombre en las
paredes de mi ciudad
escribo tu nombre en las
paredes de mi ciudad
Tu nombre verdadero tu
nombre y otros nombres
que no nombro por temor

Por los hombres
Por los pueblos
por la idea
LIBERTAD...

Rola la rola



Alejandro Avila
Cantor

Aunque los pasos toquen

Pablo Neruda

Aunque los pasos toquen
Mil años este sitio
No borrarán la sangre
De los que aquí cayeron

Y no se extinguirá
La hora en que caiste
Aunque miles de voces
Crecen este silencio

La lluvia empapará
Las piedras de la plaza
Pero no apagará
Vuestros nombres de fuego

Mil noches caerán
Con sus alas desnudas
Sin destruir el día
Que esperan nuestros muertos

El día que esperamos
A lo largo del mundo
Tantos hombres el día
Final del sufrimiento

Aunque los pasos toquen
Mil años este sitio
No borrarán la sangre
De los que aquí cayeron

Rola la rola



Alejandro Avila
Cantor

México 68

Ángel Parra

Para que nunca se olviden
Las gloriosas olimpiadas,
Mando matar el gobierno
Cuatrocientos camaradas,
Cuatrocientas esperanzas
A traición arrebatadas.

A pesar de estar tan lejos
Se escuchó aquí la descarga
De esos valientes soldados
Que asesinan por la espalda.

Como harán los granaderos
Cuando llegan a sus casas,
Amarán a sus mujeres
Con manos ensangrentadas.

Porque esas manchas no salen
Ni con jabón, ni con agua,
Te pregunto granadero
Cómo has pensado lavarlas.

Para que nunca se olviden
Las gloriosas olimpiadas,
Mando matar el gobierno
Cuatrocientos camaradas,

Rola la rola



Alejandro Avila
Cantor

Papá cuéntame otra vez

Ismael Sorreno

Papá, cuéntame otra vez
Ese cuento tan bonito
De gondermes y fascistas
Y estudiantes con flequillo

De dulces guerrilla urbana
En pantalones de campana
Y canciones de los Rollings
Y niñas en minifalda

Papá, cuéntame otra vez
Como os divertisteis
Estropeando la vejez
A oxtidados dictadores

Y como cantaste al vent
Y ocupaste la Sorbona
En aquel mayo francés
En los días de vino y rosas

Papá, cuéntame otra vez
Esa historia tan bonita
De aquel guerrillero loco
Que mataron en Bolivia

Y cuyo fusil ya nadie
Se atrevió a tomar de nuevo
Y como desde aquel día
Todo parece más fío

Papá, cuéntame otra vez
Que tras tanta barricada
Y con tanto puño en alto
F tanta sangre derramada

Al final de la partida
No pudiste hacer nada
Y bajo los adoquines
No había arena de playa

Fue muy dura la derrota
Todo lo que celebraba
Se pudrió en los rincones
Se lleno de tolerancias

Y ya nadie canta al vent
Ya no hay locos, ya no hay
perias
Pero tiene que llover
Aún queda muy sucia la plaza

Queda lejos aquel mayo
Queda lejos Tlatelolco
Que lejos queda Jan Paul Sartre
Muy lejos aquel país

Sin embargo a veces pienso
Que al final todo dio igual
Los golpes siguen cayendo
Sobre quien habla de más

Y siguen los mismos muertos
Padridos de crueldad
Ayer morían en Vietnam
Los que ahora mueren en
Bagdad

Ayer morían en Vietnam
Los que ahora mueren en
Bagdad

Me gustan los estudiantes

Violeta Parra

Que vivan los estudiantes, jardín de nuestra alegría
Son aves que no se asustan de animal ni policía
Y no les asustan las balas ni el ladrar de la jauría
Caramba y samba la cosa que viva la autonomía.

Me gustan los estudiantes que rugen como los vientos
Cuando los meten al oído sotasmas y regimientos
Pajarillos libertarios igual que los elementos
Caramba y samba la cosa que viva el experimentoi.

Que vivan los estudiantes, cuando levantan el pecho
Cuando les dicen harina, sabiéndose que es afrecho
Y no hacen al sordomudo cuando se presenta el hecho
Caramba y samba la cosa que viva el derecho.

Me gustan los estudiantes porque son la levadura
Del pan que saldrá del horno con toda su sabrosura
Para la boca del pobre que come con amargura
Caramba y samba la cosa que viva la literatura.

Me gustan los estudiantes que marchan sobre las
ruinas
Con las banderas en alto va toda la estudiantina
Son químicos y doctores, cirujanos y dentistas
Caramba y samba la cosa que viva los especialistas.

Yo pisaré las calles nuevamente

Pablo Milanés

Yo pisare las calles nuevamente
De lo que fue Santiago ensangrentada
Y en una hermosa plaza liberada
Me detendré a llorar por los ausentes
Yo vendré del desierto calcinante
Y saldré de las selvas y los ríos
Y evocaré en un "templo" de Santiago
A mis hermanos que murieron antes

Y unido al que hizo mucho y poco
Al que quiere la patria liberada
Dispararé las primeras balas
Más temprano que tarde y sin reposo
Retornaran los libros, las canciones
Que quemaron las manos asesinas
Renacerá mi pueblo de su ruina
Y pagarán su culpa los traidores

Un niño jugará en una alameda
Y cantará con sus amigos nuevos
Y ese canto será el canto del suelo
A una vida segada allí en la "Higuera"
Yo pisare las calles nuevamente
De lo que fue Santiago ensangrentada.
Y en una hermosa plaza liberada
Me detendré a llorar por los ausentes

Rola la rola



Alejandro Avila
Cantor

Rola la rola



Alejandro Avila
Cantor

Rola la rola



Alejandro Avila
Cantor

Anexo #2





CARTA A LOS JÓVENES DEL SIGLO XXI

De comunistas y camaradas
de la generación del 68

Compañeras y compañeros:

I

De nuestro pasado, del hoy y del futuro

Somos parte de la generación mexicana y universal del 68; nos hemos reunido para reavivar la memoria, la historia y raíces de los movimientos juveniles de los años sesenta; acordamos actualizar aquellas experiencias y hacer esta Carta.

Jóvenes comunistas, hoy veteranos de tantas batallas volvimos a encontrarnos; nuestras reuniones fueron entusiastas, llenas de alegría, conmovedoras, intercambiamos opiniones, recordamos triunfos y derrotas, miedos, angustias y traumas. Hablamos de las memorables movilizaciones de los años sesenta. Comparamos situaciones. Tenemos el reto de ser congruentes y mantener en alto las banderas de nuestro pueblo por sus plenos derechos. No nos hemos rendido, ni nos rajamos, seguimos en la lucha por la libertad, la justicia, la igualdad, por el socialismo democrático. Contra viento y marea, el movimiento progresista en México ha avanzado, se fortalece y multiplica su influencia en la vida nacional. La vorágine de 1968 aún no se detiene. Los jóvenes comunistas, la mayoría estudiantes y también la JCM de trabajadores, de campesinos, de los barrios, teníamos como objetivo y luchamos por realizar una nueva revolución; una transformación política y social que implantaría un poder democrático, y una sociedad sin explotación, justa y libertaria.

Luchamos bajo el manto constitucional con formas legales, pacíficas. Así resistimos, padecemos, evadimos y superamos la represión y el acoso pero no renunciamos a la desobediencia y a la resistencia civil de masas. Eludimos convencidos las tentaciones y razonamientos por la vía armada; nos diferenciamos sin renunciar a la solidaridad.

Después del 68, señaladamente del 2 de octubre y del 10 de junio, muchos de nuestros compañeros participaron en la resistencia armada integrando diversos movimientos guerrilleros. Unos y otros cubrimos nuestra cuota de sangre, de prisión, de exilio, persecución en la lucha por la

libertad; unos y otros nos brindamos respeto y solidaridad. Con el tiempo nos hemos reencontrado sin acusaciones ni diatribas.

No se entenderían los principales cambios democráticos del país, sin la influencia ejercida por los miles de socialistas, comunistas y demócratas revolucionarios, de la pléyade de revolucionarios sociales enclavados en los diversos organismos sociales reivindicatorios e incluso algunos en los tres órdenes de gobierno. Somos gota de agua que perfora y quebranta la roca del poder autoritario.

Mantenemos en alto las banderas por la memoria, por la historia y por la reparación de agravios; por la indemnización a las víctimas de los crímenes del Estado mexicano. Intentamos recuperar la esencia y el contenido real de los planteamientos que proclamamos en los sesenta y convocamos a un ejercicio unitario de recuperación de la historia; a entrar al paraíso de la memoria.

Somos parte importante de la generación del 68.

Somos los problemas que pretendimos resolver y también somos los problemas que no pudimos resolver.

Somos parte de una generación de rebeldes con causas, de insurrectos solidarios, nosotros propusimos parte del sistema de ideales de los jóvenes de México.

Vivimos identificados con los principios que nos impulsaban, los cuales siguen siendo la razón de nuestras vidas.

Proclamamos que la historia del movimiento social y político de los sesenta no se puede entender sin una justa apreciación de los jóvenes comunistas. Durante décadas, para el régimen autoritario los comunistas, los socialistas libertarios mexicanos éramos y seguimos siendo los exterminables; y para los sectarios también hemos sido los excluibles; algunos, la mayoría seguimos proscritos de los memoriales y de las instituciones del Estado. Pero nadie nos podrá despojar del lugar que nos corresponde, Sin nosotros no hay historia completa. La organización mostrada en los acontecimientos, refleja en buena medida la presencia y el trabajo de los comunistas del 68 mexicano.

Los gobiernos estatales democráticos y de izquierdas, han hecho poco o casi nada por la historia, por la memoria del movimiento al cual se deben. Las entidades gobernadas por autoridades de extracción progresista no inciden en la justicia y en el castigo a los autores de los delitos de Estado, de lesa humanidad, reconocidos ya por un Estado confeso de ellos. El archivo del DF aún no se encuentra accesible; es hora de que el gobierno democrático del DF, las delegaciones y especialmente los gobiernos de Michoacán, Guerrero y Zacatecas desempeñen el papel que les corresponde. A la derecha le estorba la memoria y la verdad. Fox defraudó su compromiso y Felipe Calderón parece atrapado en un pacto por la impunidad.

II

El 68

**El movimiento más importante
de la segunda mitad del siglo XX**

En 1968 el clamor juvenil por las libertades democráticas conmovió a México.

Nuestra generación vivió plenamente momentos intensos en la marcha de México hacia la libertad, la solidaridad, la igualdad, la justicia y en contra de los abusos del poder. Aún no se ha llegado a las metas pero ustedes y nosotros continuaremos avanzando hacia ellas. Hoy como ayer la inconformidad, la rebeldía y la lucha engendran la aspiración por la transformación democrática y el cambio social.

El auge del movimiento libertario en 1968 concentró largas jornadas de acción previa. El 68 no es un rayo que surge de la nada. Nuestra generación es el 68 pues las acciones juveniles de ese año encarnan los sacrificios y las visiones, los ideales de nuestro tiempo. Esas luchas son un legado ético, limpio, ejemplar. Fuimos factor del principio de un cambio de época. Actuamos conscientes en un muy complejo y promisorio entorno mundial y nacional. Nuestro internacionalismo socialista, solidario, es uno de los rasgos de la identidad generacional, con importantes acciones de apoyo a Cuba, Vietnam, República Dominicana, Panamá y otros pueblos en lucha de liberación antiimperialista. Las acciones contra las guerras imperiales de todo signo y por la paz formaron parte de nuestra cotidianidad.

En los años sesenta soñamos despiertos participando en inolvidables jornadas libertarias. Hicimos de nuestro lema: *Luchar mientras se estudia* un estilo de vida; una identidad. Tiempos de lucha y fiesta, de alegrías, batallas, ilusiones, y romances, algunos para toda la vida. Gobernantes y mercaderes pretendieron reducirnos al triste papel de consumidores inconscientes pero nos convertimos en actores políticos, en luchadores por las libertades necesarias para una existencia digna. Nos respondieron con represión y violencia pero avanzamos. Así las muchachas conquistaron el derecho a ser y decidir; no fue insignificante poder usar anticonceptivos, minifalda, pantimedias. Así se apresuró la lucha por la igualdad y los derechos de género. El amor y la libertad sexual contribuyeron a abrir nuevos espacios de felicidad a los jóvenes de todo el mundo. Estos cambios son parte de una irreversible revolución cultural, de nuevas actitudes ante la vida social, política, económica, educativa. El movimiento del 68 caló muy hondo en todas las esferas de la vida nacional.

Los inconformes y rebeldes estudiamos y luchamos, nos organizamos; tratamos de hacer posible el México y el mundo mejores con los cuales soñamos y en pos de los que ofrendamos ju-

ventud, carrera y duros esfuerzos, en ello muchos compañeros entregaron la vida, sufrieron persecución y prisión política.

En 1968 la represión del Estado autoritario impulsó a la juventud a tomar las calles en lucha por las libertades democráticas. Estuvimos allí; participamos en las inmensas demostraciones colectivas, reclamamos diálogo público, libertad, justicia y democracia concentrada en los seis puntos del pliego petitorio del Consejo Nacional de Huelga. Respondimos con valor a la ofensiva inicial para aplastarnos; los jóvenes y adolescentes, muchachas y muchachos, los niños héroes del 68, derrotaron a los cuerpos policiales tradicionales; entonces el gobierno represor, incapaz de construir soluciones civiles, lanzó al ejército a cubrirse de oprobio, a destruir y matar. La del 68 es una generación mártir; una generación aplastada por la fuerza de las armas, transitoriamente derrotada en su intento de asaltar al cielo, profundamente herida en un país cada vez más asediado, sin embargo y sobre todo es una generación heroica. Los jóvenes comunistas fuimos protagonistas sin ambiciones protagónicas. Nuestros camaradas estuvieron en la primera línea de combate en la resistencia al terrorismo gubernamental.

La envolvente revuelta de la juventud, de los estudiantes, de la inteligencia nacional, de autoridades universitarias y de distintas fuerzas políticas y sociales soldó una poderosa alianza de la diversidad democrática y socialista abrió cauces a una nueva situación.

En los sesenta los estudiantes mostramos la urgencia del cambio democrático. El 68 estalló el clamor libertario de la sociedad mexicana. Estuvimos en el umbral de una transición pacífica, incruenta pero el Estado optó por el aplastamiento bestial y criminal de su juventud. La sangre derramada, los millones de días de prisión política, el terrorismo de Estado cerraron temporalmente las puertas a las libertades democráticas. Con todo, 1968 debe ser visto en su significado libertario íntegro que no debe ser opacado por la loza del crimen.

La generación del 68 marchó por una muy ancha ruta libertaria, escribió capítulos de heroísmo frente a la ignominia del poder y la masacre del 2 de octubre, resistió la persecución, la cárcel política y mantuvo en alto las banderas de las libertades democráticas.

Por esas luchas nuestras, por las acciones de aquéllos precursores quienes nos mostraron el camino y han perseverado en la batalla, poco a poco fuimos logrando un cambio lento, muy lento, una metamorfosis que no termina de cristalizar.

Tuvimos errores y desatinos y aunque aún no alcanzamos las metas, todo aquello valió la pena.

En agosto de 1968 por el ascenso del movimiento los estudiantes creamos las mejores condiciones para una solución pactada. El gobierno tuvo que expresar, aunque fuese una simulación, su disposición al diálogo. Estuvimos en el umbral de una victoria de trascendencia histórica inimaginable. Lamentamos no haber logrado construir una mayoría por el diálogo. La votación adversa en el CNH antes del 27 de agosto rechazando el diálogo fue el mayor error cometido, colectivo y por ello nuestro.

CARTA A LOS
JÓVENES DEL
SIGLO XXI

De comunistas
y camaradas de
la generación
del 68

A pesar de nuestra oportuna percepción de la inminencia de la represión, de los riesgos por las provocaciones, no fuimos capaces de convencer al CNH y al movimiento de la necesidad de una oportuna, digna, combativa y organizada vuelta a clases cuando la huelga ya se había agotado. Lo más inteligente, la decisión aguerrida estaba contenida en la propuesta de retroceder levantando la huelga pues las circunstancias después del 27 de agosto había sufrido un vuelco. El reto entonces era cuidar lo logrado, afianzar los avances, y conservar las fuerzas para continuar el combate en las nuevas condiciones.

Nosotros en la cárcel y en las calles mantuvimos la dignidad, la lealtad, el espíritu del movimiento. La traición nunca fue un signo de los jóvenes comunistas. El tiempo así lo acreditó.

III México hoy

Jóvenes amigos:

Hoy como hace 40 años México requiere de una profunda transformación democrática, de la invención de un sistema político a la altura de una nueva sociedad más compleja. En nuestro gran país no se ha logrado instaurar el régimen político, económico, social, educativo y cultural democrático que facilite la imprescindible participación social. No existen todavía las nuevas instituciones que sustituyan, desarrollándolas, a las creadas por la revolución de 1910-17; ni mucho menos tenemos las estructuras que faciliten edificar el país justo que es posible y necesario.

México hace 40 años tenía muchos problemas pero no era tan abundante y humillante la pobreza y los contrastes sociales. México hoy es un país socialmente depredado, erosionado en lo ambiental, en lo social y en lo político. Si comparamos los datos comprobamos el fracaso de las políticas públicas de las últimos cuatro décadas. México ha retrocedido pues está estancado económica, social y políticamente. En estos años hemos perdido más de 200 mil kilómetros cuadrados de bosques y de selvas. Prevalece una monstruosa desigualdad en la distribución de la riqueza, la corrupción se agravó.

La emigración se ha convertido en una cruel sangría de recursos humanos y en un subsidio enorme, un poderoso soporte a la economía de la potencia del norte. Millones de jóvenes son el sostén principal de las familias mexicanas mediante la transferencia de más de 23 mil millones de dólares anuales. Los emigrantes mitigan los efectos de la polarización y del empobrecimiento causado por las políticas neoliberales y también han dado paso a un importante movimiento de recuperación cultural y territorial de lo mexicano dentro del imperio. Este es un nuevo papel de la juventud mexicana que ustedes desempeñan a costa de inmensos sacrificios.

México es un país donde los atropellos a la justicia y los viejos problemas políticos resurgen peligrosamente. Las instituciones y los poderes han sido envilecidas por una clase política decadente que hizo del cinismo su único valor. Y para colmo de males ahora somos un país inmerso en una ilegal, anticonstitucional y no declarada guerra sucia donde las violaciones al orden constitucional y a los derechos humanos son hechos de cada día.

La vía mexicana de responder a los problemas inventando estructuras burocráticas ha fracasado. Se derrochan miles de millones en aparatos institucionales pero los derechos humanos no mejoran; la honestidad electoral y el sistema de elecciones está pervertido a pesar de sus costos inconmensurables; el IFE, el TRIFE y los organismos estatales defraudan los anhelos por elecciones de calidad, equitativas y honorables; donde los votos cuentan y se cuentan verazmente y se ponga coto al poder del dinero que pervierte los procesos electorales. La vida política mexicana

de hoy es bárbara, cara, inútil e improductiva; sólo ilusiona y beneficia a las cúpulas políticas. En México todavía no prevalece un sistema electoral que privilegie la disputa legal y honesta en la formación de los poderes públicos. Somos una sociedad plural, ávida de encaminar sus esfuerzos por las vías constitucionales, pacíficas; por la senda de la tolerancia y del pluralismo. México no vive con guerra civil gracias a la madurez de la sociedad, y a su negativa a entrar en la vía de la lucha armada.

La coyuntura social y política es sumamente delicada. Prevalece un clima de muy alta y extendida inconformidad; la inseguridad es un flagelo nacional contra los civiles. Vivimos una situación riesgosa. Los granaderos y el ejército tornaron a ser, están siendo, el recurso preferido del gobierno frente a los justos reclamos de la gente. La política es bisturí y la tropa machete. Las cárceles se vuelven a poblar de presos políticos: Guadalajara, Yucatán, Oaxaca, Guerrero, Michoacán y en los penales de alta seguridad... En todo el país suman ya cientos los presos políticos. Los gobiernos federal y de algunos estados reprimen con crueldad, con saña, con odio y rencor inusitados. Los enerva una especie de narcótico clasista y político; detestan a los mugrosos luchadores sociales y políticos por la transformación democrática de México, nos tratan como enemigos exterminables... La brutalidad policial, la barbarie, las torturas, las desapariciones y ejecuciones han vuelto con fuerza creciente. Un gobierno de cuestionada legitimidad, hace de la mentira y del engaño el recurso supremo de relación con la gente.

En algunos movimientos sociales se cometen abusos y tropelías por los vacíos y las carencias de cultura democrática; por los desvíos de los partidos de las izquierdas. Independientemente de que hubiere excesos, demandamos poner fin a la represión y al terrorismo del estado mexicano en contra de sus opositores; deben atenderse y resolverse las causas del descontento desbordado.

Libertades democráticas es una palabra de orden vigente. Hoy como ayer reclamamos libertad a los presos políticos, presentación con vida de los detenidos-desaparecidos, cese a la represión, derogación de los artículos que igualan lucha social con terrorismo, cese y castigo a los responsables de la represión. Nos pronunciamos por la memoria y por la justicia.

Deploramos la desaparición de la Fiscalía Especial para Delitos del Pasado y el incumplimiento de los compromisos gubernamentales con la justicia y con la memoria, con la reparación integral, de daños y agravios— de acuerdo a las normas internacionales—; con el castigo a los culpables de delitos de lesa humanidad. Reprobamos el papel del poder judicial y el congelamiento por la PGR de los pliegos de consignación por la guerra sucia y los cientos de desaparecidos y de las ejecuciones extrajudiciales, así como la complicidad y la omisión en los procedimientos ministeriales en el juicio contra Luis Echeverría Álvarez, quien formalmente preso, sigue mofándose de las víctimas y atropellando a los órganos del Estado mexicano. La impunidad ha hecho de nuestro país el paraíso de la delincuencia y la causa de fondo de un sistema carcomido por la corrupción.

IV

La agenda socialista del siglo XXI

Jóvenes de hoy. Nosotros, nuestra generación intentó y soñó con el cambio. Amó y ama la verdad. En las nuevas circunstancias los retos de ustedes parecen superiores y sin embargo ustedes tienen nuevas y mejores plataformas de partida.

Hoy como antes y ahora más que nunca, consideramos posible y necesario construir el socialismo democrático y libertario. México requiere elaborar su propia agenda socialista del siglo XXI.

Ustedes, los jóvenes del siglo XXI, los del tercer milenio, sin mediatizaciones desempeñarán su propio papel, con su cosmovisión, compartirán la formulación de la agenda del socialismo del siglo XXI, para intentar convertir sus ideales en realidades. La mundialización capitalista, la globalización neoliberal actual es flagelo que agudiza muchos problemas pero también es oportunidad para acelerar la realización del internacionalismo socialista, libertario, humanista, democrático.

Los jóvenes siguen siendo revolucionarios, innovadores y rebeldes. Cada generación nace rechazando la injusticia y la crueldad en su entorno, soñando con un mundo mejor. El devenir de los años mella este espíritu pero no lo aniquila. No son ustedes los indiferentes. Nosotros aprendimos a pensar libremente cuando estaba prohibido hacerlo; entonces como hoy, la libertad del ser pasa necesariamente por la libertad de pensar, de indagar, de imaginar, de saber .

La responsabilidad por cierto vacío es uno de los pasivos de los partidos y de los dirigentes que antepusieron los intereses de grupos y de corrientes a los supremos del país, ellos le han dado la espalda a las mejores tradiciones de la izquierda mexicana. Esa izquierda no gobierna, no legisla y no actúa con métodos, formas y contenidos propios de la izquierda, de las causas, de los anhelos y de los ideales de nuestro movimiento; que se distinguió por ser solidario con todos los movimientos de transformación social que plantean un nuevo amanecer.

El mundo ahora es mucho mejor desde el punto de vista de la revolución del conocimiento y de la información. Las posibilidades de la comunicación y de la coordinación horizontal son incontenibles. Del mimeógrafo y del linotipo a la Internet hay una época de distancia. La censura y el ocultamiento están siendo irreversiblemente derrotados. A pesar del creciente control de los medios masivos de comunicación existe un infinito espacio de libertad en el mundo virtual. La realidad está a la vista, la verdad se abre paso por encima de los medios tradicionales de control.

Los jóvenes hoy son más, y con un potencial revolucionario superior.

La izquierda electoral subyugada por el pragmatismo y encadenada al cinismo ha perdido a los jóvenes. Ninguno de los partidos tiene escenarios adecuados para encauzar los anhelos de la juventud. México necesita un relevo generacional en los partidos políticos de la izquierda, en los organismos de la sociedad y sobre todo en los tres órdenes de gobierno. México, un país de jóvenes está sometido a dictados individualistas decadentes y seniles. En particular los partidos de las izquierdas tienen un divorcio con la juventud mexicana. Llamamos a la juventud y a los estudiantes a una revuelta democrática que coloque los anhelos, las causas y las visiones de la juventud en el lugar destacado y en la dimensión colectiva que le corresponde.

En nuestro país es urgente la reforma y la revolución democrática de la educación. Esta es una de nuestras mayores aspiraciones. Hoy en el mundo el conocimiento, la ciencia, la investigación, la tecnología, la innovación son en su conjunto el mayor valor agregado, el bien más apreciado. En México persiste el desmantelamiento del sistema de educación pública y no existe una política social y nacional que aliente el conocimiento. Lejos de la transformación científica del sistema de educación y de investigación, la escuela está sometida a una pandilla sindical cómplice del gobierno, sufre el deterioro de contenidos, de la filosofía y del método enseñanza/aprendizaje.

Sin la juventud no hay transformación democrática posible y sin la izquierda socialista tampoco. Esta es una de las más grandes lecciones del triunfo que no fue tampoco en el 2006.

Hoy nuestra América vive una nueva esperanza de unificación. Hoy como ayer un haz de pueblos lucha por su identidad y en busca de relaciones que no medren con su crecimiento.

Hoy existen nuevas causas, problemas, temas y acontecimientos que reclaman innovar y recrear una visión abierta y revolucionaria que abra nuevos caminos y horizontes a la responsabilidad ciudadana de cómo hacer esa nueva política que sepulte al conservadurismo individualista, burocrático y patrimonialista.

A los jóvenes de hoy les sugerimos que vivan en la historia y a que escriban la propia. Reconozcan las páginas de lucha de nuestros pueblos, recuperen su memoria y desde una nueva realidad sean la generación del relevo de un movimiento por el México y el mundo que ustedes merecen.

Jóvenes: La revolución, el socialismo y la transformación democrática tocan a sus corazones. Proclamamos la superioridad económica, tecnológica y ética del verdadero socialismo democrático. La conmemoración del bicentenario de la independencia, del centenario de la revolución del 10-17; del Cuarenta Aniversario del 68 pueden propiciar escenarios adecuados de reflexión transformadora.

Los jóvenes comunistas internacionalistas y solidarios nos pronunciamos a tiempo y en su momento contra la injerencia en los movimientos revolucionarios, contra la intervención soviética en Checoslovaquia y en Afganistán; condenamos al imperialismo, y hoy en especial a la agresión a Irak y otros pueblos; reprobamos al militarismo y la solución violenta de divergen-

es. Luchamos en contra de toda opresión y discriminación de los pueblos originarios y de las mujeres.
 Hay como siempre repudiados el estatismo, la antidemocracia, la violación de los derechos humanos, la improductividad y la degradación del trabajo.
 El mundo no es aún el que soñamos y México tampoco.
 El humanismo libertario socialista es una fuente de energía inagotable que no se destruye. No albergamos desaliento, sólo afanes de recuperación.
 Mediante una revolución política, moral, intelectual y práctica el socialismo resurgirá definitivamente.
 A grandes males, grandes remedios.

V Nuestro credo generacional

Nosotros jóvenes del 68, libertarios, comunistas proclamamos:

Creemos en el hombre, en su capacidad para hallar la verdad y hacer el bien. El ser humano es el punto de partida y el destino de toda transformación social.

Creemos en la democracia, considerándola no solamente como una estructura jurídica y un régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo;

Creemos en la propiedad social, en la autogestión, en el fin de la explotación como origen de bienestar y de justicia;

Creemos en el trabajo y en la producción como fuentes supremas de la riqueza;

Creemos en la solidaridad y en la paz;

Creemos en una revolución productiva para una nueva sociedad rural, para la soberanía alimentaria y el fin del hambre;

Creemos en los derechos políticos y sociales a los pueblos originarios y de las minorías; en el florecimiento del pluralismo; en la multiculturalidad;

Creemos en la posibilidad de mejorar la calidad de vida, promoviendo la colaboración colectiva, la conciencia de nuestro ser social, la cultura que nos da identidad y el respeto ecológico, la elevada civilidad y el respeto ambiental;

Creemos en la libertad de investigación, en la innovación, y que los avances científico-tecnológicos deben estar al servicio de toda la humanidad. Hacer más placentera la alegría de ser, de luchar, de estudiar.

Creemos en la comunicación social democrática y en el florecimiento de las redes informáticas.

Por la ruta libertaria del 68

Jóvenes y compatriotas progresistas:

Llamamos a los luchadores de hoy, a los protagonistas del 68, a las víctimas de los crímenes del estado mexicano, a sobrevivientes y familiares, a los partidos y movimientos de las izquierdas; a los partidarios de la democracia y en general a todos los mexicanos a organizar la conmemoración combativa, reflexiva, unitaria e incluyente del movimiento del 68. En particular a otras vertientes de nuestra generación les decimos que independientemente de las discrepancias y de las diferentes percepciones que tenemos de los acontecimientos de aquella década y del 68, que la unidad de acción es posible y necesaria como entonces. Conmemorar el 68 es asimilar hoy sus lecciones y experiencias.

Intentemos reconstruir la ruta libertaria del 68. La cronología del conjunto de los hechos, de las acciones, de las hazañas memorables de aquel año; así como organizar la protesta en contra de la impunidad por la masacre del 2 de octubre, de todos los actos represivos del gobierno mexicano.

El movimiento del 68 dejó una profunda huella en la historia de nuestra patria.

Nosotros sobrevivientes honramos la memoria de nuestros camaradas. Ellos viven en la historia. Hagamos del 2008, cuarenta aniversario del 68, un año de memoria histórica.

Proponemos actividades de unidad de acción con jóvenes de hoy, con los luchadores por la transformación democrática de México.

Jóvenes;

Los convocamos a luchar por la paz y la verdad; por una vida mejor.

México será libre, justo, democrático, solidario cuando ustedes tomen en sus manos, aliados con otras fuerzas productivas y políticas, la lucha por su transformación democrática.

La rebeldía, la lucha, la inconformidad son las parteras de la historia.

Hoy más que nunca el socialismo libertario y democrático es posible y necesario.

México, a 6 de febrero del 2008

Firmas:

Martha Servín, Ana María Pérez García, Herlinda Sánchez Laurel, Elba Pérez Villalba, María de la Luz Núñez Ramos, Yolanda Gaytán, Guadalupe Sánchez León, Yolanda Robles Garnica, Citlali Martínez, Esther Posadas Segura, Rocío Moreno Rodríguez, Patricia González Rodríguez, Maricela Quinto Gaytán, María del Rosario Quiñónez Payán, Irma Ramírez Orozco,

Marcelino Perelló Valls, Joel Ortega Juárez, Jorge Medina Viedas, Mauro César Enciso Barrón, Carpóforo Cortés Varona, Mauro Espinal, Jesús Vázquez Vázquez, Felipe Galván, José David Vega Becerra, Florencio Posadas Segura, Cuauhtémoc Sandoval Ramírez, Benito Alejandro Collantes Martínez, Raúl Talavera, Marcos Gutiérrez, Baudelio Mancillas Leal, Edgar Morales Carranza, Humberto Pérez, Pablo Martell Santos, Juan Manuel Posadas Molina, Liberato Terán Olgúin, José Luís Victoria, Arturo Martínez Nateras, Juvenal González, Carlos Razo Horta, Adolfo González Zamora, Marco Antonio Berelleza Fonseca, Jaime A. Valverde Arciniega, Guillermo Ramírez, Ramón Cárdenas Villareal,

Marcos Leonel Posadas Segura, Rodolfo Echeverría Martínez, Felix Goded Andreu, Eduardo Franco, Fabián Soto Martínez, Vicente Villamar Calderón, Armando Real Mena, Arturo Zama Escalante, Carlos Reyes Romero, Leoncio Domínguez Covarrubias, Efraín Bermúdez, Eduardo Ibarra Aguirre, Elpidio Tovar, Rogelio Hernández López, Julio Santucho, Alejandro Múgica, Américo Saldivar Valdéz, Guadalupe Sánchez Jiménez, Mario Ramírez Salas, Fernando Pineda Ochoa

Fernando Pineda Ménez, Ramón Sosamontes, Leonel y Jorge Chávez Palma, Adolfo Pérez Espinosa, Genaro Rodríguez Rodríguez, Eleazar Ortega Martínez, Carlos Jiménez Constantino, Eleazar Salinas Olea, Rigoberto Rodríguez Benítez, José Ramón Montoya Espinoza, Rubén Burgos Mejía, Manuel López Álvarez, Lorenzo Terán Olgúin, Marco Antonio Cervantes Inzunza, Raúl Espinoza Gamboa, Saúl Reyes, Gallegos, Luciano López Zamudio, Sergio Villalobos Navarrete, Carlos Karma Quiñones, Cornelio Sánchez Ramos, Humberto Sotelo Mendoza, Ernesto Martín Pereira Cámara, Santiago Guerrero Gutiérrez,

Tania Gómez, Metzteri Martínez Núñez, Iñaki Brunet Mutz, Francisco Valenzuela Montes, Netzahualcoyotl Bustamente Santín